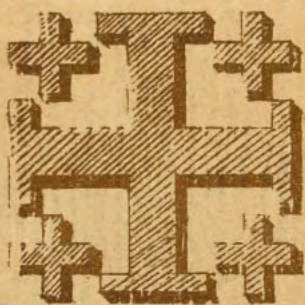


Amalia Errázuriz
de Subercaseaux

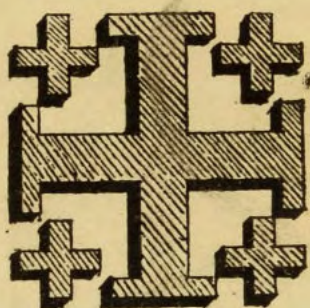


Mis Días

de Peregrinación

en Oriente

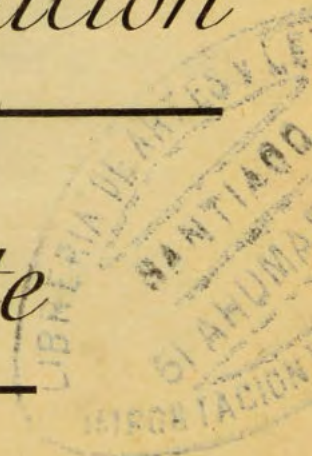
Amalia Errázuriz
de Subercaseaux



Mis Días

de Peregrinación

en Oriente



PRIMER VIAJE

Hay un deseo, un sueño, que se encuentra mas ó menos latente en el corazón de todos los cristianos, de todos los que nos hemos criado entre gente de fè. Este deseo, que hemos oído expresar desde que supimos oír, es el de conocer la tierra donde se desarrolló la historia de nuestra redención, la tierra de Belén y de Jerusalén, del nacimiento y de la muerte de Jesús. Conocer esos lugares es conocer el teatro sagrado de los mas nobles, mas sublimes acontecimientos del mundo, de aquellos que cambiaron y renovaron toda su faz y que abrieron, para cada uno de nosotros, la entrada del paraíso, antes obstruida por el mal.

Y como esos hechos admirables han debido igualmente hacernos amar á los

seres que en ellos tuvieron parte, y considerarlos justamente como á los mas altos de los héroes, así la aspiración de visitar esas tierras no es sólo animada de una curiosidad fría, sino que está llena de un sentimiento afectuoso, puesto por ese atractivo misterioso y tierno que nos viene de todo lo que se relaciona con lo que es amado. Si tributamos una especie de culto á los grandes hombres de nuestra patria, ó á las personas queridas que nos han precedido y dado la vida; si llenamos de interes cariñoso al hogar que nos rodea; es natural que queramos también llevar nuestro anhelo hasta los sitios donde un Dios amante se sacrificó por nuestro porvenir eterno.

¿Cómo se pudo realizar para mi ese sueño dorado, cultivado desde largo tiempo, ocultamente, en el fondo de mi corazón?

Eran tantas las dificultades, las imposibilidades de emprender un viaje á Tierra Santa, que me llegaba á parecer inútil pensar en él. Me contentaba con envidiar á las personas que lo hacían, con seguir las en espíritu en sus peregrinaciones y con encomendarme á su recuerdo y á sus oraciones.

Pero llegó un momento en que en mi alrededor se habló mucho de un viaje á Oriente, en forma de peregrinación, que se organizaba en Paris, y bajo circunstancias nuevas y tentadoras. Se había formado una sociedad con el fin de efectuar viajes de esos, de una manera continuada y periódica; la sociedad había comprado un vapor que bautizaba con el nombre de *Notre Dame de Salut*, y lo estrenaría con un viaje inmediato á los Santos Lugares, bajo la dirección de los Padres Agustinos de la Asunción, y para pasar allá los días de Navidad que se acercaban.

Los obstáculos eran siempre los mismos, pero el deseo que entonces se apoderó de mí fué de aquellos que arrastran con todo y que se sobreponen á todo. Cuando por la tarde salía de casa y veía brillar en el cielo transparente y frío del invierno la estrella hermosa que se muestra sola antes que aparezcan sus demás compañeras, creía ver el mismo astro que llamaba á la adoración en el pesebre de Belén, y sentía que una fuerza irresistible me atraía hácia él.

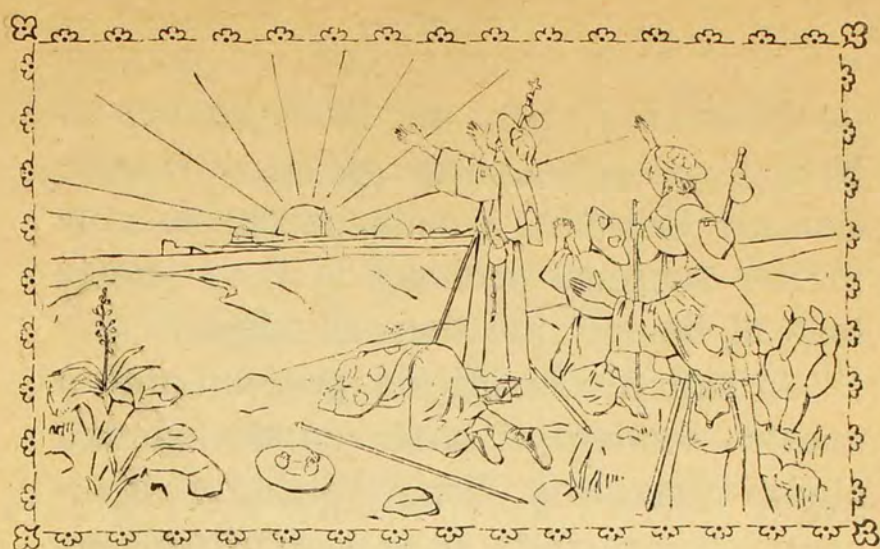
Por fin, y con la suerte mas pronta é inesperada, fué decidida mi partida.

Iria en el nuevo barco, contando entre los peregrinos, en compañía de una amiga, M^{lle} Le Bidan de Saint Mars, y en sociedad de muchas nobles y distinguidas personas. No puedo decir el placer que me causó la decisión: ya tenía en mi pensamiento la palabra de los Cruzados, *Dios lo quiere*, y en mi corazón el entusiasmo y agradecimiento mas grandes.

No faltó quién me dijera que habia poco que ver en esos países destruidos por las manos bárbaras de los musulmanes, ó que las fatigas del viaje serian superiores al goce; pero que no estaba allá como término el sepulcro de Jesucristo, y que no eran ésos los propios lugares donde El habia vivido y donde nos había amado hasta la muerte? No importa lo que los hombres y el tiempo hayan destruido; la tierra es la misma, las colinas, las llanuras y los ríos son los mismos; la naturaleza, que supo conocer mejor que los hombres la grandeza de la Redención, no ha cambiado en su vasta estructura: fué ella la que hizo temblar la tierra y abrió los sepulcros y obscureció el cielo, cuando en el momento supremo y aterradorizante del Gólgota, los habitantes volvian tranquilos á su casa.

Pués no iría yó en viaje de curiosidades; iría, por devoción, á rendir mi homenaje al Dios hecho hombre, visitando y palpando con los sentidos del cuerpo y del alma lo que El había santificado con su presencia en la tierra de dolor.

Mi viaje sobrepasó, después, en goce espiritual, á todo lo que habia esperado. El goce es expansivo; y por eso no puedo dejar de comunicarlo; por eso trato de expresar en estas páginas mis mejores impresiones y mis más gratas ideas nacidas en los días de peregrinación.



15 de Diciembre

El día amaneció con una pequeña bruma blanquecina que daba el aspecto mas fantástico á la altura de *Notre Dame de la Garde* y á las cúpulas y torres de la gran ciudad de Marsella.

Esa vista la teníamos al salir del Hotel Terminus; al bajar á la ciudad el sol habia triunfado del nublado, y alumbraba con toda su brillante claridad un mar y una playa enteramente meridionales, de vivisimos colores.

A las ocho y media tuvimos en la Catedral (iglesia no aún concluida, de estilo románico, mas rica que hermosa) la misa del Sr. Arzobispo y en seguida la distribución de las cruces. Estas son

de paño rojo por un lado, el otro es blanco y tiene esta inscripción: « DOMINO CHRISTO SERVIRE, » cada peregrino se la prende sobre el pecho y la lleva puesta todo el tiempo que dura el viaje.

Al salir de la iglesia preguntamos á nuestro cochero si había en la vecindad algún restaurant donde poder desayunarse; la pregunta pareció herir el orgullo patriótico del marsellés.

Como! Preguntar si en Marsella no hay á cada paso un restaurant? Nada contestó, pero con un ademán de indignacion dió un fuerte latigazo á sus caballos, y en pocos minutos nos puso delante de una fonda de aspecto bien ordinario y poco aseado, donde nos sirvieron una taza de café con leche. De ahí el buen cochero nos llevó á dar una vuelta por la ciudad que sabíamos que era bonita y muy animada; nos reímos al pasar por la famosa Cannebière, la calle principal de Marsella, recordando las bromas que con ella hacen los de Paris á los Marselleses y los dichos ponderativos que les ponen en boca.

A la una del día, hora fijada para el embarque, íbamos en coche por el malecón en busca de *Notre dame de Salut*.

Después de un largo camino y de dejar atrás muchos buques grandes y pequeños, divisamos uno que estaba todo empavesado y que tenía la cruz de Jerusalén pintada en su chimenea. Mi compañera y yo á la vez creimos reconocer nuestro buque. No nos habíamos equivocado; en un momento subíamos con el pequeño equipage á bordo de la « Nef », como en diminutivo cariñoso la llamaban; nos instalabamos en un buen camarote y en seguida nos poníamos á visitar el vapor. Este tiene un buen porte de 3000 toneladas, es de distribución espaciosa, tiene bastante comodidad para los pasajeros y, cosa rara, ningún mal olor.

Hácia la proa encontramos con sorpresa una bonita capilla improvisada; el suelo y las paredes estaban tapizadas de rojo; sobre el altar la estatua de la Virgen con su rostro dulce y sonriente se hallaba rodeada de palmeras; á sus piés el pequeño tabernaculo, cubierto por cortinas de seda blanca y franja de oro, espera al Señor de todo lo creado.

Monseñor el arzobispo de Marsella vino en persona á bendecir el buque y exorcizarlo de todos los malos espíritus que pudieran encontrarse en él; nos dijo

después algunas palabras apropiadas á las circunstancias, que fueron en el acto muy bien contestadas por el Padre Bailly, director de la peregrinación.

Ya estaba casi obscuro cuando el vapor se puso en movimiento. Al salir del puerto alcanzábamos á ver, alumbrada por la última claridad del crepúsculo, la montaña sobre la cual se eleva la magnífica Basílica de *Notre Dame de la Garde*, coronada por la colosal estatua de María que sirve de guía al navegante que se acerca á Marsella.

Saludamos á la Estrella del Mar cantando en coro sobre cubierta el himno tan querido de los peregrinos « Ave Maris stella ». El vapor, mientras tanto, se alejaba suavemente de la tierra de Francia; el mar estaba en plena calma, las estrellas empezaban á brillar una tras otra sobre nosotros. Los últimos ecos del cántico concluyeron dejando á todos en una emoción silenciosa y tranquila... Una sonora campana nos hizo volver á la realidad, era la llamada á la mesa.

Las comidas tienen una gran importancia á bordo; no hay viajero que, por muy poco que en su vida ordinaria se preocupe en lo que come, en un buque

no se ponga exigente, difícil y resongón. Esto proviene de dos causas; la primera es que el estómago no está bien en su lugar con los vaivenes del buque, la segunda que la desocupación en que se vive hace pensar más que de costumbre en lo que se vá á comer. La mesa es también el lugar donde se reunen todos los viajeros y donde las conversaciones obligadas con los vecinos sirven de preludio á las relaciones de amistad mas ó menos pasajeras. En este viaje la unión entre los compañeros fué muy pronta, y se conservó sin alteración hasta el último momento.

La campana, como dije, nos llamaba á comer; bajamos á tomar nuestros asientos que elegimos en una punta de mesa al lado de la puerta, quedando así á pocos pasos de nuestro camarote y con facilidad para una salida precipitada en caso de mareo; la experiencia en viajes por mar enseña estas útiles precauciones. Tuvimos la suerte de dar con la mesa en que se encontraban las personas mas alegres del barco, y desde esa primera comida hasta la última, todas fueron animadisimas y acompañadas de amena charla y de risas estrepitosas.

A veces los gemidos de algunos mareados se mezclaban al buen humor general, mas pronto se olvidaba el mal y no se podía dejar de celebrar los chistes graciosos que se cruzaban en todas direcciones; pero, si por desgracia el movimiento del buque se acentuaba, ay! entónces las caras se iban poniendo mas tristes, ya no sonreían, ni escuchaban siquiera; un momento más y los mareados no resistían; dejando su plato empezado y su servilleta, sin decir palabra, desaparecían como por encanto.

La primera impresión que nos hicieron nuestros vecinos de mesa fué muy favorable, impresión que no cambió después de conocerlos mejor; al contrario, la intimidad nos hizo encontrar en ellos verdaderos méritos y al fin del viaje una sincera amistad nos ligaba mutuamente.

Quiero dejar escritos en estos recuerdos los nombres de las personas que teníamos mas cerca y que nos hicieron pasar tan buenos ratos: La Condesa de Vanssay, la Vizcondesa de Gaudemarís y su prima M^{lle} Le Masson, Mr. Tournier, Mr. Dupley y su amigo el Barón Dugon. El primero de estos tres jóvenes quedó con el sobrenombre de

chevalier porque nos acompañó y nos sirvió siempre con bondad y gentileza inalterables. La mesa del centro era presidida por el Padre Bailly, que tenía al frente al comandante del buque Mr. Pillard, un *brave homme* como dicen los franceses, á las derechas, bueno, amable y perfectamente conocedor y experimentado en su oficio de marino. Seguían á ambos lados Mr. de Vernouillet, antiguo diplomático, que había estado como ministro en el Perú, hombre de mundo, fino y atento con las señoras; Mr. *** y sus dos hermanas, solterones los tres y marseleses acentuados; á él lo llamaban Marius y era objeto de las bromas de los pasajeros; se prestaba para ello su enorme corpulenta figura y su traje que consistía en un paletó de brin amarillo y un sombrero de pelo. Con todo, era hombre inteligente, coleccionista de plantas de viña y de pinturas, dos gustos que ya he visto juntos en varias personas, y para rescatar ó hacer olvidar sus extravagancias tenía la cualidad de ser siempre generoso.

El extremo de la mesa estaba ocupado por las dos familias unidas de la Gueronnière y de Lafarge que se com-

ponían del joven Marqués de la Gueronnieré, su madre, su mujer la Marquesita de veinte años, con sus dos hermanas menores, Laura y Paula, y el muchacho Emmanuel de Lafarge. Las tres hermanas eran inseparables, á toda hora se les veía risueñas y contentas, gozando al parecer de encontrarse juntas; eran ellas las mas asistentes y las más devotas en la capilla y cantaban con vocesitas juveniles y agradables aunque algo débiles.

Pasemos ahora á la capilla á donde se nos convoca por medio de una campana que el hermano Victorino va tocando de una punta á la otra del vapor; la encontramos casi llena, sus candelabros y lamparitas encendidas brillaban entre las plantas del altar, haciendo resaltar la dulce figura de Nuestra Señora de Salvación.

Después del rosario, uno de los sacerdotes, el abate Collot, nos hizo un entusiasta sermón, nos dijo que nosotros peregrinos habíamos sido, como los pastores, elegidos y llamados para ir á adorar á Jesús en el pesebre de Belén; que los sabios del mundo y la gente sensata que dejábamos atrás nos trataba de locos y de imprudentes por emprender

ese viaje en medio del invierno, en un buque desconocido que no pertenecía à ninguna compañía de navegación, y que nos exponíamos à los rigores de la estación y à toda clase de peligros entregándonos à manos de personas sin experiencia en el manejo de un navio. Concluyó diciendo: « que se queden en sus casas esa gente juiciosa y previsora, que se abriguen y se calienten al lado del fuego; la muerte les llegará un día, y morirán tranquilos en su cama como muere todo el mundo; en cuanto à nosotros, no temamos los peligros de este viage santo; si la muerte nos espera en un naufragio ó en un cataclismo, ella será gloriosa; que venga, pues estamos prontos! Yo por mi parte arriesgo mi vida por la Iglesia de Cristo perseguida, por la Francia despedazada por las sectas y la impiedad, y os invito à hacer lo mismo; ofrezcamos todos en este instante nuestras vidas por causas tan nobles, y si Dios acepta nuestro sacrificio, sepamos morir con valor y alegría ». No creo sin embargo que el auditorio estuvo à la altura del entusiasmo del abate Collot; nadie deseó tempestad, choque ú otros accidentes; todos al contrario deseaban

tiempo tranquilo, mar benigno y viaje feliz.

Concluido el sermón, el Padre Bailly nos puso al corriente del reglamento de horas y de distribuciones que se seguían en los días de navegación, y después de algunas recomendaciones útiles á los peregrinos, nos despidió dándonos las buenas noches.

16 de Diciembre

Esa primera noche se pasó bien; fuimos, sin embargo, despertados por un ruido tremendo que hacían en el camarote vecino; una oleada había abierto la ventanita que habían olvidado de atornillar, y con estruendo había caído sobre las camas, empapando todo lo que se encontraba en la pequeña habitación. El Conde de Viloutré y su compañero fueron las víctimas en esa noche; por la mañana nos mostraban consternados sus diferentes objetos echados á perder por la súbita inundación de agua salada.

La misa de la comunidad, como era llamada la que celebraba el Padre Director, había sido fijada para las siete; á ella asistía la mayor parte de los pere-

grinos ; el canto se hacia en común como en los tiempos de los primeros cristianos ; se empezaba por invocar á la Virgen con el himno « Ave Maris stella » ; después del Evangelio se entonaba el Credo, el Credo en canto llano que todo francés sabe de memoria, y que es tan hermoso cuando cantado por numerosas voces que parten de corazones llenos de fé.

Llegado el momento de la comunión, otro cántico muy devoto enfervorizaba á los que se acercaban á recibir la Santa Eucaristia ; después de cada estrofa se repetia :

Le voici l'Agneau si doux
Le vrai pain des anges
Du ciel il descend pour nous
Adorons-le tous.

Los Padres directores recomendaron mucho la comunión frecuente, y aún cuotidiana, para el tiempo de la peregrinación ; ésta, nos decian habia sido la costumbre en las demás peregrinaciones y habia tenido siempre muy buen resultado, porque sostiene el espiritu de piedad, la paciencia en los contratiempos del viaje, y la unión entre los peregrinos. Concluida la misa se entonaba el cántico

de acción de gracias, el Magnificat. Los demás sacerdotes podían decir sus misas á la hora que querían; á veces no era un pequeño trabajo para ellos el estarse en pié y continuar todas las ceremonias sin poderse apoyar ó sujetar á algo; el dar y recibir la comunión solía también ser bien difícil; sin embargo, la devoción con que se hacía era ejemplar.

Las demás distribuciones religiosas se repartían de esta manera: á las nueve de la mañana, primera parte del rosario con una corta meditación y un cántico entre cada misterio; á las dos de la tarde, la segunda parte del rosario, de la misma manera que la anterior; á las cuatro de la tarde, la viacrucis predicada y explicada; á las ocho de la noche, la tercera parte del rosario, una plática para la cual se turnaban todos los sacerdotes mas capaces que venían con nosotros (algunos eran oradores de primer orden), y en seguida se daba la bendición del Smo. Sacramento y se concluía con los avisos y recomendaciones del Padre Bailly.

Estos diversos ejercicios espirituales, en lugar de hacerse pesados, servían, al contrario, para acortar la monotonía de

los largos días de á bordo, y para disipar muchas veces los preludios del mareo, apartando la imaginación y los ojos del movimiento del buque y de ese malvado mar que hace sufrir tanto á los viajeros.

Aquel día, á pesar del buen tiempo, se veía mas de una triste figura lánguidamente instalada sobre cubierta; entre ellas llamaba la atención la de nuestro abate Collot. El pobre, todo cubierto de chales, los ojos cerrados, con el gesto de disgusto especial á los mareados, exponía al sol su voluminosa persona. Al verlo con ese aspecto tan acobardado, algunos de sus compañeros le recordaban maliciosamente sus valientes palabras de la noche anterior y se reían de verlo tan sin ánimos ante el primer contratiempo. Muy mareado debía de hallarse, en efecto, el abate Collot para que se quedara callado y sin responder á las provocaciones, pues nadie sabe contestar como él; sus réplicas son prontas y llenas de oportunidad. En exterior gordo y pesado se halla un espíritu agudísimo y un buen humor constante, siempre dispuesto á divertir á los demás.

Los cuentos y dichos chispeantes y

salados del abate Collot fueron la nota cómica de la peregrinación. Su facilidad para hablar en el púlpito era portentosa; se le pedía un sermón pocos minutos antes de la hora en que debía pronunciarlo; sin turbarse hablaba sobre el asunto que se le encomendaba, con elevación, delicadeza, y no olvidándose nunca del provecho práctico que se podía sacar del misterio ó la fiesta que celebrábamos.

Otro orador notable, que durante todo el viaje nos prodigó su saber y elocuencia, fué el Padre Edmundo, de los Agustinos de la Asunción. El inagotable Padre Edmundo, como le llamaban, todo lo sabía, y no había cuestión que no pudiera aclarar con una respuesta; su estilo en la predicación es esencialmente místico, sus ideas, sacadas generalmente de un estudio profundo de las Escrituras, son de un orden mas elevado del que se oye ordinariamente, la forma de sus frases y su dicción son de una elegancia clásica. Ese día el Padre Edmundo nos hizo la primera de sus conferencias históricas y geográficas sobre los lugares que íbamos viendo; éstas se hacían sobre cubierta y á medida que el vapor pasaba

por delante de las costas ó de las islas que el orador describía. De esa manera conocimos la historia de Marsella, antiquísima ciudad fundada por los fenicios, mas tarde colonia griega, siempre floreciente en su comercio, habiendo tenido la suerte de verse aislada de las guerras que destrozaban los países vecinos. Sus costas sirvieron de asilo á Lázaro con sus dos hermanas que, escapando de la persecución de Palestina, fuéron arrojadas á ellas por una gran tempestad. Lázaro fué el primer obispo de Marsella; y su sepulcro se encuentra en la iglesia de San Victor. Su hermana Santa Marta trabajó junto con él en la propagación de la fé cristiana. En cuanto á María Magdalena, la contemplativa, y tercera de la familia, se retiró á una montaña desierta llamada la *Sainte Baume*; allí pasó muchos años entre el cielo y la tierra, viviendo con el deseo de reunirse á su Señor que tanto había amado; los ángeles venían varias veces al día y la elevaban para hacerla gozar de antemano de las delicias del paraíso. Al fin llegó para Magdalena el día tan deseado; momentos antes de su muerte el obispo de Marsella que había recibido una ins-

piración divina, llegó á la gruta trayéndole la Santa Comunión; en cuanto la recibió, la Santa, espirò y su alma tan amante fué á unirse para siempre á Aquel por quién había sufrido tanto sobre la tierra.

17 de Diciembre

Misa cantada, celebrada con toda pompa como en una iglesia parroquial. El comandante, con su oficialidad y muchos de los marineros, ocupaban el centro de la capilla, los peregrinos tenían los lugares de costumbre en los costados.

Con fervor se cantó el « Gloria in excelsis Deo » y después el abate Michel, tomando las palabras del Evangelio del día, « Medius vestrum stetit quem vos nescitis » hizo un precioso sermón que conmovió á todo el auditorio.

« Hay entre nosotros, decía, un pasajero que talvez no habeis notado; se ha embarcado en Marsella; no figura en la lista de los peregrinos. Está aquí como escondido en el fondo de un camarote mucho mas chico que los nuestros. Parece no existir y es mucho más que no-

sotros, es infinitamente más que nosotros. Y si á esta hora estamos nosotros todos reunidos en este recinto, es por El, es para El. Es El á quien venimos á adorar y á implorar. Allí está El, nuestro Dios y Señor. » En seguida, dirigiéndose al comandante y á los marineros añadía : « Acaso pensábais que en este viaje no conduciríais mas que á unos pobres peregrinos. Si otro navío pasara cerca de nosotros, quizá sonreiría de lástima pensando que aquí no somos mas que unos oscuros pasajeros. Hay, sin embargo, en medio de vosotros uno que no conoceis. Orgullosos se ponen los marineros cuando tienen el honor de llevar á un príncipe ó á un personaje ilustre. Vosotros teneis derecho de onorgulleceros, llevais al Rey de los reyes. »

« Un dia, en este mismo mar, el futuro conquistador de las Galias, el señor de los Romanos, Cesar, sacudido por terrible tempestád, decía á su barquero asustado ; Que temes? Llevas á Cesar y á su fortuna! Valor y confianza. Vosotros llevais al Señor del cielo y de la tierra. »

« Cuando la travesía haya concluido podreis repetir con orgullo que habeis sido la tripulación de Dios. Y al fin, cuando

se haya acabado la peregrinación de vuestra vida, pues la vida no es mas que una peregrinación, y que hayais llegado al puerto, ojalá veais á Aquel que llevais hoy sonreiros y le oigais decir. Ah! Yo os conozco bien, vosotros érais de los de mi tripulación de *Notre Dame de Salut*. »

El tiempo estaba precioso, la temperatura suave, el buque se deslizaba sin causarnos la menor molestia; nadie faltó al almuerzo. A medio día pasábamos frente á Gaeta y el Padre Edmundo nos hacia su conferencia sobre las costas y las islas de Italia. En el grupo de las islas Lipari se encuentra el volcán Stròmboli que está siempre en erupción; cada cuarto de hora su cráter se enciende con una luz roja y momentos después lanza una grán llamarada que cae convertida en lava ardiente hasta el mar. Debíamos pasar á eso de las tres de la mañana delante del Stròmboli y muy cerca de la montaña; se prometió despertar á los pasajeros cuando el volcán estuviera á la vista.

A las 3 de la tarde se cantaron las visperas y el resto del día concluyó sin novedad.

18 de Diciembre

La pereza puede á veces mas que la curiosidad; no tuvimos valor de levantarnos á las tres para ver el Strómboli, preferimos quedarnos cómodamente en nuestras camillas hasta que María, la sirvienta del vapor, vino como de costumbre á despertarnos con el jarro de agua caliente.

Ya habíamos pasado por entre las famosas rocas tan temidas por los antiguos; Caribdis y Scilla nos habían sido propicias y ya nos encontrábamos á la entrada del Estrecho de Mesina.

Que espectáculo tan encantador se nos presentó al subir á la cubierta! En frente, al parecer á pocos metros de nosotros, teníamos el pueblo de Faro, en la misma entrada del estrecho; sus casitas rosadas brillaban alegremente con los rayos del sol de la mañana.

Dejando atrás á Faro, seguimos costearando la tierra de Sicilia sembrada de habitaciones y de iglesias, todas pintadas de colores claros; los cerros de atrás, cubiertos de verdura, hacían resaltar esas notas luminosas; el cielo, que rivalizaba de azul con el mar, completaba ese cuadro de tanto colorido y la gente y los coches que se cruzaban por el camino le daban la mayor animación. Así también, tan de cerca, pudimos ver la hermosa Mesina con sus grandes edificios sobre el mar. En seguida el buque hizo rumbo al lado opuesto, es decir á la costa de Italia, donde vimos la ciudad de Reggio, y poco después parábamos delante de un vigía con el cual nos pusimos en comunicación por medio de pequeñas banderas de distintos colores. Fué difícil hacer comprender á nuestro interlocutor aéreo el nombre de nuestro buque, no estando éste comprendido en ninguna línea conocida de vapores. Una señal de la bandera nos mostró que al fin habían comprendido, y que avisarían por telégrafo al diario « La Croix » de nuestra feliz llegada.

19 de Diciembre

El día se pasó tranquilo, con sus ejercicios ordinarios de piedad y las pocas distracciones de á bordo. En la comida se hizo una pequeña manifestación al simpático abate Michel que celebraba ese día las bodas de plata de su sacerdocio. Poco tiempo hacía que los peregrinos se conocían y yá se establecía la unión de sentimientos, de manera que todos tomaban parte en lo que podía interesar á alguno de ellos.

En la tarde el mar empezó á agitarse. Durante el sermón el balance se acentuó y las plantas y candeleros que adornaban el altar se vinieron al suelo con estrépito. Era difícil no reirse, y el pobre predicador no tuvo suerte por esta vez.

El movimiento aumentó tanto que ya costaba guardar el equilibrio. La desbandada fué general; cada uno se fué á su camarote y apresuradamente se echó á la cama.

Imposible es dormir; el buque se estremece en un cabeceo y balance combinados que parecen revolver el cerebro dentro de la cabeza y arrancar las entrañas de su sitio. Allí pagué yo también mi tributo al mar, y creo que pocos fueron los que resistieron á tamaña conmoción.

Oíamos gritos y quejidos desgarradores, golpes de puertas que se abrían y cerraban solas, objetos que caían haciéndose mil pedazos. Y, peor que todo eso, las cadenas que van al timón rechocaban y gemían sobre nosotros; la hélice se revolvía como loca cuando el sacudón del buque la dejaba fuera del mar sin la resistencia del agua que la modera.

Que noche aquella! Felizmente después de unas horas de angustia, pudimos dormir hasta la mañana siguiente. El mar jónico, conocido por áspero y traidor, se había portado según su fama.

20 de Diciembre

El tiempo se calma y podemos ir como de costumbre á comenzar el día por la misa. En la capilla todo ha sido encontrado en el mayor desorden; el primer sacerdote que llegó á ella tuvo que trabajar en arreglarla, como de nuevo, ántes de poder celebrar.

En la tarde pasábamos frente á la isla de Creta ó Candia. San Pablo desembarcó allí después de uno de sus naufragios; los habitantes lo dejaron muy mal impresionado, y de ellos se expresó en términos poco alhagadores. En ésto San Pablo no hacía mas que repetir lo que ya mucho ántes se decía de los Cretenses, que habían cobrado la triste especialidad y reputación de mentirosos y glotones.

Una conferencia del Padre Edmundo nos recordó todo lo que la fábula cuenta de Minos, del Minotauro, del Laberinto, de Teseo, etc. Pero muchos de los oyentes, poco instruidos en la mitología, daban señales inequívocas de aburrimiento y somnolencia.

En la distribución de la noche, el abate Michel nos hizo una bonita instrucción, comparando con oportunidad las tempestades de la vida con la que el mar nos había hecho sentir algunas horas antes.

Ahora gozábamos bien de la calma y la apreciábamos tanto mas cuanto sucedía, en agradable contraste, á la agitación de la noche anterior. En lugar de retirarnos á nuestros camarotes á ocultar el malestar, esta vez nos quedamos en el salón tomando una taza de té y conversando con los amigos hasta una hora avanzada de la noche.

21 de Diciembre

Hoy es la fiesta de Santo Tomás, el Apóstol incrédulo en la Resurrección; cuando después Santo Tomás se convenció de la presencia de Jesús, hizo, echándose á sus piés, la profesión completa de su fé en la humanidad y en la divinidad de su Maestro exclamando: Mi Señor y mi Dios!

Nosotros, Señor, que vamos á visitar vuestro sepulcro, no os veremos y creeremos, no presenciaremos milagros ni prodigios y sin embargo creeremos, quizá ni sentiremos esa emoción interior que nos hace ver con los ojos del alma las cosas que no vemos con los sentidos del cuerpo, y á pesar de eso creeremos siempre. « Dichosos los que creen sin haber visto. »

El itinerario del viaje nos anunciaba que el jueves 21 por la tarde estaríamos frente á Jafa; llegó la tarde y nada mas que mar veíamos delante de nosotros. El viento del este había entorpecido la marcha del vapor y nos demoraba unas veinticuatro horas más. Un poco de paciencia, la tierra prometida se acerca, aprovechemos este día mas en prepararnos por medio de la oración y de las instrucciones que recibimos, para aprovechar bien de las gracias que se nos esperan.

22 de Diciembre

Este sí que es el último día de la navegación. Arreglamos con alegría nuestras maletas para el desembarque, y sin tener nada más de material en qué pensar, pudimos entregarnos completamente al goce anticipado de nuestra próxima llegada. Con qué emoción veíamos acercarse el momento de bajar á la tierra bendita, de poner el pié en los lugares santos donde íbamos á seguir las huellas de Nuestro Señor, andando por los campos y pueblos por donde El anduvo, teniendo á la vista las tierras y montañas, los ríos y lagos que El vió, rezando donde él oraba y por fin, llorando donde él sufrió y murió!

Mi alma estaba llena de agradecimiento por haber tenido esa dicha que

tantos desean sin poder conseguir; veía yo llegado el momento en que el sueño de cristiano ferviente se iba á realizar para mí, y ésto me penetraba de gratitud y me hacía derramar lágrimas de gozo.

A las cuatro de la tarde, cuando salíamos de la capilla, divisamos una linea blanca en el horizonte; era la costa de Palestina. A las seis, el capitán hacia echar el ancla y *Notre Dame de Salut* fondeaba en el puerto de Jafa. Era demasiado tarde para desembarcar; nos contentamos con irnos á la proa del buque y de allí, lo mas de cerca posible, contemplar la tierra deseada, tierra ingrata, deicida y á pesar de todo santa, por haber sido habitada per el Hombre Dios.

Allí nos quedamos con unos cuantos de nuestros compañeros hasta que desapareció la última claridad del dia. Cuando se oscureció por completo, el faro de luz intermitente, roja y blanca, nos mostraba la direccìon de la ciudad. La noche estaba hermosa; las estrellas grandes y brillantes esparcian una claridad vaga propia del oriente; habia algo en el aire de místico, de solemne y como de sobrenatural.

23 de Diciembre

Después de una misa oída con devoción, á pesar del aguijón de la impaciencia que todos teníamos por salir del vapor, empezó el desembarque.

Las lanchas, conducidas por dos vigorosos árabes de cara y brazos tostados, se acercaban una á una á la escalerita del buque y en pocos minutos se llenaban de pasajeros. A medida que las barcas se dirigían hácia la tierra los peregrinos entonaban el « Ave Maris stella » que resonaba dulcemente acompañado por el cadencioso remar de los barqueros.

El mar estaba verde y transparente, sin una ola, el sol hacía brillar con mil colores las casas, los árboles y el cielo de Jafa « la bella. » El aire fresco de la

mañana daba una sensación de vida; todo parecía alegre, todos se sentían felices.

Donde estaban los ponderados peligros y dificultades del desembarque en Jafa? Nos habían contado que el mar era tan agitado en esa bahía, que para hacer bajar á los viajeros del vapor al bote había que ponerlos en canastas y hacerlos caer como mercaderías, que eran tomados en brazos por los barqueros y transbordados en medio de gran confusión de vultos y de gente. Habíamos también oído que las desgracias eran frecuentes y que el infeliz viajero que caía al mar era muy difícil escapase de esas olas que lo envolverían y lo arrebatarían en un instante. Todo esto es cierto, sin embargo, y á veces el mar está tan malo en Jafa que el desembarque se hace imposible y el vapor tiene que seguir de largo á otro puerto vecino; pero ese día estaba con nosotros la buena estrella.

Qué podíamos temer? No íbamos acaso en la nave de Salvación, guiada por la Estrella del Mar y conducida por los ángeles custodios de la peregrinación?

Poco ántes de llegar á tierra vimos unas rocas negruzcas y chatas que apé-

nas sobrepasan el nivel del mar, y que rodean como para impedirle el acceso á la ciudad. Los remeros se afanan y hacen alarde de gran trabajo para evitar esos escollos que se presentan de ambos lados. Pasado el apuro, uno de ellos se levanta enjugándose el sudor de la frente y avanza hácia nosotros. Su ademán nos hizo comprender luego que se trataba de pedir una propina por el exceso de trabajo que les habíamos dado; la palabra que repetía era *bakschich*, palabra que allí oíamos por primera vez pero que debíamos oír resonar después á toda hora y en todas partes durante nuestro viaje. Dimos cada uno una piastra, picesita de plata de cuatro centavos, y nuestro barquero volvió tranquilo á su puesto después de una buena colecta.

Por fin, y sin mas novedad, la lancha atraca al muelle, si así pueden llamarse unas tablas resbaladizas que forman un camino tan angosto que solo cabíamos de uno en fondo. A mas del cuidado de no dar un paso en falso y caernos al agua, teníamos que estar defendiéndonos de la exigente importunidad de los árabes, que querían arrebatarnos nuestros paquetes por interes de ganar otro *bak-*

schich. Nos habían dicho que esa gente era muy ladrona y que no les confiáramos nada de nuestro equipage; inútil era decirles nó, inútil quitárselos y mostrarse enojado, el único argumento que entienden es el del bastón levantado y pronto á caer sobre sus espaldas. Veo en esos momentos al abate Collot luchando por guardar el equilibrio sobre la tabla que se hundía bajo su peso y luchando al mismo tiempo, con un aire furioso y una voz de trueno, contra los muchachos rapaces que lo aturdián.

Se pasó por la aduana sin dificultad, y los pasaportes no nos fueron exigidos como lo habíamos temido; es probable que esta condescendencia la debiéramos á algún *bakschish* de nuestro director al jefe de aduana, dado en intención colectiva.

Jafa, primera ciudad oriental que yo veía, me hizo una impresión sumamente agradable por el aspecto pintoresco de sus callejuelas, de sus tienduchas y de su mercado, que en ese momento estaba lleno de animación. Qué extraño me pareció el traje de las mujeres! todas, cubiertas con una sábana blanca que las envuelve desde la cabeza hasta los piés

y un trapo negro delante de la cara, parecen unos atados que ván caminando. Sólo las cristianas pueden llevar el rostro descubierto cuando salen á la calle; las otras, sumidas las pobres en la esclavitud del mahometismo se expondrían á una muerte cruel si su marido y señor las viera alguna vez mostrar sus facciones á un profano. Qué contraste con nuestras costumbres! En países civilizados, las mujeres se componen, se adornan, se ponen bonitas y se escotan principalmente para los de afuera.

Admirando y gozando de cosas tan nuevas, recorrimos la parte principal de la ciudad y llegamos al hospital francés, donde las hermanas de San José nos dieron albergue por un rato y nos sirvieron un reconfortante café con leche.

Las religiosas de San José de la Aparición, que tanto debíamos ver y apreciar mas tarde, tienen su casa central en Marsella; de ahí salen y se reparten en los países infieles donde cuidan á los enfermos pobres y á los niños desvalidos.

Concluida la colación, los peregrinos, divididos en diversos grupos, salieron á visitar lo que mas les interesaba. Yo me

reuní con los que iban en busca del telégrafo. Después de algunos minutos de marcha, encontramos la oficina, no sin dificultad; pero lo que más nos costó fué conseguir que el empleado se moviera, arreglara su máquina y la pusiera en comunicación con los lugares que debía; por fin, habiendo esperado con paciencia, pudimos hacer pasar por el hilo eléctrico las palabras que anunciaban á los de casa, nuestro feliz desembarque.

Los demás peregrinos visitaban, mientras tanto, el convento de los Padres Franciscanos y la Mezquita, ántes iglesia, que ocupa el lugar de la casa de Simón el curtidor, donde San Pedro tuvo la extraña visión de los animales puros é impuros y donde recibió el mensaje del centurion Cornelio que lo llamaba para pedirle el bautismo.

Se cree que Jafa, llamada ántes Jope, fué la ciudad donde Noé construyó su arca, y que después del diluvio fué reedificada por Jafet que le dió su nombre. El historiador judío Josefo cuenta que en sus riberas se recogia betún del mismo qué había servido para el arca, y que se conservaba como reliquia milagrosa contra las enfermedades. El pro-

feta Jonás, desobedeciendo las órdenes de Dios, se embarcó en Jafa, en lugar de ir á predicar la penitencia á Ninive.

No pudo ir muy lejos, pues, como es sabido, Dios permitió que una ballena lo recogiera al momento de ser echado al mar, y después de tres dias lo depositara sobre la playa. La historia de Jonás, figura simbólica de la resurrección de Jesucristo, se encuentra dibujada en las catacumbas de Roma y esculpida en muchos de los sarcófagos de los primeros siglos del cristianismo.

Mas tarde las cruzadas dieron importancia á la ciudad que habia sido mas de una vez destruida y vuelta á edificar. En ella se encontraba San Luis, rey de Francia, cuando recibió la noticia de la muerte de su madre, la reina Blanca de Castilla.

Las palabras del Santo rey en estas circunstancias han quedado como ejemplo de resignación á la voluntad de Dios. Al oir el triste anuncio exclamó, cayendo de rodillas: « Gracias os doy, Dios mío, por que me habeis prestado á mi Señora Madre querida el tiempo que ha agradado á vuestra voluntad, y por haberla ahora también, según vuestra vo-

luntad llamado hácia vos. Es cierto que la amaba sobre todas las criaturas del mundo y ella bien lo merecía; mas, puesto que me la habeis quitado, que vuestro Nombre sea bendito eternamente. »

De vuelta del telégrafo encontramos á los compañeros que nos esperaban impacientes; era ya hora de irse á la estación.

El ferrocarril entre Jafa y Jerusalén, único en toda la Palestina, existe desde hace pocos años, y mas de una vez há estado á punto de quebrar é interrumpir su circulación por falta de pasajeros que costeen sus gastos.

Los viajeros románticos se quejân de ver establecido este medio vulgar y prosaico de locomoción en un país tan extraño y tan poético, donde choca, como nota falsa en una sinfonía, cualquier indicio de progreso material y de comodidad para la vida.

Es cierto que la llegada á Jerusalén debía de hacer mas impresión cuando, después de dos ó mas días de viaje á caballo, se divisaba desde una colina las cúpulas de la ciudad. Asi lo vieron por vez primera los cruzados que, llenos de

fervoroso entusiasmo, se echaban abajo de sus cabalgaduras y con lágrimas de gozo besaban la tierra que venían á conquistar.

Si con la vía ferrea ha perdido mucho la imaginación ávida de novedad y emociones, en cambio la facilidad para los viajeros ha ganado considerablemente; en cuatro horas se hace lo que antes tomaba dos días.

Saliendo de Jafa se ven los hermosos jardines que, por la hermosura y variedad de sus plantas, han sido comparados al paraíso terrenal, y que producen frutos dignos, por su gran tamaño y su abundancia, de la tierra de promisión.

Se acaba el verde de los naranjos y de las palmeras; se entra en la llanura de Sarón, antes renombrada por su fertilidad y ahora convertida en árido desierto. Ya se empieza á ver realizada la maldición de Dios sobre esa tierra ingrata. Qué se ha hecho el lirio de Sarón elogiado por Jesús en el Evangelio y comparado por El á Salomón en toda su gloria? Esa tierra no produce ya mas que piedras y abrojos, y se va poniendo mas abrupta á medida que se avanza hácia Jerusalén.

La llanura de Sarón se extiende al norte hasta el Carmelo, hácia el sur era el país de los filisteos y el teatro de las hazañas de Sansón.

A lo lejos se divisa la torre de los cuarenta mártires; los cruzados tenían allí una iglesia en honor de esos valientes soldados que han dejado una página tan hermosa en la historia de los héroes del cristianismo.

El tren se detiene en una estación; es Lydda, ciudad nombrada en los Actos de los Apóstoles. San Pedro, visitando de ciudad en ciudad á los discípulos, llegó á Lydda donde encontró á un parálitico que, desde hacía ocho años, se hallaba postrado; lo sanó y le dijo: « Levántate y haz tú mismo tu cama » Los Actos añaden « Todos los que vivían en Lydda y en Sarón lo vieron sanar tan milagrosamente, y se convirtieron al Señor. » Ahora, desgraciadamente, no hay mas que mahometanos en ese pueblo evangelizado por San Pedro.

Como una hora después se llega á Ramleh, ántes llamada Arimatía y la patria de José y Nicodemus. Estos fueron los fieles discípulos que, después de bajar de la cruz el sagrado cuerpo de Jesús y de unirlo con preciosos bálsamos,

lo depositaron en un sepulcro nuevo que se encontraba à pocos pasos del Calvario y que pertenecía à uno de ellos.

Los padres franciscanos tienen ahí en convento en el cual veneran el lugar ocupado por la casa de San José de Arimatía y el del taller donde practicaba la escultura San Nicodemus. La tradición hace de este santo un célebre artista y le atribuye el Crucifijo milagroso de Lucca, en Italia, y el famoso Santo Cristo de Burgos, obra de realismo impresionante y una de las primeras curiosidades de la maravillosa catedral de esa ciudad. El pueblo de Ramleh se nos presenta como un bonito cuadro oriental: una agrupación de edificios alegres, unos cuadrados cubiertos de bóvedas redondas, otros con torrecitas finas y esbeltas, todo eso bien blanqueado y brillante entre el verde oscuro de las palmeras y el azul de záfiro del cielo. Poco mas allá, sobre la falda de una colina, un cementerio; en lugar de cruz, dos piedras altas se alzan sobre cada lápida sepulcral. Después de dejar atrás la ciudad de los vivos y de los muertos, el tren se interna entre cerros rocallosos y va de curva en curva serpenteando y avanzando por cuestas y quebradas. Los vagones tienen

un sacudón tremendo; es difícil por momentos sujetarse y quedarse quieto sobre el asiento. En un fuerte vaivén una de las maletas que iban en la rejilla salta y cae sobre nosotros, felizmente cayó en las faldas de las cuatré personas que nos hallábamos juntas; así el peso, recibido por varios à la vez, no causó daño, y el accidente no pasó de un instante de susto seguido de no poca hilaridad.

Vamos ahora á orillas del torrente del Terebinto, el mismo que presenciò el combate de David y Goliath, y del cual cogió David las piedras con que armó su honda y mató al gigante.

Nos acercábamos á Jerusalén; una emoción profunda se apoderó de mí; hubiera querido que todos se callaran; la conversación me parecía una profanación; no comprendía cómo se podía seguir en esa charla ligera cuando en pocos minutos íbamos à saludar por vez primera la ciudad donde murió Jesús. Traté de no oír nada, y, los ojos fijos en el horizonte, esperé la aparición deseada.

Mientras tanto, los cerros y las colinas se sucedían unos á otros, algunos olivos cortaban con su nota gris el amarillento monótono de la tierra seca.

Un grande edificio que parece monas-

terio nos da esperanza de ver pronto algo más; la habitación de esos monjes, pensabamos, debe de ser indicio cierto de la vecindad del gran santuario. Se pierde de vista el edificio y sigue el campo árido y desierto hasta que de repente, á la vuelta de una última colina, aparece una mancha negra al lado de una torre alta y delgada, en medio de blancas construcciones. El punto negro, nos dicen, es la cúpula que se encuentra precisamente sobre el Santo Sepulcro, en un instante nuestro corazón se lanza hacia él en un impetu de amor y agradecimiento.

Al llegar á la estación se pasa por delante de una población alemana que con sus casitas pintadas de verde y azul y sus arbolitos tiesos plantados delante de sus puertas, parece una ciudad de juguete, como las que venden en cajas de madera blanca y que nos hacían tan felices cuando de niños. Este pequeño Berlín, que así se llama la población, produce un efecto discordante. El viajero que sólo se deja llevar por las impresiones de los sentidos debe comenzar á perder aquí todas sus ilusiones. A nosotros, que felizmente llevábamos en el alma pensamientos tan profundos, tan

sólidos y de tanta realidad, qué nos podía hacer la vista de la prosaica colonia? Un momento después estábamos instalados en un gran coche abierto que nos llevaba casi á todo escape á *Notre-Dame de France*. La casa que nos debía alojar es el mas grande y mejor edificio de Jerusalén; há sido edificado por los Padres de la Asunción, ayudados con las limosnas que cada año dejan los peregrinos. Este establecimiento puede alojar con comodidad á 400 personas en piezas de una ó dos camas, que poseen la cualidad mas apreciable y la menos común en Oriente, la del aseo. Para conservar el estilo piadoso y conventual, los cuartos son llamados celdas y están dedicados á alguna advocación de la Virgen ó á nombre de Santos. La nuestra, dedicada al Sagrado Corazón, era una pieza de regular tamaño, blanqueada la pared y entablado el piso; su mobiliario consistía en dos camas, dos lavatorios, un mueble para guardar ropa, una mesa y dos sillas; sobre la pared colgaba una cruz de madera lisa sin Cristo, que tenía dibujada en el centro la cruz de Jerusalén y escrito en cada lado el nombre de la ciudad, en griego y en latín. Una puerta del cuarto daba

al *diván*, gran salón de lectura y de reunión, y la otra se abría sobre un terrado con vista á la montaña de los olivos y al edificio que la corona y muestra el punto de donde Jesús se elevó al cielo. Esta montaña me fascinaba, no hubiera querido quitar los ojos de ella. Esa vez, sin embargo, no tué larga mi contemplación, la vida material nos llamaba, su voz era una gran campana que tocaba para el almuerzo.

Las mesas estaban puestas en una gran galería que hacia de comedor provisorio, el definitivo había sido, por el momento, convertido en capilla por no estar aún concluida de edificar la iglesia. En la mesa no habían lugares determinados, todos los peregrinos, tanto los que venían en primera ó en segunda clase como los de tercera, podían colocarse igualmente en una confraternidad del todo cristiana. Mas, como es natural, los amigos se buscaron y se reunieron de manera que insensiblemente se separaron las distintas clases sociales que quedaron al fin bien armonizadas en diversos grupos.

Mlle. Le Bidan de Saint Mars y yó quedamos en medio de los mismos compañeros de mesa del vapor, á los cuales

se añadieron los de la Geronnière y sus hermanas las jóvenes de Lafarge. Quién se hubiera figurado entonces que á Jean de la Geronnière, mi vecino de la izquierda, le quedaba tan poco tiempo de vida? El pobre marqués murió después repentinamente, un cuarto de hora después de bajarse de la bicicleta, que era su entretenimiento favorito.

Asistían invitados á ese primer almuerzo el cónsul general de Francia Mr. Ledoux y el famoso hermano Lievin, el hombre mas conocedor de la Tierra Santa, el guia infatigable y erudito, que pone cada año todo su saber y todo su tiempo á disposicion de las peregrinaciones.

El servicio de la mesa era hecho por los novicios, que tienen que dejar por esos dias el trabajo intelectual de sus árdulos estudios. El orden con que se hace el servicio y la expresión modesta y dulce de sus rostros juveniles los hace parecer como ángeles vestidos de religiosos y venidos á ejercer la caridad para con los viajeros.

23 de Diciembre - La tarde

LÆTATUS sum in his quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus.

Stanles erant pedes nostri, in atriis tuis, Jerusalem. Esa tarde las calles de Jerusalén resonaban con el Salmo 121. Todos los peregrinos, dirigiéndonos en procesión hácia el santo sepulcro cantábamos :

Lætatus sum: me hé alegrado por lo que se me há dicho; iremos á la casa del Señor. Nuestros piés se han posado en tus atrios, oh Jerusalén!

Los sentimientos de alegría del rey profeta revivían en nuestros corazones cuando por vez primera pisábamos las calles de la mística ciudad, y con el alma llena de contento repetíamos, después de cada versiculo: « Lætatus sum ».

Ese día se cumplían también para nosotros las palabras de Isaías « Levanta los ojos, Jerusalén, y mira á tu alrededor: todos los aquí reunidos han venido para ti; hijos tuyos han venido de lejos, é hijos tuyos se levantan á tu lado. »

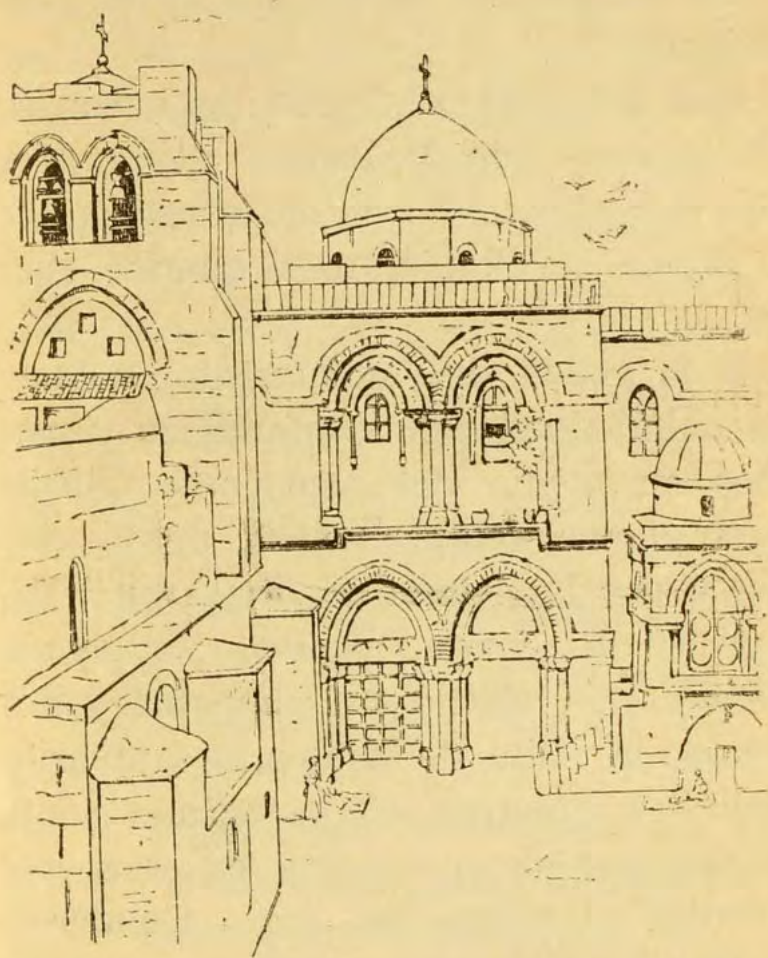
La procesión era encabezada por una gran bandera francesa que, acompañada de unos cuantos soldados turcos imponía respeto á la gente del pueblo que en gran número se agrupaba para vernos pasar.

Al Salmo sucedió el canto del Magnificat, cántico de María y cántico de acción de gracias. Después, las voces entusiastas de los peregrinos prorrumpieron en lo que se puede llamar el himno nacional de los católicos de Francia, el hermoso y noble cántico:

Oh Marie, oh Mère chérie,
Garde au coeur des Français la foi des anciens,
Entends du haut du ciel, [jours,
Le cri de la patrie,
Catholiques et français toujours.

Devant l'image de Marie
Tombe à genoux, peuple chrétien!
Et que ta bannière chérie
S'incline à ce nom trois fois saint.

Mientras tanto, nos acercábamos á la basílica; la emoción se iba apoderando de nosotros, la voz se atajaba en la garganta y las lágrimas, empañando pri-



mero los ojos, corrían lentamente por las mejillas. Momentos después esas mismas lágrimas regaban la loza del Santo Sepulcro mientras nuestros labios la besaban con ardor. En el primer contacto con la tumba de Jesús, nuestra alma se deshacía

en un inefable sentimiento de amor piadoso. Cortos fueron esos instantes, pero ello bastó para que el Santo Sepulcro, robándose para siempre nuestro corazón, se convirtiera en objeto del culto mas ferviente.

Una señal dada detrás de nosotros, indicándonos que dejáramos el lugar á otras personas, nos arrancó bruscamente de donde no hubiéramos querido movernos.

A la salida del monumento, cuando nos hallábamos algo confundidos y perdidos en medio del espacioso edificio, nuestros ojos, todavía velados por la emoción y por la penumbra, divisaron á Mr. Tournier. El joven, viniendo en ayuda nuestra, nos ofreció su compañía y nos propuso la visita de los demás santuarios interiores mientras los peregrinos continuaban por turno, de tres en tres, penetrando al templo del Santo Sepulcro.

Nos condujo primero á la capilla de los Padres franciscanos que se abre sobre la basilica, y allí pidió á uno de los religiosos que nos sirviera de guía.

No pretendo hacer descripciones que por cierto serían inferiores en exactitud y en estilo á las de otros libros de viaje

escritos por autores de gran ilustración y talento, pues estos son solo apuntes de algunas de las impresiones de la peregrinación. Hablo de cosas que tocan mas al alma que á los sentidos; de lo que se siente más que de lo que se vé.

El costado de la basilica, por donde caminábamos siguiendo al franciscano, estaba casi en completa obscuridad, la luz de un cirio que llevaba en la mano el religioso nos mostraba el camino.

Después de detenernos delante de algunos altares que recuerdan cada uno alguno de los terribles episodios de la Pasión, bajamos á una capilla de aspecto muy antiguo cuyas columnas y chapiteles parecen restos de la basilica primitiva. De ahí, bajando más todavía, se llega á una cueva oscura; es aquí, nos dijo el Padre, donde Santa Elena encontró las tres cruces. Los judíos, muerto Jesús, y queriéndose deshacer prontamente de estos instrumentos de suplicio, cuyo contacto los hubiera manchado, los echaron en esa caverna que se hallaba á un paso del calvario. Allí quedaron las cruces ocultas y perdidas hasta que la madre de Constantino se propuso recobrar las preciosas reliquias y dar grandioso culto

á los lugares santos. Se sabe cómo, por medio de un milagro, la curación de un paralítico, se descubrió cuál de las tres cruces era la de Nuestro Señor. Siguiendo adelante, y dando la vuelta á la basilica, encontramos una escalerita de piedra, muy estrecha y de gradas altas y dispares; es la subida al Calvario propiamente dicho.

La emoción con que se vé por primera vez este lugar no permite observar con calma ni su disposición ni su ornamentación; todos los detalles desaparecen ante la idea de los sucesos ocurridos allí, allí mismo. Siguiendo el impulso del alma, el cuerpo no atina mas que á echarse al suelo para besar la tierra regada con la sangre del Salvador. « Aquí, nos dijeron, fué donde extendieron el cuerpo de Jesús y lo clavaron de piés y manos sobre la cruz. Un poco mas allá: Aquí fué elevada la cruz y plantada en este hoyo que véis todo recubierto de plata. La grieta de la roca que podéis palpar y sondear con la mano es una de las rasgaduras producida por el temblor que estremeció la tierra en el momento de la muerte del Señor. El pequeño altar pue véis entre el del Cal

vario y el de la crucificación es, el de Nuestra Señora de los Dolores. Allí estaba la Virgen María cuando recibió en sus brazos el cuerpo muerto y despedazado de su divino Hijo. »

No puedo decir la impresión que en esos momentos me penetraba. Aquí, aquí mismo ha corrido la preciosa sangre, aquí un Dios ha muerto por mí! Pero lo que más me conmovía, lo que más me hacía llorar era la vista de la Dolorosa sobre el pequeño altar. El sufrimiento supremo de esa madre hizo revivir el mío y ambos parecieron unirse y hacerse uno solo dentro de mi corazón.

El llanto me ahogó, no vi nada y no oí más lo que nos explicaba nuestro guía...

A pocos pasos de la escalera que sube al Calvario y frente á la gran puerta de entrada de la basílica se encuentra la Piedra de la Unción. Es una lápida de piedra roja colocada sobre la roca donde José de Arimatia y Nicodemus unjieron con preciosos bálsamos el cuerpo del Señor. Aquí sobre esta piedra se postra el peregrino cada vez que entra y que sale de la basílica; sobre ella deposita su primer beso y ella recibe su último adios.

De la Piedra de la Unción volvimos hácia donde habíamos empezado y, encontrando la entrada del Santo Sepulcro ya mas libre, le hicimos una segunda visita.

El monumento, que ocupa el centro de una gran rotunda, se divide interiormente en dos partes muy pequeñas; la primera, llamada capilla del Angel, contiene sobre un pedestal un pedazo de la piedra que cerraba el sepulcro, sobre esa piedra estaba sentado el Angel cuando al amanecer llegaron las mujeres con los perfumes « Y se decían una á otra: Quién nos correrá la piedra de la entrada del Sepulcro? porque era muy grande. Y hé aquí que se sintió un grán temblor, pues un Angel del Señor bajó del cielo, y acercándose, echó á un lado la piedra y se sentó encima. Su rostro era como un relámpago y su vestidura como la nieve ».

De la capilla del Angel se pasa por una pequeña abertura en forma de arco á la segunda cámara que es el Sepulcro mismo. Todo está cubierto de relieves de mármoles, de plata y de oro; las luces de las lámparas de colores y las de los cirios brillan por todos lados, el aire está

impregnado de incienso y la piedra despide un suave y penetrante aroma.

Salimos del monumento de mármol y seguimos por la rotunda hácia el punto en que un altar recuerda la aparición de Jesús á Maria Magdalena después de la resurrección. « Volviéndose hácia atrás » vió á Jesús de pié; ella no sabía que era » Jesús. Jesús le preguntó: Mujer ¿por- » qué lloras? Ella pensando que fuera » el jardinero, le contestó: Señor, si sois » vos que lo habeis sacado, decidme » donde lo habéis puesto y yo me lo » llevaré. Jesús le dijo: Maria » Ella volviéndose, le dijo « Rabboni » (que quiere decir Maestro) etc ».

Concluyendo la vuelta entramos de nuevo en la capilla de los franciscanos. La tradición cuenta que la Santísima Virgen, después de la muerte de su divino Hijo, no quiso volver á Jerusalén, y que prefirió quedarse en la casa de campo de José de Arimatia situada á poca distancia del sepulcro, y que allí tuvo lugar la primera aparición de Jesús á su Madre.

La capilla de los franciscanos ocupa el lugar de esa casa privilegiada donde se alojó la Virgen: en ella celebran los

Padres todos sus oficios y su altar es el único que en toda la basilica conserva el Santo Sacramento. Algunos de estos religiosos, guardianes fieles y abnegados de los Santos Lugares, viven allí como incrustados á la basilica en la mayor estrechez y falta de aire. Así, á costa de sufrimientos y de sacrificios continuos, consiguen conservar lo poco que queda á los católicos de aquellos preciosos santuarios. Mas de una vez han tenido que dar su sangre y su vida en esta lucha sostenida durante varios siglos. Los griegos, armenios y rusos se han ido apoderando poco á poco de todo aquello sin hallar mas resistencia que la de esos pobres y humildes frailes que á nombre de la Iglesia defienden palmo á palmo cada pedazo del terreno sagrado.

Ya era tarde, la oscuridad se pronunciaba más y más dentro del extraño edificio, era preciso retirarse ántes que echaran llave á la puerta y nos dejaran ahí encerrados hasta el día siguiente.

El derecho de esa llave pertenece á una familia turca musulmana; se va heredando de padre á hijo; ellos pueden abrir y cerrar cuando quieran la única puerta de la basilica, y generalmente

usan de su derecho sin consideración alguna á los peregrinos. Toda la noche, sin embargo, se celebra algún oficio en el Santo Sepulcro; los sacerdotes de los distintos ritos se turnan en sus ceremonias; á los cantos monótonos de los griegos suceden los gritos chillones de los armenios, mas tarde se oyen los coros armoniosos de los rusos y cuando éstos concluyen empiezan los latinos (como llaman á los católicos) á celebrar el santo sacrificio de la misa.

Cuando salimos de nuevo á la plazuela, el sol se escondía detrás de las

montañas, sus últimos rayos alumbraban la punta del alto minarete vecino y el balcón que lo rodea. El *muezzin* se paseaba por ese balcón esperando que después del astro del día desapareciera su último reflejo.



Momentos después, con una voz que se oía en toda la ciudad el muezzin cantaba « Allah acbar, ackadu anna la ilaha ill allah » etc. « Dios es grande y Mahoma es su profeta; venid á la oración » Al oír esta voz que así, cinco veces al día, llama á la oración, el musulmán se purifica primero, lavándose en la fuente cercana y en seguida, de rodillas y vuelto hácia la Meca, hace como le ha mandado el muezzin.

En *Notre Dame de France* estaba pronta la cena cuando entramos; en la mesa todas las caras se veían contentas, se conocía que el corazón estaba feliz de aquel primer día de Jerusalén.

24 de Diciembre

Gran misa en el Santo Sepulcro. Los peregrinos pudimos recibir la comunión en la cámara sepulcral.

El resto de la mañana se pasó en visitar detenidamente la basílica oyendo las minuciosas explicaciones del hermano Lievin, el cual conoce la historia de cada piedra. A las doce el almuerzo, ó mas bien la comida como se dice en lenguaje conventual, y en seguida á Belén.

¿ Cómo pintar aquella partida para Belén á la una del día, con un sol radiante en el cielo, y con el alma no menos radiante de alegría? Ya llegaba el momento mas deseado, ya se iba á realizar lo que mas nos había hecho ilusión en los proyectos del viaje, la noche buena en Belén. Muchos de los pere-

grinos se fueron á pié, algunos en burros y los menos valientes como nosotros en coche. El camino desde Jerusalén hasta Belén es excelente, se extiende por colinas y suaves pendientes, y á medida que se aproxima á la pequeña ciudad va surcando por entre tierras mas fértiles. La viña, la higuera y el olivo, las mismas plantas citadas tantas veces en el Evangelio, dan ahora su fresco verdor; y á la vez que recrean la vista del viajero le hacen recordar las parábolas con que Jesús enseñaba á sus discípulos.

Un monumento con cúpula baja que vemos á la derecha nos transporta al antiguo testamento, pues es la tumba de Raquel, la esposa querida de Jacob, por la que trabajó tantos años, y que le duró tan poco después de conseguirla.

El camino estaba ese día lleno de animación: á cada momento encontrábamos á algunos de los compañeros que nos hacían alegres saludos. Los de á pié aunque cansados, parecían animosos y contentos con la idea de que seguían los pasos de María y José, cuando en esa misma hora, se dirigían á la ciudad de Belén donde tan mal iban á ser recibidos.

A los que montaban burros les corría diversa suerte; unos eran llevados ligero y con comodidad relativa por su bestia, otros al contrario solo la hacían andar derecho á fuerza de chicotazos y de gritos.

Después de andar por algunas callejuelas sucias y mal pavimentadas, se llega á una plaza grande delante de una extraña construcción que tiene algo de fortaleza y que en realidad es una agrupación de conventos y de iglesias. La plaza estaba llena de gente que con sus bonitos trajes de vistosas telas hacían el efecto mas pintoresco. Los terrados, las ventanas de las casas y los balcones de los minaretes estaban también apretados de esa misma gente tan engalanada y con aire tan de fiesta. Se esperaba la llegada del patriarca, que todos los años hace la víspera de Navidad su entrada solemne á la Basílica de Belén.

Ese pueblo que esperaba con impaciencia el desfile de los grandes personajes de Jerusalén, no se figuraba por cierto, que presentaba él mismo un espectáculo encantador y mucho mas interesante que el de la solemne procesión.

Sobre los tejados planos de las casas

blanqueadas y con un fondo de cielo azul surcado de nubes luminosas, se destacaban maravillosamente los vestidos y turbantes de colores vivos de los hombres, y los velos blancos de las mujeres. Qué alegre, qué lindo estaba Belén! Con qué entusiasmo celebraba el nacimiento del Mesias acontecido allí hace cerca de mil novecientos años!

Agachándonos entramos por la pequeña puerta del convento, y después de atravesar pasadizos, vestibulos é iglesias encontramos la escalera que baja á la gruta de la Natividad.

No intento hacer la descripción de estos edificios porque no los comprendí; todo el interés está allí en la pequeña gruta donde fué dado al mundo su Salvador. En la gruta hay dos cavidades; en una de ellas, en el suelo, se ve una estrella de plata con estas palabras al rededor: « Hic de virgine Maria Jesus-Christus natus est » Quince lámparas arden dia y noche, las paredes están cubiertas de mosaicos del tiempo de las cruzadas. El otro hueco es el pesebre; allí se ve el lugar donde María acostó á su hijito recién nacido, adorado luego después por los pastores. ¡Qué feliz fué el rato que

pasé allí postrada en el rincón obscuro del pesebre! A esa hora la gruta estaba sola, la gente esperaba todavía al patriarca y al cónsul francés.

Después de una larga y tranquila visita á la gruta salí con Mlle de Saint Mars y otra joven peregrina, Mlle de Bournet, que me había pedido la permitiera quedarse con nosotros durante la estadia en Belén. Carolina de Bournet, hija del marqués Delamet de Bournet era una interesante niña, alta, rubia, de porte noble y de semblante dulce y tranquilo. Sus ojos azules tenían una mirada vaga y había algo como de extático en la expresión de su pálido y hermoso rostro. Venía sola en la peregrinación; hablaba poco y parecía huir la compañía de las demás peregrinas que curiosas hubieran querido saber su historia.

A la salida de la Basílica nos juntamos con el abate Michel y con él nos fuimos en busca del convento de las Carmelitas.

El guía que nos habían proporcionado no nos inspiraba confianza, nos llevaba por callejuelas tortuosas y vericuetos imposibles; las gentes á quienes preguntábamos por el convento no nos com-

predían, al fin una mujer joven que pasaba se interesó por nosotros y nos puso en buen camino. Antes de seguir adelante nos detuvimos á examinar esta mujer, tipo perfecto de Belenita. ¡ Que hermosa y que simpática era! sus ojos eran grandes y negros, su nariz era aguileña y algo larga, sus labios se abrían en una alegre risa y dejaban ver dos hileras de dientes blanquísimos. Su traje era elegante, llevaba una túnica listada de varios colores, una chaqueta azul bordada de oro y un velo blanco con franjas de seda de color, que caía con graciosos pliegues hasta poco mas abajo de la cintura. Tenía en sus brazos un bonito niño que como ella nos sonreía amistosamente. Acaricié con ternura al gracioso chico que al mismo tiempo que me recordaba al pequeño Jesús en brazos de María, me hacía también pensar en los míos que quedaban en casa.

La Belenita, agradecida de las muestras de admiración que hacíamos á su hijo, no se contentó con indicarnos el buen camino; quiso también acompañarnos hasta dejarnos á vista del convento tan difícil de encontrar.

La subida al convento fué larga y

penosa, pero el gusto que tuvimos al hallarnos con la bendición del Santísimo Sacramento en la preciosa capilla nueva y la interesante conversación con las monjas en el locutorio nos hizo olvidar la fatiga. Volvimos los cuatro llenos de contento, hablando de cosas de Dios; el abate Michel venía entusiasmado de la linda capilla y de la devoción que ella le había inspirado y Carolina, cosa rara, conversaba con animación.

Los Padres franciscanos dieron la comida y alojaron á todos los peregrinos que cupieron en su convento; los demás peregrinos se repartieron en otros monasterios. Nosotras quedamos colocadas en una pieza dentro del gran edificio y al lado de la Basilica. A las once empezaron los maitines solemnes en la iglesia de Santa Catalina; concluidos los maitines, sigue la gran misa de media noche y, como á las dos de la mañana, el patriarca y toda su comitiva llevan en procesión un Niño Jesús y lo colocan en el lugar mismo del pesebre.

Nosotros preferimos irnos desde temprano á la gruta misma y esperar allí la hora bendita en que por aquella noche igual á ésta había nacido el Salvador.

Poco á poco la gruta fué llenándose hasta quedar completamente apretada de gente. A las doce empezó la misa en el altar de los Reyes Magos, altar que pertenece á los latinos y que se encuentra en la misma cavidad que el pesebre. Todos tuvimos el gusto de comulgar en esta misa, pero como la apretura era tan grande, nos retiramos en seguida á la gruta de San Jerónimo, que es la mas espaciosa de la serie de grutas que se comunican unas con otras y con la de Natividad.

En esa gruta fué donde San Jerónimo pasó los últimos años de su vida; allí hizo su gran trabajo de la traducción de la Biblia y desde allí escribió sus famosas cartas á los amigos que había dejado en Occidente y que no había podido, á pesar de su elocuencia, conquistar para la vida cenobítica.

En un monasterio á poca distancia del Santuario de la Natividad, Paula con su hija Eustochium ayudaban y sostenían al gran escritor en sus luchas, dificultades y controversias.

La noche estaba bien avanzada cuando nos retiramos á descansar, fuimos sin embargo las primeras que llegamos á

acostarnos á un cuarto completamente lleno de camas. Fue difícil dormir en tan extraño alojamiento, cuando empezábamos á conciliar el sueño la llegada de alguna de las peregrinas y su interminable charla nos despertaban.

Carolina no se acostó, cada vez que entre sueños abríamos los ojos, la veíamos de rodillas en oración, pálida y cansada, pero siempre inmóvil.

25 de Diciembre

Al amanecer estábamos de nuevo en pié para ir, según el programa, á visitar el Campo de los Pastores. La misa debía tener lugar al aire libre, en el lugar donde se encontraban los pastores cuando el ángel les anunció la nueva del nacimiento de Jesús; pero había llovido durante la noche y el tiempo amenazaba nuevos chubascos. Fué mas prudente detenerse en Beit-Sahour y decir la misa en la pequeña iglesia de este pueblo que en español se llamaría Aldea de los Pastores. Muy cerca estábamos del campo donde trasnochaban los vigilantes pastores « Y he aquí que un angel del Señor se presentó delante de ellos y una luz divina los rodeó, y fueron sobreco- gidos de un gran miedo. Pero el ángel

les dijo no temais, pues vengo á traeros una nueva que será una gran alegría para todo el pueblo etc. Al mismo instante, se juntó al ángel una tropa del ejército celestial, alabando á Dios y diciendo « Gloria á Dios en las alturas; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad ».

Pocas veces me sentí mas conmovida que en el momento en que los peregrinos entonaron el cántico de Navidad que tiene por refrán « Gloria in excelsis Deo » Pocos pudieron contener las lágrimas de emoción y nuestras voces podían apenas continuar cantando el Gloria.

El sacerdote que decía la misa, lleno de fervor y conmovido como nosotros, nos dijo después del Evangelio unas palabras tan sentidas que pusieron el colmo al encanto de esa fiesta.

Los habitantes de Beit-Sahour son todos descendientes de aquellos que vivían en tiempo del gran acontecimiento; sus costumbres son las mismas y hasta sus trajes se conservan tal como entonces.

Veíamos muchachos que conducían algunas ovejas y que iban vestidos con la túnica corta y la piel de cordero al

hombro, exactamente como debían andar los pastores llamados por los ángeles. Oíamos el canto del gallo y nos acordábamos de nuestra infancia de Chile, de la Pascua y Noche Buena.

¡ Qué poesía la de aquella mañana! ¿ Cómo expresar el goce tan puro de ese conjunto de grandes recuerdos de sentimientos tiernos y místicos, en un lugar precioso y en medio de una naturaleza encantadora?

Volvimos á Belén por el mismo camino rústico y bastante escabroso por donde habíamos ido; las nubes se hacían mas densas, pero felizmente el agua no caía todavía.

En la gruta de la Natividad las misas no cesaban, se decían sin interrupción desde las doce de la noche y seguirían diciéndose hasta la tarde de ese día. Solo un momento tuvimos para despedirnos de la gruta y del pesebre; ya todos tomaban el camino de Jerusalén y tuvimos que hacer lo mismo.

El aguacero que se preparaba desde la noche se desató entonces con una fuerza extraordinaria; con esa agua que caía á chorros y que empapaba el selou nadie quería volver á pié. Los coches

se llenaban en un instante y fué difícil conseguir asiento en ellos. Como siempre, en los momentos de apuro, apareció Mr. Tournier á prestarnos sus servicios y ayudarnos y acompañarnos hasta que quedamos de nuevo sanas y salvas en *Notre Dame de France en Jerusalén*.

Una visita, por la tarde, al Santo Sepulcro y la bendición del Santísimo en la Capilla de la Aparición á la Virgen completaron ese tan hermoso día de Pascua.

26 de Diciembre

La iglesia celebra hoy al primer Testigo de la verdad de su fé, al Santo diácono Esteban. Desde temprano se trasladó la peregrinación á la iglesia de los Padres Dominicos, que poseen el lugar mismo donde el Santo recibió la palma de su glorioso martirio.

Los Hechos de los Apóstoles refieren con la sencillez sublime del Nuevo Testamento esa muerte tan preciosa. « En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y fortaleza, hacía prodigios y grandes milagros en medio del pueblo. Mas algunos de la sinagoga que era llamada de los Libertos y de la de los Cyreneos y de los Alejandrinos, y gentes de la Cilicia y del Asia se levantaron contra Esteban, disputaron con él y no podían resistir á

la sabiduría y al Espíritu que en él se hallaba. Habiendo oído su discurso, sus corazones se secaron de rabia y rechinaban de dientes contra él. Mas Esteban estando lleno del Espíritu Santo, y mirando al cielo, vió la gloria de Dios y á Jesús de pie á la derecha de Dios. Y dijo « Veo los cielos abiertos y el Hijo del Hombre de pié á la derecha de Dios. Mas ellos, exclamando con grandes voces, se taparon los oídos y se echaron con ímpetu todos juntos sobre él. Y arrastrándolo fuera de la ciudad, lo lapidaban. Y los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un adolescente llamado Saulo. Y lapidaban á Esteban que rogaba y decía « Señor Jesús recibid mi espíritu ». Poniéndose de rodillas, exclamó con voz fuerte y dijo. “ Señor no les imputéis este pecado. „ Y habiendo dicho esto se durmió en el Señor. »

Las reflexiones que el abate Michel hizo, en un sermón improvisado, sobre la epístola que acabamos de leer fueron tan oportunas y tan prácticas que los oyentes llenos de fervor nos creíamos en ese momento dispuestos á recibir todos los sufrimientos por tal de ver un dia, como el mártir, abierto el cielo y divisar en

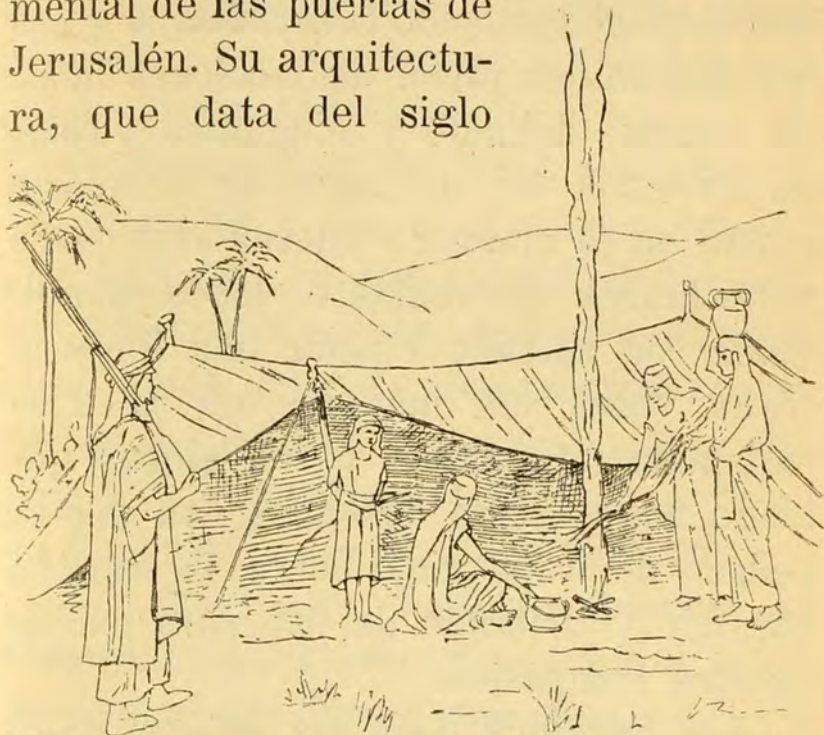
él á Nuestro Señor Jesús á la diestra de su Padre.

Muy cortos nos parecieron los momentos que nos dejaron para la acción de gracias después de la comunión, y con disgusto fuimos interrumpidos en nuestro recogimiento por la voz del buen Padre Bailly que nos invitaba á pasar al refectorio á tomar una colación.

¿Porqué pasan tan pronto los ratos en que el alma goza de una felicidad toda espiritual, olvidándose de las cosas de la tierra y viendo, por decirlo así, los cielos abiertos y algo como un pequeño rayo de luz de las delicias que en él se encuentran? ¿Porqué la vida material y las necesidades del cuerpo, vienen luego á hacernos bajar á la implacable realidad?

Fuimos, pues, al desayuno de café con leche en el refectorio de los P. P. Dominicos que con gran amabilidad nos lo sirvieron. En seguida nos mostraron su colección de antigüedades y después, bajo una lluvia á cántaros, nos condujeron por escombros y excavaciones. Allí, hace poco años, se descubrieron los cimientos de la gran Basilica construida por la emperatriz Eudocia para honrar el lugar del martirio de San Esteban.

El convento y terreno de los Dominicos se halla como *Notre Dame de France* al lado exterior de las murallas de la ciudad y muy cerca de la puerta de Damasco, la más hermosa y monumental de las puertas de Jerusalén. Su arquitectura, que data del siglo



XVI es una buena muestra de aquella época; sus torreones almenados son imponentes.

En un espacio de tierra entre la puerta de Damasco y el camino carretero que va paralelo á las murallas, se veía un campamento de beduinos. Un grupo de carpas negras de las que salía una pequeña humareda, algunas mujeres sucias y andrajosas, niños poco menos que des-

nudos y perros escuálidos mostrando todas sus costillas, era lo que formaba esa extraña y miserable instalación.

Cuando esos infelices nos veían pasar, corrían al camino á pedirnos con tono lastimero el apetecido *bakschish*. A veces era una mujer joven de facciones finas, de cuerpo delgado y elegantes formas que, vestida de un saco de tela azul sujeto en la cintura y adornado el cuello y los brazos de cuentas de todos colores, venía con su niño á pedir una limosna. Otras veces las mayores de la tribu mandaban al camino á los chicos que luego nos seguían desnudos, con solo un pedazo de trapo viejo sobre la espalda, llorando y tiritando de frío para excitar nuestra compasión.

Los beduinos nómades existen desde tiempo inmemorial, el Cantar de los Cantares habla de las tiendas negras de Kedar. El tejido de las carpas es hecho por las mujeres de los beduinos; lo fabrican con pelos de cabra negra que dan gran solidez y resistencia al agua. Cuando esa gente movediza quiere cambiar de región, levanta sus carpas, las enrolla, las pone sobre los camellos junto á las mujeres y á los niños, y así

con facilidad transporta sus habitaciones. En estos mendigos saparrastreros no podía imaginarme al árabe del desierto, guerrero terrible al mismo tiempo que hombre leal y hospitalario, amigo de las letras y apasionado por la poesía, como lo pintan los cuentos y las obras que sobre ellos se han escrito.

Dejamos atrás las tiendas negras de los beduinos y en diez minutos estábamos de vuelta en *Notre Dame de France*. Nos esperaba el primer correo de Europa. ¡Qué gusto para los que recibían largas cartas de personas queridas! ¡Que pena para los que deseosos esperaban noticias de los suyos y nada, nada llegaba!

Los diarios en cambio circulaban en abundancia; los que más se veían sobre las mesas del *divan* eran *La Croix* y el *Pelérin*. Los peregrinos ávidos devoraban sus columnas que les hablaban de la patria lejana.

27 de Diciembre

Es el día de San Juan Evangelista, el discípulo amado de Jesús que después de haber reclinado su cabeza dulcemente sobre el pecho, lo siguió á Gethsemani y más tarde hasta el Calvario. Todo esto pasó aquí en Jerusalén.

¡ Cuántas piadosas emociones inspira este pensamiento! No lejos de nuestra habitación tenía lugar la escena tierna del cenáculo y mas cerca todavía se había pasado la del calvario: « Juan, he ahí á tu Madre » había dicho Jesús al morir, y con esas palabras confiaba al más joven y al mismo tiempo al más puro y más amante de sus apóstoles, su más precioso tesoro, su Madre Santísima.

Debíamos tener la misa en un local próximo al Cenáculo, pues el decirla

dentro del edificio no es posible, mas la lluvia que caía á torrentes no lo permitió y nos tuvimos que quedar en la capilla de *Notre Dame de France*.

En recuerdo de la juventud de San Juan, el menor de edad de todos los sacerdotes peregrinos, fué elegido para que celebrara la misa cantada. Este honor cayó sobre el abate Chardavoine, joven inteligente y trabajador que después de ocuparse algún tiempo en la dirección de los periódicos de la *Bonne Presse* ha tomado hace poco el hábito de los Agustinos de la Asunción.

Después de la misa, un grupo de valientes quiso, á pesar de la lluvia, llevar á cabo el programa del día y hacer la visita al Cenáculo. Nosotros, que el entusiasmo nos hacía intrépidos, éramos de la partida. Nos lanzamos pues por aquellas callejuelas convertidas en torrentes, nuestros vestidos levantados á la francesa sin mitiquería, nuestros paraguas sobre la cabeza chorreando agua por todos lados, y así caminábamos ligero y alegremente, divirtiendonos con las aventuras y dificultades de la expedición. Poco pude darme cuenta del camino que conduce al Cenáculo y del aspecto exterior del

edificio y de la mezquita que lo ocupa; solo recuerdo que después de atravesar un patio convertido por entonces en laguna, penetramos por una pequeña puerta á una gran sala que parecía una capilla alta, de ogivas góticas sostenidas por gruesas columnas. En el centro, una reja de madera con tapices forma como un cuartito separado de los demás.

La arquitectura no parece anterior al siglo XVI, ningún vestigio queda de la *sala grande adornada* de que habla el Evangelio. Ahora es una triste mezquita y los musulmanes veneran allí la tumba de David.

Cuando todos estuvimos dentro, el hermano Lievin dijo con su tono solemne: «Este es el lugar donde Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento de la Eucaristía». Al oír estas palabras, la capilla gótica con sus ogivas, la sucia mezquita con sus turcos insolentes, el grupo postrado de peregrinos, todo desapareció para mí. Cerré los ojos y vi con el espíritu la sala grande y hermosa, la mesa de la cena y, en medio de esa mesa, á Jesús Nuestro Señor. Me eché de rodillas al suelo y no pude contener las lágrimas de la mas profunda emo-

ción. ¿Qué me importaba la larga relación que hacía el sabio guía de las vicisitudes porque había pasado el edificio? Sus murallas habían sido más de una vez reconstruidas, sus dueños habían sido diversos, no quedaba quizá una piedra ni un terrón de tierra de la época que nos interesaba. ¿Qué me importaba toda su historia? Lo que sabía era que allí había sido instituido el Sacramento de amor, el Sacramento que es la fuerza de los débiles, el consueño de los que sufren; lo que da la vida al alma en una palabra !...

Cincuenta días más tarde, el Espíritu Santo bajaba allí también y transformaba á los Apóstoles, de hombres tímidos é ignorantes en prodigios de ciencia y de valor, capaces de regenerar el mundo difundiendo la religión del Crucificado.

Apenas el hermano Lievin hubo concluido su discurso de explicación, los turcos cuidadores de la mezquita, que esperaban impacientes que cesara de hablar, empezaron con voces fuertes y ademanes bruscos á hacernos sentir que era tiempo de retirarnos.

La realidad se presenta entonces desgarradora. Ese recinto que quisiéramos

se conservara como un relicario, como un lugar sagrado donde no se oyera más que la oración del sacerdote en el sacrificio de la misa y las palabras de la consagración allí enseñadas, se encuentra ahora en poder de gente grosera que lo profana y lo explota. Ningún cristiano puede entrar al Cenáculo sin que antes haya convenido con uno de los ávidos guardianes el precio de la visita; el tiempo que ella dure queda al capricho de esos hombres mas dispuestos á recibir *bakschishes* que á complacer en lo menor á un cristiano.

Al ver todo esto, las lágrimas de devoción se convierten en lágrimas de dolor. Me alejé de allí realmente con el corazón oprimido.

El Cenáculo, que se encuentra en el monte Sion, queda fuera de Jerusalén. Para volver á la ciudad se entra por la Puerta de David, y luego se llega al barrio de los Armenios, el de los grandes y hermosos jardines y edificios. Entramos á la iglesia de Santiago el Mayor, que es talvez la mejor que ellos poseen; es vasta y está ricamente adornada de pinturas valiosas y de ricas lámparas que cuelgan en todas direcciones. A la

izquierda una capillita muestra el lugar donde el Apóstol Santiago fué degollado. La pintura debajo del altar representa la cabeza cortada del Santo; y señala el punto preciso de su martirio.

Al encontrarme en ese Santuario mi pensamiento voló hácia la tierra y la ciudad que tan lejos, tan lejos tiene al Apóstol Santiago por patrón. En el momento me transporté á mi patria siempre querida y olvidando todo lo demás me puse á rezar y á implorar al Apóstol por la ciudad de Santiago, por Chile. Los demás compañeros siguieron visitando todas las curiosidades de la iglesia armenia; yo me quedé mientras tanto en la capillita obscura, delante de la imagen del Santo degollado, siempre pensando y rezando por mi país y por mis paisanos.

La lluvia seguía cayendo pareja, sin cesar un momento y mojándonos sin compasión. Llegamos á la hospedería empapados de piés á cabeza, y derecho nos fuimos á cambiar ropa. Las buenas hermanas de San José que habían previsto el estado en que debíamos llegar, nos tenían preparadas grandes teteras con infusión de manzanilla bien caliente y braseros con fuego ardiendo para que

nos calentáramos y evitáramos un resfriado que habría podido tener malas consecuencias.

Las hermanas de San José son las que están á cargo del hospital de San Luis que se halla contiguo á *Notre Dame de France*.

El fundador del hospital, el conde de Piellat, ha consagrado su fortuna y su vida á esta obra de misericordia. Vive en un modesto cuartito de su hospital y se ocupa de los enfermos y de los peregrinos á quienes presta muchos servicios por el conocimiento que tiene del país, de sus costumbres y de su idioma. En todas las excursiones á caballo el señor de Piellat, jinete eximio, va á la cabeza de la comitiva dirigiéndola, ayudándola y ocupándose en ver que todos vayan bien montados y que nada les falte. Con un pañuelo de seda puesto sobre la cabeza al uso del país y la capa azul obscura en forma de dalmática, el Sr. de Piellat parece un árabe de nacimiento.

El hospital de San Luis, como decía, está á cargo de las hermanas de San José; estas mismas monjas hacen la comida para los peregrinos de *Notre Dame de*

France, hacen el servicio de las piezas y están para todo lo que se ofrezca.

Si alguno de los viajeros se enferma lo llevan al mismo hospital, donde tienen piezas cómodas y separadas completamente de las salas comunes; allí encuentra médico, remedios y solícitos cuidados.

Entre las religiosas, la hermana Josefina se distingue por su bondad y caridad infatigables; se hace querer de todos y su nombre es bien conocido ya en los anales de las peregrinaciones. A ella se debe el invento y la fabricación de la infusión que llaman *camomilla*, pero que es una mezcla de varias plantas aromáticas, que después de cogidas pone un rato sobre el Santo Sepulcro, y las guarda en seguida para convertirlas en una bebida reconfortante y eficaz contra todos los males.

Tipo cumplido de la caridad, *sœur camomille* no come ni duerme por atender á los demás; siempre alegre, risueña y habladora, recibe á cada uno con afabilidad y cariño; al mismo tiempo que buenas palabras, dispensa remedios y tisanas á los que están indispuestos ó cansados y copitas de fino licor á los amigos privilegiados.

Se cuentan prodigios hechos por Sor Josefina, cosas que rayan en milagros, y no es extraño, pues tiene, á mas de su caridad, la fé que levanta montañas.

Después de cada comida el P. Bailly acostumbraba subir á un pequeño púlpito en el centro del refectorio y anunciar el programa del día y hacer las advertencias y recomendaciones necesarias. En la comida de las doce de ese día felicitó á los valientes de la mañana y los comparó á los soldados de Napoleón que habían atravesado el Beresina. « Podreis decir, añadió, cuando se hable de esta excursión: ¡ Yo era uno de ellos! »

En la tarde los peregrinos asistieron á una fiesta que para ellos tenían preparada las hermanas de la Caridad. Cantos, diálogos y discursos recitados por niñas; estas fiestas son siempre las mismas en todas partes. Lo calculamos y nos dispensamos de asistir á la reunión, donde debían encontrarse grandes personajes como el patriarca Monseñor Piavi y el cónsul general de Francia. En vez del camino de la escuela, mi compañera y yo tomamos el del Santo Sepulcro donde pudimos quedarnos un buen rato con toda tranquilidad.

A las 4 de la tarde tiene lugar allí todos los días una procesión encabezada por los P.P. franciscanos y seguida por los fieles que, como los P. P. llevan un cirio muy pequeño que solo dura el tiempo de la procesión, y sirve para alumbrar el obscuro camino. La procesión sale de la capilla de la Aparición á la Virgen, va recorriendo uno por uno los diversos santuarios de la Basilica hasta que vuelve á la misma capilla donde se da, para concluir, la bendición del Santísimo Sacramento. Los cánticos son hermosos, melancólicos y apropiados á cada lugar que se va visitando; así, por ejemplo, al llegar á la capilla de Santa Elena, se canta « Salve, única esperanza, Cruz descubierta aquí por Santa Elena » etc.

En el altar de la Crucifixación : « *Aquí* han perforado mis manos y mis piés y han contado todos mis huesos. » En el lugar donde levantaron la cruz : « *Aquí*, el vinagre, la hiel, la caña, los escupos, los clavos, la lanza han herido á la dulce víctima; la sangre y el agua corren: la tierra, la mar, el cielo, el mundo son purificados. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu: y diciendo eso, aquí mismo expiró. » En el Santo Se-

pulcro : « Gloria á vos Señor, resucitado de entre los muertos, con el Padre y el Espiritu Santo, por los siglos de los siglos. »

« *Aquí* el ángel dijo á las mujeres : No temáis, Jesús de Nazaret el crucificado, ha resucitado, no está aquí, éste es el lugar donde lo habian puesto. »

Yendo hácia donde el Cristo apareció á Maria Magdalena el cántico dice « Valiente Magdalena se está al pié de la cruz ; ansiosa se queda en el sepulcro sin temor á las amenazas de los guardias : el amor echa afuera el temor ».

« Ella busca al Cristo que amó tanto y que ungió mientras vivía con un precioso bálsamo, lo busca muerto para deramar sobre él sus perfumes. »

Cuando se ha concluido en la capilla de la Virgen después de las letanias, se canta ; « Alégrate Virgen Madre de Cristo, el que habeis visto condenado, ha resucitado como lo dijo, etc. »

He tomado solo uno que otro de los versículos de esos himnos que son largos y que se cantan todo el tiempo que dura la procesión, los fieles se unen á los cánticos llevando para eso un libro que se recibe al empezar, junto con el pe-

queño cirio, y que se devuelve cuando todo ha concluido.

Delante de cada altar se puede ganar una indulgencia plenaria mediante el rezo de un Padre Nuestro y Ave María, no sólo durante la procesión, sinó que á cualquier hora y en todos los días del año.

Cuando ya, pasadas las cinco y casi de noche, llegamos á *Notre Dame de France*, encontramos á los compañeros reunidos en el *divan* escuchando atentos una conferencia del P. Germer, el sabio arqueólogo y superior del noviciado de la Asunción, sobre el Santo Sepulcro.

Reduciendo á pocas palabras lo que él explicaba de una manera muy clara y detallada, hé aquí la historia: La Basílica del Santo Sepulcro, edificada por Constantino, fué una de las glorias del arte cristiano; cubría al mismo tiempo los lugares santificados por la muerte, la sepultura y la resurrección del Salvador, el Gólgota y el Santo Sepulcro. En el año 604 fué casi completamente destruida por Chosroës, rey de Persia que se apoderó de Jerusalén.

Modesto, patriarca de Jerusalén en tiempo del emperador Heraclio, elevó en medio de las ruinas cuatro pequeñas

iglesias; la *Anastasia*, ó iglesia de la resurrección, sobre el Santo Sepulcro; la iglesia del *Gólgota* en el lugar de la crucifixión; la iglesia de la *Invención de la Santa Cruz* en el lugar donde fué encontrada la preciosa reliquia por Santa Elena y la de la Santísima Virgen cerca de la piedra de la Unción.

Estos cuatro santuarios fueron de nuevo reunidos en uno por los cruzados. No se puede esperar encontrar en esa construcción la pureza de estilo y la unidad de plan que caracteriza á nuestras grandes iglesias.

La posición misma de los lugares que había que conservar y cubrir, y las vicisitudes del monumento, explican la irregularidad del conjunto y la variedad de aspecto de las diversas partes. Algunos trozos de murallas remontan á la época de Constantino; las partes bajas y los pilares recuerdan el estilo bizantino, el pórtico y las ventanas son de estilo gótico.

La gran cúpula que cubría el Santo Sepulcro fué destruida por un incendio en 1808. Los griegos se apuraron á reconstruirla y aprovecharon la ocasión cuando Napoleón hubo de desentenderse

del Oriente, para tomarse los derechos que de siglos atrás tenían los latinos sobre el Santo Sepulcro. En 1862 esa cúpula amenazaba caerse y fué entonces reconstruida á costo común por Francia, Rusia y la Turquía.

La Francia representa allí los intereses de los católicos latinos, opuestos generalmente á los de los rusos, ello es causa de continuos choques entre los representantes de esas dos naciones hoy amigas.

28 de Diciembre

El programa para este día era interesantísimo; debíamos tener la misa en la gruta de Getsemaní y recorrer después el huerto de los Olivos, el valle de Josafat y todo lo que lo rodea. Para la tarde estaba anunciada la visita á la explanada del Templo con sus mezquitas y otros monumentos.

La realización de este programa sobrepasó en interés á todo lo que nos habíamos imaginado. Fué aquel un día verdaderamente magnífico.

El tiempo se había compuesto; el cielo había tomado su serenidad de antes; el suelo se secaba con la misma prontitud con que En el día anterior se había convertido en laguna; todo nos facilitaba las

grandes excursiones y largas caminatas organizadas.

Salimos como á las 7 de la mañana, y tomando el camino que conduce á la puerta de Damasco, seguimos por afuera la direcciónde las murallas; torcimos con ellas hácia el sur y nos encontramos delante de una prolongada y sinuosa quebrada, que no es otra cosa el valle de Josafát. Bajamos una áspera pendiente; atravesamos sin detenernos por entre tumbas y escombros de piedras, y del otro lado del profundo valle y del seco Cedrón, subimos de nuevo por rudo camino. A la pasada vimos una capilla de aspecto antiguo y de puerta gótica; es la tumba de la Virgen. Está cerrada, sus dueños los armenios no-unidos poseen todo derecho sobre ese precioso santuario y tenemos que pasar por delante sin ver más que las ogivas exteriores del pequeño templo.

Sigamos adelante; á pocos pasos, un caminito angosto y una escalera que baja, nos conduce hasta la gruta de Getsemani.

¿Cómo podré decir todo lo que pasa por el alma cuando se penetra á esa gruta, cuando de rodillas sobre esa piedra, y con el rostro apoyado sobre la

roca, se piensa que allí Jesús des'alleció en el mas terrible tormento, en desolación y angustia atroces?

¿ Puede concebirse algo mas commovedor que una misa en la gruta de la agonía? El sacrificio allí aceptado por Jesús en medio de indecibles sufrimientos de su corazón, se consume y se completa en el sacrificio del altar; su sangre derramada en el sudor de la agonía, se ofrece de nuevo y en el mismo lugar, á Dios Padre, en expiación del pecado del hombre.

¡ Cómo no sentirse penetrado de compunción al contemplar la escena de la agonía y decirse: aquí, por mí, por rescatarme, mi Salvador sintió su corazón destrozado de dolor y su alma *triste hasta la muerte!* Este suelo que piso, esta roca que toco con mis labios han sido regados con su sangre...

Después del Evangelio, el abate Collot nos hizo, con su talento y oportunidad acostumbrada, algunas reflexiones sobre el misterio que allí recordábamos. Nos hizo notar cómo Jesús recurría á la oración para adquirir las fuerzas y el valor necesario para aceptar la voluntad de su Padre que se manifestaba en los

sufrimientos y humillaciones de toda clase que se le esperaba y que sólo concluirían con una muerte ignominiosa. De aquí debíamos sacar el ejemplo de no buscar, como lo hacemos generalmente, sólo consuelo y dulzura en nuestra oración, sinó de sacar de ella fuerzas para cumplir también nosotros con la santa voluntad en todas las formas en que ella se nos presente, deberes, sufrimientos ó humillaciones.

Después de concluida la misa fuimos conducidos al Huerto de los Olivos, que se encuentra á poca distancia de la gruta. Allí se veneran unos cuantos olivos viejísimos, retoños de los antiguos troncos que presenciaron la desolación del Señor y la traición de Judas.

A los piés de los árboles seculares, florecen rosas, jazmines y violetas. Los P.P. franciscanos, dueños del terreno sagrado, cultivan con amor el jardincito y guardan preciosamente sus productos para hacer con ellos objetos de piedad como rosarios de cuescos de aceitunas, cruces de madera de olivo é imágenes adornadas con florecitas secas.

Una reja de madera y mas afuera un *via crucis* en forma de catorce pequeñas

capillas, rodean el huerto. El desayuno fué servido en una pieza allí cerca.

Reconfortados con esta colación emprendimos la marcha hácia el valle de Josafát.

Nada mas tétrico que el aspecto del llamado valle cubierto de tumbas, que se extiende entre el monte de los Olivos y la muralla del costado Este de Jerusalén. La vista se pierde entre sepulcros, desde el suntuoso monumento de Absalón, el hijo rebelde de David, hasta la simple piedra que cubre los restos del judío y del mahometano de hoy.

La lúgubre monotonía de las tumbas es interrumpida por uno que otro olivo pequeño, raquítico, de verde desteñido. Algunas mujeres que parecen fantasmas, cubiertas de sábanas blancas, andan vagando por entre lápidas recién puestas; llevan flores á sus muertos y se las dejan empapadas con lágrimas.

Mas lejos se divisa un grupo de perros flacos y hambrientos que con furia devoran el cadáver de un caballo; nadie los perturba en su carnívoro festín, podrán satisfacer su feroz apetito y concluir con el último bocado.

La soledad y la desolación reinan

por todo. A la cabecera del triste valle se halla la capillita que contiene lo que fué el sepulcro de la Santísima Virgen.

Una antigua tradición dice que en el día del juicio, cuando todos nos encontremos en el valle de Josafát para ser juzgados, los justos se colocarán cerca de la tumba de María, mientras que los réprobos irán á la izquierda cerca de la de Absalón el rebelde.

Por lo mas hondo del valle vá el cauce del torrente Cedrón. Gracias á las fuertes lluvias de los días anteriores, corría un poco de agua por esa quebrada generalmente seca; y así, mojando nuestros labios pudimos recordar las palabras del profeta : *De torrente in via bibet*.

Por el camino escabroso que seguíamos y por entre las piedras y el agua del Cedrón que teníamos delante, había sido arrastrado y llevado á golpes y empujones Jesús nuestro Señor, cuando, atado como un criminal, era conducido desde el Huerto de los Olivos hasta el tribunal del gran sacerdote.

Aquí, como en la gruta de la Agonia, me vinieron á la memoria las admirables revelaciones de Catalina Emmerick; la gran exactitud de los lugares que ella

describe sin haber visto permite reconstituir las escenas de la pasión y verlas en los lugares mismos tal como ella en sus arrobamientos las iba dictando.

A poca distancia del Cedrón, sobre una gran altura de terreno, se eleva la gran muralla que sostiene la esplanada del Templo. Jesús, desde su camino de ignominia, veía ante él esta muralla y mas encima el inmenso Templo, orgullo de los judíos. Y ese Dios adorado con temor y espanto en el santuario del Templo, se dejaba humillar y maltratar de esa manera.

Era de noche cuando la turba de soldados y de sirvientes prendió á Jesús. A obscuras, en silencio y siguiendo los afueras de la ciudad se lo llevaron precipitadamente hasta la casa de Anás.

Nos hubiéramos quedado largo rato en nuestras reflexiones y recuerdos, pero había mucho que ver todavía, y el grupo de peregrinos se alejaba siguiendo al infatigable hermano Lievin que todo lo explicaba.

Lo seguimos también, pero á alguna distancia, prefiriendo siempre el andar tranquilamente en pequeño grupo y deseando más sentir que saber.

Vimos los sepulcros de Santiago el Menor y de Zacarías; pasamos por el monte Ofel; visitamos la piscina de Siloé y el árbol del profeta Isaías en el lugar donde fué martirizado. Estuvimos en Haceldama ó campo de sangre, el terreno comprado con los treinta dineros, precio de la vida de Jesucristo. Penetramos en varias grutas que fueron habitadas por solitarios en tiempos de la vida anacorética, cuando se poblaban los desiertos y las cavernas se convertían en moradas deliciosas para esos hombres y mujeres ávidos de penitencia y de oración.

La gruta de San Onofre está arreglada como capilla, es muy grande y constituye una verdadera habitación. Otra mas pequeña, sobre una elevación, y con un árbol frondoso á la entrada, presenta un aspecto pintoresco y casi atrayente. En la abertura está escrito en grandes letras: Tecla; ¿sería ese el nombre de su habitante? ¡Qué dulce, que tranquila sería la vida de Tecla! Deseos imposibles y extravagantes se despertaban en nosotros, deseos de otros siglos, sueños de vida solitaria en la gruta de Tecla, bajo la sombra del hermoso árbol, lejos

del mundo y cerca de Jerusalén. De allí á la Jerusalén celeste solo un paso.

Viendo así muchas cosas interesantes, fuimos insensiblemente dando vuelta á la ciudad por fuera de sus muros. Llegamos á casa después de las doce, algo cansados de tanto andar, pero muy contentos de una mañana tan bien empleada. Almorzamos, y en seguida nos dispusimos para la excursión á la explanada del Templo. Esta visita no se puede hacer cualquier día, y mucho menos puede un extranjero aventurarse solo á entrar en ese recinto sagrado para los mahometanos. Es menester tener un permiso de la autoridad y ser acompañado por un *cavass* (especie de gendarme turco).

Salimos en comitiva bien acondicionada con el permiso y la guardia competente, y guiados como de costumbre por el hermano Lievin.

Hay tres puntos que para mí tienen cierta analogía, y que me han producido una impresión parecida de entusiasmo y de admiración. Son: el Foro de Roma, la Acrópolis de Atenas y la Explanada del Templo de Jerusalén. Estos tres puntos reúnen, en el mas alto grado, los

grandes recuerdos históricos, la belleza artística y el sentimiento poético.

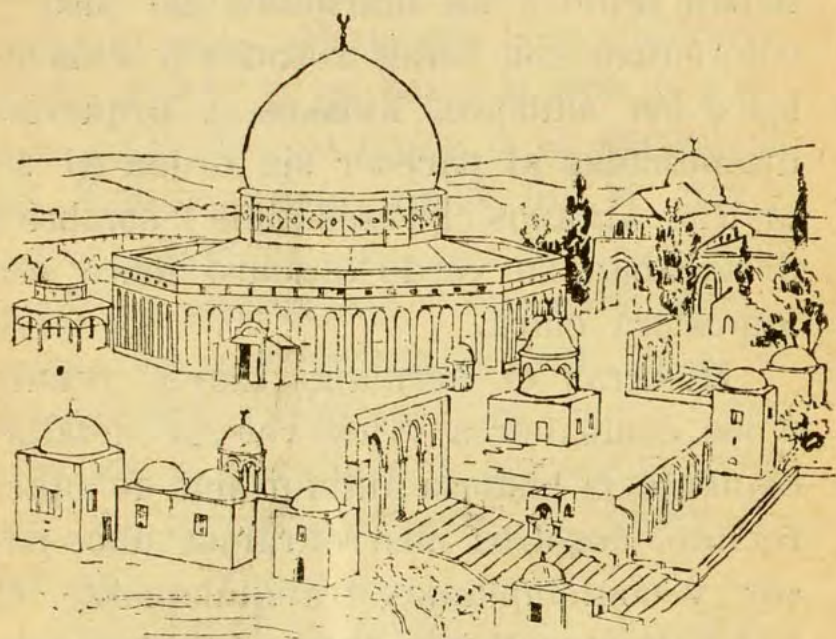
La tarde estaba despejada, algunas nubes blancas pasaban por el espacio haciendo resaltar más el azul profundo del cielo de Oriente, los reflejos del sol daban brillo á los mármoles del piso y coloreaban con tintes rosados y amarillos los edificios, kioskos y arquerías diseminadas al parecer sin orden ni simetría. Algunos cipreses altos y sombríos destacaban su verde obscuro sobre esa atmósfera clara.

Mientras el hermano Lievin reunía á los compañeros y les refería detalladamente la historia antiquísima de aquel recinto, nosotros nos retiramos unos pasos y contemplamos tranquilamente el hermoso espectáculo que en ese momento teníamos por delante.

Nos encontrábamos sobre el monte Moriah mencionado por la Santa Escritura tiempos antes de la construcción del Templo. Allí, según la tradición mas acreditada, tuvo lugar el sacrificio de Abrahám.

A David le fué ordenado ofrecer un sacrificio en el monte Moriah, mas tarde el Rey profeta quiso levantár allí mismo

un templo al Señor; mas esta gloria fué reservada á Salomón su hijo. Destruído este primer templo, Zorobabel lo reconstruyó á la vuelta del cautiverio de Babilonia, y años después Herodes lo restauró con magnificencia. Este segundo templo, san-



tificado con la presencia de Jesús, fué destruido por los romanos en la toma de Jerusalén y desde entonces se cumplió la palabra profética « No quedará piedra sobre piedra. »

Lo que teníamos ante los ojos era todo mahometano; en el centro de la inmensa plataforma, en el lugar del Santo de los Santos se levanta la mezquita de Omar, á la izquierda la mezquita El-

Aksa ocupa la parte que antes servía de habitación á las vírgenes educadas en el templo, y por consiguiente donde María vivió desde los tres años de edad, hasta el día de su matrimonio con San José.

Después de admirar bién el conjunto grandioso de esos monumentos, nos dirigimos con el grupo de peregrinos á la mezquita de Omar para visitarla detalladamente.

Antes de entrar hay necesidad absoluta de quitarse los zapatos ó de meter los piés en unas sucias chinelas que, mediante un *bakshish*, son proporcionadas y atadas al pié por muchachos árabes.

Un guardián de la mezquita, personaje importante, de noble alcurnia y de hermosa figura, abrió solemnemente la pesada puerta y vigiló la entrada de cada uno de los visitantes inspeccionándolos de piés á cabeza.

¡ Qué riqueza la de aquella construcción! Sus murallas están cubiertas de mosaicos que forman los arabescos mas variados, dibujos fantásticos de líneas en todas direcciones y de todos colores entreveradas con guirnaldas de flores. Mas arriba dá vuelta una ancha banda azul con antiguas inscripciones sacadas del

Corán; algunas de ellas niegan la divinidad de Jesucristo y el misterio de la Santísima Trinidad. Sus ventanas son hechas de pequeños vidrios de colores puestos los unos sobre los otros, produciendo así el efecto mas precioso; la luz tan fuerte de afuera es atenuada al pasar por esa superposición de vidrios y llega suave y misteriosa al interior del edificio.

En la parte central de esta construcción, que es de forma octógona, se vé una roca de 17 metros de largo por 13 de ancho y levantada del suelo como la cumbre de un cerro. Se llama la *roca sagrada*, y es el lugar donde la tradición pone el sacrificio de Abrahám y varios otros actos importantes del Antiguo testamento. Se cree también que allí sobre esa roca se hallaba el altar de los holocaustos; un pequeño canal practicado en la piedra parece haber sido hecho para dejar correr la sangre de las víctimas. A estas respetables tradiciones, los musulmanes han añadido una infinidad de leyendas extravagantes y ridículas. Según ellos, la roca sagrada se halla suspendida sin ningún apoyo sobre el abismo, el hueco que queda debajo es el pozo

de las almas, donde los muertos se reunen dos veces por semana para orar.

El profeta Mahoma había dicho: una oración cerca de esa roca vale mas que mil en otra parte. El mismo rezó, á la derecha de la roca sagrada, y desde allí fué llevado al cielo sobre el maravilloso caballo llamado Bourak; su cuerpo en esta ocasión pasó á través de la roca dejando en ella el hoyo redondo que se vé todavía. La roca quiso entonces seguir á Mahoma al cielo; pero el ángel Gabriel la sujetó, y aún se vé la señal de su mano sobre la piedra. Muchas otras cosas por el estilo se cuentan en ese edificio que, después del templo de la Meca, es el lugar más venerado de los mahometanos.

Era difícil quedarse serio al oir tanta tontería y había que hacer esfuerzos para no soltar la risa sobre los mismos turbulentos de los guardianes que no hubieran soportado esa falta de respeto.

En tiempo de los cruzados la mezquita fué convertida en iglesia catolica; sobre la gran cúpula brillaba una cruz dorada y en el centro de la inmensa rotunda, sobre la roca sagrada cubierta entonces de marmoles blancos, se ele-

vaba el altar del sacrificio del cuerpo y sangre del Cordero de Dios.

Lo que á fuerza de tantos sufrimientos se había conquistado, se perdió en seguida; la media luna vino de nuevo á echar abajo la cruz, y las impías inscripciones del Corán reemplazaron las imágenes de la Virgen y de los Santos.

La mezquita El-Aksa es una basilica de siete naves; su construcción primitiva fué [hecha por Justiniano en honor de la Presentación de la Santísima Virgen. Las tres naves del centro forman un conjunto elegante y grandioso, los capiteles de sus columnas son de hojas de acanto y de estilo bizantino.

Como en la otra mezquita, aquí, al lado de santos recuerdos se ha dado lugar á muchos absurdos; por ejemplo: dicen los mahometanos que el que no puede pasar por entre dos columnas que se encuentran muy cerca una de otra, no podrá llegar al cielo, por consiguiente los gordos no tienen esperanzas de gloria.

Al lado de la Basilica levantó su palacio Godofredo de Bouillon, el primer rey de Jerusalén. Los caballeros Templarios tuvieron su primer convento tam-

bién allí, sobre el extenso terrado del Templo de donde les vino su nombre.

Debajo de esos edificios se extienden enormes galerías subterráneas que sirvieron de caballerizas á los cruzados, y que llaman las caballerizas de Salomón. Poco había que ver en las oscuras galerías, y con gusto salimos á la luz del día y respiramos el aire puro. Las horas habían pasado ligero y ya el sol bajando hácia el ocaso se escondía tras de los cerros de la Judea.

Desde el extremo Este de la explanada del Templo la vista era magnífica. Teníamos ahí debajo, en gran profundidad, la quebrada de las tumbas, el torrente Cedrón, y dominábamos todo el valle de Josafat con sus diversos monumentos. En el frente, claro todavía con la luz del sol, se destacaba aislado el monte de los Olivos, aquel que recibió la última pisada de Jesús y que hace pensar en el cielo.

Mas lejos, los montes de Moab, oscuros y azulejos, extendían su cadena, haciendo de fondo á ese interesantísimo cuadro.

El pensamiento de la muerte se nos ofrecía en sus dos aspectos diferentes. Mirando hácia abajo no veíamos mas

que sepulcros, y penetrando en ellos con el espíritu ¡ay! ¡qué horrores se nos presentaban! Levantando en seguida la vista teníamos la montaña de la Ascensión que nos recordaba á Jesús subiendo á su reino acompañado de las almas de los justos cuyos restos yacían corrompidos y convertidos en polvo allí abajo, á nuestros piés. Acompañemos con el espíritu y el deseo á los que suben á las moradas eternas, y no nos detengamos más considerando la triste destrucción de la materia.

Parece que los mahometanos también conservan la tradición de que en el día del juicio los hombres se reunirán todos en el valle de Josafát para ser juzgados. Jesús y Mahoma se sentarán uno sobre la muralla de la Explanada del Templo, el otro sobre la montaña de los Olivos, los buenos, ayudados por los ángeles, atravesarán sin caerse por sobre el abismo, los malos mientras tanto serán arrojados á las profundidades del infierno.

Siguiendo por el mismo costado de la muralla se llega á la Puerta Dorada, por donde Jesucristo hizo su entrada triunfal á Jerusalén el día de Ramos. En otros tiempos se recordaba esta fiesta con gran

pompa; el patriarca de Jerusalén, representando á Jesús, llegaba montado en un pequeño asno y era recibido por el pueblo que, con palmas y ramos de olivo, lo aclamaba y lo acompañaba. Los turcos han murado la Puerta Dorada porque se ha dicho que por ella debe entrar un cristiano que se apoderará de Jerusalén. ¿Cuándo se realizará esta predicción? ¿Cuándo será el día en que la cruz triunfe de nuevo sobre la media luna y en que los cristianos posean lo que tanto debe interesarles? Han pasados ya los tiempos de los cruzados; los hombres no son movidos ahora ni por un sentimiento de fé sublime, ni por el deseo de la gloria; lo que los mueve es la necesidad de adquirir los medios con que sostener la vida complicada que nos ha traído el progreso material del siglo XIX.

29 de Diciembre

La misa es hoy en la capilla del *Ecce Homo*. Esta capilla es muy hermosa, está ricamente decorada, y es también tenida con exquisito esmero por las religiosas de Sión.

El arco que sostenía el balcón de Pilato y varios trozos de murallas antiguas, con sus grandes piedras desnudas, han quedado como incrustados en la construcción moderna y admirablemente combinados con la arquitectura de la capilla. Sobre el arco romano, una estatua de mármol blanco representa la figura de Cristo tal como fué presentado al pueblo en el día de su pasión.

Pilato creyó que al ver al acusado maltratado, hecho pedazos por la flagelación, los judíos se compadecerían de

él. « Ecce Homo » les dijo, y la chusma contestó « Crucificalo » *Ecce Homo*, hé aquí el hombre, el hombre de dolor, herido de piés á cabeza ; su cuerpo se estremecía hace un rato bajo el látigo del verdugo, su rostro se cubría de sangre con las espinas punzantes que se enterraban en sus sienes. ¡ Y ese hombre era Dios!

« Salid, hijos de Sión, y ved á vuestro rey que viene á vosotros coronado de espinas. » Estas palabras sirvieron de tema á la alocución que durante la misa nos hizo el Padre Edmundo.

¡ Salid, almas cristianas, salid de vuestra indiferencia al ver tanto amor! Salid de vuestras preocupaciones bajas y mezquinas, de la fría rutina en que se pasa vuestra vida. Corred hácia vuestro rey que viene hacia vosotras cubierto de la púrpura de su sangre y coronado con corona de escarnio.

¡ Dios de mi alma ! ¿ Quién no saldrá á tu encuentro con el corazón lleno de dolorosa ternura al verte en tan lastimoso estado ? ¿ Quién no desearia echarse á tus piés y adorarte profundamente para tratar de reparar en algo tanto sacrilegio contra tu persona divina ?...

Después de la misa las religiosas entonaron un cántico en forma de letanías; era una hermosa y conmovedora plegaria que todos los días esas almas puras elevan á Dios por la conversión de los hijos de Israel. El fundador de la congregación de las monjas de Sión fué el famoso Padre Ratisbonne, el judío convertido milagrosamente en Roma.

Es muy sabida la historia de esta conversión casi contemporánea. El joven Ratisbonne esperaba á un amigo, y buscando el fresco entró en la iglesia de *Sant'Andrea delle fratte*. Allí lo esperaba á él la gracia. De repente, la Virgen Santísima, la Madre de la divina gracia, se mostró á sus ojos que quedaron deslumbrados con tanta hermosura. En un instante la radiante aparición ganó el corazón del joven israelita, iluminó su espíritu y lo hizo católico ferviente. Poco después el convertido se consagró al Señor, su vida fué la de un santo. Murió cerca de Jerusalén, donde había hecho varias fundaciones para la educación de niños y niñas.

La casa contigua á la capilla del *Ecce Homo* educa á un gran número de niñas, muchas de ellas judías; su arreglo y aseo

son admirables y es grande la amabilidad de las monjas que todo nos lo mostraron y que con suma gracia y generosidad nos sirvieron un excelente desayuno.

El terrado que se extiende sobre el edificio, que es muy alto, domina á toda la ciudad y desde él se goza de una vista hermosísima.

Mas no sólo dentro de la casa y encima de ella se encuentran cosas interesantes que ver, las hay también debajo. Cuando hacían las escavaciones para los cimientos de la capilla, los trabajadores descubrieron pedazos de terreno enlozados con grandes piedras. Luego se llamó á los arqueólogos, que reconocieron en el acto en esas lozas el pavimento de las antiguas calles de Jerusalén.

La parte que allí se tenía á la vista era del *Lithostrotos*, la plaza delante del palacio de Pilato; sobre algunas de las lozas se ven las rayas de los juegos en que se entretenían los soldados romanos.

Para conservar estos preciosos vestigios, se elevó sobre ellos una espaciosa galería quedando como pavimento el mismo por donde anduvo Nuestro Señor cuando, saliendo del pretorio car-

gado de su cruz, empezó el horrible camino del Calvario.

La visita al subterráneo del convento de las monjas de Sión nos sirvió de preparación para la gran vía crucis que debíamos hacer en la tarde.

Todos los viernes del año los P. P. Franciscanos acostumbran recorrer á través de Jerusalén el camino doloroso que, siguiendo los pasos de Jesús desde el pretorio hasta el Calvario, reconstituye, por decirlo así, el terrible cortejo del martirio de Dios. Esta devoción, conmovedora en todo tiempo, lo es mucho más en el momento de la peregrinación.

A las dos de la tarde todos se reunieron en el patio del cuartel turco que ocupa lo que fué el pretorio donde Jesús oyó su condenación á muerte.

Allí, después de algunas palabras explicativas del Padre Franciscano, todos, hincados, rezan la primera estación. Los soldados turcos miran sin inmutarse las demostraciones piadosas que se hacen dentro de su cuartel convertido en santuario.

Formándose en procesión salen los fieles en gran orden de á dos en dos; y, cantando himnos á la cruz y á la pa-

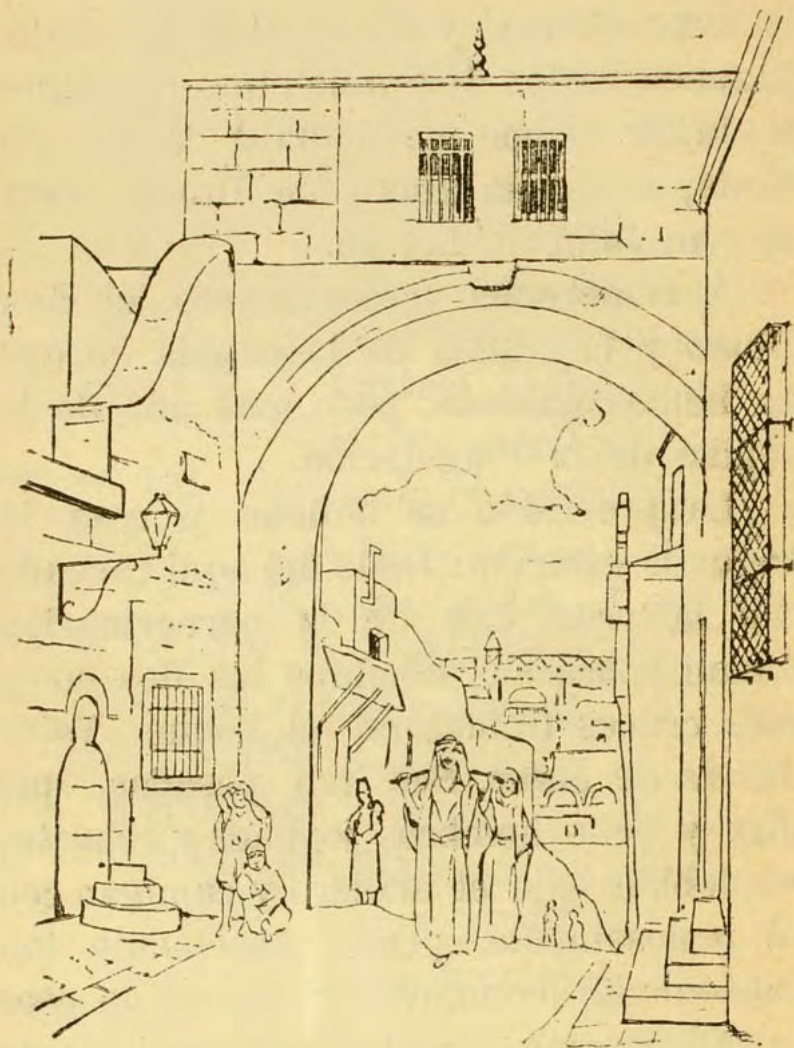
sión, empiezan la solemne marcha. Delante de nosotros se extiende la vía dolorosa, la muralla á la izquierda es la del cuartel edificado sobre las ruinas de la torre Antonia y del Pretorio de Pilato. Algunos restos de arquitectura muestran el lugar donde se hallaba la Escala Santa, venerada ahora en Roma cerca de San Juan de Letrán.

A la derecha vemos el arco del *Ecce Homo* y la cúpula de la capilla de que ya hemos hablado, poco mas allá de la capilla de la Flagelación.

La procesión se detiene y reza la segunda estación: Jesús fué aquí cargado con la cruz. Los de la peregrinación toman sobre sus hombros las dos enormes cruces traídas en el buque *Notre Dame de Salut*. Son tan pesadas, que diez y ocho hombres juvenes y robustos se doblan bajo el madero y caminan con él penosamente. ¡Que espectáculo tan noblemente conmovedor es el de esos caballeros que, con el mayor recojimiento y devoción, practican allí ese acto sublime de fé y de penitencia!

A la izquierda, en una esquina entre dos calles, un pedazo de columna muestra el lugar de la tercera estación: Jesús

cae por primera vez. Un sentimiento instintivo hace que aquí uno se eche al suelo y bese la tierra, ¿qué importa que



sea la tierra sucia de la calle? puede uno humillarse demasiado cuando considera á Nuestro Señor caído al suelo bajo el peso de la cruz?

El Salvador se acababa de levantar de su caída y empezaba con paso vacilante su dolorosa marcha, cuando la Virgen Santísima se presenta á su vista. La Madre, de una mirada vé y comprende el estado de su hijo, quiere correr hácia él, mas las fuerzas le faltan y cae como muerta en brazos de los que la acompañan.

En el lugar de este encuentro desgarrador, hay una capilla que pertenece á los armenios unidos, y que se llama el Espasmo de la Santísima Virgen. Allí se reza la cuarta estación.

A unos veinte metros del Espasmo se tuerce por una calle que vá en dirección del Calvario. En la primera casa á la izquierda, una piedra incrustada en la muralla marca la quinta estación: Simón el Cireneo ayada á Jesús á cargar la cruz.

Ya un peregrino de siglos pasados se refería á ella en estos términos que, con poca alteración, servirían en el día de hoy: « Este lugar está marcado con una piedra grande, que los peregrinos besan y veneran con mucha devoción, á pesar de estar en medio de la calle y á vista de los infieles, que á menudo

coronan su piedad con una guirnalda de injurias y de maldiciones. » Subiendo por la misma calle se llega frente á la casa de la Verónica donde se hace la sexta estación. Una capillita perteneciente á los griegos católicos venera allí á la valiente mujer que, atravesando por entre la muchedumbre, y sin dejarse detener por esos hombres convertidos en fieras, se acerca á Jesús y, llena de compasión, enjuga con un paño su rostro ensangretado. El acto caritativo de Verónica no quedó sin recompensa; sobre el lienzo se habían grabado las facciones del Señor. Esta reliquia se conserva en San Pedro de Roma y es expuesta á la veneración de los fieles el día del Viernes Santo.

Siguiendo siempre por la calle en que se encuentran las dos estaciones precedentes, se pasa bajo una bóveda obscura que une los edificios de ambos lados y se termina en la antigua Puerta Judicial. Era tradicional que los condenados á muerte pasaran por esta puerta al ir al suplicio. Nuestro Señor tuvo pues que pasar por ella.

Cuando se persuadió de que salía fuera de la ciudad que tanto había amado y que ahora lo trataba como al

mas infame de los malhechores, las fuerzas le faltaron, se sintió desfallecer y cayó de nuevo al suelo.

Delante de algunos vestigios de piedras que quedan de la Puerta Judicial se reza la septima estación, y en seguida, torciendo hácia la izquierda, se llega al lugar de la octava estación, donde Jesús consoló á las hijas de Jerusalén. Sobre la fachada de una de las casas se lee esta inscripción: « Aquí Jesús, olvidando sus propios sufrimientos, consoló á las mujeres de Jsrael que lo seguían llorando. » Jesús, volviéndose hácia ellas les dijo: « Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí, llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. » Y les anunció en seguida los días terribles del castigo que se les esperaba.

La Vía Dolorosa está aquí interrumpida por algunas construcciones, de modo que hay que volver atrás, y dar varias vueltas por callejuelas sucias llenas de inmundicias para llegar al pié del Calvario, donde se viene á hacer la novena estación: la tercera caída de Jesús.

A pesar de estar eso muy cerca del Calvario no hay entrada por allí á la Basílica y se debe andar todavía un

buen trecho hasta dar con la puerta principal de la Basílica del Santo Sepulcro.

Se entra al gran edificio y se sube la escalerita de piedra que hácia la derecha conduce al Calvario. Un rosetón en el mosaico del piso cerca del altar de la Crucifixión señala el lugar donde Nuestro Señor fué despojado de sus vestiduras, y allí se reza la décima estación.

¡Qué terrible momento para Jesús! Todo lo había sufrido, mas aquí era el colmo de la humillación verse desnudo delante de la multitud. ¡Cómo expia con esta vergüenza el desenfreno del lujo y de la inmodestia.

A pocos pasos y delante del altar se venera la undécima estación: Jesús es clavado sobre la cruz.

Como un manso cordero, el Salvador se deja extender sobre el instrumento de suplicio y entrega sus manos y sus piés que, uno tras otro fueron atravesados por clavos enormes y aferrados á la cruz. Es difícil imaginarse el sufrimiento excesivo que este martirio debió causar á Jesús; lo que se sabe es que su boca no profirió una queja y que sus ojos no

daban mas que miradas de dulzura á los verdugos que lo despedazaban.

Su Madre lo veía desde poca distancia y sentía que su corazón se despedazaba junto con el cuerpo de su hijo.

La duodécima estación está en un altar que cubre el punto donde fué plantada la cruz. Un gran crucifijo con la Virgen y San Juan de cada lado, recuerdan la escena que aquí tuvo lugar.

Tres horas pasó Jesús agonizando en ese cruel suplicio; la Madre, de pié al lado de la cruz, nada podia para aliviarlo, sufría con él y ofrecía al Padre Eterno, junto con la víctima del Calvario, su corazón maternal inmolado por los hombres. El *Fiat* de la Encarnación estuvo siempre en los labios de María; todo lo sufrió, todo lo aceptó; no tuvo mas voluntad que la de su Dios. Magdalena mientras tanto, loca de dolor se abrazaba á la cruz y trataba de alcanzar los piés de su divino Maestro para lavarlos una vez mas con sus lágrimas y enjuagarlos con sus cabellos.

Los labios del moribundo se abren; inclinémonos y oigamos lo que dice « Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. » Y poco después, volviendose á

Maria « Mujer, hé ahí á tu hijo » y mirando á Juan « Hijo, hé ahí á tu Madre. »

Cuando hubo humedecido sus labios ardientes con la hiel y el vinagre que el soldado le presentara, dijo: « Todo está consumado » y entonces con una gran voz exclamó « Padre mío entre tus manos encomiendo mi espíritu » y diciendo esto expiró.

En este instante la tierra se estremeció, las rocas del Calvario se partieron, el velo del templo se rasgó en dos partes, los muertos salieron de sus sepulturas y en el cielo el sol eclipsaba su luz en señal de duelo por la muerte del Dios creador y ordenador.

Entre el altar de la Crucificación y el de la Plantación de la Cruz se encuentra el de la Virgen de los Dolores que es el que constituye la décima tercera estación. Maria recibe en sus brazos el cuerpo de su Divino Hijo.

Allí lo estrecha contra su corazón y besa y acaricia el rostro antes tan hermoso y ahora tan desfigurado, hasta que Nicodemus y José de Arimatía le piden el sagrado cuerpo para embalsamarlo y llevarlo al sepulcro.

Se baja ahora del Calvario, y pasando

por la Piedra de la Unción se va al Santo Sepulcro donde se reza la décima cuarta y última estación: Jesús fué puesto en el sepulcro.

Mucho habíamos oído hablar de la *Via Crucis* de los viernes en Jerusalén, mas la impresión que nos produjo fué mayor que todo lo que nos habíamos imaginado. ¡ Es algo tan dolorosamente cierto y tan profundamente doloroso!

30 de Diciembre.

En el día de la semana que se ha consagrado á la Virgen era justo que la misa tuviera lugar en un santuario suyo. Nos tocó el santuario de la Concepción y del Nacimiento de María Santísima que se encuentra en la grande y hermosa iglesia de Santa Ana.

Allí se reunieron los peregrinos y con toda solemnidad se celebró una misa cantada, acompañada de un sermón del elocuente abate Collot. La iglesia, de construcción muy antigua, fué convertida por Saladino, en 1192, en escuela musulmana y más tarde fué regalada por el Sultán á la Francia, después de la guerra de Crimea.

Los Padres misioneros de Argel, llamados comunmente Padres blancos, son

los que cuidan de la iglesia de Santa Ana, y dirigen al lado un seminario para los griegos unidos del rito melquita.

Estábamos en terreno francés, la bandera tricolor se batía en la torre alegrando el corazón de los hijos de Francia; el cónsul general presidía oficialmente la ceremonia.

Desde tiempos muy atrás se venera en este sitio la Natividad de María, la casa de San Joaquín y de Santa Ana se encontraban allí, muy cerca del templo donde San Joaquín tenía que atender á sus funciones sacerdotales. Como sucedía con frecuencia en aquel tiempo, una parte del edificio era cavada en la roca y servía de piezas de habitación para los dueños de la casa. Esta cavidad es la que en forma de capilla subterránea, se vé debajo de la iglesia de Santa Ana.

Sobre el altar de la cripta, se alza ahora la esbelta figura de la Virgen de Lourdes que, con las manos puestas, la cabeza levantada y los ojos mirando al cielo parece pronta á tomar su vuelo á las regiones eternas. Su vestido y velo, blancos como la nieve, caen en sencillos pliegues; la cintura, azul como el cielo que refleja su mirada, ciñe suavemente

el delicado talle, y baja y se confunde con las rosas que florecen sobre sus piés desnudos que apenas tocan la tierra.

« Soy la inmaculada Concepción » había dicho la bellísima Señora á la niña Bernardita en la gruta de Massabielle á orillas del Gave, y es por eso que la imágen de Nuestra Señora de Lourdes ha sido colocada en el lugar de la concepción sin mancha.

La Francia, favorecida por las apariciones y por los favores extraordinarios de la Inmaculada, tiene también la suerte de poseer su santuario en Jerusalén.

Cuando hace poco se hacía la restauración de la iglesia de Santa Ana se descubrieron algunos restos de la piscina probática ó piscina Bethesda. Los padres blancos, continuando los trabajos de excavación, encontraron á una gran profundidad el agua de la antigua fuente y sobre ella las ruinas de una capillita del tiempo de los cruzados.

Ya no se ven los cinco pórticos, ni los enfermos que acudían á la famosa piscina, pero el recuerdo que de ella nos ha dejado el Evangelio reviste del mayor interés esos pocos vestigios de su existencia.

Aquí esperaba el paralítico, postrado desde hacía 38 años; nadie venía á ayudarlo á echarse al agua; mientras él lenta y penosamente se movía, otro enfermo más listo se entraba y aprovechaba del milagro del agua movida por el ángel. Jesús compadecido le dice: « Levántate, toma tu cama y anda. » Y al instante el hombre quedó sano, tomó su lecho sobre sus hombros y se puso á andar.

¿Cómo puede pasar indiferente por estos lugares el que los visita con el evangelio en la mano y la fé en el corazón? ¿Cómo no le ha de causar impresión una piedra cualquiera de aquellas construcciones que vieron cosas tan grandes?

Sí, nos parecieron hablar en el alma esos escombros. Después de bajar trabajosamente la larga y áspera gradería que conduce hasta el fondo de la cavidad, nos mojamos las manos y la cara con el agua de la piscina milagrosa.

Por la tarde de ese día, las personas eminentes de la peregrinación hicieron la visita de regla al Patriarca Monseñor Piavi. El patriarcado de Jerusalén, establecido desde los primeros siglos del Cristianismo é interrumpido durante

600 años fué restablecido en 1847 por el Papa Pio IX. — Desde ese momento el catolicismo empezó á prosperar en Jerusalén y en todos sus alrededores, y las instituciones religiosas de hombres y de mujeres se multiplicaron extraordinariamente.

En la santa vecindad del Sepulcro y del Pesebre se fundaron escuelas, asilos y hospitales. Un poco más lejos, sobre las alturas y en soledad, las almas contemplativas quisieron también reunirse alrededor de la ciudad y hacer una guardia avanzada de honor al Sepulcro del Señor. La Francia mandó lo más puro de su sangre, lo más noble de entre sus hijos é hijas: nuevos cruzados que en lugar de espada llevan el crucifijo y el rosario y que en vez de la muerte dan la vida.

La orden religiosa más antigua y más importante en Tierra Santa es la de los franciscanos, que establecidos desde los principios de su fundación en el siglo XIII, han seguido siendo, siempre en medio de los mayores desastres, los guardianes fieles de los lugares santos. El superior de los franciscanos lleva el título de Reverendísimo Padre Custodio y vive

en el convento de San Salvador en el centro de la ciudad á poca distancia de la Basilica del Santo Sepulcro. Esta dignidad está siempre á cargo de un italiano. El Padre Vicario, segundo en categoría, es siempre un francés, y el Procurador General español.

Cuenta la historia de San Francisco de Asís que, después de haber fundado la orden que en tan pocos años se llenara de hombres practicantes de las virtudes evangélicas, el santo salió con algunos de sus compañeros en un buque que se dirigia á Egipto. Desembarcó en Damietta en el mes de Junio de 1219 y ahí encontró el ejército de los cruzados en medio de divisiones intestinas que paralizaban todo el éxito de la campaña. San Francisco, haciéndose llevar á la tienda del Jefe del ejército, le aconsejó que pusiera término á las tristes disensiones, y le dió parte de una revelación que habia tenido y que amenazaba con tremendo desastre á los cruzados si no cesaban el escándalo. El humilde religioso no fué escuchado y poco después los cristianos, derrotados completamente, fueron víctima de los más crueles tratamientos.

San Francisco seguido del hermano Iluminado se puso entonces en marcha hácia el campamento enemigo. Inútiles fueron las demostraciones que se le hicieron para disuadirlo de esa loca empresa que podía costarle la vida, el Soudan, le decían, ha ofrecido una pieza de oro por cada cabeza de cristiano.

San Francisco caminaba alegremente, exclamando con el Profeta Rey. « El Señor me conduce. Yo no temeré ningún mal, ! O Dios mio ! porque Vos estais conmigo. » En el camino, viendo dos ovejas, se regocijó mucho y dijo á su compañero: « tengamos confianza en el Señor ; porque vemos el cumplimiento de esta palabra del Evangelio. « Hé aquí que os mando como ovejas en medio de los lobos. » Pocos pasos mas allá, una partida de sarracenos se echa sobre los dos religiosos indefensos y á golpes é insultos los cargan de cadenas. « Soy cristiano, gritó San Francisco, llevadme delante de vuestro soberano. Los soldados obedecen y arrastran á los religiosos hasta los piés del Melek el Kadel que con voz terrible les dice « Quien os manda y á qué venís aquí. » El santo sin conmoverse contestó: « no es un hombre, es

el Altísimo que me envía para anunciaros á vos y á vuestro pueblo la buena nueva del Evangelio ». En seguida se puso á explicar los misterios de la religión católica, habló con tanto fuego y elocuencia que el príncipe bárbaro se sintió penetrado de una emoción desconocida. Esta extraña intrepidez y esta abnegación sobrehumana que veía por vez primera, conmovía su alma y la inclinaba á la clemencia. Durante varios días escuchó con interés al Santo y llegó hasta invitarle á que se quedara con él. « Si vos y vuestro pueblo quereis convertiros á Cristo, me quedaré con vosotros. »

El Soudan no se decidió á cambiar de religión. Creyó contentar á Francisco con cuantiosos regalos, mas éste rechazó con desprecio el oro y las telas preciosas, diciendo que lo único que buscaba era la salvación de las almas.

Melek-el Kadel, lejos de creerse ofendido con esto, admiró tanta grandeza de alma y desinterés, y después de decir al santo: « Rezad por mí, á fin de que el Altísimo me haga conocer la verdadera religión », lo hizo conducir con honor al campamento de los cristianos.

Francisco viendo sus esperanzas fus-

tradas dijo á su compañero: « Salgamos de aquí, hermano, huyamos, huyamos lejos de estos bárbaros demasiado humanos para nosotros, puesto que no podemos obligarlos ni á adorar á nuestro Divino Maestro, ni á que nos persigan á nosotros que somos sus servidores. ¡ Oh Dios! ¿Cuándo mereceremos el triunfo del martirio? si hasta en los pueblos más infieles encontramos honores. Puesto que Dios no nos halla dignos de esa gloria ni de participar sus oprobios, vámonos, hermano; vamos á acabar nuestra vida en el martirio de la penitencia, ó busquemos algún lugar de la tierra donde podamos beber á largos tragos la ignominia de la Cruz. »

No se sabe con exactitud lo que hizo San Francisco después de su estadía en el campamentoo de los cruzados, pero se supone que no volvió á Italia antes de pasar á Jerusalén.

La pacífica cruzada de Francisco de Asis fué de grandes resultados, sin embargo; se puede decir que desde entonces tomó él posesión de la Tierra Santa. Su conquista fué mas durable que la de Godofredo de Bouillon. Hace siglos que los guerreros cristianos fueron destier-

rados; los hijos de Francisco allí están todavía firmes con su humildad y su fé. Dos veces degollados todos, sin que quedara uno vivo, y en seguida reemplazados por otros, allí están como centinelas infatigables, prontos siempre á deramar su sangre antes que desertar el puesto de honor que el amor incomparable de Francisco á Jesús crucificado les ha merecido.

Gracias á la constancia heroica de los franciscanos, los católicos pueden llegar todavía hasta los principales santuarios de Tierra Santa. No menos de veinte casas son servidas por ellos; casas de hospedaje para peregrinos, y hospicios y escuelas para pobres.

Mucho me hé extendido hablando de San Francisco y de su orden. Encuentro un encanto especial en todo lo que se relaciona con el Serafín de Asís. Fuera de que la historia entera de su vida es un poema de la más pura poesía, aquí en la Tierra Santa parece que uno encontrara sus huellas por todas partes, al lado de las del mismo Jesús.

Un día cayó, no sé como, en mis manos el libro de la vida de San Francisco; era en un tiempo, en que el dolor,

quitando el gusto por lecturas y distracciones frívolas, hacía que el alma anhelara algo más grande y más verdadero. Lei el libro con interés y á medida que avanzaba, aumentaba mi admiración por el héroe de la santidad.

Desde entonces, el joven rico y elegante de Asís convertido en amante de la pobreza á la cual todo sacrifica, el poeta que canta inspirado al sol, á los astros y á toda la naturaleza, el hombre que ama á Dios con locura y que llega á ser la imagen más fiel de Nuestro Señor Jesucristo, fué para mí el santo preferido, el objeto de culto y de amor.

¡ Con qué gusto visité algunos años más tarde la ciudad de Asís! Encaramada sobre un cerro escarpado y ceñido de altas murallas tal como se la veía en la edad media, toda Asís vive del recuerdo del Santo. Allí, sobre su tumba se alzan una sobre otra las góticas iglesias decoradas maravillosamente por Cimabue y Giotto, los padres de la pintura del renacimiento. Las místicas Madonas de cuello largo y dedos afilados que tanto amor inspiraban á los santos franciscanos del siglo XIII, han quedado allí sonriendo á los visitantes modernos que

poco las comprenden. La historia de San Francisco está en las paredes como un libro abierto á todos, hasta al más ignorante.

Así, el más pobre, el más humilde de los hombres ha venido á ser el más glorificado entre ellos no sólo en el cielo sino que también sobre la tierra. « Los últimos serán los primeros. »

31 de Diciembre

La excursión de la mañana es al Carmen del Pater, convento situado en el monte de los Olivos, en el lugar donde la tradición pone á Jesús enseñando el Padre Nuestro á sus discípulos.

Como la subida es larga y penosa nos aconsejaron alquiláramos burros para hacerla con menos cansancio. Montamos á la poca elegante cabalgadura y á los gritos y latigazos del *moukre*, el indispensable sirviente de estas excursiones, nos pusimos todos en marcha.

Seguimos primero el camino que, pasando delante de la puerta de Damasco llega hasta el valle de Josafát; atravesamos la gran quebrada por un sendero angosto, y empezamos á trepar la muy escarpada pendiente del monte.

Llegados á suficiente altura, nos detuvimos á contemplar la vista admirable que se extendía á nuestras espaldas. Del otro lado del Cedrón se presentaba la ciudad entera de Jerusalén encerrada en sus murallas monumentales. Las cúpulas, las torres y las blancas azoteas se apretaban unas á otras ; todo estaba cubierto de edificios de piedra y cal. Con excepción de la Explanada del Templo, ni un solo espacio se veía libre dentro del recinto amurallado ; fuera de él no había más que el campo ondulado, triste y seco, las laderas pedregosas y las tumbas del valle de Josafát. ¡ Cuántas veces desde esta altura Jesús debió de contemplar el mismo espectáculo que teníamos por delante y con qué tristeza debió de mirar á la ciudad que le iba á dar la muerte !

Nos dice el Evangelio que cuando se acercaban los días de la Pasión, lloró Jesús á la vista de la suntuosa ciudad diciéndole : « ¡ Ah ! Si tú reconocieses siquiera en este día lo que puede traerte la paz, mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán días contra ti en que tus enemigos te cercarán de trincheras y te pondrán cerco y te estrecharán por todas partes. » Y en otra ocasión, después de

amenazar á la generación perversa de los fariseos, concluía diciendo con dolor : « ! Jerusalén, Jerusalén que matas á los profetas y apedreas á los que á ti son enviados, cuantas veces quise allegar á tus hijos, como la gallina allega á sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste ! »

Cuando llegamos delante del convento nos bajamos de los burros y nos fuimos directamente á la capilla donde tuvimos la misa.

Sobre el altar mayor hay un cuadro que representa á Jesús rodeado de sus Apóstoles en el momento en que les enseña la manera de orar. A un lado se vé la tupida reja de madera que oculta á las que, muertas para el mundo, viven solo para Dios. ¡ Qué lugar tan bien elegido para vivir rezando y pensando en el cielo ! ¡ Con qué gusto pueden las carmelitas leer y meditar en su corazón las reflexiones que su santa Madre Teresa de Jesús les ha dejado sobre el Padre Nuestro ! La gran escritora de la teología mística asegura que con la oración del Padre Nuestro el alma puede elevarse al más alto grado de contemplación.

A pocos pasos del convento tienen las

monjas la vista del lugar de la Ascensión y á la distancia pueden ver á Jerusalén y distinguir las cúpulas de sus principales monumentos.

La situación no puede ser más hermosa ni más á propósito para un monasterio de contemplativas. Desgraciadamente la fundadora, la princesa de la Tour d'Auvergne, murió sin haber dejado asegurado el sostenimiento de las religiosas, que han tenido que sufrir las mayores necesidades y hasta padecer de hambre. Allí encerradas las pobres carmelitas no pueden hacer conocer su miseria, solo los peregrinos llegan hasta esa altura, y estos no llevan por lo general muy bien provistos sus bolsillos. Dejan, sin embargo, lo que pueden para ayudar á esas virtuosas mujeres que con sus ruegos y sacrificios detienen la cólera de Dios y nos libran de los castigos que el mundo merece por sus escándalos é impiedades.

Fuera del edificio habitado por las monjas, hay un patio rodeado de corredores; en las paredes de este bonito claustro se ve el Padre Nuestro escrito en grandes caracteres, en 32 lenguas diferentes.

La hermana que nos sirvió el desayuno es una negra vestida de carmelita, se llama hermana Verónica y es muy conocida en Jerusalén. Es notable el contraste del color de su tez de africana con la toca blanca que rodea su cara siempre alegre. Sus ojos brillan como dos cuentas y sus dientes se ven blancos como la tela de la toca. La hermana Verónica es portera y hace al mismo tiempo todas las correrías para el convento, ella sube y baja el monte con la mayor facilidad y todo lo hace con desenvoltura y presteza.

Ese día la portera del Carmen era ayudada en su tarea hospitalaria por otra monja de hábito gris que habíamos visto varias veces en Jerusalén y que nos intrigaba por lo extraño de su vida. La llamábamos la *hermana gris* por el traje que llevaba, nunca supimos su nombre ni su historia. Era una mujer joven alta y delgada, de aspecto y modales finos, hablaba francés y su acento correcto demostraba buena educación. Este aire de distinción se traslucía á través de la pobreza excesiva de su persona. El hábito gris de tercera de San Francisco, estaba gastado y con parches

por todos lados, el velo que llevaba sobre la cabeza fué negro, ahora estaba verde por el uso que tenia. Sus piés sin medias estaban apenas cubiertos por unos zapatos rotos, deshecho sin duda de alguien menos pobre que ella. No se le conocía habitación fija, en el día se solía reunir á la peregrinación para visitar los santuarios, y las noches las pasaba en la Basilica del Santo Sepulcro donde la habían visto en continua oración.

Se alimentaba con los restos de comida que de limosna le daban en los conventos. Y esta era una niña de familia, que voluntariamente había elegido esa vida extraordinaria. Algunos la tenían por loca, yo la creía santa y cuando tuve la oportunidad de hablarla, le pedi que rezara por mí y por todos los míos. Concluido el desayuno la hermana Verónica, ayudada siempre por la hermana gris, nos mostró bonitas imágenes con florecitas de Jerusalén y de Belén. Compramos algunas de estas imágenes, contentas de ayudar con esa pequeña suma al sostenimiento de las pobres carmelitas.

La visita al Carmen había concluido y los barro nos esperaban á la puerta

del convento. Subimos á los pacientes animales, y con ellos seguimos trepando hasta llegar á la misma cumbre del monte de los Olivos.

Una mezquita cubre el precioso terreno sobre el cual Jesús dejó impresas las huellas de sus pies. Una de estas huellas se conserva en el lugar mismo, la otra está en una iglesia armenia de Jerusalén.

Como en el Cenáculo, uno tiene que sufrir la repugnancia de ver á los guardianes turcos haciendo precio é imponiendo condiciones para dejar entrar á los cristianos á venerar la última pisada del Señor. Para la peregrinación felizmente todo está abierto mediante el trato anteriormente hecho por el director que paga cierta cantidad por todos los peregrinos.

Eramos de los últimos que llegaban á la Ascención; mis compañeras concluyeron pronto su visita y salieron; yo quedé sola sin poderme desprender de ese lugar que me atraía. Desde mi llegada á Jerusalén, había contemplado con admiración esa montaña que era la que veíamos á lo lejos delante de nuestra habitación. Me fascinaba, hubiera querido no perderla nunca de vista.

Al encontrarme en ese punto que tanta devoción me inspiraba, al pensar que de allí Jesús se había alejado de la tierra para subir al cielo, un inmenso deseo de la Patria celestial se apoderó de mí. Hubiera querido morir allí mismo y en



ese instante ; Que dulce sería la muerte si nos viniera á llevar en uno de esos momentos en que el alma se transporta y tiende á arrancarse y á desprenderse como de un volido, de todo lo que la

amarra á la tierra ! ¡ Que dulce sería entonces morir !

Mas nuestro momento no es el de Dios; el dueño de la vida y de la muerte lo ha dispuesto de otra manera, hay que levantarse, andar, hablar y seguir adelante con la vida. Vendrán nuevas penas, nuevas angustias, nuevas tempestades que sacuden y dejan medio muerto; no importa, hay que vivir, hay que luchar. El corazón, á medida que avance la vida, se apegará con más fuerza á todo lo que le sonría, á todo lo que encuentre de agradable en su camino; cada vez habrá que despegarlo aunque sea despedazándolo, porque el corazón ha sido creado para Dios y solo hallará la paz en el cielo junto al corazón de Dios.

Los compañeros, mientras tanto, se impacientaban y el director de nuestro grupo vino á decirme que era tiempo de continuar la excursión y de ponerse en marcha para Betania. Dándole un postrer beso á la piedra con la huella del pié de Jesús, me levanté tristemente, volví á montar y seguimos el camino de Betania y el camino de la vida.

La aldea árabe que hoy se llama

Betania está situada en el mismo lugar donde se encontraba la pequeña ciudad habitada por Lázaro y sus dos hermanas. Aquí era donde se refugiaba Jesús cuando se veía perseguido por sus enemigos, aquí donde reposaba de sus fatigas y donde pasaba horas tranquilas en el hogar hospitalario de sus amigos.

Algunas callejuelas siempre sucias y casas medio arruinadas, es todo lo que se vé en ese lugar que uno se imagina risueño y agradable.

Una casa más vieja que las otras es señalada como la habitación de Marta y de María, y, un poco fuera del pueblo, sobre una colina, la tradición venera la piedra del Coloquio. Marta salió al encuentro del Señor en ese lugar; le anunció la muerte de su hermano y tuvo con él el diálogo que refiere el Evangelio. María mientras tanto quedaba en la casa, llorando con los amigos del difunto. Marta vuelve presurosa y dice á su hermana. « El Maestro te llama. » María se levanta, deja á los visitantes sin decir palabra y va llorando siempre hácia aquel que la llama. ¡ Predilección divina y tierna de Jesús quien te podrá comprender!

En la parte más alta de la aldea se encuentra el sepulcro de Lázaro. Una escalera oscura de unas veinte gradas conduce á la gruta sepulcral; la bajada es difícil por la desigualdad del terreno y por la profunda obscuridad.

El musulmán que cuida la entrada, dá pequeños cirios á los visitantes para que con ellos puedan alumbrarse y penetrar en la honda caverna.

La disposición del sepulcro corresponde exactamente á la descripción que de él hace el Evangelio, y allí se puede uno representar la escena extraña de la resurrección de Lázaro. Jesús manda á los que le siguen que quiten la piedra que cubre la entrada; en seguida, elevando los ojos al cielo hace una oración á su Padre y después, con voz fuerte, grita « Lázaro, sal fuera. » El muerto de cuatro días aparece envuelto en sus vendas y la cara cubierta con el sudario. Jesús lo hace desenvolverse y lo dá vivo y sano á sus hermanas y amigos que espantados presenciaban el prodigio.

De vuelta de Betania pasamos por la pequeña aldea de Betfagé; una capillita recuerda allí el lugar donde Nuestro Señor tomó el asno que lo llevó á Jeru-

salén el día de su entrada triunfal, cuando el pueblo salió á su encuentro con gritos de alabanzas y con ramos de olivos en señal de júbilo.

Por la tarde, á la vuelta, una fiesta parecida á la que tuvo lugar hace pocos días en la casa de las hermanas de la Caridad nos reunió en el establecimiento de los Hermanos Cristianos: cantos, diálogos y discursos en ocho lenguas diferentes por los alumnos que parecen ser muchachitos bastante inteligentes. ¿Dónde no se encuentra al Hermano de las Escuelas Cristianas y á la Hermana de San Vicente de Paul? Ambos viven por todas partes haciendo el bien, trabajando sin cesar, en una tarea ingrata muchas veces, siempre obscura y humilde.

Cuando veo estas instituciones que producen miles de almas abnegadas hasta el punto de abandonar su patria para consagrar su vida al desvalido en países lejanos y medio salvajes, bendigo á la Francia que es la que nos dá modelo de tanta virtud y caridad heroicas.

Hay muchos que de Paris no conocen más que sus diversiones, sus placeres y sus escándalos; yo quisiera que esos mismos recorrieran otros barrios de la

gran ciudad y visitaran los innumerables establecimientos de caridad y las casas madres de donde salen diaramente esos seres abnegados que se reparten por todo el mundo, rayos de luz que abraza, y cuyo foco está en Paris.

1º de Enero

Se empezaba el año con una excursión de madrugada á Belén. A obscuras todavía y con un tiempo horrible salimos á las seis y media de la mañana de *Notre Dame de France*. El coche que nos llevaba, único que á esas horas pudo encontrar Mr. Tournier, no tenía mas protección contra la intemperie que unas cortinas de hule que se sacudían y azotaban con el ventarrón que casi nos volaba y nos dejaba sin respiración. El frío era recio y los abrigo se hacían pocos para cubrirnos las espaldas que se helaban en el coche mal cubierto. El buen Mr. Tournier se esforzaba en abrigarnos y con sus dos manos forcejeaba por sujetar las cortinas que llevaban una danza loca.

Así llegamos hasta la entrada del pueblo. Al empezar á subir la primera calle, el coche se detiene, el cochero salta del pescante y con muchos ademanes nos hace un discurso incomprensible. Sacamos en limpio de todas esas frases en lengua imposible, que no quería seguir adelante porque el camino estaba muy malo y cuatro coches se habían dado vuelta ya en esa misma mañana. Le contestamos, más con señas que con palabras, que no importaba, que queríamos seguir en coche y que no nos bajaríamos.

Esperábamos; el coche no se movía; llamamos al cochero, nadie contestaba; nos asomamos al fin impacientes y vimos el pescante vacío. El muy pícaro se había escabullido y nos dejaba allí plantados á buen viaje.

No hubo mas remedio que bajarse y hacer el resto del camino á pié por el barro y mal pavimento de las callejuelas de Belén.

Llegamos sin más novedad á la Basílica y á tiempo todavía para la misa que se decía á nuestra intención en la gruta de San Jerónimo. Las familias de la Gueronnière y de Lafarge habían lle-

gado antes que nosotros y ya estaban instaladas en la devota gruta. Después de la misa quisieron ellas ir á conocer el convento de las Carmelitas y mi compañera se ofreció para servirles de guía. Yo preferí quedarme y aprovechar ese rato de soledad para rezar otra vez tranquilamente en la gruta de la Natividad. Tomé mi antigua colocación en el hueco entre el pesebre y el altar de la Adoración de los Reyes Magos y ahí permanecí no sé cuanto tiempo. Las misas se sucedían una tras otra. Cada vez que el sacerdote pronunciaba las palabras de la Consagración, el misterio del nacimiento de Jesús se renovaba delante de mí. Cubierto por las blancas apariencias de la hostia, el Hijo de Dios bajaba del cielo y se presentaba aún más humilde, más oculto; pero no menos real y verdadero que cuando las piedras de la gruta lo vieron aparecer como niño recién nacido.

¡ Qué bueno, qué feliz me pareció ese rato ! ¡ Qué recuerdos indelebles ha dejado en mi alma ! Estos recuerdos los guardo como en un santuario, donde no se borren ni se pierdan; ellos me sirven de lugar de descanso, de oasis, en donde

siempre encuentro reposo para el espíritu y frescura para el alma.

Almorzamos en el convento franciscano y volvimos á Jerusalén con más facilidad que antes.

Una visita al Calvario y al Sepulcro ocupó la tarde del primero del año, que debía después concluir con gran comida y recepción en *Notre Dame de France*.

El cónsul general Mr. Ledoulx con su interesante señora y sus dos hijitas y varios otros personajes notables de Jerusalén fueron invitados; en la comida reinó mucha animación y se pronunciaron varios discursos. Pasando en seguida á una gran sala transformada en teatro tuvimos una bonita representación, hecha por los novicios, de los misterios de Navidad. Los jóvenes hicieron sus papeles con sencillez y gracia notables y cantaron con talento y con tanta dulzura que enternece el oírlos.

Eran las doce de la noche cuando nos retiramos de esa velada interesante á la vez que agradable. El día de año nuevo había concluido; empezado en Belén había terminado en Jerusalén.

De las alegrías del pesebre había pasado á las tristezas del Calvario y del

sepulcro. ¡ Ay! ¡ Cuántas veces durante ese año que empezaba no nos sucedería algo parecido! ¡ Cuántas transiciones bruscas del gozar al sufrir no tendríamos que soportar!

¿ Y en la casa, ese nido donde gorjeaban tantos pequeñuelos, cómo habría sido la fiesta? También allí las risas se habrán mezclado á las lágrimas, los cantos á los gemidos. El corazón se me llenaba de todo lo tierno que allí había dejado.

2 de Enero

La recogida tan tarde y las diversas emociones del día y noche de año nuevo tuvieron la irremediable consecuencia de hacernos dormir en la mañana siguiente hasta mucho más tarde de lo acostumbrado. No oímos la campana que despierta y anuncia que ya es tiempo de saltar del lecho, ni sentimos salir de sus celdar á los demás peregrinos. Los más diligentes y menos dormilones fueron los que asistieron reunidos á la misa en la capilla de la Verónica; nosotras que nos dejamos llevar por el dulce reposo de la mañana apenas alcanzamos á una misa tardía en *Notre Dame de France*.

El resto del día no hubo excursión general, cada uno aprovechó como quiso de su libertad.

Después de una visita al Santo Sepulcro, mi compañera y yo nos fuimos á recorrer un poco las calles y los bazares que hasta entonces no habíamos tenido tiempo de conocer. Bien curiosos son esos vericuetos angostos, cubiertos en parte por una bóveda que los oscurece y les da un aire misterioso. Las tienduchas se siguen de cada lado exhibiendo en grandes mostradores toda su mercadería. Los rosarios cuelgan como chorros de cuentas de ámbar amarillo transparente, de nácar blanco con reflejos rosados y azules, de pepas de aceitunas y de semillas negras y rojas. Los cirios pintados y decorados artísticamente, forman hileras de mayor á menor, como los tubos de un órgano.

Las *icones*, imágenes del Señor, de la Virgen y de los Santos, figuras tiesas en fondo de oro brillante, dan su nota bizantina á ese conjunto de objetos de piedad.

Todos los alrededores del Santo Sepulcro están llenos de esos objetos. Mas allá está el bazar viejo: aquí estamos en un barrio musulmán, no mas señas de cristianismo. Las frutas, las legumbres y otros géneros de comestibles, desconocidos y extraños, desbordan desde los

mostradores hasta el medio de la calle, donde se confunden los compradores, las mujeres envueltas en su sábana de piés á cabeza, los asnos que pasan trotando arreados, y los niños que corren á la par con ellos.

Algunas pastelerías presentan dulces y bizcochos frescos de aspecto raro y poco tentador; hay, sin embargo, unos como bollitos envueltos en betún de clara de huevo que no tienen *mala cara*; apuntándolos con las manos mostramos que deseábamos probarlos. El dueño de la tienda nos invita entonces á entrar y en un salón decorado con el retrato del Sultán y unos cuadros de batallas navales de no sé que país. Nos instalamos delante de una mesita á comer los pasteles embetunados que resultaron muy buenos. En otra ocasión, hicimos un famoso descubrimiento; en el fondo de una panadería colgaban, ensartadas en un cordel grosero, una gran cantidad de *rosquitas* iguales á las antiguas roscas del Pan de la gente de Santiago que tanto nos gustaban cuando de niños. Pero ¿cómo pedir las? Nos dirigimos á David el joven *Drogman* que hablaba francés y él pide al panadero *roscas*; la palabra

era árabe antes de ser chilena. Del barrio de comestibles pasamos al de los bazares propiamente dichos. Ahí se encuentra la mas variada mercadería de ropa, de objetos de casa, de perfumería, de telas y bordados orientales.

Lo que mas abunda en ese barrio son las sillas de montar, riendas y toda clase de arreos ecuestres; otro recuerdo de Chile y de la calle del Puente.

El árabe es como el chileno, hombre de á caballo y buen jinete; todos sus viajes los hace bien montado y bien acondicionado. Se suelen así encontrar, en los largos caminos asoleados y pedregosos, algunos grupos de hermosos tipos. Derechos y arrogantes van envueltos en sus capas blancas que cubren los bordados de sus trajes y los mangos de plata de sus puñales afilados. Su tez cobriza, sus grandes ojos negros y su barba retinta resaltan é impresionan, rodeadas coma están del blanco turbante que los protege de los rayos ardientes del sol. Sus caballos son de formas redondas, de cabeza pequeña y patas finas, ojos chispeantes y larga y ondulante cola.

Caballos y caballeros avanzan por el triste y monótomo camino, con paso

lento y cadencioso y llevando impregnado el aire digno y tranquilo de las razas antiguas. Así debían haberse visto los Reyes Magos cuando recorrían los cerros áridos de la Judea en busca de la pequeña ciudad de Belén.

En *Notre Dame de France* no se hablaba ese día mas que del viaje al Jordán y á Jericó que debía efectuarse en la mañana siguiente. Unos iban, otros nó, algunos dudaban todavía; otros cambiaban de decisión, un momento animados por los atractivos del viaje y después inquietos por los peligros y las fatigas que en él encontrarían. Nuestros compañeros de mesa, todos jóvenes entusiastas, eran de la gran expedición; la idea de pasar unos dos días á caballo los alegraba y esperaban con impaciencia que llegara el momento de la partida. Durante la comida la conversación fué animadísima entre los peregrinos del Jordán. A los postres, hubo que hacer silencio para escuchar las recomendaciones del P. Bailly concernientes á la excursión, instrucciones y avisos muy necesarios para los que no conocen esos paises y las precauciones que hay que tomar en ellos.

Yo no tuve por un momento la idea de ir al Jordán, prefeí quedarme esos días tranquila en Jerusalén. El tiempo pasaba ligero y ya veía con pena aproximarse el día de los adioses á la Santa Ciudad. Alejarme por dos días de sus murallas me parecía demasiado duro; nó, no podía perder dos dias de Jerusalén.

3 de Enero

Desde temprano reinaba en el patio de *Notre Dame de France* una gran animación. Los viajeros del Jordán y del Mar Muerto elejían sus caballos, los hacían ensillar y los probaban dando vuelta por el camino contiguo á la casa. Todo esto se hacía en medio del bullicio y de las voces de los *moukres* que iban y venían, hablaban, pedían *bakshishes* y no hacían lo que se les pedía, hasta que el viajero les gritaba ó les amenazaba; eran mas ó menos cincuenta, entre hombres y mujeres los que partían esa mañana. Unos saltaban ligeramente sobre sus monturas y mostraban en una revuelta que eran jinetes consumados; otros se alzaban penosamente y no podían ocultar su timidez y poca experiencia, y otros,

por fin, demostraban que era esa la primera vez que ensayaban el ejercicio ecuestre. Felizmente no faltaban *moukres* que, mediante una pequeña suma, estuvieran dispuestos á acompañar á los miedosos ó inhábiles. El *moukre* vá todo el tiempo á pié, al lado del jinete, ó llevando la rienda al caballo si el que lo monta no sabe conducirlo. Es verdad que esos hombres fastidian á veces con su tanto pedir *bakshish*; pero en cambio prestan verdaderos servicios á los viajeros inexpertos en el manejo del caballo.

¡ Qué tiempo toman para arreglarse! Algunos se bajan del caballo quejándose. la silla es mala, quieren cambiar; el animal es áspero, hay que buscar otro. Las señoras, sobre todo, qué trabajo cuesta hasta dejarlas acomodadas y contentas!

Mientras tanto, á cada rato llega Mr. Tournier á preguntar porqué no vamos; no se conforma con que al menos una de nosotras no tome parte en la expedición; nos ofrece buen caballo, buena silla. Mi compañera al ver tanto alboroto, empieza á tentarse; las ofertas de Mr. Tournier concluyen por seducirla; se decide á última hora y momentos después se

hallaba montada al lado de nuestro amigo.

Por fin todos parecen listos. Se dá la señal de partida; el P. Bailly, á la cabeza de la caravana se pone en marcha, á su lado vá el hermano Lievin, el guía y conocedor eximio de los caminos, de los pueblos y despoblados de toda la Palestina. Siguen en grupos de dos á tres los demás viajeros, guardando entre unos y otros la distancia suficiente para, según las recomendaciones, evitar accidentes. El P. Marie tomaba como siempre la parte activa de la organización; se le veía á caballo correr de un lado al otro, apurando á los unos, deteniendo á los otros, encaminando, poniendo orden y dando movimiento á la caravana. Con su cabeza morena, cubierta al uso de los beduinos con un pañuelo de seda que, sujeto por una gruesa cuerda de camello, cae hasta mas abajo de los hombros, parecía todo un jefe árabe, noble y altivo. Al lado de las señoras que se detenían ó que no iban bién, se encontraba, ayudándolas y acomodándolas, el conde de Pielat, vestido á la moda del país y verdaderamente guapo con su tez tostada por el sol de oriente y sus ojos azul claro de fino europeo.

El equipaje, las provisiones y las carpas iban á lomo de mula, los pacientes animales cargaban con todo lo que los viajeros podían necesitar durante la jornada. Remedios no faltaban, ni tampoco enfermera; la hermana Josefina, acostumbrada á esas andanzas iba valientemente á caballo, pronta á curar heridas y golpes, á repartir la tisana reparadora y á atender á todos los que necesitaran de sus cuidados.

Cerraba la marcha el *Drogman*, personaje importante, bien vestido y bien montado en un caballo cubierto de franjas de todos colores. El es el empresario y director del servicio de la caravana.

Con la impresión de tristeza que dá el quedar solo después de haber visto alejarse á los amigos, me volví á la casa después que hubo desaparecido el último de los jinetes. Instintivamente me dirigí á la capilla; me esperaba el mas fiel de los amigos, aquel que nunca nos abandona... Cuando llegó el momento del almuerzo, se pudo notar el vacío que habían dejado los peregrinos ausentes. Para que no quedáramos repartidos y aislados en el gran refectorio, se nos

reunió á todos en un grupo compacto al rededor del P. Edmundo, que quedaba á cargo de los restantes. Al concluir, nuestro nuevo director nos propuso un programa muy interesante para los dos días que debía durar la ausencia de los compañeros. El programa fué aceptado con entusiasmo por el pequeño grupo, y esa misma tarde se empezó á poner en ejecución.

Cerca del Cenáculo y de las murallas del costado sur de la ciudad, los padres de la Asunción poseen un terreno grande y fragoso. Allí cultivan lechugas, repollos y otras legumbres muy escasas en ese país inculto; pero lo que hay de mas importante es la excavación dirigida por el P. Germer y sus preciosos descubrimientos. Un indicio de iglesia dedicada á San Pedro há hecho presumir que en ese lugar la tradición veneraba las lágrimas y arrepentimiento del principe de los Apóstoles. Muchos restos de construcciones se van encontrando á medida que se vá echando fuera la tierra; los novicios se entretienen ellos mismos en ese trabajo, animados por el espíritu arqueológico de su superior.

En ninguna parte la ciencia de la arqueología es más viva que en Jeru-

salén, allí cada trozo de la antigüedad que aparece se reviste del recuerdo histórico y religioso mas profundo y mas verdadero. Fuera de eso, la arqueología es cosa nueva en este país. Hasta hace muy pocos años el gobierno turco no permitia excavación alguna; empieza ahora á ponerse mas liberal y á consentir que en terrenos fuera de la ciudad se hagan trabajos de esa especie. Se abre, pues, un campo nuevo de estudio para los sabios, se aclaran muchos puntos oscuros y se explican mejor la Santa Escritura y la tradición.

A ese terreno que han llamado San Pedro fue á donde nos dirigimos la primera tarde de nuestra soledad relativa. Saliendo de *Notre Dame de France*, tomamos el costado Este de Jerusalén y después de pasar por el barrio armenio, su patriarcado, la iglesia de Santiago el Mayor y varios otros buenos edificios y jardines, llegamos á la Puerta de Sión llamada también Puerta de David. Pasamos debajo del gran arco de la Puerta de Sión; el turco que dormía tranquilamente mientras hacia la guardia sentado á la sombra del edificio, despertó sobresaltado al oir los pasos de nuestra comitiva. Muy cerca teníamos

el Cenáculo, ahora mezquita Nebi Daoud. Inútil era intentar introducirse al edificio profanado y de tan difícil acceso; dimos con el pensamiento una mirada interior que penetraba hasta el centro de la gran sala de la Cena y de Pentecostes, hicimos una corta oración y seguimos de largo. Poco después entrábamos por una puerta muy rústica, como las de los potreros, al terreno despoblado de los Padres. Allí se levantaba en otro tiempo una de las partes importantes de la gran Jerusalén; ahora se veía cumplida allí mismo la antigua profecía: el arado pasaba por sobre sus suntuosos edificios.

Visitamos con interés los mosaicos y los restos de construcciones, objetos todos del entusiasmo científico del Padre Germer, y después bajamos á una bóveda subterránea hecha con el objeto de depositar los cuerpos de los peregrinos que mueren durante su estadía en Jerusalén. Varios de los huecos llamados *lóculi* están ya ocupados y cubiertos con una capa de yeso; los otros, abiertos en líneas al rededor de las paredes, esperan nuevos ocupantes. Mientras rezábamos el De Profundis por los que nos habían

precedido en el paso del tiempo á la eternidad y ya habian concluido la peregrinación de la tierra, notamos á un religioso alto, flaco, de barba gris, que vestia el habito agustino y que parecia sumido en una profunda pena. Las lágrimas corrian tranquilamente por el rostro varonil de ese hombre de aspecto austero y rígido que no podia contener su emoción. Al salir de la cripta supimos la causa de su tristeza. En uno de los *lóculi* cerrados se encontraban los restos de un joven sacerdote muerto pocos años antes mientras hacia la peregrinación. Al saber esta triste noticia el padre del joven, desesperado, dejó su casa y su país y se fué á Jerusalén. Llegó á las puertas de *Notre Dame de France* pidiendo que lo recibieran como simple hermano, y que lo dejaran vivir cerca de la sepultura de su hijo. La casa le fué abierta y, desde entonces, el religioso que veíamos llorar pasaba su vida melancónica entre el convento y la cripta mortuoria de los Padres de la Asunción.

Todo lo habíamos visto, y el deber de caridad para con los compañeros difuntos estaba cumplido, podíamos descansar un rato gozando de la sombra

que daba un grupo de olivos. Algunos trozos de piedra servían de asiento, y una mesa, también de piedra, sacadas de antiguos cimientos, hacía de centro á ese pequeño oásis. Qué buena me pareció la torta y qué delicioso el vino blanco que nos sirvieron los buenos hermanos, y qué agradable bienestar sentí allí sentada al fresco que daba la sombra de los olivos!

La vista que teníamos por delante era hermosísima y me embelesaba. A la derecha se veía el valle de Hinnon, el campo maldito de Haceldama y las grutas de los anacoretas; en frente, la aldea, árida y como calcinada, de Siloé con sus abitaciones en escalera, incrustadas en la falda del cerro; siguen á la izquierda las murallas almenadas que encierran el costado sur de la Explanada del Templo y que se levantan tan altas sobre la profundidad del Valle; después, el valle de Josafat poblado de muertos de tantos siglos y el monte de los olivos coronado con la torre de la Ascención y luminoso con los reflejos dorados del sol poniente. Las montañas azules de Moab hacían de fondo á ese paisaje bíblico de tanto interés y colorido.

4 de Enero

Empezamos el día con una misa en el Calvario, en el altar de la Crucifixión. Qué lugar tan imponente para celebrar el santo sacrificio y con qué devoción se oye ahí la santa misa! El sacrificio de la cruz se renueva delante de nosotros, no de sangre como fué aquel día en que el sol se obscureció y la tierra tembló, pero sí de amor, de inefable y de prodigioso amor! La hostia consagrada es ahora el holocausto ofrecido al Padre Eterno en satisfacción por nuestros pecados y esa « hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada » contiene el mismo cuerpo y la misma sangre del Dios inmolado por nosotros. Esta verdad tan conocida de todos los cristianos y á la cual nos hemos ya como familiarizado, nos

aparece allí en el Calvario con toda su realidad y nos impresiona de una manera enteramente nueva. Qué diré de la comunión que se recibe en esa misa? El alma preparada ya por tan grandes y tiernos sentimientos se siente arrebatada de amor al ver venir á ella á su Dios que fué crucificado, y cuando por medio de la comunión lo posee real y verdaderamente, ah! entonces, embebida en el sentimiento de su presencia, lo olvida todo y se entrega por completo al goce de la unión divina. Las lágrimas corren suavemente, lágrimas de felicidad y de gratitud ; Pobre Naturaleza que no puede de otro modo expresar el dolor y la dicha !

I después de la adoración silenciosa y del profundo agradecimiento, el alma se mira á si misma y busca que es lo que puede dar en retorno; en ese momento todo le parece fácil, no hay cosa que no ofrezca, no hay cosa que no prometa. Desgraciadamente llega la hora de bajar del monte, de entrar á la ciudad y á la vida diaria; el fervor entonces se enfria, el egoísmo y la sensualidad se van apoderando de nuevo de nosotros y no tardamos mucho en faltar á nuestras

promesas y en ser infieles al Dios del Calvario.....

El paseo que hicimos por la tarde fué también de mucha devoción. Eramos muy pocos y todos muy recogidos. Nunca olvidaré la vía crucis que rezamos, deteniéndonos delante de las capillitas que con ese objeto rodean el jardín de los Olivos. El Padre Edmundo con su semblante pálido y fatigado que recuerda la figura del Cristo en su agonía nos precedía de algunos pasos y nosotros lo seguíamos, penetrados del sentimiento de la pasión, nos postrábamos y rezábamos con él. Así, en los primeros tiempos, el pequeño grupo de amigos del Señor debía de recorrer uno á uno los lugares donde lo habían visto sufrir.

Siguiendo siempre á nuestro piadoso guía, tomamos el camino que llaman Vía del Cautiverio y que, partiendo del Huerto de los Olivos, baja al valle de Josafät, atraviesa el torrente Cedrón, sube después hácia Jerusalén, sigue por fuera de la ciudad paralelo á las murallas del costado sur y concluye delante de lo que antes era la casa de Caifäs.

Este fué el camino que hizo Nuestro Señor en la noche en que fué aprehen-

dido, atado como un malhechor y arrastrado por una chusma de soldados y de sirvientes viles.

El Evangelio refiere detalladamente lo que sucedió aquella noche en el Huerto de Gethsemani. Concluida la cena, Jesus, acompañado de Pedro, Santiago y Juan, se dirige al huerto á orar; su alma está triste hasta la muerte, los apóstoles están aterrorizados de ver á su Maestro en ese estado de tristeza. Jesús los deja y se retira mas lejos á la gruta oscura, á orar y á sufrir esa extraña y cruel agonía que le hace sudar sangre. Vuelve á donde están sus discípulos; los encuentra dormidos. « No habéis podido velar una hora conmigo » les dice, y de nuevo se retira y de nuevo se desola y agoniza y siempre su oración es la misma: « Que se haga tu voluntad y no la mía ». Un ángel compadecido viene á consolar al que es la alegría de los ángeles y á darle fuerzas para sostener la lucha de su alma entre el amor y el temor. Jesús no nos abandonará; el peso de los pecados lo abruma, la vista de los padecimientos lo espanta, pero el amor es mas grande que la muerte y Jesús ama á su Padre ofendido y ama á los hom-

bres culpables y alejados por sus culpas de la mansión del Padre celestial. El es el medianero, y sus tormentos y su muerte son el único medio de expiación y de conciliación entre Dios y los hombres.

Deshecho, pero no vencido, sale por fin de su larga agonía y dice á sus apóstoles: « Levantáos, vamos, el que me traicionará está cerca ». Hablaba todavía, dice el Evangelio, cuando apareció Judas Jscariote seguido de una gran tropa de gente armada con palos y espadas, mandados por el gran sacerdote, por los escribas y por los ancianos. Judas da el beso traidor diciendo « Maestro, te saludo ». En seguida, dirigiéndose Jesús á la tropa armada: « ¿ A quién buskais? les pregunta. « A Jesús Nazareno » contestan. « Yo soy » replica Jesús, y al oír estas palabras caen al suelo los hombres como heridos de un rayo. Jesús había pues recobrado su serenidad; la fuerza divina que por un rato pareció abandonarle había vuelto ya á darle esa majestad imponente que sobrecojía á sus enemigos. « Soy yo » les repite, y si es á mí á quien buscáis, dejad ir á estos » á fin de que, añade el Evangelio, se cumpliera el versículo « No hé per-

dido à ninguno de los que me habéis dado ».

Pedro, impetuoso como siempre, saca su espada y hiere à Malcus; el Maestro le manda que envaine su espada, cura la oreja cortada del sirviente y se entrega à los soldados. Los apóstoles desaparecen y sólo de lejos Pedro y Juan siguen al prisionero.

El Evangelio nada dice sobre la manera cruel é ignominiosa con que fué llevado Jesús por ese estrecho camino y como lo trataron esos hombres groseros y llenos de furia contra la inocente víctima; pero es fácil imaginarse cómo sería de penosa para Jesús esa marcha precipitada en medio de la obscuridad de la noche y por caminos extraviados. Los escribas y ancianos temían un movimiento de insurrección del pueblo à favor de Jesús, y por eso lo hacían capturar y conducir en el mayor sigilo.

Meditando muy à lo vivo en estos primeros pasos de la Pasión de Nuestro Señor, caminábamos en silencioso recogimiento por la vía del cautiverio. El sol daba con fuerza sobre la tierra desprovista de árboles, y tanto en la profundidad del valle de Josafat como en la

pendiente del monte Sión, sus ardientes rayos nos quemaban y nos hacían el camino muy pesado y cansador. Bien podíamos, sin embargo, aceptar con paciencia esa molestia al pensar en lo que allí había sufrido Jesucristo.

El calor de ese día nos inquietaba por los viajeros del Jordán que debían sentirlo mucho mas que nosotros en esos lugares hundidos de clima mucho mas ardiente que el de Jerusalén. Por la noche, como final de un día ocupado tan piadosamente, tuvimos la *hora santa*. Delante del Santísimo Sacramento manifestado, el abate Michel nos hizo una meditación que interrumpía á veces para dejarnos adorar en silencio al Dios de la Eucaristia.

5 de Enero

En la calle que conduce á la capilla del *Ecce Homo*, hemos dicho se encuentra el pequeño santuario del « Espasmo de la Virgen ». Una plancha de mármol marca, al lado de la puerta de la calle, la cuarta estación: el encuentro de Jesús cargado de la cruz, con María, su Santísima Madre. En el fondo del patio está la capilla, pobre y desmantelada. Sobre el altar hay un grupo de tamaño natural que representa á Jesús y á María abrazándose dolorosamente.

La estatua es de cartón piedra pintado, es hermosa y llena de expresión.

Debajo del altar, un mosaico que tiene la forma de dos piés, muestra el lugar venerado por la tradición, del encuentro de la Madre y del Hijo en el camino al Calvario. Nada más se vé en esa capilla;

sus dueños los armenios unidos, son los cristianos mas pobres de Jerusalén, así como los armenios cismáticos son los que poseen mas hermosas propiedades. El sacerdote capellán del humilde santuario, es casado, como lo son muchos de los clérigos del rito griego. Es para nosotros muy extraña esta costumbre, tolerada por la Iglesia en los países de Oriente; nada nos choca más que ver á un sacerdote casado.

En esta capilla de que hé hablado fué donde tuvimos la misa esta mañana. Salio á encender las velas y arreglar el altar una mujer joven y buena moza vestida con traje semi-religioso; al verla yo pensé luego: si seria esa la mujer del capellán. Pero no debía de serlo porque su tipo era de europea, blanca y rosada, y su traje tampoco tenia nada de oriental; probablemente era una de esas hermanas sueltas que viven en Jerusalén y que sirven en lo que pueden en los santuarios y á los peregrinos.

Curioso habría sido ver la misa del armenio, pero no fué él quien la dijo; fué el Padre Edmundo, que también nos habló sobre el amor y dolor de Madre; el amor y el dolor, dos fuentes que se

encuentran irremediablemente unidas en el corazón.

Después volvimos á esperar á los viajeros que debían regresar, y encontrarse ya muy cerca de Jesusalén.

Desde el terrado al lado de mi pieza pude ver el desfile de los jinetes y observar lo penosamente que caminaban después de bajarse de sus caballos. No era la llegada tan brillante como la partida; todós parecían cansados y algunos apenas podían dar un paso. Las jornadas habían sido muy largas y los descansos pocos; habían estado en las orillas del Jordán, en el lugar donde existió la famosa ciudad de Jericó, en el Mar Muerto, y por fin habían visitado un antiguo y curioso monasterio de monjes griegos. El haber visto tanta cosa interesante compensaba el cansancio que habían tenido, y la mayoría de los viajeros venían contentos de su expedición. Unos cuantos, sin embargo, se quejaban amargamente de las penurias del viaje y sobre todo de sus caballos que, conociendo probablemente la inesperienza de los jinetes, los habían botado al suelo sin consideración alguna. Entre estos maltraídos, se notaba una pobre señora con

la cabeza envuelta en trapos blancos; había recibido dos ó tres golpes y traía la cara hecha pedazos; hay que advertir que esa persona, á donde iba, le pasaban siempre percances desagradables y que á pesar de eso repite todos los años su peregrinación á Tierra Santa y dá regalos magníficos á la capilla de *Notre Dame de France*. Un cura de no recuerdo donde se había dado un golpe feroz, una de sus feligreses que lo acompañaba estaba muy indignada con el caballo, con el viaje y con todo. Y el marsellés, tan grande y tan grueso, con qué trabajo había concluido la jornada! El animal no resistía á un peso tan grande y el pobre caballero, por su parte, cambiaba del caballo al asno y vice versa sin hallar nunca mas comodidad. El almuerzo repuso las fuerzas y levantó el ánimo abatido, y á las dos de la tarde todos estaban dispuestos á salir para la gran vía crucis de los viernes.

La procesión por las calles, las fervorosas exortaciones del Padre franciscano delante de las estaciones, la gran cruz cargada por los peregrinos, todo fué como en la semana anterior, hermoso y tierno.

Una cosa que habia yo oido contar varias veces y que me habia parecido muy curiosa y muy digna de verse era el llanto de los judios á los piés de la antigua muralla del Templo. Que cosa tan extraña es que después de tantos siglos, el pueblo israelita, sin patria, despreciado y mal querido en todos los lugares donde se há refugiado en su dispersion, haya conservado siempre su raza, su carácter y su religion, y que hasta el dia de hoy algunos de sus hijos vengán á lamentarse amargamente al pié del viejo muro, único resto de su grandioso Santuario!

Todos los viernes del año, cuando el sol empieza á bajar, salen los judios de su casa y, atravesando unas callejuelas llenas de barro y de inmundicias llegan hasta el trozo del muro venerado. Viejos, jóvenes, mujeres y niños, ván llegando uno tras otro, se ponen en fila con la cara vuelta hácia la enorme ruina, abren sus libros y recitan salmos en voz alta. Poco á poco se ván penetrando del sentido de las palabras que repiten, la voz se va poniendo mas suplicante, y mas tristes van siendo las lamentaciones. Las lágrimas interrumpen poco después los rezos, y los sollozos se mezclan á las

exclamaciones. Acompaña á todo esto un balance acompasado del cuerpo y así, en ese balance, esos rezos y esas lágrimas sinceras, lo pasan toda la tarde hasta que se obscurece.

El traje de los hombres es curioso; conserva un aspecto de otros tiempos, y recuerda la manera como vemos vestido en los cuadros á Cristóbal Colón ú otros hombres de la época: capas largas de terciopelo de colores diversos, adornadas con pieles y gorras de lo mismo. Todo era, sin embargo, muy viejo y muy desteñido y parecían ser esos géneros realmente contemporáneos del descubrimiento de América. Las mujeres se visten á lo moderno, con un pañuelo grande puesto en punta sobre la espalda y uno mas chico sobre la cabeza; casi todas llevan hilos de cuentas de ámbar al rededor del cuello. Como mas religiosas y mas impresionables, observan todavía mas que los hombres el rito sagrado de los viernes; son grandes sus lamentos y sus lágrimas corren abundantísimas.

Contenta de haber visto por fin este espectáculo tan curioso, me volví á *Notre Dame de France* donde encontré á los peregrinos reunidos en la sala de lectura

escuchando la conferencia que se hacía los mas de los días momentos antes de la comida. Esta vez se trataba de las Basílicas Eudocianas, así llamadas por la emperatriz Eudocia que las hizo edificar.

Griega de origen, llena de talento y de hermosura, Eudocia llegó hasta el trono de Oriente. Su vida fué de intrigas y de borrascas, y se hizo famosa por su guerra injusta y cruda contra San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla. Este gran obispo y famosísimo orador, se defendió siempre valientemente contra la tenaz persecución y sostuvo sin cesar los derechos de la Iglesia. La emperatriz, cansada por fin de la lucha, y arrepentida de sus injusticias, se dedica á edificar magníficos templos en diversos santuarios de Tierra Santa y se retira al fin á Jerusalén, donde la sigue su nieta de su mismo nombre, Eudocia, emperatriz también, pero desgraciada desde los primeros años de su grandeza. Ambas murieron aquí y su tumba ha sido descubierta últimamente en medio de lo que fué la Basílica de San Esteban, una de las mas notables de las Eudocianas.

6 de Enero

Hubiéramos querido ir á celebrar la fiesta de la Epifanía á Belén, pero nos dicen que no es posible entrar á la gruta porque los griegos celebran hoy la Natividad, y ellos solos ocupan todo el dia el santuario. Como conocemos tan bien la preciosa gruta podemos con la mente seguir á los Reyes Magos, entrar con ellos al pesebre y adorar allí al Dios hecho niño, tierno y gracioso. Este es el dia de la manifestación de la divinidad de Jesucristo á la gentilidad, representada por esa comitiva venida de paises lejanos. Los Reyes, á la vista de la Madre y del niño, se postran en profunda adoración; la miseria de la habitación, el aspecto pobre y humilde de la Santa Familia, nada les hace dudar. Creen que ese pequeño niño es el Dios y el Soberano del cielo y de la tierra y, después de

adorarlo, le ponen á sus piés el oro, el incienso y la mirra. Así se cumple la profecía de Isaías que nos hace leer la Iglesia en la epístola del día. « Levántate Jerusalén é iluminate, porque há venido tu luz, y la gloria del Señor se ha levantado sobre ti. Las tinieblas cubrirán la tierra y la obscuridad envolverá á los pueblos, mas sobre ti se levantará el Señor y su gloria se verá en tí. Y las naciones caminarán en tu luz y los Reyes en el esplendor de tu claridad naciente. Levanta los ojos y mira á tu alrededor, todos éstos que veis reunidos, han venido para tí: hijos tuyos vienen de lejos é hijas tuyas se levantan á tu lado. En ese día tu verás y estarás en la opulencia, y tu corazón se admirará y se dilatará, cuando la multitud de naciones que habitan las orillas del mar se volverán hácia ti, cuando la fuerza de los Gentiles vendrá á tí. Los camellos, los dromedarios de Madian y de Efas te llenarán, las gentes vendrán de Saba trayéndote oro é incienso y cantando las alabanzas del Señor: »

Y nosotros, humildes peregrinos, hijos é hijas de las naciones gentiles, continuamos el movimiento nunca inter-

rumpido hácia Jérusalén y traemos con el corazón humilde el oro de nuestra caridad y el incienso de nuestra oración.

En la capilla de *Notre Dame de France* tenía lugar esa mañana la ceremonia muy conmovedora de la profesión de dos novicios. Viendo tan de cerca una profesión religiosa es imposible no sentirse impresionado al considerar la importancia del acto y la gravedad de sus consecuencias. Los dos jóvenes, prostrados al pié del altar, ofrecían á Dios el sacrificio completo de su libertad, de los goces de la vida y de todo lo que es mas deseado y anhelado por los demás hombres. La fórmula de que se servían para hacer este sacrificio era corta y esplicita, y la recitaban en voz alta. En ella hacían el triple voto de pobreza, obediencia y castidad, y prometían vivir para siempre bajo la regla de San Agustín en la Congregación de la Asunción. El superior recibía el voto hecho á Dios mismo, y nosotros todos éramos testigos del solemne compromiso. « Para siempre » habían dicho los jóvenes profesos y la observancia de esta promesa tendrá que ser el cuidado de toda su vida. No poseer nada, desprender el corazón, aunque sea

con dolor, de las afecciones que lo atraen y lo apegan, y estar siempre á la disposición y bajo la sumisión de una voluntad ajena, eso es lo que le espera al nuevo religioso; eso es lo que, empezando desde el momento de su profesión hasta el otro momento, pronto para algunos, tardío para otros, en que el alma libre de la penosa lucha va á gozar del premio prometido, eso tendrá que ser la vida entera del hombre de Dios. Y aún desde esta vida suelen ser premiados los que así se someten; la paz y la alegría reinan generalmente en los conventos y mas de una vez el hombre del mundo, preocupado y lleno de inquietudes, mira con envidia al religioso que nada tiene que conservar y nada desea adquirir.

Con toda el alma nos unimos á los nuevos profesos, pidiendo á Dios que recibiera propicio el holocausto de esas dos existencias que se consagraban á su servicio, y que les diera fuerza y virtud para poder cumplir hasta la muerte su promesa sagrada.

Por la tarde, con una fiesta de otro género, se seguía celebrando la Pascua de Reyes. Es costumbre antigua en Francia que se sirva de postre en ese día

una torta especial en la que se ha puesto de antemano una haba ó poroto grande. La torta se reparte entre todos los que están en la mesa, y aquel á quien toca el poroto es proclamado rey ó reina y es celebrado y acatado durante el resto de la tarde. Tambien nosotros tuvimos la tradicional torta de los reyes cuya distribución se hizo con mucha alegría. El poroto cayó en suerte al abate Collot; grande fué la algazara con que se proclamó rey al mas popular y al mas divertido de los peregrinos. Las bromas no cesaron hasta que fué hora de dirigirse á la capilla para la distribución de la noche. En ese momento el director pidió al abate que nos hiciera la pequeña plática, y el rey de broma pasó en un instante de los dichos burlescos y joviales á las palabras mas serias y elevadas sobre la hermosa fiesta de la Epifanía.

Todo no había concluido con la bendición sin embargo; el gran refectorio, convertido en teatro nos esperaba, pronto para una representación. Los misterios de Navidad empezados en la pascua iban á seguir esa noche; á las escenas del nacimiento y de los pastores que ya habíamos visto, se sucedieron las de los

Reyes Magos y las de la huida á Egipto. Los Reyes llegando con su comitiva á Jerusalén, su entrevista con el falso Herodes, su visita á la gruta de Belén, su adoración á Jesús y sus regalos fueron los principales temas; después, el sueño de San José, la orden del ángel y la partida sin demora: el niño está durmiendo, Maria lo envuelve en su manto y sin una queja se levanta y obedece. Caminan de noche, Maria montada en un burrito blanco aprieta contra el seno su precioso tesoro; San José lleva la rienda del manso animal. Por la mañana pasan cerca de un sembrador, el buen hombre compadecido socorre á los fugitivos, y cuando vuelve á su siembra encuentra que el trigo ha brotado y está yá crecido. Mientras tanto, de Jerusalén hán salido soldados trás del niño, la orden de Herodes tiene que cumplirse, ninguna tierna criatura debe quedar con vida ese día. Los verdugos, sedientos todavía de sangre inocente, preguntan al campesino si no ha visto pasar por ahí á una madre joven con un hijo recién nacido, él les contesta tranquilamente: cuando yo sembraba este campo ví pasar á esa familia. Al ver el trigo crecido los soldados se retiran desconsolados.

Como la otra vez, estos misterios fueron representados y cantados por los novicios, con talento y con mucha sencillez y naturalidad. En los entre actos se recitaron poesías, compuestas todas para la circunstancia; una de ellas, sobre todo, nos pareció muy hermosa; las estaciones del año se acercan una tras otra y, pidiendo al niño Jesús el favor de mecerlo en su cuna, le ofrecen todo lo mejor que tienen, sus flores, sus frutas, su luz, su alegría; al último viene el invierno y no encuentra más que ofrecer que hielos, vientos y tormentas. Jesús deja pasar á la sonriente primavera, al brillante verano y al poético otoño, agradece sus ofertas y rehusa sus servicios; mas cuando llega el invierno, triste y temblando de frío, lo detiene, y en sus brazos helados se echa á dormir.

No faltaron tampoco composiciones cómicas y llenas del mejor *esprit* de París; en una de ellas se cantaba la aventura del abate Collot que quedó, según decían, encerrado una vez en la Basilica del Santo Sepulcro.

Después de tomar una taza de té con bizcochos y dulces, todos se retiraron contentos de la fiesta.

7 de Enero

Por la mañana oímos tranquilamente la misa en la capilla del hospital S. Luis, que, como he dicho, se comunica con *No-tre Dame de France*.

La generosidad de Mr. de Pielat se puede notar en la capilla como en todo el resto del edificio, es hermosa y bien decorada, muy cómoda para rezar y es además muy recogida. A la salida nos tomó la hermana Josefina, como era natural, para un rato de conversación, en su botica-salón; sus muchas ocupaciones y trajines no le impedían nunca ni le quitaban el tiempo para la charla cariñosa y para la atención de darnos ó una taza de té ó de tisana, ó una copita de licor dulce y agradable. Vengan, nos decía, después de cada excursión,

para que yo les dé algo de confortante, si no lo hacen así, me voy á enojar con Uds. Y la simpática monjita no se cansaba de ser bondadosa y servicial.

Per la tarde fuimos al Carmelo del Pater acompañando á una joven marselesesa que venía en la peregrinación y que debía, ese día, entrar al convento de las carmelitas; Qué subida tan escarpada, y que trabajo es el hacerla á pié! Es una subida al carmelo árdua y difícil como la obra de San Juan de la Cruz. Pero como todo lo puede la fuerza de la voluntad y el hacer las cosas con gusto, llegamos arriba sin sentir, casi, el cansancio de la penosa ascensión. La gran puerta del monasterio se abrió de par en par; la Madre Priora estaba de pié cerca del umbral, detrás las otras monjas formaban una línea de figuras inmóviles y sombrías, sus rostros estaban cubiertos con un gran velo negro. La joven se arrodilla á los pies de la Priora y escucha en esa postura las palabras del Padre Edmundo que le recuerda á Maria Magdalena que, obligada á salir de su tierra, llega á las costas de la Provenza y encuentra un asilo donde puede entregarse á la contemplación de Dios hasta el fin

de sus días. Y ahora, dice, es Marsella la que manda una de sus hijas á Jerusalén, á ocuparse también como Magdalena en la contemplación divina. Y qué mejor lugar para la oración, añade, que aquel mismo donde Jesús enseñó á orar á sus discípulos, diciéndoles la mas admirable de las oraciones, el Padre Nuestro.

Concluida la plática, la postulante se levanta, se dirige á la Priora pidiéndole que la reciba entre sus hijas, la Madre la abraza afectuosamente y ambas hacen un saludo de despedida á la concurrencia. La pesada puerta se cierra entonces rechinando y no se vén más ni priora ni postulante, ni monjas cubiertas. La hermana Verónica, la negrita, mostrando sus dientes blancos con una risa burlona, asegura del lado de afuera los cerrojos y no nos quedó mas que retirarnos.

Las impresiones sentidas por el pequeño grupo de asistentes fueron bien diversas. Algunos lloraban de pena, otros de simple emoción y dos, al menos, de nuestras amigas, se sentían como envidiosas y deseosas que les llegara su turno para encontrarse encerradas detrás de la imponente puerta. Estas eran Ca-

rolina de Bournet y Laura de Lafarge, las dos dulces criaturas que parecían vivir sólo con el alma, tocando apenas la tierra y dejando á los que las trataban algo como un perfume celestial. Ambas, demasiado puras, demasiado delicadas para quedar expuestas al soplo viciado del mundo, no deseaban mas que encontrar un asilo seguro donde ocultarse á los ojos de los hombres y donde empezar desde luego la ocupación de los ángeles en el cielo.

Este deseo ya lo hán podido realizar; Carolina primero y Laura después, han profesado en el convento de Carmelitas de Caifa al pié del Monte Carmelo. Para seguir este llamado especial de Dios hán tenido que dejar atrás la patria, la fortuna, la alta posición de que gozaban y sobre todo la familia, inconsolable de tal separación.

Era primer domingo de mes, dia generalmente celebrado por los Padres Dominicos en honor del santo rosario y tenían esa tarde procesión al rededor del convento. La mayor parte de los compañeros se fueron á la procesión; pero yó, siempre atraída por el Calvario, no quise acompañarlos y, con la marquesita

y sus dos hermanas Laura y Paula me dirigi á la ciudad. Bajamos de carrera la escarpada pendiente divirtiéndonos como niños y riéndonos de las carreras forzadas que la brusca bajada nos hacía dar. Una vez en el valle, atravesamos por entre las tumbas de Josafat y entramos á la ciudad por la puerta Siti Mariam. Aquí nos vimos en algunos apuros para desembrollarnos por entre las callejuelas; no conocíamos bién el camino y no podíamos dar con la dirección exacta hácia la Basílica. Las calles no eran buenas para mujeres solas, perdidas á una hora algo avanzada. Al torcer por una esquina divisamos un hábito franciscano y corrimos á juntarnos con él. Era un padre italiano, que nos acompañó parte del camino y nos explicó en seguida en su armoniosa lengua lo que nos quedaba que hacer para llegar hasta la Basílica. Hicimos sin mas novedad la visita que no nos podía faltar, y volvimos ya de noche á la casa, donde contamos nuestras aventuras exagerándolas algo para darles un tinte mas pintoresco.

En los avisos de la tarde se nos dijo que por la mañana siguiente debía entregarse el equipage con la declaración

del valor que cada maleta contenía; con esta precaución se evitaban muchas molestias en la aduana; se podía pagar de antemano un tanto por ciento muy moderado por el valor de los objetos nuevos que se llevaban. Este aviso fué como una campanada de partida que sonó desagradablemente en nuestros oídos. Cómo, yá tener que acomodar maletas y pensar en la vuelta? Yá concluida la estadia en Jerusalén? Qué corta se nos había hecho! Cada uno de los peregrinos se lamentaba de la misma manera y todos combinaban sus proyectos para aprovechar bién los dos dias que todavía nos quedaban.

Respecto á equipage, mi compañera y yó no teníamos que preocuparnos, porque solo teníamos maletas pequeñas que llevamos siempre con nosotras. Este sistema nos fué muy cómodo, teníamos así siempre á mano todo lo que necesitábamos y no pasábamos por las inquietudes del equipage como los demás viajeros inexpertos, ni por los fastidios de las aduanas.

8 de Enero

Desde muy temprano, Tournier nos tenía un carruaje para hacer la interesante excursión de Aïn Karim, el lugar de la Visitación y del nacimiento de San Juan Bautista. Dice el Evangelio que María se puso en marcha hácia las montañas de la Judea para acompañar y cuidar á su prima Isabel; realmente el pueblo de Aïn Karim se encuentra en medio de montañas y se sube siempre por caminos pedregosos, apenas delineados. La pobre María hizo ese camino á pié, probablemente, como lo hacían ese día muchos de los peregrinos.

Después de una hora de rodar por tierras áridas y montañas desiertas, se llega al pequeño oásis de Aïn-Karim. La fertilidad de este rincón tan escondido hace una grata impresión al que viene

de los terrenos secos y estériles de Jerusalén. Fué lástima que en ese día el barro hiciera muy desagradable el andar por los caminos desaseados del lugar. Hubo que bajarse del coche á la entrada del pueblo, pues en esos pueblos las calles no son hechas para tales vehiculos, á pié nos dirigimos á la iglesia construida en el lugar donde se encontraba la casa de Zacarias y donde nació San Juan Bautista. Allí rezamos un momento, y cantamos con algunos novicios que habíamos encontrado yá en la iglesia el cántico de Zacarias « Benedictus Dominus Deus Israel ». La iglesia, que pertenece á los franciscanos es grande y hermosa, sirvió durante algunos siglos de caballerizas á los árabes hasta que el embajador de Luis XIV obtuvo que el Sultán la devolviera á los franciscanos. Los Padres poseen también ahí un convento donde alojan á los peregrinos.

Nos fuimos en seguida á la capilla de la Visitación que está situada á una pequeña distancia del pueblo de Aïn Karim, y que ocupa el lugar de la casa de campo de Zacarias é Isabel. Una antigua tradición nos hace venerar el mis-

terio de la Visitación, creyendo que aquí se encontraban los santos esposos cuando llegó María de su largo viaje. Venía ella de Nazaret en Galilea, había atravesado toda la Samaria y llegaba hasta la pequeña ciudad de las montañas de Judea. Es preciso recorrer esos países para darse cuenta del viaje que tuvo que hacer la Santísima Virgen, tan tierna y delicada, para cumplir la misión de caridad para con sus parientes. Aquí pues fué donde se encontraron esas dos mujeres privilegiadas y donde, en contestación al saludo inspirado de Isabel, María prorumpió en su cántico sublime « Magnificat anima mea Dominum ».

A un lado de la capilla muestran un pedazo de roca que se abrió para esconder á San Juan cuando era perseguido por los soldados de Herodes.

Yendo al santuario de la Visitación se pasa por delante de una fuente muy pintoresca donde las mujeres lavan su ropa y sus niños. Es un gran baño, todo cubierto de bóvedas espaciosas; la llaman la fuente de la Virgen.

Digna de visitarse es la casa de las monjas de Sión de Aïn Karim, con sus jardines y huertas tan bién cultivadas

como no las habíamos visto todavía en esas tierras abandonadas. Era un placer para nosotros ver esos planteles de flores, y pasearnos por entre las plantas acompañados de una monjita amable que nos mostraba todo con agrado.

Dal jardín pasamos á la capilla y de allí á la casa donde se encuentra la pequeña pieza habitada por el Padre Ratisbonne durante los últimos años de su vida; en ella murió como un santo el convertido por María inmaculada. Todo en la pieza queda como él lo dejó, su pobre cama, sus pocos muebles, los libros y objetos de que se servía, hasta su capa y su sombrero están colgados á la entrada. Todo es conservado con religioso cuidado por las buenas hermanas que parece quieren hacerse la ilusión de que el Padre venerado vive aún entre ellas. Si no lo tienen á la vista, estoy segura de que nó por eso lo hán perdido completamente; su alma debe de encontrarse muy cerca de las hijas que tan fielmente guardan su memoria. En un rincón apartado del huerto, un sencillo monumento, rodeado de muchas flores, encierra los restos del fundador de las monjas de Sión y de las escuelas de varones de San Pedro.

Volvimos á nuestro carruaje que nos llevó por las mismas cuestas y los mismos pedruzcos hasta dejarnos á tiempo para el almuerzo en *Notre Dame de France*. Algunos de los peregrinos que iban á caballo siguieron al desierto de San Juan donde, según creo, no hay grán cosa que ver. Otros, mas intrépidos todavía, se fueron á Hebrón, lugar interesantísimo por sus recuerdos de grán antigüedad; allí cerca se encuentra el sepulcro de Abraham, de Isaac y de Jacob; y el nombre de esa ciudad suena muchas veces en los grandes hechos del antiguo testamento. Los musulmanes que consideran á Ahraham un grán profeta, han dado por él el nombre de Kabilallah (el amigo de Dios) á la ciudad de Hebrón.

La tarde nos quedaba libre, talvez seria la última que tendríamos para visitar y rezar sin apuro en el Calvario; no dudamos ni un momento, y mientras los demás se dividían para ir de nuevo á los lugares que más les interesaba, yo me fuí con mi compañera á pasar toda la tarde en la Basílica. Quisiera poder decir algo más de la impresión que me producía ese templo, y describir

con nueva atención esas visitas que hán quedado tan vivas en mi mente. Vuelvo á las calles de Jerusalén, delante de la fachada gótica de los cruzados y de su gran puerta custodiada por dos ó tres turcos que, sentados al rededor de un brasero, forman el *marguilé*.

Los turcos no hablan, no se mueven, no se inmutan, dejan entrar i salir á los hombres de todos los ritos y todas las religiones; y no cesan de chupar la boquilla de ámbar y de contemplar las curvas caprichosas del humo que su boca despide, sinó para beberse de vez en cuando una tazita de café. Entro por la grán puerta y en el primer momento no veo mas que una obscuridad misteriosa, sólo diviso claramente las ocho lámparas encendidas que cuelgan sobre la piedra de la Unción. Como primer saludo, me arrodillo delante de la piedra, la beso, rezo un Padre Nuestro y Ave María para ganar la indulgencia plenaria y sigo adelante. Avanzo hácia la izquierda, las sombras se disipan poco á poco, y llego á un espacio claro y despejado. La gran cúpula deja penetrar por sus altas ventanas los rayos del sol y debajo, el monumento del Sto. Sepulcro se halla

rodeado de luz, como conviene al lugar del triunfo de Nuestro Señor y de su victoria sobre la muerte. Me detengo para dejar pasar á un grupo de peregrinos rusos, hombres y mujeres cubiertos de largos paletoes forrados de piel, que van con sus cabezas bajas y su mirada de devoción; besan las murallas del monumento por fuera y por dentro y repiten incansables sus besos, sus postraciones, y sus plegarias en voz alta. Es grande la fé de esa pobre gente. En sus trajes sucios, cubiertos del polvo de los caminos, se vé que vienen de lejos, á pié y sin equipaje.

Este entrar y salir continuo del monumento me hace pensar en la peregrinación nunca interrumpida de cristianos hácia el Santo Sepulcro. Y qué no tenían que sufrir en otros tiempos cuando á las dificultades y peligros del viaje se añadía el mal trato de los musulmanes, enemigos crueles de todo cristiano. A más de darles toda clase de malos tratamientos, exigían del peregrino una suma considerable antes de concederle el permiso de entrar por sólo una vez á la Basílica. Había pobres cristianos que quedaban en las Puertas de la ciudad esperando que llegaran otros mas ricos y los

ayudaran con sus limosnas á pagar la penosa contribución. Ahora, qué diferencia! Qué poco hay que sufrir y que fácil es el viaje! Lo que sorprende es que no hayan mas cristianos que emprendan el viaje á Tierra Santa y que, pudiéndolo, se queden sin hacer este acto de grán piedad. ¡ Ah! Nunca podré agradecer bastante las facilidades que hé tenido para llevar á cabo mi peregrinación. Se lo agradezco á Dios en primer lugar, por qué de él viene todo lo bueno, y en seguida á las personas que á ello hán contribuido.

Pero sigamos adelante; aprovecho el primer vacío para introducirme primero á la capilla del ángel, beso la piedra que está en el centro sobre una columna y en seguida, agachándome mucho, paso por la abertura hasta encontrarme en el sepulcro mismo. Esta segunda parte del monumento es tan pequeña que solo caben tres personas, fuera del sacerdote griego que está siempre de pié en el fondo y que impertérrito presencia el entrar y salir, las plegarias, los besos y las lágrimas; él cuida de las lámparas y de los cirios encendidos y riega de vez en cuando la loza del Sepulcro con agua perfumada con olor de rosa. Allí me quedo,

de rodillas, la cabeza sobre el mármol que cubre el Santo Sepulcro. Momentos después siento que me andan sobre los piés y conozco en eso que otros se impacientan y quieren mi lugar. Se lo cedo, me paro y agachándome de nuevo salgo á la capilla del ángel y de allí al espacio claro de la Basílica.

Si de allí me he visto obligada á salir demasiado pronto, tengo al menos el recuerdo de poder refugiarme en el Calvario. Vuelvo pues hácia la entrada, paso otra vez delante de la Piedra de la Unción y, á la derecha, subo por la obscura escalera de gradas disparejas que conduce al Calvario. Aquí sí podré estar tranquila, nadie vendrá á perturbarme, ni me verán siquiera en esa semi obscuridad que se presta para el recogimiento de la oración. Una hora se pasa y se hace corta; hay tanto que meditar, tanto que pedir! No es ese el lugar de la gran misericordia? Una señal dada abajo en la puerta de entrada me advierte que pronto van á cerrar, y que debo concluir y marcharme. Hago, pues, por ese día, mi última plegaria, doy mi último beso al hueco de la cruz y salgo llena de consuelo y de esperanza.

9 de Enero

Es este nuestro último día de Jerusalén. Los Padres Franciscanos han convidado á la peregrinación para una gran misa de despedida en su iglesia de San Salvador. Todos acudimos á la invitación de los buenos Padres que tan amables habian sido con nosotros y que nos habian dado á cada uno, junto con algun precioso recuerdo de Jerusalén, el diploma de peregrino. La misa fué de todo lujo, el canto fué brillante y animado, al gusto italiano; demasiado alegre y bullicioso, era la crítica que de ella hacian los franceses, habituados al canto llano, tranquilo y monótono. Admiramos sin embargo las hermosas voces de los cantores y la buena ejecución de los trozos. Lo que más me gustó fué el sermón del Padre Jerónimo, religioso franciscano que

ocupa uno de los puestos mas importantes en la orden. ¡Qué bien nos habló sobre la caridad como fruto que debíamos sacar de nuestra peregrinación! Justamente ese día debíamos poner en práctica la mas bella de las virtudes, visitando y dando de comer á los leprosos de Jerusalén, que se hallan todos reunidos á alguna distancia de la ciudad, cerca de la aldea de Siloé. El dia antes, una colecta hecha entre los peregrinos había reunido los fondos suficientes para prepararles una buena comida y comprar algunas ropas de las mas necesarias para ellos.

Nos fuimos después de almuerzo, por un camino áspero y detestable, fuera de las murallas bajo un sol abrazador. Dos hermanas de la caridad, las palomas, como las llaman en esos países por las blancas alas que revolotean sobre sus cabezas, nos acompañaban y nos contaban la manera extraña como viven los leprosos y sus miserias indecibles; lo que no contaban esas dulces y risueñas palomas era la abnegación sublime con que ellas los curaban, la inalterable paciencia con que atendían á sus necesidades y el peligro en que ellas se en-

contraban de tomar la horrible enfermedad.

El banquete tenía lugar á la sombra de unos árboles á poca distancia de la leprosería, allí encontramos yá depositadas las grandes ollas que contenían la sopa, un guiso de carne y otro de legumbres.

Apenas llegamos cerca de las ollas, se dió aviso á los leprosos, que salieron sin demora de su habitación y bajaron uno tras otro, trayendo cada uno su tiesto blanco de lata que le servía de plato. Así fueron llegando cada uno con la ligereza que le permitía el estado de enfermedad, y á medida que llegaban se sentában en el suelo formando círculo. ¡Pobres infelices! ¿Cómo describir su aspecto y cómo decir el sentimiento de repulsión que inspiran? En algunos es la cara lo que ha empezado á deshacerse, les falta la nariz ó los ojos; otros estiran unos huesos recubiertos de piel en lugar de brazos, las manos han desaparecido; otros tienen las piernas en ese estado, y así, con esa variedad de horrores y á veces con todos ellos juntos, viven años esos seres desgraciados. Y no hay esperanzas para ellos, la enfermedad sigue

siempre su curso, va comiendo poco á poco el cuerpo de su víctima y martirizándolo lentamente hasta que llegando á apoderarse de un órgano vital produzca con eso la muerte.

En medio de ese círculo de miseria humana las señoras y niñas, con su delantal puesto y un cucharón en la mano, llenaban de sopa y de carne el plato que cada enfermo presentaba como podía; algunos de los jóvenes de la peregrinación ayudaban pasando las fuentes. La vista de este cuadro conmovedor me transportó á aquellos tiempos de fé cuando los santos, considerando á Nuestro Señor Jesucristo en cada uno de esos infelices desterrados de la sociedad, lo servían y curaban con amor y devoción.

Veía á Santa Isabel de Hungría en medio de sus queridos leprosos, haciendo con ellos actos heroicos de caridad y dándoles las mas extraordinarias muestras de cariño maternal. Veía también á San Francisco de Asís y á San Ignacio de Loyola empezando su carrera de santidad en los lazaretos y curando por sus propias manos á los desvalidos. Esto no es sólo de los tiempos pasados; mientras haya fé en el mundo habrá abnegación

y caridad; ¿no hemos visto hace poco al admirable Padre Damiano de la congregación de los Sagrados Corazones consagrar su vida á los leprosos en una isla de Oceanía, vivir con ellos, convertirse como ellos en un esqueleto vivo y morir en medio de ellos? Y él no ha sido el único, varios otros sacerdotes han seguido su ejemplo, y se han distribuido en los países donde reina la lepra. En Venezuela son los Padres Salesianos los que se han hecho cargo del lazareto de leprosos, don Unia fué el primero que solicitó este trabajo de abnegación y se desempeñó en él como solo lo hacen los hombres movidos por el amor de Dios.

Hace poco hé tenido el gusto de conocer á uno de estos héroes de la caridad cristiana, al Padre Johann Nehinger de las Misiones Extranjeras de Paris. Despues de concluir sus estudios eclesiásticos en la casa de la *rue du Bac*, el joven sacerdote, sintiéndose llamado hácia los seres mas tristes y mas desamparados de la tierra, pidió permiso á su superior para irse á Birmania, en las Indias, á ocuparse de los leprosos que en aquel país cuentan por miles. Después de algunas reflexiones sobre la gravedad

del caso y los peligros á que se exponía, el permiso le fué concedido, y en la primera partida de jóvenes misioneros, mientras unos salían para la China y otros al Japón, él se iba directamente al país de los leprosos. A pesar de estar solo, con los poquísimos recursos con que puede contar un misionero, el P. Nehinger hizo poco á poco construir pequeñas habitaciones, separadas unas de otras y fué colocando allí metódicamente á los enfermos segun su estado. Dos misioneros más se fueron á ayudarlo, el establecimiento se agrandó, pero nunca lo bastante para poder recibir á los muchos leprosos del país; los que han tenido la suerte de ser admitidos se sienten como en el cielo, nos decía el Padre, acostumbrados como estaban á no ser mas que un objeto de horror para sus semejantes. Poco á poco los misioneros les hacen comprender que los cuidados que les prestan no tienen mas móvil que el de practicar un consejo de su religión. Los infelices reflexionan, ven claro la superioridad de la religión católica, la abrazan y la practican como cristianos de los primeros siglos, llenos de fé y de esperanza.

Muchos mas detalles interesantes nos

ha contado el Padre Nehinger, que se encontraba hace poco en Europa recogiendo limosnas. Ahora ha regresado á Birmania acompañado de un hermano y de seis monjitas, que, como él, se han entregado para siempre á la sublime vocación y y se han expuesto voluntariamente al largo y cruel martirio de la lepra.

Al ver el aumento notable de la lepra en ciertos países y la existencia de algunos casos, aún en los centros civilizados, los hombres de la ciencia se alarman y desde lejos, entre libros y en discusiones se ocupan de los leprosos. Se hacen disertaciones sobre el microbio que causa la enfermedad, sobre sus síntomas, sus diversos periodos y su fatal conclusión; pero remedio eficaz no se descubre; lo único práctico á que se ha llegado es la necesidad del aislamiento para evitar el contagio. Esta era la medida de la Iglesia en otros tiempos cuando se separaba al leproso de la sociedad y se le hacía vivir solo, en una casita edificada para él en un campo aislado. La fe daba entonces la resignación al infeliz desterrado y la caridad de los demás le proporcionaba el sustento necesario. El aislamiento de los leprosos en

la edad media, criticado como tantas otras cosas por los enemigos de la Iglesia, fué pues una medida sabia, gracias á la cual se concluyó el mal en Europa.

Volviendo á Jerusalén y á nuestra comida, seguiré contando cómo los leprosos recibían su ración dando muestras de agradecimiento, pero sin empezar á comer lo que se les había servido. No nos explicábamos porqué no comían, hasta que una de las hermanas nos dijo que era costumbre entre ellos, no guardar nada para sí; todo lo que reciben, sea en dinero ó en efectos, es repartido en iguales partes entre todos los enfermos, y como faltaban algunos de ellos por no poder dar ni un paso, los otros no podían empezar á satisfacer su hambre con lo que tenían ante sí.

La entrada á la ciudad es prohibida á los leprosos; fuera de ella, en los caminos asedian á los viajeros, se les ponen por delante, los siguen y los vuelven locos con sus pedidos y sus ademanes exigentes « *bakshishe* Signor, meské Signor » se oye por todos lados y en los tonos mas lastimeros; « *Bakshishe* » grita el cojo saltando con sus muletas y el

sin mano levantando sus brazos informes; « bakshishe » dicen gimiendo los ciegos y los tullidos formados en doble fila á orillas del camino.

Así salían también al encuentro de Jesús, así se ponían en los caminos por donde él debía pasar todos los enfermos, todos los desgraciados clamando « Jesús hijo de David tened piedad de mí ». Y Jesús se detenía, daba la vista á los ciegos, el oído á los sordos y curaba toda clase de enfermedades.

Siloé no está lejos del Huerto de la Oración; siguiendo la falda del mismo cerro se llega en un cuarto de hora mas ó menos al pié del Monte de los Olivos y Getsemaní. Con el pequeño grupo amigo nos fuimos, una vez concluida la visita á los leprosos, á despedirnos de la gruta y del jardín de Getsemaní. Hicimos nuestra última Vía Crucis al rededor de los viejos olivos y besamos muchas veces más esa tierra regada con la sangre de la agonía. Con qué pena nos alejamos, diciendonos: Ya no volveremos á ver este lugar donde hallamos tanto encanto para nuestras almas! Adiós Getsemaní! Adiós, gruta sombría que haces derramar las buenas lágrimas de arrepenti-

miento, adiós jardín siempre florido y que junto con las rosas, los jazmines y las violetas produces las flores místicas de la devoción!

En la noche los novicios cantaron los adioses á Jerusalén; qué hermoso y que tierno es ese canto! Al oír tan bien expresados nuestros sentimientos se apoderó de nosotros una suave emoción de melancolia, y acompañamos con lágrimas el ritmo de los adioses. *Jerusalem adieu, Jerusalem adieu!*

10 de Enero

La última misa que teníamos en Jerusalén debía ser la primera que se celebraba en la capilla inconclusa de *Notre Dame de France*. El Padre Germer y sus novicios habían hecho prodigios para que el edificio en construcción estuviese en estado de poderse inaugurar antes de nuestra partida. Con mucha actividad y trabajo se consiguió lo deseado; el Padre Superior pudo tener el gusto de decir su misa esa mañana en un altar improvisado en medio de los andamios y dejar así estrenada y santificada la capilla con el Santo Sacrificio y con las oraciones y cánticos de numerosos peregrinos.

Concluida la misa, todos debían ponerse en marcha para la estación, pero cómo irse sin una postrera visita al Santo Sepulcro? Yendo muy ligero alcanzaria-

mos á hacerlo; las niñas Lafarge tienen el mismo pensamiento y, sin perder mas tiempo, las cuatro salimos juntas y, corriendo y saltando de grada en grada las grandes escalinatas que suben y bajan en las calles disparejas, llegamos en pocos minutos á la Basílica. Un beso á la Piedra de la Unción, otro al Santo Sepulcro, otro al hueco de la Cruz, últimos besos esta vez y últimos adioses. ¿Cómo arrancarnos tan pronto de allí? Mas el tiempo apura, es ya la hora; tenemos que salir. Adios! Adios!

La estación del ferrocarril estaba llena de gente; el Consul General, el Hermano Lievin y otras notabilidades se encontraban allí. Los Padres y los novicios de *Notre Dame de France* también acompañaban á los peregrinos, diez y siete días de vida en comunidad habian estrechado las relaciones de unos y otros; y ahora, cuando llegaba el momento de la separación, la amistad parecia aumentarse sensiblemente y la confianza é intimidad empezaban cuando todo iba á concluir. No siempre sabemos apreciar lo que tenemos, mas siempre sabemos sentir lo que perdemos. Algunos de los novicios jovencitos, casi ni-

ños, se acercaban á los viajeros que se iban á la tierra donde ellos habian dejado á su familia y tímidamente decían: Si vé á mi madre, á mi padre, á mis hermanas, dígales que estoy bien, que no los olvido, que me escriban, etc. y seguían los recados y los encargos. Los peregrinos recibían todos los recuerdos cariñosos de los muchachos y prometían dar noticias allá en la tierra querida, en la noble y bella Francia, de estos hijos que estudian y se preparan para defender sus mejores intereses. Otros que, atraídos por mutua simpatía, se habían ligado de amistad sólida y verdadera, se prometían al despedirse un recuerdo constante y unión en las oraciones. Un silbido, mas bien un gruñido ronco de la máquina puso término á las conversaciones, encargos y promesas. Los que se quedaban se retiraron de los que se iban, y mientras el tren se ponía en marcha unos y otros continuaban con señas sus cordiales despedidas. En pocos momentos los amigos se perdieron de vista y después de los amigos fueron desapareciendo, uno tras otro, los edificios de Jerusalén. Ya todo había desaparecido, pero nuestra vista seguía fija en esa di-

rección y nuestro corazón se despedía en silencio. ¡Adios, cúpula del Santo Sepulcro, adios montaña de la Ascención, Jerusalén de la tierra, adios!

La alegre charla de los compañeros nos sacó de la contemplación melancólica, dejamos de mirar hácia atrás, volvimos al presente y, tomando nuestro partido, seguimos la conversación. Es de admirar el incansable buen humor de los franceses y la finura y gracia que tienen para sus dichos y bromas; con ellos no se pasan penas, como se dice, y el tiempo se hace siempre corto.

El tren se sacudía, y á cada momento parecía que se desrielaba; pero ya lo conocíamos, no olvidábamos el incidente de la caída de la maleta en el viaje de ida y esta vez tomamos todas las precauciones para que la aventura no se repitiera. El sacudimiento causaba otro daño para el cual eran inútiles las precauciones, mas de una cara que poco antes se veía alegre, empezaba á cubrirse de tristes sombras y de palidez mortal; los síntomas de mareo se hacían sentir y sus pobres víctimas sufrían ya antes de subir al vapor. La Vizcondesa de Gaudemaris, la más simpática y la

mas graciosa de las compañeras de viaje era la primera que caía con ese mal, en ese momento se la veía empalidecer cerrar sus hermosos ojos y apoyar lánguidamente la cabeza.

Nada pudo distraerla, ni la llegada del Padre María que pasaba por los carros repartiendo ricas naranjas junto con buenas palabras joviales y animadoras.

Sin mas acontecimiento llegamos á Jafa donde, una vez fuera del trén, hicimos á pié el largo trayecto entre la estación y el embarcadero.

No hay idea de lo difícil que es avanzar por esas calles llenas de gente y de camellos; estos enormes animales ocupan con sus árguenas cargadas todo el ancho de la calle, sin dejar lugar para el pobre cristiano que á cada instante se vé atropellado por uno de ellos. Otras veces es una montaña de sacos lo que interrumpe la circulación, y hay que trepar y saltar por encima del nuevo obstáculo para poder seguir su camino. Muy curioso y divertido encontrábamos todo eso los que teníamos el cuerpo ágil y el humor bien dispuesto, pero no lo era tan agradable para personas de alguna edad y yá pesadas, como lo eran algunas que venían

en la peregrinación; así por ejemplo la señora de la G. que había perdido de vista á sus hijos, se hallaba en la mayor aflicción y se acercaba á nosotros en busca de ayuda y protección.

En el muelle la confusión subía de punto, la bulla y el desorden eran tremendos, los aduaneros turcos gritaban y gesticulaban, sujetando á los viajeros; les querían quitar sus maletas de las manos: éstos protestaban, empujaban, y unos y otros se insultaban á gritos sin entenderse. No sé cómo habríamos salido del mal paso sin el auxilio de Tournier, quien, apareciendo á tiempo como siempre, nos hizo atravesar por en medio de esa algarabía y llegar, nosotros y nuestros bultos, hasta el bote que nos condujo al vapor.

Como el día de nuestra llegada, el mar estaba perfectamente tranquilo y el embarque se hizo con toda facilidad; los famosos temporales de la bahía de Jafa quedaron pues desconocidos para nosotros, de lo que debimos dar gracias á la Providencia.

A las cuatro todos los peregrinos se hallaban en *Notre Dame de Salut*, y á las cinco la campana del vapor nos lla-

maba á comer. Fué siempre un gusto el encontrarse de nuevo reunidos en el rincón de mesa y en medio de los mismos simpáticos compañeros de la ida, que ya á la vuelta eran como amigos viejos.

A las ocho se levantó el ancla, el buque empezó á moverse, y suavemente se puso en marcha hácia el Norte. Su andar era tan tranquilo que nadie pensó en mareo; fue una tarde agradable y una noche muy hermosa, alumbrada por las estrellas.

11 de Enero

Al despertar por la mañana nos encontramos anclados delante de Kaifa y por la ventanilla del camaróte podíamos ver la punta saliente del Monte Carmelo.

A las ocho estábamos todos desembarcados y reunidos en la iglesia de Santa Teresa, en el centro de la ciudad. Da allí salimos en procesión para el Monte Carmelo. Anduvimos primero por calles orientales feas y desaseadas, no había de bonito mas que los niños que con sus grandes ojos negros nos miraban pasar; después, qué contraste! era un barrio de calles rectas con arbolitos bien plantados y con casitas pintadas de color; jardincitos bien cultivados rodeaban las habitaciones y en ella se veía gente vestida á la europea y niños rubios con caras lavadas y delantales limpios. Esta colonia es de alemanes, no había que

preguntarlo porque la figura de sus habitantes y el trazado del pueblo lo demostraba bastante. Se deja atrás á los pacíficos colonos y se empieza á subir, se sigue subiendo y no se acaba nunca de subir, parece. Por fin después de una hora y media de penosa marcha por camino áspero y asoleado, llegamos á la cumbre del Carmelo. Desde la altura la vista era hermosísima; la bahia se desplegaba toda entera y á lo lejos se divisaba San Juan de Acre, el último refugio de los cruzados. A nuestros piés el mar lanzaba sus olas contra una playa brillante de color bajo las rayos del sol de la mañana.

Pero no nos detengamos mas en admirar las bellezas materiales del Carmelo; entremos á saludar á su reina en el mas antiguo de sus santuarios; vamos á rezar un poco á la Virgen del Carmen, á la mas querida de las devociones, á la gran patrona del ejército de Chile. La iglesia es grande y de forma redonda; dos escaleras de mármol construidas en semicirculo conducen al altar mayor sobre el cual la Virgen sentada en un trono presenta á su divino hijo. El niño tiene en sus manecitas un escapulario; su rostro

como el de la Madre, es dulce y hermoso' ambos atraen con su mirada bondadosa y uno se encuentra bien allí á los piés de la bella imagen.

Debajo del altar hay una gruta llamada gruta de Elías por haber sido habitada por el profeta que hizo célebre el Carmelo. Este lugar es venerado aún por judíos y musulmanes, que vienen con frecuencia á pedir favores al Santo profeta Elías y á dejar otras veces sus exvotos de agradecimiento. Cuando concluimos de ver la iglesia y de hacer nuestro afectuoso deber á la Virgen del Carmelo salimos á conocer algo de los alrededores del santuario. Un convento como una gran fortaleza se levanta en la cumbre del Monte, al lado de la iglesia; los Padres Carmelitas lo han habitado desde tiempo inmemorial y tienen además alojamiento para un gran número de peregrinos. Ahí debíamos alojarnos, y desde luego presentamos los boletos de alojamiento para que nos indicaran nuestra colocación. Nos tocó una pieza de tres camas, muy limpia y bien arreglada; la tercera persona colocada era la señora de Vanssay, la mejor de la jinetas y la peor de las marinas, en tierra muy habladora y animada, en el mar completamente abatida.

En el extremo de la puerta que avanza hácia el mar hay una especie de explanada y en el centro de ella se encuentra el monumento que los chilenos han hecho levantar en prueba de su amor y su agradecimiento á la Virgen del Carmen. La columna, coronada por la estatua dorada de María, domina toda la bahía, y desde lejos los buques que llegan al puerto pueden saludar á la Reina del Carmeló. Para mí fue una satisfacción grande el poder demostrar á la vista del monumento la fé y la generosidad del pueblo de Chile; su amor por la Virgen del Carmen ha sido en él tradicional, y le ha merecido la protección visible de la Santísima Virgen; no hemos visto acaso prodigios y poco menos que milagros obtenidos por el valor de los chilenos unido á los ruegos á Nuestra Señora del Carmen? ¡ Ojalá Chile siguiera siempre fiel para con su patrona y, no contento con haber mandado á su santuario un monumento de piedra y de bronce, le mande un día una peregrinación de lo mejor de su gente, para que juntos invoquen á María y consigan de ella muchas bendiciones más para la Patria!

El almuerzo tuvo lugar en una gran

sala del edificio que llaman el *palacio* por haber sido construido y habitado por un sultán que indudablemente quería gozar del hermoso panorama; de palacio no tiene mas que su nombre y de belleza mas que la naturaleza que lo rodea; se halla situado en la última estremidad del promontorio y sobre él se levanta el faro que muestra la entrada del puerto; éste y el convento son los únicos edificios que hay sobre la altura del Carmelo.

La comida corría á cargo del drogman como se acostumbra en las caravanas; dejaba mucho que desear y tuvimos que echar de menos el buen servicio de *Notre Dame de France*. Pero en viajes como éste hay que hacer el ánimo de sacrificar un poco las comodidades de la vida; el que no puede soportar esas pequeñas mortificaciones vale mas que se quede en su casa. Entre nosotros todos estaban tan bien dispuestos, que no pensaban en quejarse de nada, y solo se preocupaban de aprovechar bien el tiempo visitando todo lo que había que ver en el Carmelo. Algunos se fueron á la gruta de San Simón Stock, nosotros no los seguimos porque estaba muy lejos y preferimos unirnos al grupo que se conten-

taba con ver lo que se encontraba cerca. Bajamos á la playa por un caminito angosto muy pintoresco que va haciendo innumerables vueltas por entre rocas y plantas floridas. A medio camino nos detuvimos para ver lo que llaman la Escuela de los Profetas, que es una gran sala hecha en la roca misma; allí dicen que reunían los Profetas á sus discípulos para enseñarles las cosas elevadas que solo ellos sabían explicar. Una antigua tradición dice que en esa gruta se refugió la Santa Familia cuando de vuelta de Egipto vino á desembarcar por estas costas. Esta tradición, aún si es apócrifa, nos conmueve y nos hace mirar con devoto interés la gran construcción subterránea que cobijó, talvez, á los santos viajeros.

La playa estaba deliciosa; sobre la arena pudimos descansar largo rato, gozando del *dolce far niente* y respirando el aire tibio é impregnado del aroma del mar. Las olas venían una tras otra á quebrarse allí delante, su espuma llegaba hasta nuestros piés; se seguían, se encontraban, se confundían con gran ruido y después se retiraban murmurando suavemente. ¡ Que agradable es seguir con

la vista el movimiento perpetuo de las olas y el cambio de colores del agua transparente, el oír la música salvaje del océano y el sentir la fragancia salubre de las plantas marítimas! El espíritu descansaba junto con el cuerpo, dimos tregua al pensamiento y nos entregamos á un momento de gran bienestar. Esa playa tranquila y solitaria está llena de bonitos caracoles; se encuentran también esponjas, lo que es un producto escaso y apreciado. Recogimos caracoles y algunos pedacitos de esponja, y nos pusimos en marcha para el convento; caminábamos lentamente y subimos poco á poco por el caminito en zigzag, sentándonos á cada vuelta sobre una piedra y deteniéndonos á cada paso para coger una rama ó una flor.

Así se pasó toda la tarde en el Carmelo, llegamos á la casa cuando empezaba á obscurecer, á tiempo para asistir á la conferencia del Padre Edmundo. Nos refirió el Padre la historia del Monte y de sus alrededores empezando per Elías y los demás profetas que ilustraron su nombre en el Antiguo Testamento, siguió con los solitarios de los primeros siglos que lo habitaron, con la fundación y las

vicisitudes de la Orden del Carmen, con los cruzados que tuvieron ahí cerca, en San Juan de Acre, su última batalla, su último esfuerzo heroico por conservar la Tierra Santa que tanta sangre les había costado, y concluyó por fin con los recuerdos que Napoleón I dejó de su pasada por ese país. Después de haber escuchado un rato con interés, sentí que mis ideas y mi atención se iban, mi cabeza se puso pesada y mis ojos se cerraban involuntariamente. El aire del mar y el cansancio de las dos subidas me habían rendido y por mas que luché, el sueño me venció.

Cuando llegó la hora de acostarse fué curioso como se hizo la instalación de los peregrinos. Al lado de nuestra pieza de tres camas, había una de doce por lo menos; parecía un dormitorio de colegio y los que lo habitaban, unos colegiales indisciplinados. Las carreras, risas y bromas no tenían fin, y á nosotras, que nos habíamos acostado ligero y que queríamos dormir, ya nos estaban fastidiando. Se callaron por fin los vecinos, y nosotras nos alegrábamos de poder gozar de un sueño tranquilo y reparador, cuando del otro lado empieza nueva bulla y esta vez mucho mas fuerte; voces de hombres y

golpes en el suelo y en la puerta; parecían que se tiraban con los muebles; después cantos y cuentos tan salados que provocaban carcajadas de risa. Eran unos cuantos jóvenes que al verse alojados así en dormitorio común, habían recordado el cuartel é instintivamente habían comenzado la chacota. Las almohadas, colchones, etc. volaban por el aire, y la lengua, contenida largo tiempo por el respeto á la peregrinación, se soltaba alegremente al lenguaje del regimiento. Hasta tarde de la noche duró esta algazara y tuvimos que soportarla. Por la mañana siguiente cuando los bulliciosos supieron que nos habían tenido por vecinas fué grande su vergüenza y muy confusos nos pidieron mil perdones.

12 de Enero

Amanecemos con una lluvia torrencial, y según el barómetro y la gente del país, el mal tiempo debía continuar. Qué hacer! El viaje á Nazaret debía ser esa mañana y ¿cómo arriesgarse á esos caminos que las lluvias ponen intransitables? La incertidumbre del Padre Bailly es grande; se irá ó nó? Los caballos estaban esperándonos, todos los preparativos y los gastos estaban hechos. Por momentos un rayo de sol llenaba de esperanzas á los peregrinos que no se conformaban con no ir á Nazaret; algunos de ellos protestaban agriamente de la idea de perder ese viaje marcado en el programa. En esta indecisión, el Padre Bailly nos convocó en la iglesia y propuso rezar un De profundis á las almas del Purgatorio para que ayudaran á tomar una

determinación. Apenas se concluía la oración, un chubasco fuertísimo se descolgó del cielo, caía el agua á cántaros y en pocos minutos todo á nuestro alrededor era lagunas y torrentes. La respuesta de las ánimas era clara; el Padre Bailly no tuvo que hacer mas observaciones y todos quedaron convencidos que no había mas que quedarse. No conoceríamos pues á Nazaret, la ciudad de la Encarnación, de la infancia y de la vida oculta de Jesús, y no recorreríamos el país de Galilea lleno de los milagros y de las predicaciones del Salvador durante los años de su vida pública. El sacrificio era duro estando como estábamos nosotros á algunas horas solamente de distancia, pero hubo que resignarse y en lugar de subir á los caballos preparados, que hacían triste figura bajo la lluvia, hubo que bajar tranquilamente al muelle á tomar el bote.

Algunos peregrinos visitaron, antes de embarcarse, á las monjas Carmelitas que tienen su monasterio á orillas del mar entre el Monte y la ciudad de Caifa. Por una triste coincidencia sucedió que la priora del convento, una tía de las de Lafarge, muriera dos días antes de nues-

tra llegada. Sus sobrinas no sabían ni aún que estuviera enferma y contaban con el gusto de verla después de tantos años de ausencia. Cuando llegaron al convento se encontraron bruscamente con la noticia que esa misma mañana la priora había sido enterrada.

Por la tarde todos de nuevo á bordo; y por la noche nos alejábamos de la tierra querida que tan dulces emociones nos había dado, cuyos recuerdos imperecederos nos habrían de servir mas tarde como de refugio contra la tristeza y el hastío de la vida. ¡ Qué bueno será olvidarse por un rato de todo lo que está pasando, de todo lo que nos ocupa y preocupa, y transportarse con la mente á cualquiera de esos días de peregrinación!... Nos alejábamos de esas tierras santificadas por el Salvador y por su Madre; ya no podríamos seguir sus pasos ni postrarnos á besar cada lugar consagrado por su presencia. Parecía que todo el encanto del viaje se acababa y que ya lo demás que íbamos á ver no nos podría interesar. Después de Jerusalén, qué se puede ver sobre la tierra? Ya no queda mas que un deseo, y es el de la Jerusalén celestial. Allá no tendremos

recuerdos; allá tendremos la presencia misma de Jesús, allá gozaremos para siempre del Amado de nuestra alma, del que hemos venido á buscar aquí en el apartado país en que nació y murió. ¡ Que al menos este viaje sirva para probar nuestro amor, y que Nuestro Señor lo tenga en cuenta para perdonarnos y para darnos algún día la entrada en su Patria del Cielo!



13 de Enero

Se había levantado el ancla mientras dormíamos, y al amanecer, antes que hubiéramos despertado, se la echaba de nuevo en la bahía de Beirut. Cuando nos levantamos pudimos admirar el aspecto brillante de esa ciudad, oriental y europea á la vez, alumbrada por los primeros rayos del sol. Los edificios se perdían entre naranjos y palmeras, y las casas se veían cubiertas de plantas y enredaderas floridas; era de creerse en plena primavera.

Llegó el momento del desembarque y todos bajaron á tierra con excepción de mi compañera y yó, que nos quedamos á bordo con la misión de cuidar la capilla y de acompañar al Santísimo

Sacramento. Nos desempeñamos con gusto grande y casi con orgullo de esta ocupación, y las horas se nos pasaban ligeras en la capillita tranquila y silenciosa, cerca del tabernáculo donde hacíamos la guardia á Jesús. Algunas visitas de tierra vinieron á interrumpir, sin embargo, este noble reposo y á sacarnos, muy á pesar nuestro, de tan alta y amable compañía. Hubo que atenderlas y hacerles los honores del buque que deseaban conocer. Entre ellas habían algunas hermanas de la caridad que tenían gran placer de encontrarse entre franceses y católicos. Muchos años hacía yá que habían dejado su país para entregarse al cuidado de niños turcos, pero guardaban aún fresco y palpitante el amor á la patria que habían sacrificado alejándose de ella talvez para siempre.

Cuando, por la tarde, volvieron los Padres y los peregrinos, pudimos entregarles intacta la capilla; el tabernáculo no había pasado abandonado, la lámpara del santuario no había dejado de arder.

14 de Enero

Nos quedamos un día mas en Beirut para esperar á un compañero que, contando con los días que debieron de emplearse en Nazaret, se fué por su cuenta de Caifa á Damasco y á Balbeck para reunírse nos en Beirut. Es un pintor, y como buen artista no se conformaba con no ver esos interesantes lugares; pero los demás viajeros están inquietos y poco dispuestos á esperarío indefinidamente. El director dijo que se le esperaba todo ese día, lo que nos permitió á nosotras el poder también bajar á tierra y conocer la ciudad que, según los compañeros, era mas bonita de léjos que de cerca. Realmente, no encontramos en ella nada de pintoresco ni atrayente, lo único que merece la pena de ser visto son los establecimientos de educación y de ca-

ridad, manejados por religiosos y monjas franceses en su mayor parte. El mas importante de estos establecimientos es el colejio y la universidad de los Padres Jesuitas, y su grán iglesia contigua. A esta iglesia nos dirijimos luego que desembarcamos, pero no pudimos entrar porque estaba llena de gente. Era dia Domingo y ademas se celebraba un triduo en honor de unos jesuitas recién beatificados; la fiesta era solemne y la apretura tal que ni siquiera procuramos penetrar á través de la multitud compacta de hombres y mujeres. Desde fuera pudimos darnos cuenta de lo vasta y completa que es esa universidad, donde se educan la mayoría de los jovenes ricos de la Siria.

En proporciones mas modestas y para clases mas humildes, tienen sus casas los Padres Lazaristas y los hermanos de las Escuelas Cristianas. Lo que es digno de verse, y que podemos visitar con detención, son las escuelas y talleres de niños y niñas formadas y dirigidas por las hermanas de la Caridad. Allí desde chicos que apenas hablan, hasta hombres de veinte años, trabajan cada uno segun su edad y su aptitud bajo la

dirección de la autoridad dulce y bondadosa de esas mujeres abnegadas y enérgicas. Vimos entre ellas algunas tan jóvenes que parecían menores que sus propias alumnas; sin embargo, parece que con esas caritas frescas y risueñas ellas se saben hacer respetar muy bien de niñas y de muchachos. En cambio la fundadora del establecimiento es una octogenaria venerada y querida por todos los habitantes de Beirut; el nombre y la habitación de la hermana Gelasia son tan conocidos, que á cualquier cochero á quien se diga: á donde la hermana Gelasia, lleva á uno derecho al lugar buscado.

Para el almuerzo nos reunimos con los compañeros en el café del *Club Florissant* donde el servicio, á la turca, era mas pintoresco que apetitoso. A los postres apareció un joven oficial turco que en buen francés improvisó un pequeño discurso de felicitación y de simpatía á los peregrinos. Concluyó por beber una copa á la salud del Presidente de la República Francesa, lo que fué correspondido luego por un brindis en honor de Su Majestad el Sultán. Después, con toda galantería, el oficial se puso á

servir él mismo el café á todos los viajeros que, con estas amabilidades y finezas, olvidaron algo la impresión del mal almuerzo.

Aprovechamos el tiempo que nos quedaba para estar en tierra, visitando la casa de las Monjas de Nazaret, que nos había sido recomendada como particularmente hermosa é interesante. Las buenas hermanas nos mostraron con toda amabilidad sus salas, sus galerías y corredores de donde veíamos jugar á las niñas; las voces alegres é infantiles cantaban canciones francesas muy conocidas por todos los que tienen niños. Después nos llevaron al terrado de naranjos que se levanta sobre el mar; la vista es preciosa; el azul del agua se divisa á través del verde oscuro y lustroso de los naranjos y de las ramas ondulantes de las palmeras. El sol hacía brillar la espuma blanca de las olas y las hojas movedizas de los árboles, el aire tibio estaba impregnado de aroma de azahares, de mimosas y de otras flores exóticas hasta entonces desconocidas para nosotras. Al ver la hermana que nos acompañaba el entusiasmo con que admirábamos su jardín, se puso á coger flores

para nosotras, y nos decía con instancias que tomáramos todas las que quisiéramos. No nos hicimos rogar, cogimos las mas bonitas del jardín y el compañero Tournier, trepado por las columnas de la casa, tomaba ramas enteras de enredaderas todas cubiertas de flores. En pocos momentos la cosecha florida era abundante y las generosas monjitas añadieron á nuestros ramos, yá respetables, unas enormes ramas de palma que debíamos de guardar para hacerlas bendecir el Domingo de Ramos. Así cargados nos fuimos al muelle á embarcarnos, y cuando el bote que nos llevaba se acercó al vapor, los pasajeros de *Notre Dame de Salut*, encantados con tan linda carga, nos acogieron con una explosión de aplausos.

15 de Enero

Día entero de navegación; poco agradable porque la temperatura estaba pesada y el mar agitado. Los cerebros delicados se fatigaban, las caras se entristecían, las cabezas se apoyaban pesadamente y, poco á poco, todo el cuerpo iba tomando la posición horizontal. Los que no sufrían del mareo eran vencidos por el sueño; así sucedió que durante la conferencia sobre la Isla de Chipre que teníamos á la vista, pocos ojos quedaban abiertos y pocas cabezas resistían derechas.

16 de Enero

Por la mañana estábamos en Rodas y desembarcamos; toda esa isla parece una fortaleza de la Edad Media. Desde el muelle nos fuimos en procesión hasta la pequeña iglesia católica del lugar, donde tuvimos la bendición del Santísimo Sacramento, y en seguida visitamos á los Hermanos de las Escuelas Cristianas que aún en ese sitio tan apartado y de tan poca importancia mantienen una casa de instrucción para niños. Un orgullo es para el católico el encontrar á donde vá algo como un pedazo de la patria de su alma, el hallar en todas partes un templo donde se adora al mismo Dios Sacramentado, donde se celebran las mismas ceremonias y donde se habla la misma lengua. ¡Qué grande, qué universal es la Iglesia Católica! No

hay un lugar de la tierra por pobre que sea donde ella no tenga un foco de caridad, de educación y de civilización. Estas eran mis felices reflexiones cuando oía los cantos sagrados acompañados por el órgano y cuando veía subir el incienso que por momentos ocultaba los rayos dorados de la custodia. En la isla de Rodas, habitada sólo por pobres turcos, no creí nunca encontrar una parroquia y presenciar una función religiosa tal como en Roma, en Santiago ó en Paris. Toda heráldica es la calle llamada de los Caballeros; de cada lado se levantan las casas construidas y habitadas por esos famosos guerreros, que eran monjes á la vez. Los escudos esculpidos en la piedra demuestran el nombre y la nacionalidad del antiguo dueño de las casas, envejecidas por el tiempo. Allí cada « lengua » tenía su cancillería y el Gran Maestre elejido entre las diversas lenguas las gobernaba todas.

Los caballeros Hospitalarios de San Juan, que así se llamaban, fueron fundados en Jerusalén con el objeto de atender á los enfermos y de socorrer á los peregrinos. Después, la necesidad de defenderse contra los turcos los hizo

también adiestrarse y distinguirse en el manejo de las armas como en el ejercicio de la caridad.

Los cristianos no pudieron conservar los lugares sagrados que tanta sangre habían costado. Los Hospitalarios, junto



con los Templarios, hicieron prodigios de valor, pero los turcos, arrancándoles una tras otra sus posesiones en Tierra Santa, los rechazaron hasta San Juan de Acre. Después de una defensa desesperada tuvieron los cristianos que desalojar su última trinchera, y abandonar por completo la Palestina. Los Caballeros de San Juan se apoderaron entonces de la Isla de Rodas donde vivieron durante 200 años. De ahí pasaron á Chipre y poco después á Malta, de donde tomaron su nombre

definitivo. La orden existe todavía, pero sin atribuciones guerreras ni importancia política, el Gran Maestro tiene su habitación en Roma en una villa sobre el monte Aventino; desde su jardín se vé la cúpula de San Pedro, aérea, grande y tranquila, dominando siempre á Roma y al mundo.

Nos llamó la atención en Rodas el oír hablar español á algunos hombres del pueblo que nos ofrecían sus servicios ó nos pedían *bakshish*. Entre éstos se nos acercó un muchacho de 12 á 13 años, de bonita cara y de aspecto despierto y simpático. — Qué religión tienes, chico? le pregunté en nuestro idioma. — La hebrea, señora, y Ud es española? — Soy americana del Sur — ¿ Chilena acaso, y de Valparaíso? — Y tú, niño, dónde te has hecho tan sabio en geografía, que sabes de Chile más que la mayor parte de la gente educada de Europa? — La aprendo aquí en la escuela. Realmente quedé sorprendida; me acordaba de algunos salones en las primeras capitales europeas donde las personas con quién estaba no habían tenido vergüenza de decir que no tenían la menor idea de donde se encontraba mi país.

Los habitantes de Rodas, de lengua castellana y de religión hebrea, son descendientes de los judíos expulsados de España hace cuatro siglos; han conservado, junto con su religión, el idioma de la antigua patria, desfigurado un tanto, pero al mismo tiempo con sonidos primitivos guardados intactos desde aquella época anterior á Cervantes y á Santa Teresa. En el año 1492, durante el reinado de Fernando é Isabel, se publicó el edicto decretando que en el término de cuatro meses, todo judío que no se convirtiera al cristianismo saliera del reino, con la prohibición expresa de sacar ni oro ni plata fuera del país. Los judíos ofrecieron una enorme suma de dinero para conseguir la revocación de tan dura sentencia; todo fué inútil; en el plazo fijado no menos de 300000 personas tuvieron que salir de aquel país donde después de una estadía de siete siglos se encontraban como en su verdadera patria. Todas las puertas de los países vecinos se cerraban ante los infelices fugitivos; mediante una fuerte contribución de dinero por cabeza, y con mil sufrimientos y persecuciones sólo se les toleraba en algunas partes.

¿ No es admirable ver como esa raza, siempre odiada, aplastada y maldecida, se sostiene en su vigor y se levanta continuamente ?

Muchas digresiones me ha hecho hacer esta pequeña isla donde nos quedamos unas pocas horas y donde tan poco, por lo demás, había que ver.

Nos vamos á bordo, para seguir á otros puntos de un mayor atractivo.

17 de Enero

Vamos navegando entre islas bonitas y llenas de habitantes. Los recuerdos de la antigüedad brotan por todas partes, junto con cada roca; con cada pedazo de tierra surge de las aguas clásicas del Mediterráneo algún episodio histórico ó alguna fábula mitológica. Se divisa á Patmos y entonces historia y mitología quedan atrás; toda nuestra atención se pone en la isla del Apocalipsis y todo nuestro pensamiento es para el Evangelista y Profeta sublime. Costeamos la isla, que es larga y angosta; abajo, cerca del mar, se vén la ciudad principal, aldeas pequeñas y caletas de pescadores; arriba, sobre la montaña, se alcanza á percibir un edificio, es el convento griego que venera la gruta en que vivió San Juan durante su destierro.

Desde la altura su espíritu, alejado de la tierra y de todo lo material, se elevó hasta el cielo y, penetrando en la mansión de la Divinidad, vió al cordero sin mancha seguido de multitud de santos vestidos de blanco y llevando palmas en las manos. Dejamos á Patmos con el recuerdo de sus misteriosas visiones, y del otro lado nos aparece Sira, viva y risueña, verdadero contraste con la sombría montaña que acabábamos de contemplar. La ciudad es grande, y construida en anfiteatro sobre la colina, en el puerto hay vapores y buques de vela y hácia un lado vemos un edificio importante que nos dicen es el arsenal. En el mar, á la entrada del puerto, las olas se rompen con grán ruido, dando contra unas rocas enormes que parecen gigantes haciendo la guardia de la coqueta ciudad.

Las islas nos protejen por ambos lados contra el viento; pero hay que dejarlas atrás, y luego se hacen sentir los efectos de la brisa sobre este mar tan fácil de inquietarse. El buque, azotado por la marejada, empieza á balancearse y á sacudirse, y los pobres pasajeros á caer uno tras otro, víctimas otra vez del mi-

serable mareo. Tratamos de animar á los compañeros que sufren, diciéndoles: yá es por poco, mañana temprano estaremos en puerto, y en puerto de Grecia. ¡Qué felicidad me parecía aquello de estar yá al punto de realizar uno de mis sueños dorados, ir á Grecia! Las emociones de este viaje tan hermoso no habían concluido; á las impresiones de la piedad que tan abundantes habían sido en Tierra Santa, se iban á suceder las del arte, de la belleza y de la poesía. ¿Encontraríamos en Grecia los encantos que de ella esperábamos ó hallaríamos sólo decepción? Sobre eso conversábamos esa noche, en pequeño grupo amigo, al tomar el té en la cámara del vapor antes de retirarnos á dormir.

18 de Enero

Llegó la mañana tan deseada; el buque fondeaba en el puerto del Pireo. Llenos de contento nos aprontábamos para bajar á tierra, cuando se nos comunica que el director tiene algo importante que anunciar y pide que todos los peregrinos se reúnan en la capilla. Había una noticia bién desagradable, que produjo un descontento general. La comisión sanitaria del Pireo nos ponía en cuarentena de 24 horas por venir nuestro buque de Beirut; á más de eso exigía por el desembarque del día siguiente 6 francos de cada viajero ó tripulante de *Notre Dame de Salut*, bajara ó nó á tierra. La agitación fué grande entre los peregrinos; hasta ahora nunca los habíamos visto tan impacientes; unos se quejaban del día perdido en esa triste bahía, otros

sentian, mas que el tiempo que iban á perder, el desembolso inesperado é injusto de sus yá casi agotados recursos. Por fin, la calma del Padre Bailly se sobrepuso á la tormenta; poco á poco, todos se fueron resignando; y, viendo que la cosa era sin remedio, cada uno fué tomando su determinación y buscó cómo ocupar ese día de detención ante la tierra deseada. Algunos buques de guerra rusos que se encontraban entonces en el Pireo sirvieron de distracción á los prisioneros de la cuarentena. Todos empavezados por ser día de fiesta griega, esos buques presentaban un aspecto engalanado y alegre; entre ellos y nuestra nave se cruzaron muchos saludos; los franceses cantaron el himno ruso y los rusos la marsellesa. En uno de los blindados se encontraba el almirante Avelane, el que tres meses antes había sido objeto de las mayores demostraciones de entusiasmo en París.

19 de Enero

El día largo y aburrido en la bahía del Pireo, fué víspera de otro que há quedado en mi memoria como un día brillante, todo lleno del deleite mas exquisito, en el sentido del arte y de lo bello. Me será imposible describir la impresión que me causó Atenas. El Acrópolis, sus templos y teatros de la época de los dioses del Olimpo; los recuerdos reunidos de Fídias, de Sófocles y de Demóstenes; las iglesias bizantinas, pequeñas joyas de los primeros siglos del cristianismo; el museo lleno de las más preciosas muestras de escultura antigua; los barrios modernos, edificados con la elegancia heredada del pasado y adornados con jardines y enredaderas por donde trepa en abundancia el dulce jasmin, todo eso vimos en ese día, y lo supimos apreciar

y gozar tanto cuanto se puede gozar del conjunto y armonía perfecta del arte y la naturaleza.

El sol radiante iluminaba con sus rayos dorados el Partenón majestuoso, centro de los demás edificios, y dominador, desde la cumbre, de lo antiguo y lo moderno. A su rededor se levantan los templos pequeños, el de la Victoria, las Propiléas, el Erechteón y otros menos importantes. Abajo, en la falda de la colina, se encuentran los teatros: el de Dionisios, donde se conservan aún los sillones de mármol con el nombre del dueño incrustado en la piedra, y el teatro romano, de época posterior. Esta agrupación de monumentos, de inmensas columnas blancas, de cariátides elegantísimas y de toda clase de restos de arquitectura primorosa, tenían por bóveda el cielo azul purísimo de aquel día, y estaban rodeados de un paisaje ideal. A los piés de las grandiosas ruinas se extendía la ciudad moderna, alegre y llena de vida; á un lado la montaña verde del Hibete y en el fondo las cumbres nevadas del Atico; al otro lado el mar azul, el golfo de Salónica y las costas de Falera. El panorama era encantador; no se sabía

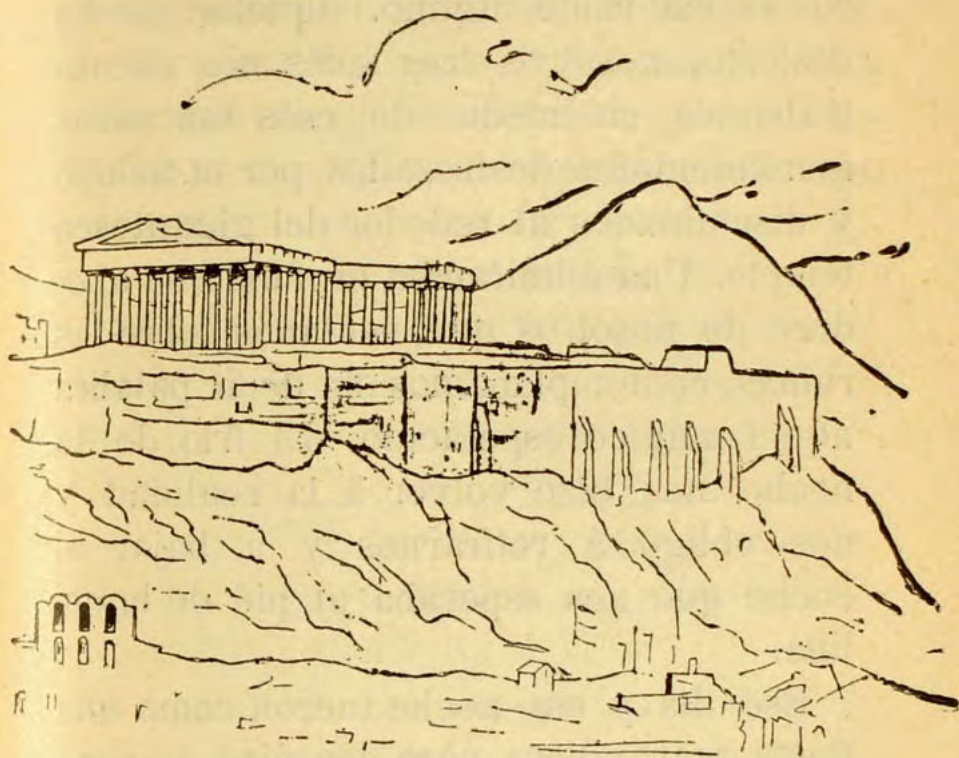
que admirar más, si la obra de los hombres ó la obra de Dios.

Visitamos el Pnyx, tribuna de Demóstenes, y el Areópago, donde San Pablo pronunció el discurso que comienza con estas extrañas palabras. « Al Dios desconocido » y donde San Dionisio Areopagita se sintió convencido.

Las horas pasaban y nosotros no nos cansábamos de contemplar el espectáculo maravilloso; el sol, bajando hácia el horizonte, enrojecía con sus rayos oblicuos los mármoles de los viejos templos, todo tomaba otro aspecto, otra nueva belleza. La luz iba desapareciendo y, casi á obscuras, tomamos el camino de la ciudad; con gran dificultad pudimos desenredarnos de las callejuelas tortuosas que bajan del Acrópolis y que conducen á los bulevares ó calles principales. Eran las 7 de la noche cuando llegamos con los compañeros al hotel donde alojábamos. Comimos, y en seguida nos preparamos á salir de nuevo para aprovechar las últimas horas que nos quedaban; queríamos ver el Partenón á la luz de la luna. El astro de la noche se había levantado; parecía querer rivalizar en magnificencia con el sol que poco antes

había desaparecido y, como él, hacer lucir en todo su esplendor las ruinas de Atenas.

La entrada al Acrópolis de noche no es permitida al que no vá provisto de



una tarjeta especial de la autoridad; nosotros no la teníamos, pero el espedito Tournier mostró con despejo su propia tarjeta; el guardia la examinó á la luz del farol y despues de considerar un momento y consultarse con su compañero, nos hizo señas de aprobación y nos abrió la puerta. Entramos pues en el recinto de los dioses antiguos; el Parte-

nón se levantaba en el centro, brillante con los rayos plateados de la luna, sus proporciones habían crecido extraordinariamente, las sombras proyectadas por sus enormes columnas eran fantásticas. No se oía ruido alguno, aquello estaba desierto, nosotros tres solos nos encontrábamos en medio de esos mármoles monumentales destrozados por el tiempo y diseminados al rededor del gigantesco templo. Una admiración profunda se apoderó de nosotros que, sentados sobre las ruinas, contemplábamos sin decir palabra aquel mágico espectáculo. El frío de la noche nos hizo volver á la realidad y nos obligó á retirarnos y á bajar al coche que nos esperaba al pié de la colina.

Ese día y esa noche fueron como una fiesta maravillosa para los ojos y para la imaginación; me figuro que eso será como un pequeño reflejo de los goces que tendrá nuestro espíritu en el cielo. Ah! Si en esta tierra podemos tener horas en que los sentidos juntos con la inteligencia gozan de esa manera tan pura y elevada, qué será después, cuando estemos dueños de la visión clara y perfecta de todo lo creado? Entonces no

sólo veremos lo que hay y há habido de hermoso sobre el mundo que habitamos y los mundos que no conocemos, sinó que también tendremos á la vista el cielo, y mas que el cielo la suprema hermosura del autor de todo lo bello.

Nó; nuestra visita á Aténas no había sido una decepción. Había, por el contrario, sobrepasado á todas nuestras esperanzas.

20 de Enero

El tranvía á vapor nos llevó temprano de Atenas al Pireo, y nos dejó cerca del embarcadero donde nos esperaba, pegada al muelle, *Notre Dame de Salut*. La salida del puerto se hizo en medio de entusiastas y nuevas demostraciones de simpatía entre nuestro buque y los blindados rusos que allí estacionaban.

La navegación se hacía tranquila y agradablemente por el Golfo de Salónica; por ambos lados se dibujaba con elegancia la línea hermosa de las montañas, bañadas en el aire diáfano y en la luz fosforescente de esos parajes.

A la una de la tarde nos parábamos frente á la entrada del canal de Corinto. Los preliminares fueron largos, y pasó mucho tiempo antes que se hubiera ar-

reglado el trato que permitia la entrada. El canal estaba recién concluido y nosotros éramos los primeros que con un buque grande lo estrenábamos. Era imponente el aspecto de las murallas de 40 metros de alto, que allí bien cerca se levantaban; para ver mejor, nos fuimos á la punta de proa, de donde dominábamos el canal. Por algunos momentos todo iba bien; la vista era de mucha novedad; estábamos llenos de contento. Pero poco después, cuando el buque tomó alguna velocidad bajo la dirección del piloto inexperto, su proa se iba ya á la derecha ya á la izquierda, dando unos choques terribles contra las paredes del canal. Un sacudón nos botó al suelo, y muy á pesar nuestro tuvimos que bajar de tan buen puesto de observación. Llenas de miedo, sentíamos á veces el ruido sordo que indica que el buque toca el fondo; otras veces lo veíamos inclinarse y preveíamos con terror un nuevo choque. En esta ansiedad me fui á la capilla á rezar y á esperar: una hora duró la angustia.

Fué grande el gusto cuando la claridad que de nuevo entraba por las ventanas de la capilla nos anunció que habíamos

salido de la prisión peligrosa y que nos hallábamos en el mar abierto, profundo y estenso. Respiramos libremente y dimos gracias á Dios.

Eran las 5 de la tarde cuando fondeábamos frente á Corinto, yá demasiado tarde para desembarcar. Nos quedamos en el vapor, esperando la mañana siguiente para hacer la interesante excursión á las ruinas del Corinto de la historia.

21 de Enero

El puerto y la ciudad moderna nada ofrecían que ver; de modo que, sin perder tiempo en recorrerlos, desde temprano nos pusimos en marcha hácia el lugar donde se encontraba el antiguo Corinto, la ciudad elegante y corrompida, y su Acrópolis dedicada á la diosa Venus.

Con bastante dificultad se consiguieron algunos carruajes; tuvimos el gusto de llevar en el nuestro al Padre Director, y de ser portadoras de los cálices para el Santo Sacrificio. La mañana estaba preciosa, el aire fresco y húmedo; el vapor de las nubes ligeras se iba deshaciendo al contacto de los primeros rayos del sol. El coche avanzaba por un sendero angosto entre campos plantados de viñedos y de árboles; todo estaba verde como en primavera y todo bri-

!lala con las gotas del rocío. A pocos pasos teníamos el mar de azul suave y sereno; sólo en el borde, al lado del camino, las olitas blancas jugaban alegremente con los rosados reflejos del sol de la mañana. Nunca hé sentido mejor la poesía de la naturaleza que en esta excursión matinal á las ruinas de Corinto.

El camino de coches concluyó al principiar el cerro y seguimos á pie, trepando como podíamos por entre el pasto empapado de rocío y buscando, sin guía, algo que nos indicara el lugar preciso del Acrópolis. Por fin dímos con el grupo de las siete columnas dóricas que adornaban el templo de Venus. En el Partenon de Atenas era adorada la sabia Minerva; los corintos, al contrario, tenían su preferencia por la diosa de la belleza, para élla eran su culto y sus homenajes. Pero no eran estos los pensamientos que entonces nos ocupaban, y no eran recuerdos del paganismo lo que buscábamos en ese sitio encantador. Lo que ahí nos atría era la memoria de San Pablo, que pasó dos años formando la Iglesia de Jesucristo y estableciéndola en medio de ese pueblo ligero y

sensual. Sí; era con la epístola á los corintos en la mano y no con la mitología, como visitábamos las pocas pero hermosas ruinas del antiguo templo. Una gran piedra alta como una mesa sirvió de altar, y la misa se celebró allí, sin duda alguna, por primera vez. Los peregrinos, conmovidos, se arrodillaban sobre las yerbas silvestres mientras el sacerdote en el centro, entre las viejas columnas, alzaba al cielo la hostia consagrada ofreciendo á Dios el sacrificio del cuerpo y de la sangre de su Divino Hijo.

Nuestros cánticos llamaron la atención de los rústicos habitantes de los campos vecinos. Poco á poco fueron llegando hombres, mujeres y niños atraídos por un espectáculo nuevo para ellos y, en silencio y respetuosamente, formaron círculo á nuestro rededor. Fué una gran sorpresa cuando, después de concluida la misa, levantamos la vista y nos encontramos ante numerosa y pintoresca concurrencia. Sus hermosos tipos y sus trajes característicos completaban el cuadro dándole color y animación admirables.

Venía con nosotros desde Atenas un sacerdote griego católico, y él pudo expli-

carles en su propio idioma el significado de la ceremonia que con tanta curiosidad observaban. Cuando les dijo que éramos peregrinos de Tierra Santa, el respetuoso silencio de esa buena gente se cambió en devoción entusiasta, se santiguaban como delante de algo bendito, nos tocaban con veneración y besaban con fervor nuestros vestidos.

Algunos, de los mas acomodados del pueblo, corrieron á sus casas y volvieron con regalos tan buenos y sencillos como ellos; traían pan, quesos pequeños de la leche de sus cabras y panales con miel de sus montañas. Otros, menos generosos y mas comerciantes llegaron con objetos de la antigua Grecia, quebrados y viejos, que decían haber encontrado ellos mismos y que vendían á precios bajísimos. Había pequeñas ánforas, floreros y tazas de forma elegante, pedazos informes de estátuas y algunas cabezas de mármol mejor conservadas.

Concluyó esta fiesta tan encantadora con un ligero almuerzo sobre el pasto y nos volvimos contentos al vapor, á continuar nuestro camino.

La navegación de toda esa tarde fué deliciosa. El Golfo de Corinto estaba tran-

quilísimo ; íbamos como en un lago, siguiendo la línea de las montañas con sus cumbres nevadas y sus faldas verdes y pobladas. Cada cosa y cada color se destacaban de una atmósfera limpia y transparente. Teníamos por delante y á media altura un pueblo ; abajo, á la orilla del mar un grupo de casas de pescadores ; mas allá el humo de un tren que pasaba ; en el fondo, los montes elevados. Uno de ellos es el Parnaso ; al oír sólo este nombre los compañeros se entusiasman é invocan á Apolo y á sus musas refrescando sus últimos recuerdos de educación retórica.

Una puesta de sol maravillosa vino á coronar espléndidamente nuestra segunda escala de Grecia. El horizonte era un mar de fuego ; poco á poco las nubes encendidas empezaron también á formar con sus colores y formas locas las figuras mas fantásticas. Creo que mas de una hora nos quedamos apoyados sobre la varanda del buque contemplando ese espectáculo arrebatador.

Al anochecer pasamos sobre las aguas de Lepanto ; todos sobre cubierta rezamos el rosario en recuerdo de la grán batalla ganada contra los turcos el día de Nuestra

Señora del Rosario. Saludamos con un cañonazo las playas testigos de los favores de María, que desde ese día fué invocada como Auxilio de los Cristianos, é hicimos resonar los parajes con el canto sonoro é imponente del *Magnificat*.

Momentos después llegábamos á Patras, última estación de nuestro viaje.

22 de Enero

El puerto de Patras no nos ofrecia mas interés que el de su proximidad á Lepanto y el ser el lugar de la Crucifixión de San Andrés Apóstol. Sin embargo, tuvimos la ocasión de asistir á una bonita fiesta, al bautismo de una campana que los católicos de la ciudad regalaron á *Notre Dame de Salut*. La campana tenia su historia; habia estado en Navarin y se hallaba colocada en el cementerio de los soldados franceses muertos en defensa de la libertad de la Grecia.

El Padre Director me hizo el honor de designarme como madrina; en esa calidad di á mi nueva ahijada el nombre de *Auxilium Christianorum*.

Durante la ceremonia, la campana se hallaba sobre un cojín de terciopelo rojo y estaba adornada con una gran cinta

de raso blanco. Cuando todas las benedicciones y ablusiones concluyeron, los padrinos la hicimos sonar unos instantes y después vinieron á tocarla uno por uno los demás peregrinos. En seguida el Padre Bailly, acordándose siempre de los pobres difuntos, pidió que la antigua campana del cementerio de Navarín tocara un doble y que se rezara un De Profundis por los bravos allí enterrados.

De la iglesia pasamos á la casa parroquial, donde se nos festejó con una mesa cubierta de ricos dulces y viandas. Cuando volvimos al vapor encontramos en él un gran movimiento y animación. Sobre cubierta, hácia popa, las señoras atareadas arreglaban un altar. Las mesas y cajones se cubrían de géneros hermosos y variados; macetas de plantas, floreros y candeleros eran transportados con actividad y arreglados con buén gusto al rededor del altar improvisado. Se tenía hecho un palio que, si no era de rica tela, era por lo menos limpio y elegante; las varillas estaban cubiertas de papel dorado, y el género de algodón blanco estaba adornado con brillantes estrellas y bordado de franjas de oro. ¿ De dónde se había sacado tanto y tan buén ma-

terial para preparar la procesión del Santísimo Sacramento? Las señoras de la Guérroñnière y las jóvenes de Lafarge si lo sabían; ellas se habían encargado de todo y cumplían admirablemente con su misión.

Notre Dame de Salut se fué llenando poco á poco de gente, familias italianas en su mayor parte que venían como en piadosa visita al buque de Tierra Santa, y que nos asediaban pidiendo rosarios de Jerusalén. La procesión salió de la capilla y avanzaba ordenadamente por entre la multitud; iban las señoras, después los hombres, mas atrás los sacerdotes revestidos con casullas y, por fin la custodia llevada por el Padre Bailly á la sombra del palio blanco y dorado. Cerraban la marcha el comandante con sus oficiales y tripulación.

Después de dar la vuelta de todo el buque, la procesión se detuvo delante del altar improvisado, y se colocó la custodia sobre el alto pedestal entre las flores y las luces. El momento fué solemne y conmovedor. Toda una cubierta apretada de gente de rodillas, que adoraba profundamente á su Dios en medio del mar que nos rodeaba y bajo el cielo

azul sereno, era por cierto un hermoso é imprevisto espectáculo que hacía llorar de emoción.

Los pobres italianos de Pátras, pueblo del culto desunido que no dá honra ni gloria al Sacramento del Altar, lloraban también, recordando, sin duda, las fiestas católicas de su patria; debían de estar privados desde largo tiempo de las procesiones de Italia, seguidas siempre por el pueblo con espontánea solicitud.

Y nosotros los peregrinos, cuánto amor y cuánto agradacimiento no sentimos hácia nuestro Dios que nos acompañaba á toda hora, y que en ese momento nos bendecía! De todos los corazones salió, con arranques de entusiasmo, un cántico de fé, cuyos ecos debieron llegar hasta la ciudad vecina, llevados por las puras brisas del mar. Lo que no se oyó fueron las ardientes oraciones que hicimos por nuestros hermanos separados, para que, dejando por fin el triste cisma, volvieran á nuestra Madre la Iglesia.

Los ángeles que volaban silenciosos al rededor del altar recogieron estas plegarias por la unión y las llevaron hasta el trono del Altísimo.

Yá todo había concluido; la sirena

del vapor avisaba la partida; pero los visitantes no se retiraban, no podían resolverse á apartarse del buque donde habían encontrado la patria de su alma, su propia y amada religión. La máquina insistía, sus tristes silbidos se repetían cada vez mas fuertes y hubo que separarse, ellos para quedarse en la tierra extranjera, nosotros para volver al hogar querido que nos esperaba.

¡ Qué tres días aquellos de la Grecia: Atenas, Corinto y Patras! Cada uno de ellos nos ha dejado á todos recuerdos indelebles de hermosura, de encanto y de poesía; los tres forman un conjunto como de un sueño de idealidad, de elevación de espíritu y de amor á Aquel que creó la luz, los colores y la armonía.

23 de Enero

La vida de á bordo se organizó de nuevo alternándose sus horas en las distribuciones piadosas y en las distracciones. El tiempo estaba hermoso y todos podíamos pasarlo agradablemente conversando sobre cubierta.

Por la tarde se organizó la adoración del Santísimo Sacramento; las mujeres podían hacerla hasta las diez de la noche, los hombres seguirían hasta el amanecer. Cada uno tomó su hora y, á su turno, pudo quedarse allí tranquilo y en el silencio de la noche, adorando á Jesús expuesto ante el altar. En ese momento de recogimiento y de meditación pude traer á la memoria y recorrer uno á uno los lugares transcurridos durante el viaje que concluía. Mi alma se llenaba de humilde reconocimiento al recordar

tantas gracias como había recibido, tantos consuelos de devoción y tantos goces puros y elevados, y se deshacía en amor y gratitud hacia el Dios que tenía allí muy cerca y de quién proviene todo lo bueno, todo lo consolador ¿Cómo hacer para que estos bienes no quedaran sin fruto y para que los seres queridos que pronto iba á encontrar tuvieran también su parte en ellos? Me parecía que iba cargada de preciosos dones que debía en seguida derramar sobre los hijos, los parientes y los amigos, y que mi vida debía ser distinta desde entonces, fervorosa, alegre y abnegada.

El ejemplo de la Samaritana, que en el sermón de ese día nos habían dado, me parecía muy apropiado. Esa mujer, después del encuentro y la conversación con Jesús, se había vuelto á su pueblo convertida en apóstol.

Esa noche pasamos el Estrecho de Mesina; las luces innumerables de la ciudad, reflejadas en el mar se confundían y se aumentaban; nos parecían un festejo de bienvenida.

24 de Enero

El Mediterráneo es inconstante, al tiempo precioso del día y de la noche anterior, sucedió un vientecito que puso en pronto alboroto á las olas movedizas. Las misas estuvieron poco concurridas, como los demás ejercicios de la capilla y los del comedor. Una ráfaga de tristeza pasaba por los compañeros; los mas alegres en tierra ó con buen tiempo eran los mas caídos con los vaivenes del buque, nada los hacia sonreir, por nada levantaban sus pobres cabezas fatigadas. Estos eran los días de verdadera penitencia, éstos los ratos penosos del viaje; yó ni eso tuve, acostumbrada talvez á viajes mucho mas largos y á mares mucho mas malos.

25 de Enero

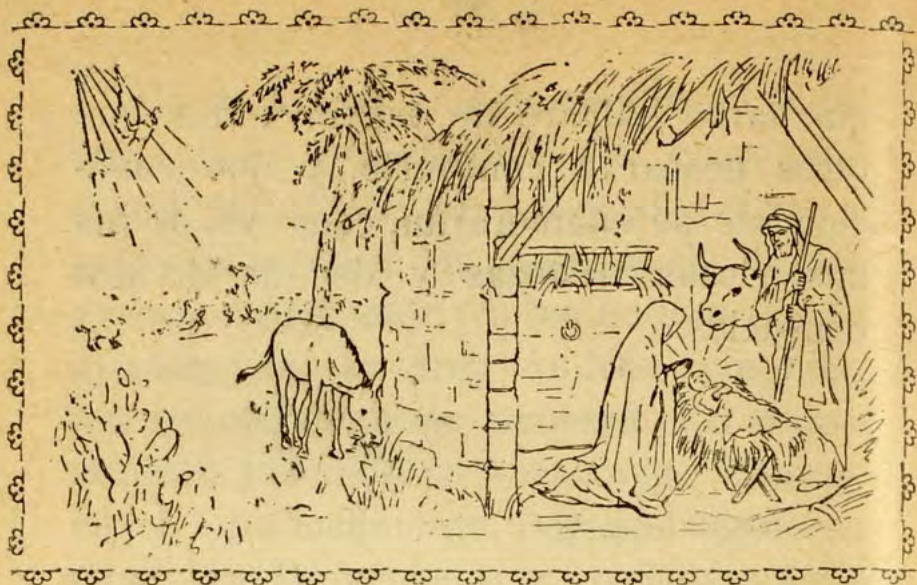
Amanecemos frente al cabo de Córsega; ya estábamos muy cerca del fin; no nos quedaba mas que un día de navegación. El mar se había calmado y nos dejaba pasar con tranquilidad esas últimas horas de peregrinación. Había tristeza en el aire, la tristeza de todo lo que concluye, la tristeza de todo lo que se separa. La vida en común había sido agradable; juntos habíamos rezado; juntos habíamos pasado los ratos buenos y los penosos, y todo eso había producido intimidades y afecciones que pronto serían sacrificadas. Cada uno iba á tomar su camino diferente para volver á la vida real, á la vida del deber, interrumpida por esos cuarenta días extraordinarios. Y quizá, después de repartidos, los compañeros peregrinos no se volverían á encontrar más.....

En la última comida se dijeron algunos brindis de despedida; el champaña corrió por todas las mesas alegrando y entusiasmando á los viajeros. Se dió las gracias al Director y á los Padres que lo ayudaban en su tarea tan bien cumplida; mucho merecían en realidad esta demostración y todos, de corazón, se unieron en el agradecimiento. Después siguieron otros brindis y hasta las señoras tuvieron su elogio dicho con toda la espiritualidad del Abate Collot.

Ya no faltaba mas que la última ceremonia, que se hace al fin de cada peregrinación. Después de la bendición del Santísimo Sacramento, todos reunidos en la capilla, de pié y con la mano derecha levantada en forma de juramento, entonamos el salmo « Super flumina Babylonis » repitiendo á cada versículo « si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivione detur dextera mea ».

No! No te olvidaré nunca Jerusalén! creo que seré fiel á mi juramento, que tu recuerdo me seguirá siempre á donde vaya y mientras viva. Creo que me quedará el deseo de volver á tus murallas envejecidas y á tus santuarios profanados, pero siempre santos y hermosos; y creo

que tanto hablaré de tus encantos que otros desearán conocerte, y que conociéndote se enamorarán, como yo, de tus misteriosas tristezas y de tus divinos consuelos.



SEGUNDO VIAJE

Un año después, en la misma época precursora de Navidad, se me presentaba de nuevo la ocasión de emprender el viaje á Tierra Santa, y de nuevo, en la peregrinación de los Padres Agustinos de la Asunción.

Mi deseo de volver á Jerusalén se cumplía de una manera imprevista y mis esperanzas, que parecían locas, se realizaban. Esta vez llevaba á mis dos hijos mayores, de 13 y 14 años, y me veía

ademas rodeada de un pequeño grupo de compatriotas y amigos: la Señora Rosa García Moreno de Irarrazaval, el Señor don Ricardo Larrain y Urreola, el Doctor don Jenaro Benavides y el joven Arturo Lyon y Peña. Mi marido nos había precedido y nos esperaba en Jerusalén.

No hubiera creído, por cierto, al despedirme de la querida Nave de la Salvación, que tan pronto me iba á encontrar sobre su bordo llevando otra vez al pecho la pequeña cruz roja.

Iba por segunda vez á ver los sitios de mi predilección, antes aún que se debilitara en mi memoria su imagen que tanto me impresionaba y que tan dulces recuerdos me traía; iba á empezar de nuevo la vida de peregrina que fué de tantos encantos para mí. Volvía á Tierra Santa como se vuelve á una patria querida con el gusto y el anhelo de encontrar de nuevo lo que se ama y se conoce.

Mi entusiasmo por Jerusalén no há sido ficticio ni pasajero; después de un año encontré allí los mismos goces y los mismos consuelos; aún sentí y comprendí mejor los tesoros que encierra la Santa Ciudad y aprecié mas que antes sus preciosos santuarios.

Si en esta segunda relación no me extendiendo mas en reflexiones religiosas es por no repetir lo dicho anteriormente; ahora trato principalmente de consignar mi impresión de los distintos puntos que visitamos ó que vimos al pasar: el Egipto, que por sí solo daría materia para muchos libros; la isla de Malta, poco conocida por los viajeros del Mediterráneo, y, por fin, la Sicilia y las costas de Italia, que describo tal como las iba viendo quedár atrás, pintorescas y fascinadoras.

En fin, se verá por mi experiencia que un segundo viaje á Tierra Santa no quita para nada la ilusión del primero; antes bién, afianza en el amor del suelo que vió nacer y morir á Jesús y María, y deja aún mas vivo el deseo de volver á visitarla. Hay pasajeros en esta mi segunda excursión que la ván emprendiendo por décima y por duodécima vez. Nuestra alma queda como vuelta y atraída hácia el Oriente, de donde nos vino la luz; allá se irán siempre nuestros suspiros y nuestros votos.

7 de Diciembre

Llegamos en la noche anterior á Marsella junto con la Señora de Irarrazával y Arturo Lyon, y á las ocho de la mañana nos encontrábamos en las alturas de *Notre Dame de la Garde*, donde se decía la misa preparatoria para la peregrinación y se repartían las pequeñas cruces rojas, nuestra insignia del viaje á los Santos Lugares.

La experiencia del año anterior me establecía como guía autorizada del pequeño grupo que me seguía y que ciegamente se fiaba á mi saber. Poco faltó para que esta confianza les costara caro: no puse atención á las recomendaciones ni á la hora fijada para la partida, imaginándome que sería como la otra vez, por la tarde. Llevé pues tranquilamente á mis amigos á pasear por las calles

animadas de Marsella; entramos en varias tiendas, compramos las cosas que creía nos harían falta en el viaje, sillas de doblar, bancos portátiles, vino reconfortante, galletas, chocolate, etc.; volvimos al hotel, almorzamos con calma y con la misma calma nos pusimos en marcha para el muelle distante donde atracaba nuestro vapor.

Al llegar al muelle oímos un bramido que no me era extraño; era el vapor que daba su última señal; vemos que se aprontan á retirar el puente, á levantar el ancla y á partir. Corro hácia el puente mientras los otros hacen bajar del coche el equipaje, y á gritos y señas consigo que se detengan y esperen. Momentos después, estábamos con todos nuestros paquetes, jadeantes y emocionados, sobre la cubierta de *Notre Dame de Salut* que empezaba ya á moverse. Pasado el susto, nos fuimos con el Padre Maria á tomar posesión de nuestros camarotes y en seguida á hacer una vuelta de reconocimiento por todo el buque. Muchas cosas encontramos cambiadas; la antigua capilla improvisada, donde se estaba tan bién, se había convertido en dos hileras de camarotes de segunda clase y, sobre cu-

bierta, hácia la popa, se habia construido una nneva. Todo estaba muy bien arreglado; pero no era eso lo que habíamos conocido y que tanto nos había gustado; no era la simpática y devota capilla tapizada con telas rojas y adornada de palmeras.

Con estos acomodados el buque podía contener doble número de pasajeros, y así esta vez era mucho mayor el número de los peregrinos.

Encontramos á varios compañeros del año anterior, entre ellos al amable Mr de Vernouillet el diplomático, y al enorme marsellés que llevaba de nuevo su paletó de viaje de brin y su sombrero de pelo.

8 de Diciembre

La hermosa fiesta de la Inmaculada Concepción no se pudo celebrar con alegría; el cielo no nos quiso sonreír con un solo rayo de sol, el tiempo estaba triste y gris, los ánimos también lo estaban; el mareo comenzaba á hacer estragos.

En la vida de á bordo el espíritu depende del estado del tiempo: tiempo bonito, alegría y animación: tiempo malo, caras largas, angustiadas ó aburridas. Allí se vive entregado por completo á la merced de los elementos que, con sus bonanzas ó sus furores, parecen burlarse de la pequeña nave y de sus pasajeros indefensos.

El día estaba distribuido como en el año anterior, los ejercicios de piedad y las comidas eran mas ó menos las mismas y á las mismas horas. Las misas,

si, eran numerosísimas; los altares de la capilla no bastaban para los muchos sacerdotes, se instalaban además algunos sobre cubierta; entre el mar y el cielo se ofrecía el gran sacrificio. La misa llamada de comunidad y dicha por el Padre Director era siempre la mas concurrida y la mas solemne; mis dos niños, los mas jóvenes de la peregrinación, servían de acólitos. El Padre Bailly no había cambiado, era siempre el mismo, con su aire venerable y tranquilo, distraído en apariencia y pensando en todo y emprendiendo todo, hasta lo mas imposible, confiado en la ayuda del cielo y seguro de su protección. Su presencia inspiraba confianza y su palabra, aunque á veces confusa y repetida, era fina, graciosa y convincente. Con que habilidad nos probaba que todo lo qué nos iba sucediendo, aún las cosas desagradables, era una bendición y una felicidad! Y cómo nos preparaba para nuevas dificultades y fatigas que generalmente no llegaban, gracias entonces á la intervención de los Santos, ó de las almas del Purgatorio, que eran su devoción favorita!

Como la otra vez, el segundo Director era el Padre Edmundo, que se dedicaba

exclusivamente á la parte espiritual é intelectual de la peregrinación, instrucciones piadosas, conferencias históricas y científicas. Su palabra siempre mística, elevada y llena de unción, su figura ascética y su modo de ser de hombre que apenas toca á la tierra, le atraía las almas de los peregrinos que á toda hora lo llamaban al confesonario para abrirle sus conciencias, confiarle sus aspiraciones y pedirle sus santos consejos. Desgraciadamente la salud del Padre Edmundo había decaído mucho; parecía sufrir siempre y su aire extenuado daba lástima. En cambio el Padre Maria, vigoroso y activo, estaba en todas partes, llamado, perseguido y fastidiado por los viajeros, y las viajeras sobre todo. Reclamaciones, quejas, disputas, informaciones pedidas ya veinte veces; todo eso junto con la vigilancia del servicio, y mucho más todavía, caía sobre el Padre Maria que, con calma y decisión, lo ponía todo en orden. — Señora, me dijo poco después de la partida, Ud que habla todas las lenguas, quiere hacerse cargo de una inglesita que viene en tercera y que no entiende una palabra de francés? La pobre lo pasa afligida y sin poderse avenir

con sus compañeras de camarote. Desde ese momento la infeliz muchacha que había tenido la idea extravagante de venirse sola en una peregrinación francesa sin conocer siquiera el idioma, tuvo por lo menos con quién hablar y á quien acudir, y yó, un niño mas á quien cuidar. Era la joven nerviosa y débil, distraída y siempre atrasada; más de una vez me dió trabajo é inquietud.

9 de Diciembre

Tiempo revuelto, poca animación, mareo casi general. La Señora de Irarrázaval no tiene fuerzas para levantarse, el Doctor Benavides, que viene de médico de la peregrinación, hace esfuerzos heroicos para moverse y, mareado él mismo, ir á visitar y dar ánimo á los demás enfermos. Don Ricardo Larrain, mejor marino, se instala conmigo cerca de la máquina, donde el buque se mueve menos, y allí pasamos las horas sacando el cuerpo al mareo, tejiendo y conversando de cosas de nuestro país. Los muchachos juegan con algunos otros jóvenes sobre cubierta; eso, dicen ellos, les hace olvidar el movimiento, sin embargo, de vez en cuando vuelven acobardados á refugiarse cerca de nosotros.

Por el lado de la tercera clase se oyen unos cantos alegres, nota extraña en ese triste espectáculo. Las voces se acercan: es una partida de gente, clérigos, laicos, hombres y mujeres que dan la vuelta al vapor marchando al compás de un aire festivo y conocido, cantando:

Gai, gai, l'heureux voyage
que le pèlerinage.

Gai, gai, voyage heureux
qui conduit dans les cieux.

Qué procesión tan grotesca y disparatada! Pasan por entre la gente desfallecida que apenas puede abrir los ojos para ver lo que es; algunos llegan hasta sonreirse, otros, menos enfermos, sólo aburridos, se levantan y siguen el movimiento cantando « *Gai, gai, l'heureux voyage* » etc. El que dirige el grupo reaccionario es un joven sacerdote, compositor de poesías cómicas y de actualidad. En sus versos vá repasando todo lo sucedido en el viaje y describiendo con gracia las desventuras del viajero, á las que sigue siempre el refrán de *Gai, gai, l'heureux voyage*.

14 de Diciembre

Se divisa la Tierra Santa después de cuatro días de navegación monótona. Las montañas de la Galilea se van delineando poco á poco; el Monte Carmelo se destaca sobre las demás alturas y se avanza hácia el mar.

Empieza á obscurecerse cuando entramos en la bahía y fondeamos delante de Caifa. La tarde está tranquila, la luna y las estrellas aparecen con todo el esplendor que les dá la noche oriental; el faro del monte se enciende también, y nos muestra con su luz la montaña de la Virgen María.

Qué gusto el de los peregrinos! Ya todas las penas, todas las fatigas del viaje se han olvidado, ya no se vén mas que figuras felices y rostros enternecidos. No es hora de desembarcar; pasaremos la noche tranquilos, anclados al pié del Santuario de nuestra madre amada.

15 de Diciembre

Por la mañana no se pierde tiempo; todos quieren ver desde temprano lo que sólo habían vislumbrado la noche anterior. Allí muy cerca teníamos el Carmelo, citado en la misma Biblia por su hermosura, y en su cumbre el monumento ya concluido de los piadosos chilenos. La estatua dorada de Maria brillaba sobre la esbelta columna y dominaba toda la bahía.

Un rato después divisamos las barcas que vienen de tierra; entre ellas avanza un bote conduciendo algunos pasajeros. A medida que avanza se ván reconociendo las personas: son europeos y amigos; momentos después saludamos sobre nuestra cubierta al Padre Germer y al hermano Lievin, abrazamos á la hermana Josefina. Cuán grato es volver á encontrarse con amigos de Jerusalén!

En el Carmelo fuimos recibidos con la hospitalidad acostumbrada, y alojados

mas ó menos de la misma manera que en el año anterior.

Por la tarde bajé al convento de las Carmelitas que está á orillas del mar cerca de la ciudad de Caifa, con el objeto de ver á Carolina de Bournet, la amiga del otro viaje. Pude conversar con ella, pero verla nó, porque entre ella y yò habían dos rejas tupidas á distancia de un metro, y además una cortina obscura. Apenas se oía su débil voz que me decía lo feliz que se hallaba en el encierro, y el deseo que tenía de ver llegar el momento de su profesión. Su salud vacilante la hacía temer á veces el no ser admitida como profesa, y ésa era la única pena é inquietud que tenía.

La subida al Carmelo, que hice por segunda vez en ese día, y sola, me pareció pesadísima; llegué rendida de cansancio á la encumbrada habitación.

16 de Diciembre.

Es el día del gran viaje á Nazaret. Los peregrinos elijen caballos, monturas y *moukres* y, dividiéndose en distintos grupos, se reunen al rededor del respectivo Jefe, que levanta su bandera y se pone en marcha.

Al pié del cerro algunos coches esperaban á las personas no entusiastas por el caballo; uno de ellos me era reservado por el Padre María, que mandaba la división de los carruajes, y que tenía que usar de toda su energía para mantener en orden cocheros, caballos y viajeros.

Antes de bajar, tuve la idea de pasar un instante á la gruta del profeta Elías; y encuentro á mi buena inglesa rezando muy tranquilamente, y sin parecer darse cuenta de que ya todos los compañeros

se habían marchado y que ella quedaba sola. No había retenido ni caballo ni lugar de coche, decía que iría á pié, la infeliz



que era incapaz de resistir la menor fatiga. La llevé conmigo, y la hice entrar en mi coche que era el mejor de la partida y que iba el primero en la fila. A poco andar, la Señora de Yrarrázaval, cansada de su montura, se baja del caballo y nos pide asiento en el carruaje, y poco después tuvimos que dar el último

lugar libre á Mr. de Vernouillet que también pedía socorro. Los niños habían preferido naturalmente el caballo; era la primera vez que montaban y para primera vez un viaje de ocho horas era buen estreno.

Atravesamos la ciudad de Caifa y seguimos durante un rato á orillas del mar, por entre bosques de palmeras que crecían hasta en el borde del agua y mezclaban sus elegantes ramas verdes al azul y blanco de la olas.

Un cementerio musulmán con sus sencillos monumentos de altas piedras, y algunas mujeres veladas caminando entre las tumbas, daban poesía y sentimiento al paisaje.

El camino cambia de rumbo, se aleja del mar y se interna, después de atravesar el riachuelo Cison, en las llanuras de Esdredón. Los campos son verdes; sobre las colinas hay muchos árboles de diferentes especies, hasta encinas, cosa rara en Palestina, y el suelo está tapizado por flores silvestres. Nos llama sobre todo la atención una florecita blanca que se balancea sobre su alto y esbelto tallo, fina y elegante. Nos dicen que es el lirio del valle, el de la

hermosa parábola de Jesús. « Considerad los lirios de los campos, ellos no trabajan, ni hilan; pues yo os digo: Salomón en toda su gloria no estaba vestido como uno de ellos ».

A medio día, la caravana se detiene; todos bajan de sus caballos y coches, con gusto se extienden los miembros que comenzaban á fatigarse y se camina por entre la yerba y las flores. Momentos después los drogmanes llaman á almorzar y todos acuden con apetito á la rústica comida servida sobre el pasto. Como una hora se pasó en el descanso y el almuerzo campestre en el valle de Galilea; fué ese un rato de los mas agradables y sirvió para acortar el viaje y suavizar lo penoso de la jornada.

Se concluye la llanura y se atraviesan algunas montañas, allí en las cuestas que hacen zigzags, podíamos ver el imponente efecto que hacía la caravana. La bandera francesa siempre por delante; los jefes, el drogman principal; después los grupos, cada uno con su bandera de distinto color, y por fin los coches que cerraban la marcha; era todo un regimiento en campaña, pero regimiento pacífico del ejercito de la penitencia y de la oración.

A la puesta del sol llegábamos á Nazaret; á pié, en procesión y cantando el Ave María, nos dirigimos á la iglesia de la Anunciación. Hubiéramos querido rezar un momento tranquilos en el Santuario; pero por hacernos honor los Padres Franciscanos nos esperaban con grán función y con largo sermón poco apropiado para gente que llega cansada de un viaje. Los peregrinos fueron después distribuidos y alojados en los distintos conventos; los hombres donde los franciscanos, las mujeres donde las hermanas de Nazaret y las de San José.

17 de Diciembre

Asistimos con emoción á la misa en el Santuario de la Anunciación, en el lugar mismo donde tuvo lugar el misterio de la Encarnación del Verbo. Se rezaron las oraciones que corresponden á esa fiesta y se leyó el Evangelio de San Lucas: « En aquel tiempo, el Angel Gabriel fué enviado por Dios á una pequeña ciudad de Galilea llamada Nazaret, á una virgen desposada á un hombre cuyo nombre era José, de la casa de David: y el nombre de la Virgen era María. Y el ángel, entrando donde ella estaba le dijo; Salve, ó llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres. Ella, habiéndole oído, se turbó por sus palabras y pensaba qué podría ser este saludo. Y el ángel le dijo: No temas María porque has hallado gra-

cia delante de Dios : he aquí que concebirás en tu seno, y darás á luz un hijo, y le darás el nombre de Jesús. El será grande y será llamado el Hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David su padre; y reinará eternamente sobre la casa de Jacob; y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿De qué modo se hará esto puesto que no conozco hombre? Y el ángel le respondió : El Espíritu Santo sobe vendrá en tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el fruto santo que de tí nacerá será llamado el hijo de Dios. Y he aquí que Elisabet tu pariente ha concebido también un hijo en su vejez : y este mes es el sexto de la que era llamada estéril; pues nada es imposible á Dios. Y María dijo: He aquí la sierva del Señor : que se haga en mí según tu palabra ».

No encuentro reflexión alguna que valga la expresión sencilla y sublime del Evangelio; nada puede conmover más que este diálogo entre el Angel y María, en que, en pocas palabras se trató la obra mas grande de la creación. Después de ver asegurada su virginidad, María consiente en ser la Madre de Dios

y desde ese instante se cumple el mas portentoso de los misterios, el de un Dios hecho hombre en el seno de una virgen.

La misa continúa; en el ofertorio se repite el saludo del ángel, « Ave Maria, gratia plena »; poco después llega el momento de la consagración y entonces, como cuando el « Ecce ancilla Domini » de la virgen de Nazaret, el Hijo de Dios baja á la tierra por nuestro amor. Nos encontramos en el propio sitio de los sucesos.

La grán iglesia de la Anunciación, perteneciente á los franciscanos, está construida sobre el lugar que ocupaba la casa de María y sobre las tres grutas que, comunicándose con la casa, servían de habitación á la Santa Familia. Del medio de la iglesia se baja por una ancha escalera de mármol á la primera de esas pequeñas criptas, que se llama capilla del Angel; de allí se baja algunas gradas más y se entra en la Capilla de la Anunciación; y, por fin, se pasa á la última y mas grande de las tres, que es la Capilla de San José.

De la casa misma no quedan mas que los cimientos; el pequeño edificio fué

milagrosamente transportado por los ángeles el 10 de Mayo de 1291 para que fuera librado de las profanaciones de los musulmanes. Primero se le encontró en Tersato, en Dalmacia; después apareció en Recanati en Italia, y poco después, desapareciendo también de allí, se fué á fijar en Loreto, en la propiedad de una piadosa viuda. El milagro fué aprobado y sancionado por la Iglesia en 1491, y hasta el día de hoy la Santa Casa de Loreto es visitada por innumerables peregrinos. No hacía mucho que nosotros, en nuestro último viaje á Italia, habíamos salido del itinerario acostumbrado para ir también á venerar ese precioso santuario y habíamos visto la casita toda entera con sus murallas conservadas en su estado primitivo, los marcos y los umbrales de las puertas, la pequeña cocina y la humilde vajilla de barro de que se servía la Madre de Jesús. Esta gran reliquia está protegida por una basilica que la encierra entre sus murallas y la cubre con su techo; la Santa Casa queda aislada en el centro de la grandiosa construcción.

Después de visitar en Nazaret la Iglesia de la Anunciación, se vá á otros

lugares de devoción de mucho menos importancia, como son el taller de San José; la antigua sinagoga y la *Mensa Cristi*, enorme trozo de piedra que se dice sirvió de mesa á Jesús con sus Apóstoles. Mientras recorriamos estos diversos puntos, el tiempo se echó á perder; comenzó á llover, á llover sin cesar, y las calles á convertirse en acequias y la ciudad tan bonita y tan pintoresca antes, á ponerse fea y desolada.

18 de Diciembre

Era día domingo, y la Iglesia de la Anunciación estaba llena de gente; á un lado, según la costumbre oriental, se tenían los hombres de pié, al otro lado las mujeres se amontonaban en el suelo, lo mismo que en nuestra tierra. Todos lucían sus mejores trajes; el aspecto de la concurrencia era vistoso y variado. El grupo femenino que nos rodeaba nos sirvió de distracción durante la misa cantada, era difícil resistir á la tentación de mirar á esas mujeres tan bonitas y vestidas con tanta elegancia. Algunas, las ricas probablemente, llevaban sobre la chaqueta bordada de oro y el ancho pantalón bombacho cerrado en los tobillos, unas capas largas de seda ricamente bordadas de oro ó de plata sobre fondo celeste, ó rojo, ó negro. Ese

precioso abrigo se abría por delante para dejar ver los innumerables hilos de ámbar que daban vuelta al rededor del cuello y caían en profusión sobre el seno. La cabeza estaba cubierta con un pequeño pañuelo de un tejido muy ligero y transparente, de colores suaves, y rodeado de un encaje de seda. Las que no podían darse éstos lujos iban sencillamente envueltas en la sábana blanca de las mujeres de Jerusalén.

Pasada la misa, cuando ya pudimos observarlas sin miramiento, descubrimos entre ella una italiana que nos puso al corriente de todo y que nos sirvió de intérprete para con las jóvenes del país, las cuales nos expresaron con sus mas dulces sonrisas el placer que sentían de ser admiradas. I nosotros gozábamos no sólo con ver esa hermosura tan fina y delicada, sinó con ver en ella también un reflejo del tipo único é ideal de la Virgen de Nazaret. Mas tarde, siempre trás de las huellas de María, seguimos á las Nazarenas en el viaje que todas ellas hacen diariamente á buscar agua, al pozo de la Virgen, única fuente de agua pura que hay ahora y que había entonces en la ciudad. María debía de ir,

18 de Diciembre

Era día domingo, y la Iglesia de la Anunciación estaba llena de gente; á un lado, según la costumbre oriental, se tenían los hombres de pié, al otro lado las mujeres se amontonaban en el suelo, lo mismo que en nuestra tierra. Todos lucían sus mejores trajes; el aspecto de la concurrencia era vistoso y variado. El grupo femenino que nos rodeaba nos sirvió de distracción durante la misa cantada, era difícil resistir á la tentación de mirar á esas mujeres tan bonitas y vestidas con tanta elegancia. Algunas, las ricas probablemente, llevaban sobre la chaqueta bordada de oro y el ancho pantalón bombacho cerrado en los tobillos, unas capas largas de seda ricamente bordadas de oro ó de plata sobre fondo celeste, ó rojo, ó negro. Ese

tencias y se anunciaban las excursiones. La grande que había esos días era la de Tiberiades; la mayor parte de los peregrinos se aprontaban, á pesar del mal tiempo, á tomar parte en ella. Yó, por más que deseaba hacer este viaje de mil atractivos, resolví quedarme por no exponer demasiado á los niños á esa intemperie que yá bastante me inquietaba.

19 de Diciembre

Partieron los viajeros animosos en un momento de bonanza, unos á caballo y otros en coche, como de costumbre; los pocos que quedamos nos hallamos algo perdidos y sin saber en que emplear el tiempo, que empezámos á encontrar largo en Nazaret. El Padre Edmundo, adivinando este sentimiento, reunió al pequeño grupo y le propuso hacer algo como un retiro en el que se meditaría la vida oculta de Jesús en esa ciudad. Jesús había tenido la paciencia de vivir allí treinta años y nosotros empezábamos á impacientarnos por tener que quedarnos tres días. Nunca había hablado mejor el predicador que en esas sencillas instrucciones en que recordaba una á una las virtudes que Jesús practicaba en su humilde vida de Nazaret, su obediencia, su

contemplación, su silencio, y por fin concluyó evocando su partida, cuando dejó su casa, su vida tranquila y su madre, para entregarse á las fatigas de la vida pública que terminaría por la Pasión.

Una visita al Convento de las Clarisas y una excursión en burro á Séphoris fueron las únicas salidas. La lluvia nos dejaba por unos ratos, pero el viento era siempre frío y desagradable; el paseo en esas condiciones no tenía muchos encantos. En Séphoris no hay más digno de ser visto que una iglesia bastante abandonada, edificada donde dicen que tenían una casa Santa Ana y San Joaquín. No sé hasta qué punto sea seria esta tradición, y si realmente los padres de María vinieron á vivir cerca de Nazaret. A alguna mayor distancia se encuentran los mucho más interesantes lugares de Naim, Caná y el Monte Tabor, que se eleva, solo, sobre todo lo que lo rodea, dominando la Galilea.

La subida al Tabor es fácil en todo tiempo menos cuando se descargan las lluvias, entonces se hace difícil y peligrosa; por esta vez fué prohibido á los peregrinos que la intentaran. Para suplir estas privaciones el Padre Edmundo nos

hacia la descripción de los lugares citados, que así solo podíamos ver con el espíritu. La historia del Tabor remonta al Antiguo Testamento, él se hizo famoso cuando Déborah la profetiza hizo reunirse allí al ejército Israelita que bajó después para ser victorioso. En tiempos posteriores los judíos pelearon allí también contra los romanos: después, Josefo hacía construir en la cumbre una fortaleza y rodeaba de murallas toda la alta planicie.

Desde los primeros siglos se tenía al Tabor como la montaña de la Transfiguración de Jesús, y se había edificado sobre él tres iglesias en recuerdo de las tres tiendas propuestas por San Pedro. Los cruzados hicieron también mas tarde una iglesia y un convento, que fueron muy maltratados por los musulmanes. Sobre sus ruinas se encuentra ahora el convento latino, y á poca distancia está la iglesia griega, construida á su vez sobre los restos de otra mucho mas antigua.

Bajando del Tabor, y comò á cuatro horas de marcha hácia el norte, se llega á la colina Karn Hattin llamada también de las Bienaventuranzas, porque es allí

donde la tradición recuerda el Sermón de la Montaña. Abajo, en la llanura, tuvo lugar en 1187 la terrible derrota de los Cruzados que puso fin para siempre al poder que los cristianos habían adquirido en Tierra Santa. El rey Guy de Lusignan fué tomado prisionero, sus caballeros fueron vendidos como esclavos y los Templarios y Hospitalarios degollados bárbaramente. Saladino con su propia mano hizo morir al gran Maestre de los Templarios, bájo el pretesto de que había faltado á su palabra. Los pocos que sobrevivieron á este desastre se refugiaron en San Juan de Acre, en la bahía de Kaifa, donde hicieron un último esfuerzo desesperado contra los turcos.

20 de Diciembre

El pequeño grupo de Nazaret sigue meditando en la vida oculta de Jesús, acompañando con el espíritu á los viajeros de Tiberiades y rezando por que el tiempo se componga y nos sea favorable el día de la vuelta á Kaifa. ¿Cómo estarán esos caminos, qué barriales y qué zanjas no habrá que atravesar; y el Cisón, riachuelo tan abordable á nuestra avenida, cómo estará ahora de caudaloso con las lluvias caídas desde varios días? La gente de Nazaret, que conocía todas estas cosas, se alarmaba por nosotros y nos hacía terribles anuncios; nosotros las escuchábamos sin dar mayor importancia á sus malos pronósticos; nos había ido siempre bien y confiábamos en

que todo seguiría de la misma manera; y además era inútil asustarse; no nos podíamos detener indefinidamente en Nazaret; teníamos que seguir nuestro camino y cada día que pasara, el camino se pondría peor.

Mientras tanto, nuestros compañeros recorrían el lago de Tiberiades, llamado también de Genazaret ó mar de Galilea. Qué de veces Jesús anduvo por esas orillas! Allí fué donde tomó á sus primeros apóstoles, donde hizo la pesca milagrosa, donde anduvo sobre las aguas y donde predicó desde la barca. Allí donde apaciguó la tempestad que tanto había asustado á los antiguos pescadores que lo seguían. Estas tempestades se renuevan todavía, y con frecuencia, en el lago de la Galilea; más de un viajero se há visto sorprendido por la tormenta y expuesto á ser derribado por las olas, cuando poco antes se embarcaba tranquilo y preguntándose talvez con incredulidad cómo en un lago tan hermoso y tan apacible pudieron los apóstoles espantarse tanto como para exclamar « Señor, sálvanos porque perecemos ».

Poco queda de la antigua ciudad de Tiberiades situada á orillas del lago; la

moderna, muy aumentada en estos últimos años, cuenta con una población de unos 3700 habitantes, judíos en la mayor parte, musulmanes en seguida, un corto número de ellos son griegos, y poquísimo latinos. Los franciscanos, fieles en todos los santos lugares, tienen allí un hospicio y una escuela de niños, los griegos también poseen su establecimiento y su iglesia, y los judíos, sostenidos con las limosnas que reciben de sus acaudalados correligionarios de Europa, no tienen menos de diez sinagogas.

Corozain, Betsaida y Cafarnaum, maldicidas por Jesús, por quedar ciegas y sordas á sus milagros y á su voz, ciudades que se encontraban también en esas comarcas, han desaparecido hasta el punto de no dejar rastros de su existencia. En cambio, lo que Jesús, en esas mismas tierras edificó y bendijo, de pobre y débil que entonces parecia, creció, se fortaleció, echó cimientos en la ciudad eterna, y firme é indestructible vive y vivirá hasta el fin de los tiempos. « Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam ». Las palabras dichas por Jesús al pescador del mar de Galilea, escritas ahora en inalterable

mosaico al rededor de la Cúpula de San Pedro en Roma, resuenan cada día en los cantos de todas las iglesias católicas del orbe.

No nos alejaremos del lago de Tiberiades sin recordar la tierra de Magdala que allí se encontraba. Pertenecía á María la pecadora á quien dió su nombre. María, al convertirse, dió para los pobres la rica propiedad que había sido teatro de sus desórdenes.

Ya estaba oscuro cuando empezamos á ver llegar á los viajeros, los pobres venían tan completamente mojados que muchos de ellos no hallaron más recurso que el de irse á la cama; otros se pusieron á secar sus ropas al rededor de grandes braseros; todos estaban cansados, melancólicos y poco entusiasmados de la aguada excursión.

21 de Diciembre

Se partía de Nazaret; no había mas tiempo que perder. A las amenazas del camino nuestro Director contestaba: no hay remedio, hay que irse; á los anuncios de la crece del Cisón: lo atravesaremos. Y nosotros, confiados bajo su dirección no nos dábamos el trabajo de inquietarnos. A las nueve se almorzó rápidamente y se tomó en seguida el caballo ó el coche como á la venida, cada uno cerca de su jefe y de su bandera. El sol aparecía por momentos dándonos esperanzas de bonanza; pero poco después venían los espesos nubarrones que se descargaban en fuertes chubascos. Así salimos de Nazaret y así, entre sonrisas y enojos del cielo, se nos pasó sin

mayor dificultad la grán parte de la jornada, es decir hasta llegar á orillas del Cisón. Pero quién hubiera reconocido en ese caudaloso torrente que teníamos á la vista, el estero casi seco que pocos dias antes habíamos atravesado casi sin darnos cuenta ?

Ahora el paso era imposible, ni coches ni caballos podían exponerse á entrar en el río; un árabe que momentos antes lo había ensayado había sido arrastrado por la corriente y á duras penas se había salvado; el caballo había perecido ahogado. Estas fueron las noticias que en menos de un minuto se esparcieron por la caravana; estábamos aterrados. Los jinetes, mientras tanto, se ocupaban en buscar algún punto favorable para atravesar el río, los de los coches esperábamos con angustia. Como una hora se perdió en este reconocimiento; los jinetes volvieron sin haber encontrado vado y tuvimos que resignarnos á bajar y, dejando abandonados coches, caballos y equipajes, á atravesar el río por unas tablas que servían de andamio á los trabajadores del puente del ferrocarril en construcción. Uno á uno, y haciendo pruebas de equilibrio, pasamos por las tablas en-

debiles y resbaladizas, hasta que nos encontramos todos sanos y salvos á la otra orilla. Estábamos contentos de haber pasado el agua y por un momento no pensamos en lo que debía seguir. Faltaban sin embargo 14 quilómetros para llegar á Caífa, y estábamos á pié. La tarde era avanzada, las nubes obscurecían el cielo y el agua empezaba de nuevo á caer.

Los mas avisados no perdieron tiempo; se pusieron luego en camino; los otros se iban poco á poco decidiendo á hacerlo á medida que iban perdiendo la esperanza de recobrar sus vehiculos y sus equipajes. Un muchacho se acercó ofreciendo algunos burros, se le tomaron y se acomodaron sobre sus hombros á las personas mas viejas y delicadas; los demás tuvieron que emprender á pié esa marcha de cuatro horas. Caminábamos á obscuras, yá por pantanos de agua que á veces nos llegaban hasta las rodillas, yá por lodazales profundos y pegajosos en los que apenas podíamos movernos. Algunos, los mas pesados, no podían dar un paso, y desesperaban de poder continuar; los amigos mas ágiles los alentaban y los sacaban materialmente del pantano. Hubo personas que, desfallecidas,

cayeron al suelo, y los jóvenes mas fuertes, que formaban la retaguardia, las



tomaron en brazos é hicieron asi cargados una parte del camino. No había que detenerse, ni que quedarse atrás;

era preciso seguir andando, mojados, llenos de barro y muertos de cansancio. A dónde iríamos á parar esa noche? No lo sabíamos. Se había calculado llegar á Caifa en el día y embarcarse en seguida; á esas horas, y con el tiempo que hacía, el embarque era imposible. Caminábamos, caminábamos siempre; de los pantanos pasamos á la línea del ferrocarril en construcción; el camino era mas seco, pero mas cansador, á causa de los durmientes, disparejos en distancia y en altura, que hacían el paso muy forzado.

Se divisa en la altura una pequeña luz, es la del faro del Carmelo; qué gusto! Yá nos creemos muy cerca; pero se anda, se sigue andando, y la lucesita parece que se va alejando á medida que uno avanza. Nuestra Señora del Carmen ¡sálvanos! Esta invocación que repetíamos á menudo, á la vista del faro, nos alentaba y nos daba confianza. Por fin, vimos acercársenos unas luces y reconocimos á algunos muchachos que venían con faroles á nuestro encuentro.

Poco después entrábamos en la ciudad. Como por instinto seguí á algunos de los compañeros que torcían en una

vuelta de calle, y por suerte me encontré frente á una posada turca. Llegamos á tiempo para tomar el único cuarto que quedaba libre, y allí, en una cama ancha y echando un colchón en el suelo, me acomodé con mis dos niños, dando gracias á Dios de haber hallado alojamiento y de habernos podido quitar la ropa empapada.

22 de Diciembre

Se durmió sin despertar hasta la mañana siguiente; nunca habíamos merecido dormir mejor. Pero cuando llegó el momento de vestirse, entonces fueron los apuros; la ropa estaba tiesa con el barro del día anterior, los zapatos y las medias estaban imposibles de volverse á poner. Tuvimos que pedirle al dueño del albergue, que felizmente hablaba un poco de francés, que nos fuera á comprar todo lo necesario para poder salir decentemente á la calle.

Nos encontramos con los demás peregrinos en la Iglesia de Santa Teresa, supimos que á nadie le había faltado alojamiento, y lo que es mas raro, nadie se había enfermado con la tremenda aventura.

El mar había estado en gran agitación esa noche. *Notre Dame de Salut* había también corrido graves peligros, y, como nosotros, había escapado providencialmente. La Virgen del Carmen había tenido compasión de los peregrinos y en esa mañana, mientras nos reuníamos en la iglesia para oír la misa y dar gracias á Dios, ella, continuando su protección, apaciguaba las olas como por encanto, y nos convertía en un lago apacible y sereno ese mar que poco antes se agitaba enfurecido al pié de su santuario.

¡ Con qué grato placer nos encontramos todos reunidos; sanos y salvos, en la hospitalaria nave de la salvación! Era grande la alegría y animación, los trajes de algunos parecían disfraces cómicos; los cuentos que cada uno tenía que contar eran mas cómicos todavía. También se oían razgos admirables de valor y abnegación, y mas de uno pudo quedar con la satisfacción de haber salvado la vida á algún compañero. En medio del buen humor general resonaban como notas falsas las quejas de ciertos viajeros que en la desastrosa pasada del Cisón, de la que al fin escaparon felizmente con sus

personas, habían perdido hermosas mantas ú otros objetos mas ó menos interesantes.

El mar siguió tranquilo y por la tarde se salió de Caifa y se tomó la dirección de Jafa.

23 de Diciembre

En Jafa la tempestad había sido furiosa. Por varios días no se había podido desembarcar en ese puerto, tan peligroso con mal tiempo. Poco antes de nuestra llegada el mar se había calmado. *Notre Dame de Salut* pudo entrar sin inconveniente á la bahía y sus pasajeros desembarcar tranquilamente sin correr peligro entre las rocas traicioneras que entorpecen y hacen á veces imposible el acceso á la ciudad.

Poco después estábamos en el tren que se precipitó bulliciosamente, atravesando por entre los verjeles de naranjos y las llanuras de Sarón, dejando atrás á Lydda, Ramle y Béthar, al torrente de Terebinto y las colinas pedregosas que anuncian los alrededores desolados de la Santa Ciudad. Por fin, Jerusalén! Je-

rusalén, que volvemos á ver como una amiga querida y nunca olvidada.

Parecía un sueño el encontrarse de nuevo en esa tierra que tanto nos había impresionado y que tan delicioso recuerdo nos había dejado.

La procesión que, por la tarde, se dirigió al Santo Sepulcro, fué mucho mas grande y mas imponente que la del año anterior; las impresiones de esa visita se renovaban si nó con la misma novedosa exaltación, sí con un sentimiento más profundo, mas sereno y más lleno de agradecimiento....

Siguiendo el turno que en la larga fila me correspondía, entré por la puerta ogivada de los cruzados al templo misterioso. La obscuridad que reinaba dentro de sus murallas no me ofuscó esta vez; el lugar me era conocido, á ciegas podría haber avanzado por entre las irregularidades sombrías de la extraña construcción. A ciegas, y con sólo la vista del alma abierta habría caminado, giadau por el dulce instinto que me atraía de nuevo hácia el sepulcro de Jesús. Allí estaba el pequeño edículo con sus dos capillas, la del Angel que sirve de vestibulo y la del sepulcro mismo con su

sencillo monumento de mármol, gastado por el piadoso contacto y las lágrimas de todas las generaciones. Con infinito sentimiento de devoción me volví á echar de rodillas y á pegar mi rostro conmovido á esa piedra fría pero que dá el fuego del amor divino.

Como la otra vez, el tiempo de adoración en la estrecha capilla fué corto, porque había que dejar pasar á los demás compañeros impacientes de penetrar, ellos también, al interior del Santuario. Y como la otra vez, del sepulcro nos fuimos al calvario, donde tantas veces y tan largamente habíamosorado. Todo estaba lo mismo; después de un momento cuando levantamos la cabeza de la postración y cuando la vista empezó á acostumbrarse á la penumbra, divisamos el hueco de la cruz bajo el altar de plata de los griegos. A la derecha, la imagen admirable de la Dolorosa, con su misma expresión de antes, sus ojos impregnados de lágrimas y todo su rostro contraído por la angustia del sufrimiento, me miraba y parecía decirme: mi dolor no fué sólo de un día, de unas horas; dura todavía, pues todavía veo la ingratitud de los hombres para con mi divino Hijo; todavía ellos lo crucifican con su

impiedad, se encarnizan contra él, lo persiguen y lo maltratan.

Sí; al volver á encontrar ese rostro adolorido allí al pié del calvario, uno se convence de que el sacrificio del Gólgota no ha concluido; que los seres ingratos por quienes murió Jesús no cesan de renovar su pasión con las innumerables ofensas á la majestad de Dios y la orgullosa desobediencia á sus leyes.

Salimos todos de la basilica, felices de haberla vuelto á visitar, y prometiéndonos el volver á ella lo mas seguido que fuera posible.

El edificio de *Notre Dame de France* había crecido; las celdas eran mas numerosas, la capilla estaba concluida y el refectorio bien instalado. El personal era el mismo; muy grato era reconocer esas caras amigas, contentas de volvernos á ver. Mi celda tenía por nombre Nuestra Señora de Stahueli, devoción africana; estaba expuesta al sol, era muy abrigada pero no tenía la hermosa vista de la Ascención. Divisábamos por la ventana la iglesia de San Salvador de los Padres franciscanos y algunos edificios más de la ciudad; lo demás eran terrenos vagos sin interés.

24 de Diciembre.

Salimos para Belén en una mañana preciosa y con toda la alegría de la pascua anticipada; llegamos á la ciudad de David á tiempo para encontrarnos con los preparativos y la animadísima expectativa de la entrada del Patriarca. No hay pluma que sea capaz de describir el golpe de vista que presenta la gran plaza y los alrededores de la basilica; se necesitaría mas bien de los pinceles de un colorista para dar una idea de ese cuadro encantador. Mientras buscábamos una colocación favorable para gozar de todo ese conjunto pintoresco de pueblo enfiestado, de edificios blancos, de sol y de luz, un joven, vestido á la europea y de buena figura nos dirige la palabra en español. Había notado en nuestro acento que éramos americanos y nos decía que

él conocía bien esos países habiendo estado en Buenos-Aires y en Valparaiso. Hablada muy bién el español, y con mucha amabilidad se nos puso á la disposición para servirnos durante nuestra estadía en la ciudad. Desde luego nos proporcionó lo que deseábamos por el momento, haciéndonos subir al terrado de la casa de uno de sus amigos, de donde podíamos ver admirablemente lo que nos interesaba.

Concluida la fiesta popular, y después de una visita á la gruta de la Natividad, nos fuimos á casa de los Padres Salesianos. Allí, el pequeño grupo de chilenos recibió la mas cordial hospitalidad; comimos esa tarde en la mesa del padre superior, don Belloni, el hombre mas caritativo y mas querido de toda la comarca. Por la noche los caballeros se alojaron allí, y la Señora de Yrarrázaval y yó en la casa al lado, con las hermanas de la misma congregación. Como á las once nos fuimos á la Iglesia de Santa Catalina donde se cantan, primero, los maitines y después la misa solemne; y á las doce en punto, hora del nacimiento de Jesús nos fuimos á la gruta, á celebrar el Misterio.

Mis impresiones sobre la Pascua en Belén ya son conocidas; ahora voy á intercalar las páginas que uno de mis compañeros há arrancado en mi obsequio de su cartera de viaje.

« El camino que, como una cinta rosada, vá desde Jerusalén hasta la ciudad de David, describiendo suaves curvas por las ondas de la árida montaña, me parecía largo yá; tenía impaciencia de llegar al lugar desconocido aunque siempre evocado por mis recuerdos mas queridos. Quién sabe qué aya ó ama particularmente devota de la Navidad tuve á cargo de mis primeros pasos, cuando me entraron las primeras nociones, los primeros entusiasmos. Ello es que aún antes de pisar la Tierra Santa abrigaba una ilusión sin límites por el sitio de la cuna del Salvador.

« Me venían á la mente las celebraciones festivas de la Pascua de Santiago; nó las de la calle, repugnantes por los excesos de la bebida en el pueblo, sinó las del hogar y las de casas de amigos donde la piedad candorosa de la niñez ingeniaba medios sencillos y tiernos para festejar al Niño Dios. Veía el trigo verde germinando en platillos con algodón mo-

jado, fenómeno de mi mayor admiración y que creía milagro para ser pedido sólo por Pascua. Recordaba como cosa cercana la disposición del *nacimiento*, con el buey y el asno cerca de la cuna del recién nacido, con los Reyes Magos vestidos como príncipes de cuento de hadas. Oía el repiqueteo de los canarios de hoja de lata, llenos de agua y comprados con anticipación en la plaza de abastos; sentía el olor plebeyo de la albahaca y la fragancia tentadora de los duraznitos de la Virgen y de las peritas prematuras; pues parece que los sentidos del olfato y del oído contribuyen mas que el de la vista y que cualquier otra cosa á retener la situación de espíritu de épocas ya retiradas.

« Desde entonces, mi vida ha sido de muchas impresiones; mucho hé corrido por diferentes países, muchos autores han modificado mis ideas, muchos hombres me hán influenciado quizá; la actividad de mi espíritu ha sido ejercida en la política y en los negocios, en las letras y en las artes; mi alma ha sentido emociones del carácter mas variado, y desde las mas tristes y negras hasta las mas gratas y alegres. Pero la Pascua, como la primera al-

borada del día de la vida, me ha quedado para siempre en el espíritu con sus luces suaves de amor infantil, con sus colores y reflejos de contento universal. Cantó el gallo: Cristo nació! Preguntó el buey: dónde? Contestó el cordero: en Belén!

« Allí está Belén. La inocencia de entonces me há valido que Dios me permitiera verlo una vez. Allí esta Belén, y mañana es el día de Pascua. Se detiene el coche en la primera cuesta; toda la ciudad es de cuestas. En una eminencia á la derecha, y dominando las lomas y el caserío se encuentra el hospitalario establecimiento de los padres salesianos á donde ebía de dirigirme.

« Las casas de Belén, á pesar de que siempre pecan por el desasèo común á las poblaciones de oriente, tienen un aspecto mas alegre y menos incómodo que las de Jerusalén. Siempre los muros de piedra, la configuración de grandes cubos de piedra coronados por una media es'era también de piedra. No se vé en las construcciones ninguna madera; y ¿de dónde habrían de sacarla cuando por cualquier parte de Palestina solo se vén pedregales con uno que otro man-

chón de olivos, naranjos, tunales, viñas de poca cosa, y nada mas?

« Pero en los habitantes no se tarda en notar una diferencia de superioridad comparativa. Los de aquí hablan mejor, visten mejor, y en todo muestran mayor cultura; no es difícil explicárselo cuando uno sabe que son cristianos. Esta gente es como un oasis en medio de la sórdida población musulmana, adueñada hoy de lo que en otro tiempo fué la tierra prometida.

« Mi primera visita á la gruta del nacimiento no fué larga. Me sentí desorientado en medio de esas vastas construcciones, inconclusas y casi ruinosas á la vez. El establo ó pesebre de mi imaginación, ubicado ahora bajo las bóvedas de un templo que ya hace muchos siglos niveló el suelo desfigurándolo todo, no existe sinó en el esfuerzo de la mente que se deja guiar por la explicación de los presentes, y por el testimonio de la tradición. Encontré también que más que en el Santo Sepulcro de Jerusalén, la lucha y la rivalidad de las sectas habían conseguido desfigurar el sitio de una manera lamentable. Para colmo de esta pe-

nosa confusión, en que la representación católica tiene que pugnar con la de las confesiones griegas y orientales, un centinela turco debe guardar la bajada del santuario subterráneo donde antes se albergó la Santa Familia; singular muestra de los frutos de la desunión cristiana!

« Pero el santuario siempre existe, y su autenticidad no fué puesta nunca en duda por arqueólogos ni filósofos de ninguna escuela. Esas estrechas cavidades de una roca ó falda de piedra de una colina extendida en aquellos tiempos en pleno campo, al extremo del pintoresco pueblo, fueron, pues, todos los aposentos que esperaron al Redentor de los hombres, anunciador de Paz y buena voluntad.

« La sublime tragedia que aquí empezó á desarrollarse con el Misterio del Nacimiento, hubo de traer maldición sobre toda la Palestina, maldición que aquí también se manifiesta y patentiza. Un centinela del Sultán de Turquía, con la consigna de permitir ó no á los cristianos, súbditos de las grandes potencias de Europa, la piadosa visita á la cuna de su Dios, qué mas humillante maldi-

ción? Y mayor y mas pesada es la maldición, si se considera todavía que sin ese plantón otomano, que, al fin y al cabo es neutral, la falta de orden y de respeto sería mayor aún. No hace muchos días fué allí en las gradas asesinado un pobre lego franciscano por un lacayo griego que le disputaba el paso.

« Con todo, el alma del católico se siente penetrada por intensa emoción cuando se detiene en un instante de contemplación dentro de la gruta. Se vé que no son sinó pequeñeces, desengaños de futilidad, esas consideraciones que la han embargado. El grandioso Misterio, radiante por las luces de la fé y de la esperanza, se impone por sobre todas las miserias y las contingencias que han rodeado á Belén. La pequeña ciudad, la pobre caverna, crecen hasta ser mas grandes que todas las grandezas vistas: este es el sitio maravilloso, que deslumbra á los ojos del alma, donde nos nació el Dios de todas las misericordias, que redime al mundo y al cual los millares y millares de cristianos agradecidos adoraremos hasta el fin de los tiempos.

« Pues hay que ver en los lugares históricos y en los monumentos algo más

de lo que la mirada material y vulgar encuentra; y aquí me viene á la mente el refrán que aprenden los viajeros en Italia, *Roma veduta, fede perduta*, ampliado fácilmente por los que llegan hasta Palestina. Allá, algún pobre clérigo que no tiene como comprarse una sotana nueva, ó algún descuido en los detalles del culto; acá, la suciedad de las tortuosas callejuelas ó la simple vetustez de algún recinto, bastan para hacer bambolear la fé del turista en medio de un templo de la ciudad eterna ó sobre el suelo de la crucifixión. No dá el turista en que son otras las lecciones que debiera recoger de la historia y de la filosofía. ¿ No sería mas justo, por ejemplo, palpar en Roma la asistencia del cielo prometida á su Iglesia hasta la consumación de los siglos y mil veces ya hecha efectiva?

« El « campo de los pastores » situado á unos dos kilómetros al oriente de Belén, me ha proporcionado el gozar con uno de los espectáculos mas bellos de mi vida. Pero apenas podré describirlo, porque era principalmente hecho por el cielo y las nubes. Ya había observado que en las montañas de Palestina

los efectos del sol poniente eran dobles, digámoslo así. Por una parte las luces hieren directamente, y por la otra, el reflejo de los rayos tendidos sobre el suelo rojizo ilumina el espacio con tonos calientes, arrebatadores y absolutamente imprevistos. Así era en aquel día; las nubes eran inmensas, su formación era de ondulaciones vastas é infladas, como las del terreno de la misma rejión, sus contornos de vapor tenue recibían en transparencia dorada los rayos del sol, cuando oculto, mientras las luces blancas y difusas del día daban sobre la masa gris. Entre las orlas de claridad vibrante, que se confundían entre nube y nube, aparecían, de aquí y de allí, unos jirones del azul del cielo. Los olivares que por trechos cubrían el terreno pedregoso, y las sombras que una á otra se hacían las colinas, eran el asiento de este paisaje encantador que, como he dicho, no se puede describir. Mas bien podría intentar pintarlo algún artista inspirado. Pero nó; no hay colores en la paleta para imitar á la naturaleza en esos instantes de fugaz embeleso en que las formas y las luces, distribuidas en

primorosa armonía, parecen concertarse para deleitar y elevar al hombre. Bendito Dios, cuánta belleza!

« Al volver á Jerusalén se pierde pronto de vista la ciudad de David; una colina, por donde toma el camino, la oculta bruscamente. Sin embargo, y por razón de su altura, se siguen viendo por un rato más el campanario y la cruz que se levantan verticalmente sobre el punto preciso en que tuvo lugar el nacimiento.

« La maldición se cierne más y más sobre todos estos parajes; las montañas secas, rojizas y pedregosas, las poblaciones malsanas y miserables, sus habitantes que no prosperan en ningún sentido, la dominación turca, todo atestigua el castigo y el abandono de Dios. Como excepción, parece que se ha permitido que subsistan en parte los ruinosos monumentos que cubren los sitios mas preciosos para el cristiano peregrino.

« Antes de media hora ya, desde mi coche, y tras de otras nuevas colinas, tenía por delante el aspecto de otra cruz coronando una cúpula; era la del Santo Sepulcro, en la eminencia santa que en otro tiempo se llamó el Gólgota.

.
« Cuando el peregrino llega á Roma, es todavía una cruz lo primero que vé; es la que, plantada sobre una redondez que figura el mundo, corona la Basílica de San Pedro. El asiento de la Iglesia de Dios está ahora allí, en el mismo centro desde donde Tito y Vespasiano salieron inconscientes á cumplir las profecías, á no dejar piedra sobre piedra aquí en Jerusalén, á pasar á sus habitantes por el hierro y por el fuego.

« Belén, Jerusalén y Roma son los tres nombres inseparables en la geografia cristiana; lo dicen todo: significan anhelo, dolor y triunfo. Si el ánimo se entristece en presencia de estos yermos malditos, si el corazón se oprime ante el recuerdo de la pasión de Jesús, y si todo el espíritu se subleva al considerar la injusticia y la ingratitud de los hombres, allá está Roma, la Jerusalén de ahora, triunfante y consoladora; desde ella, que es la ciudad eterna, nos asiste el Vicario de Jesús vivo y no tememos el porvenir.

« Roma mandó destruir este templo que encerraba el arca; pero, á su vez, cuando fué dominada por Pedro, apóstol del Dios nacido en Belén, fabricó otro

templo vastísimo, mas bello que el de Salomón, donde los mármales blancos se reflejan en sus formas admirables, y donde fulguran los chapiteles de oro, donde se ostenta el arte divino de Miguel Angel, y donde el tabernáculo encierra al Dios mismo, encarnado y vuelto propicio ».

25 de Diciembre.

Los compañeros se fueron al Campo de los Pastores, yo preferí quedarme tranquila en la Gruta de la Natividad, meditando el gran misterio de ese día en el lugar mismo donde había tenido lugar.

El elegante belenita que nos había atendido el día anterior vino á buscarnos esa mañana, y siguió acompañándonos y prestándonos sus servicios. Como deseáramos comprar algunos objetos de piedad para llevar de recuerdo de Belén, el joven nos condujo á la tienda de su familia, que era la mas importante y acreditada de la ciudad. Allí encontramos hermosos rosarios de enormes cuentas de nácar, conchas de madre-perla primorosamente esculpidas con asuntos religiosos y cruces igualmente laborea-

das. Nuestro conductor nos pidió en seguida que hiciéramos una visita á su casa para conocer á sus hermanos; aceptamos con gusto, pareciéndonos que sería muy curioso penetrar en un interior belenita. Fuimos recibidos en un salón bien puesto semi-europeo, semi-turco, de esos que no parecen abrirse mas que en las grandes circunstancias. Llegaron uno á uno los tres hermanos de nuestro amigo, vestidos á la turca, con turbantes en la cabeza y con barbas negras y tupidas. Come el joven, hablaban bien el español y habían viajado también por los países de la América del Sur, vendiendo artículos de los que se fabricaban en Belén. El mayor, el de la barba mas grande, hacía de jefe de la familia desde que había muerto el padre; toda la autoridad estaba en sus manos y la casa entera le obedecía; era todavía el régimen patriarcal. Poco después fueron apareciendo niños de distintas edades, todos muy despiertos y graciosos; pero lo que más deseabamos ver, las señoras de la casa, esas non se mostraban todavía; nos dijeron que estaban en la iglesia. Después de un buen rato de espera, llegaron también; eran unas tres jóvenes her-

mosas, de puro tipo belenita, llevando el traje característico del país: falda azul, corpiño bordado y gran velo blanco que, puesto muy en alto sobre la cabeza, cae hasta la cintura dando á quien lo lleva un aire digno y majestuoso. Las muchachas, poco acostumbradas á ver extranjeros en su casa, se hallaban confusas en nuestra presencia y, no hablando una palabra de español, no sabían mas que reirse y sonrojarse. Luego llegó el café, servido en pequenísimas tazas, la mitad polvo y la mitad líquido á la usanza oriental; después nos hicieron probar unos dulces, muy finos y apreciados al parecer, porque solo se toma de ellos una cucharadita, y por fin nos pasaron una copa de licor. La tradicional hospitalidad de ese pueblo había sido muy bien ejercitada hácia nosotros; ya no nos quedaba más que dar las gracias y despedirnos. Después de esos exquisitos bocados, nos fuimos á casa de don Belloni, que nos esperaba con un regio almuerzo amenizado con la banda de música de los muchachos. Ahí pudimos admirar lo bien enseñados y lo felices que están esos niños, recogidos todos de la clase mas pobre y mas desgraciada. La acción

salvadora de los Salesianos se extiende yá en el mundo entero; el espíritu de don Bosco, el gran filántropo del siglo, reina en todas sus casas, y cada una de ellas es un asilo de regeneración para los seres nacidos en la miseria y criados en el vicio. Y ya no es solo en los países de fácil acceso y civilizados donde la asociación ejerce su misión benéfica y humanitaria; el celo de esos hombres vá siempre adelante, y su caridad se extiende hasta las regiones mas retiradas y desoladas de la tierra.

Los hemos visto así como en Belén, en Punta Arenas y en la isla de Dawson aislados casi por completo del mundo cristiano y no viviendo mas que de sacrificios, para qué? Para mejorar la suerte de los salvajes y tratar de salvar las pobres almas mas infelices y abandonadas del mundo, y con qué objeto? El de la gloria de Dios y el bien de sus semejantes.

La casa que las hermanas Salesianas poseen en Belén es demasiado pequeña para la obra á que ellas están acostumbradas; hubieran querido verse rodeadas, como en Europa ó en América, de un sinnumero de niñitas á quienes

podieran dar educación y para quienes pudieran prodigar sus cuidados maternos. Mientras tanto, su ocupación se reducía al trabajo material de la cocina, y del arreglo de la ropa para el establecimiento de los muchachos.

3 de Enero.

Era el último día de Jerusalén. La estadía se había terminado y qué corta nos había parecido! Qué grato me había sido el volver á verlo todo, y esta vez en compañía de personas queridas de mi familia que sabían comprender y apreciar estos santos lugares! Todo lo habíamos recorrido; habíamos visitado muchas veces el Calvario y el Santo Sepulcro, el Huerto de los Olivos y la Gruta de Getsemaní, el Cenáculo y la Dormición de la Virgen, la Tumba de María y la Montaña de la Ascención. También habíamos salido fuera de la ciudad llegando hasta San Juan, á Betania y á otros puntos interesantes; en esas excursiones no solo gozábamos de los recuerdos históricos y religiosos, sinó que también de las bellezas que la naturaleza

nos dispensaba con profusión en los paisajes que teníamos á la vista; ella nos encantaba con sus cielos, sus reflejos, con todos los contrastes y foda las armonías de su maravilloso colorido.

Empleados de esa manera, los días se hacían cortos y el tiempo pasaba deliciosamente hasta que, demasiado pronto, llegó el momento de la partida. No se podía cambiar, sin embargo, el itinerario, y desde temprano el tren, con un agudo silbido, nos arrancaba bruscamente de la ciudad querida aturdiéndonos con su ruido y sus sacudones.

De nuevo el embarque; de nuevo la nave de la salvación nos recibía sobre su apacible bordo.

La bahía de Jafa estaba en calma; ese mar ajitado de continuo, se había apaciguado otra vez para la llegada de la peregrinación.

La tarde siguió hermosa y tranquila; el buque se deslizaba suavemente sobre las aguas y los peregrinos en la cubierta cantaban melancólicamente « *Jerusalém Adieu, Jerusalém Adieu* ». Los ojos quedaban fijos sobre la costa que se alejaba, las lágrimas corrían silenciosas sobre las mejillas. Adios! Otra vez adios! Será

esta la última vez que me despida de ti, ó Tierra Santa? Grande ha sido mi felicidad en visitarte dos veces; podré á caso esperar el volver por tercera vez á besar tus atrios, ó Jerusalén! ó tendré que vivir de tus recuerdos y aspirar y desear tán sólo la Jerusalén celestial, de la cual tú no eres mas que el símbolo y la figura?

La costa se perdió completamente de vista; nos volvimos al otro lado y quedamos sorprendidos con la hermosura del cielo; el orizonte estaba encendido con colores de fuego que fueron poco á poco suavizándose hasta llegar á los tonos finísimos y variados de la puesta de sol oriental.

4 de Enero.

Con razón se dice que el Mediterráneo es traicionero: á la calma apacible de la tarde sucedió casi repentinamente un fuerte viento que pronto se convirtió en tempestad. La noche fué de angustia para los viajeros y la mañana siguió malísima; el mar estaba enfurecido y el buque se retorcia en un movimiento combinado de balance y de cabeceo con el que nadie resistía de pié, y ningun objeto quedaba en su lugar. La capilla estaba desierta; muy pocos sacerdotes se atrevieron á decir la misa; uno de ellos que la empezaba tuvo que interrumpirla y salir precipitadamente. Los candeleros y los atriles caían de los altares; á veces los que corrian á recogerlos rodaban junto con ellos por el suelo. Debíamos entrar esa mañana en Alejandria, pero, cómo

acercarse al puerto con un tiempo semejante? Tuvimos que seguir todo el día á merced del viento y de las olas y sin poder avanzar en la dirección deseada. En la noche tampoco se podría entrar en la dársena; habia que hacer el ánimo á sufrir hasta la mañana siguiente.

5 de Enero.

Por fin se pudo ver claro, entrar en el puerto y atracar á uno de los muelles. Todo estaba lleno de buques y de gente que descargaba mercaderías; el movimiento y la agitación eran enormes; por en medio de ese bullicio afanado pasó la peregrinación y, atravesando una gran parte de la ciudad, se dirigió al establecimiento de los Hermanos Cristianos, que además del almuerzo, nos tenía una solemne recepción con cantos y discursos juveniles.

Nadie se creería en una ciudad de Oriente al recorrer las calles anchas y rectas, las plazas con jardines y los suntuosos edificios de Alejandria. En ese aspecto de prosperidad europea se puede notar la importancia de su comercio y el provecho que saca de su favorable

perverso de tentar á los peregrinos y continuar así su infame comercio. Mas la gracia la esperaba allí donde no buscaba mas que la maldad. Cuando con los demás peregrinos quiso penetrar á la Basílica del Santo Sepulcro, sintió una fuerza irresistible que la sujetaba impidiéndole la entrada; la infeliz divisa la imágen de María sobre la puerta del templo, la invoca con fervor, se arrepiente de sus culpas y promete hacer penitencia. El obstáculo invisible desaparece entonces; la mujer se precipita en el santuario, besa deshecha en lágrimas el madero de la cruz y sale convertida y transformada. Se aleja del mundo, se va al mas áspero desierto donde pasa su vida sola y en la más ruda penitencia. Poco después de muerta, su cuerpo fué encontrado por un santo sacerdote llamado Zócimo, sobre el pecho se veía escrito, como única seña, el nombre de María. La Iglesia venera á esta gran penitente con el nombre de Santa María Egipciaca.

El monumento que queda de la antigua Alejandria es la columna llamada de Pompeyo, que se cree fué elevada en honor del emperador Diocleciano; y es todo

lo que subsiste de su primera grandeza y celebridad. La pequeña isla de Faro nos recuerda la inmensa torre, que era contada entre las siete maravillas del mundo; en su cima brillaba la luz que guiaba á los navegantes y les facilitaba la entrada en el puerto; por eso, hasta el día de hoy, las luces que se divisan desde el mar se llaman faros.

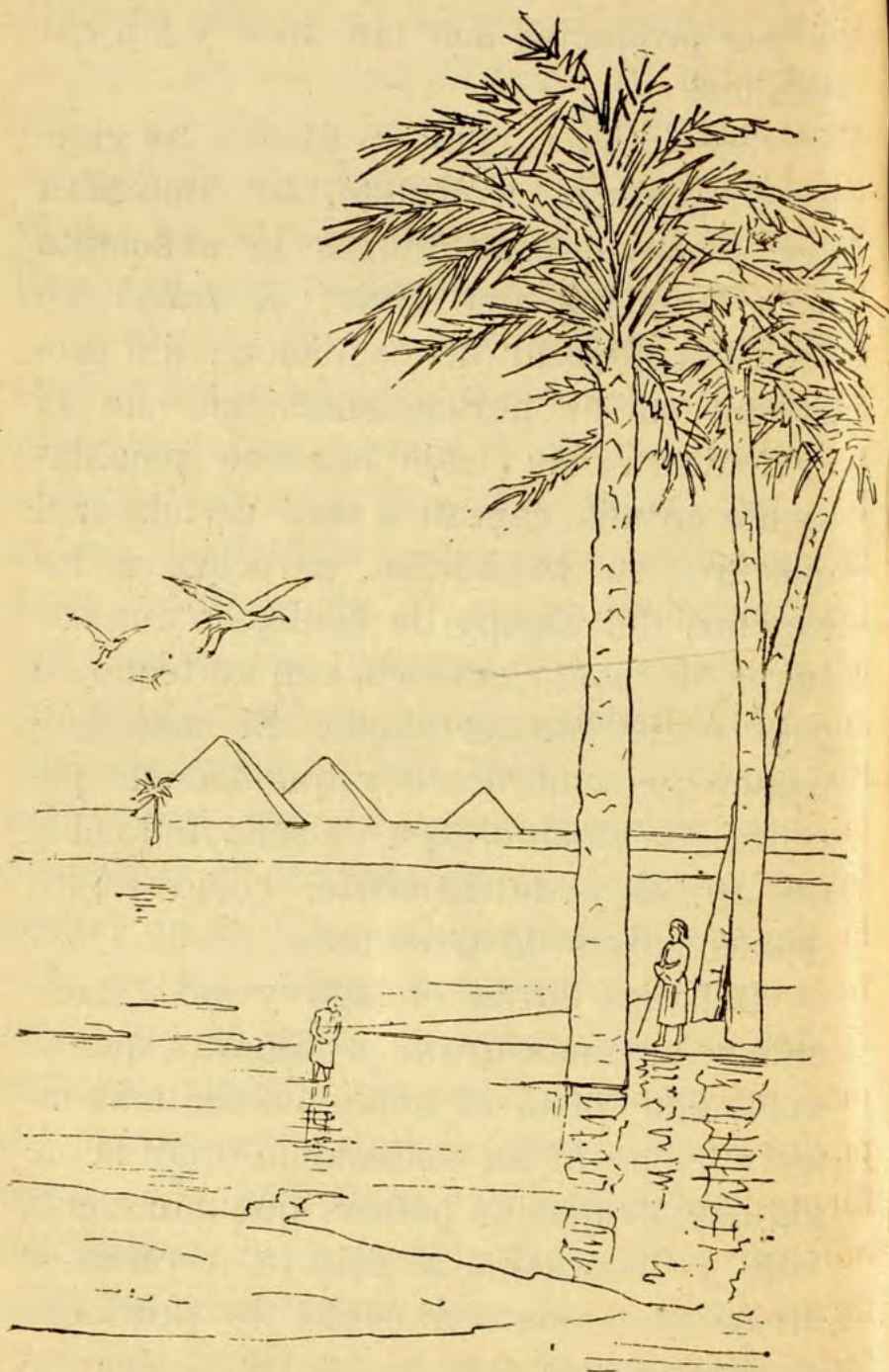
A medio día tomamos el tren para el Cairo y empezamos á atravesar el Delta, esa tierra tan extraña, bañada todos los años y fecundada por el poderoso Nilo, el rey, la deidad de los egipcios. Es curioso observar allí el contraste notable que hacen los terrenos empapados con la inundación y los que no benefician de ella; los primeros son verdes, fértiles y cultivados, los segundos son áridos y arenosos; el desierto empieza ahí de repente; de la faja verde se pasa á la amarilla sin transición. A pocos minutos de la ciudad se vé el lago Mareotis, que en invierno llega hasta el mismo camino del ferrocarril. Este lago, que se encuentra á ocho piés bajo el nivel del mar, fué famoso en la antigüedad por la fertilidad de las tierras que lo rodeaban; Heródoto habla de la hermosura de sus

campos; Horacio y Virgilio ponderan el buen gusto y la virtud de sus vinos. En el presente, el cultivo no es tan brillante, ni sus productos son tan finos y tan exquisitos.

Los *fellhain*, como se llaman las gentes del campo en Egipto, se contentan con trabajar esas tierras lo suficiente para tener con qué vivir; el *fellah* no aspira á mejorar de condición, ni á progresar en el perfeccionamiento de la agricultura; su traje consiste sencillamente en una camisa ó saco de tela azul obscuro; su habitación, parecida á los ranchos del campo de Chile, es una casucha de barro cubierta con un techo de paja ó de esteras viejas. El mahometismo, que embrutece y que todo lo paraliza, ha dejado aquí su sello indeleble de atraso y de barbarie, como en los demás países de Oriente.

Dejamos atrás el lago y nos internamos en unas grandes llanuras que se extienden hasta el horizonte sin más interrupción de su monotonía que la de algunos grupos de palmas que dan cierta vida y decoración al paisaje. A veces se divisa un amontonamiento de pequeñas construcciones cuadradas de color de

barro: es una aldea; á veces, y solo cuando el grupo de casas es mas importante, se vé una cúpula blanca ó una



torre; esa es la mezquita, único edificio blanqueado que resalta con su nota clara en medio del conjunto triste, sombrío y sucio.

A dos horas de Alejandría el tren atraviesa un largo puente sobre el brazo del Nilo que va á desembarcar á Roseta. Sentimos alguna emoción al vernos sobre las aguas del misterioso río, antiguo en la historia del mundo, el « Padre de los ríos » como ha sido llamado. Durante dos mil años los sabios de todos los países han tratado de descubrir sus fuentes y la causa de sus afluencias periódicas. Los antiguos egipcios lo adoraban como á un diós, y consideraban su origen y sus propiedades como el mas sagrado de los misterios, que sólo sería conocido en la otra vida. El río había tenido una gran influencia en la civilización del pueblo; la necesidad de utilizar sus aguas les hizo aprender mas de una ciencia; la facilidad de su navegación hasta la parte mas interna, les dió los medios de transportar los enormes granitos que debían formar las pirámides y otros monumentos colosales. Se comprende que ese río hermoso y benéfico, que daba la vida á todo cuando lo rodeaba, hubiera, desde

los primeros tiempos, despertado el sentimiento religioso, tan característico en el pueblo egipcio.

Entre los dos grandes brazos de Roseta y Damietta, la estación de Tanta detiene el trén durante algunos minutos; fuimos agradablemente sorprendidos por los acordes de una banda de música con que los Padres Blancos y sus alumnos nos esperaban. Y no sólo con alegre música nos festejaban, sino que también con una mesa llena de bizcochos y de naranjas deliciosas.

Tanta es una ciudad importante de sesenta mil habitantes, tiene buenos edificios públicos, un gran palacio del Kédive y el hermoso establecimiento católico de los misioneros de Monseñor Lavigerie. De allí al Cairo no queda más que una hora y media de viaje por un paisaje siempre igual, el llano verde, las altas palmeras, los villorrios color de barro y los minaretes blancos; mas allá el desierto de la Libia, las montañas de la Nubia y de la Tebaida. Qué recuerdos nos traen los nombres de estos lugares famosos en la historia del cristianismo! Allí era donde se retiraban los santos solitarios para consagrarse á la oración

y á la penitencia; allí, en esas ardientes arideces, millares de hombres y de mujeres diseminados y escondidos en los huecos mas profundos y mas desolados, llevaban una vida de prodigiosa austeridad.

Pablo el Ermitaño era alimentado por un cuervo que le traía su comida; se cuenta que un día en que Antonio Abad llegó desde muy lejos á visitarlo, el pájaro apareció trayendo doble porción de pan. Años después, Antonio volvía al desierto llevando á Pablo, como preciada reliquia, el manto del gran Atanasio que acababa de morir en Alejandría, después, de sufrir persecuciones y destierros y de haber sostenido hasta el fin la verdad de la fé. Pablo había muerto entretanto, dos leonos habian abierto la fosa para su sepultura; Antonio llegó á tiempo sólo para envolver el cuerpo de su amigo en el manto del Santo Patriarca y depositarlo en la tumba tan extrañamente preparada.

El ejemplo de estos primeros padres del desierto, atrajeron un sin número de imitadores que formaron dos diferentes clases de monjes: los cenobitas, que vivían en monasterias bajo la dirección

de un superior, y los anacoretas, que se alejaban mucho más y se quedaban solos en el desierto. Además de la oración y del estudio de las Santas Escrituras, los solitarios se ocupaban en trabajos asiduos que les procuraban el sostenimiento de la vida y que les permitía aún dar abundantes limosnas á los menesterosos de las ciudades vecinas. Los monjes de Arsenoë, mandaban, para los pobres de Alejandría, buques cargados de trigo que ellos, con su paciente y penoso labor, habían hecho producir al suelo ardiente y seco del desierto.

Fué desgracia que las herejías vieran á minar ésa Iglesia de Oriente, tan floreciente y tan fecunda, y que la separación de la Iglesia madre, y cabeza de las demás Iglesias, le quitara su fuerza, su vigor y su santidad. Los cristianos que quedan en Egipto pertenecen al rito Copto, y siguen todavía la herejía de Eutiquio, la cual enseñaba que Jesucristo no tenía mas que una naturaleza, la divina. Se calcula el número de los Coptos en cuatrocientos mil, y se les distingue, á la vista, de los árabes, en sus turbantes negros y sus trajes oscuros, distintivo impuesto en un tiempo por los turcos, sus

opresores, y que ellos conservan con orgullo como marca de antiguo origen. Como los griegos y los armenios separados, los Coptos no reconocen la autoridad del Soberano Pontífice; fuera de la herejía de que he hablado y de algunos errores en la creencia del misterio de la Santísima Trinidad, su doctrina es la misma que la de los católicos. La *liturgia*, como llaman su misa y todas sus oraciones ceremoniales, son dichas en copto, idioma muy poco conocido; como los griegos, hacen uso del pán fermentado para la Santa Eucaristia; dán la comunión en las dos especies; veneran con grán devoción á la Santísima Virgen y á los santos. Su jefe lleva el título de Patriarca de Alejandria; sus sacerdotes son casados como lo són los de todos los demás ritos orientales, aún en los unidos á la Iglesia. Hay un pequeño número de coptos que son adictos á la iglesia católica y sometidos al Papa; los hay también entre los griegos, los sirios y los maronitas; todos ellos conservan sin embargo sus antiguos ritos y su liturgia propia, que en nada se oponen á la integridad de la fé.

Me ha parecido del caso extenderme algo sobre esta cuestión, que debe interesar ahora á los católicos por ser el deseo más vehemente del Santo Padre Leon XIII el ver volver al gremio de la iglesia á todos esos hijos, alejados de tanto tiempo por el cisma y las herejías. A nosotros, que hemos tenido la dicha de nacer en países católicos y en el seno de la Iglesia, nos toca también rogar por ellos, por que vuelvan al Padre común de todos los fieles, quien, como á nuevos hijos pródigos, los espera con los brazos abiertos.

Llegamos al Cairo bastante temprano para que después de instalados en el hotel pudiéramos dar un vistazo á la ciudad. Qué extraña es y que difícil de describir! Cada barrio es enteramente distinto el uno del otro; hay: el europeo donde están los hoteles de primer orden y las tiendas elegantes; hay el de los palacios y jardines, y hay el barrio árabe, de calles angostas y tortuosas donde están los bazares y las mezquitas. Por todo reina la mayor animación y el movimiento mas continuado de gente de todos los países, de todas las razas y

colores. Allí se cruzan el oficial inglés blanco y rosado, de pelo rubio muy bien peinado, con casaca roja armada al talle como de mujer, y gorrita al lado dejando un crespo sobre la frente, y el negro retinto, de ojos brillantes como cuentas de vidrio, de dientes blancos siempre á la vista entre labios salientes, vestido con túnica de lienzo que contrasta con lo obscuro de la tez africana.

Los hoteles, que son excelentes, están llenos de europeos que vienen trás del sol y del aire templado y seco. Esa gente no tiene mas ocupación que la de colocarse cómodamente en un sillón de paja sobre el terrado del hotel, y mirar desde allí el movimiento y la algazara de la calle. Pasan coches bien puestos, llevando personajes de uniformes galoneados y condecorados, otros conducen señoras de alta alcurnia que no muestran mas que los hermosos ojos, lo demás de la cara vá cubierto severamente. Dos negros de formas esculturales, con ricos trajes bordados de oro, las piernas y los brazos desnudos, corren delante del carruaje preparando el camino para sus amos. Muchachos árabes de color bronceado ofrecen borricos blancos adornados

con collares de cuentas celestes y con franjas abigarradas; los animales son muy mansos y trotan bien. Vendedores ambulantes se acercan á la balaustrada del hotel; extienden su vistosa mercadería y la ofrecen con insistencia á los extranjeros que quedan impasibles en sus sillones y que no se mueven tampoco al ver otros tipos de negros que muestran serpientes domesticadas enroscándose en torno del cuello y brazos de sus dueños. Y en medio de estas y otras escenas indígenas, se pasean en grupos los soldados ingleses, siempre derechos y ajustados en su chaqueta colorada.

Las piezas que teníamos en el *New Hotel* eran muy buenas, la comida era excelente y la teníamos todos juntos, en el grán comedor, una ora antes que los caseros del hotel se reunieran á la mesa redonda. Era curioso ver el contraste entre nosotros, peregrinos, con nuestros sencillos trajes yá sucios y gastados, y ellos, en gran *toilette*; de frac los hombres, escotadas las mujeres, todos con flores y alhajas; nos obscurecían á nosotros que no llevábamos mas adorno que la pequeña cruz roja sobre el pecho.

Después de la comida, aprovechába-

mos los cómodos salones para tener un rato de sociabilidad; la condesa de Thury, persona casi octogenaria é inválida, pero llena de vida y de entusiasmo nos hablaba de su tema favorito, la canonización de Cristóbal Colón, y con ardor extraordinario nos citaba sus virtudes, sus glorias y sus milagros. Cuando la buena señora nos dejaba libres de su interesante pero ya repetida conversación, nos íbamos al piano á tocar á cuatro manos con su hija la Marquesa d'Epinay, la joven alegre y animada de la peregrinación. La música atraía poco á poco á sus aficionados, y luego nos encontrábamos rodeados de un pequeño círculo, amable y distinguido, con el cual se enteraba muy agradablemente el resto de la velada.

6 de Enero.

Era natural que nuestra primera excursión en el Cairo fuera con algun objeto religioso y digno de la peregrinación; fuimos, pues, á Matarieh, donde se encuentra el árbol legendario que sirvió de abrigo á la Santa Familia en su viaje á la tierra de Egipto. Salimos muy temprano del hotel en un landau abierto; ibamos helados de frío, el aire vivo de la mañana no había sido calentado todavía por el sol. En hora y media estábamos en el pueblecito turco de Matarieh, y en pocos minutos más en el jardín que encierra el árbol de la Virgen. Ya muchos de los compañeros nos habian precedido, y varios de los sacerdotes habían dicho su misa en un altar colocado junto al tronco venerado. El Arbol de la Virgen es un grande y frondoso sicomoro;

su tronco, que mide ocho metros de circunferencia, tiene tres siglos y es un renuevo del árbol primitivo.

Cuenta la leyenda que habiéndose cobijado Maria con su niño en un hueco que habia en el tronco, vino una araña, y en un instante cubrió con su tela la abertura y ocultó á la Madre y al hijo perseguidos.

Desde tiempos atrás se ha venerado en ese lugar el descanso de la Santa Familia, los cristianos hán ido siempre á rezar delante del tronco que resguardó á Maria y á Jesús, y aún los turcos lo han conservado con respeto. En la época de la apertura del canal de Suez, y cuando el viaje del emperador Napoleón III al Cairo, el sultán Ismail Pachá dió de regalo á la emperatriz Eugenia el árbol secular y el terreno que lo rodeaba. Ahora son los padres jesuitas los que poseen el terreno, en el cual piensan construir un templo.

El añoso sicomero está protegido por una alta reja por donde trepan con tupidión enredaderas de jazmines cubiertas de florecitas de una fragancia exquisita. Cogimos algunos de estos jazmines que por mucho tiempo perfumaron nuestros

libros, y también guardamos algunas hojas de las ramas del arbol venerable, ramas que parecen conservarse siempre verdes y lozanas.

A corta distancia de Matarieh se encuentran los vestigios de la antigua y famosa Heliópolis, la ciudad del sol. Un obelisco, y algunos restos de murallas, es lo único que queda á la vista de lo que fué el santuario mas sagrado de los egipcios; en él tenían lugar las impo- nentes ceremonias en honor del sol, de la luna y de las demas divinidades tributarias del rey de los astros. La Biblia nombra á esta ciudad; en ella se lee que el Faraón dió por esposa á José hijo de Jsaac, Asenath, la hija del gran sacerdote de Heliópolis.

El enorme obelisco de granito rojo es el mas antiguo de todos los que se han encontrado, fué construido por el segundo rey de la duodécima dinastía, es decir, unos dos mil ochocientos años antes de la era cristiana. Sus quatro costados están cubiertos de inscripciones geroglicas, las que han dado á conocer su historia y la del rey Usertesen I del alto y bajo Egipto, señor de las diademas é hijo del sol. Una grán parte del obelisco

queda enterrado en el polvo que los siglos han amontonado en torno de él.

Eran las doce cuando concluíamos de visitar estas antigüedades y, como teníamos que seguir mas tarde en excursión, el almuerzo nos fué servido cerca del árbol de Matarieh, en el huerto de los padres jesuitas.

Unos cuantos carros-ómnibus llevaron de vuelta á toda la comitiva y la detuvieron á la entrada de la calle principal del barrio árabe, barrio que se debe visitar á pié para poder apreciar sus curiosidades. Dos horas duró nuestra andanza por esas calles pintorescas, sucias y extravagantes. Qué bulla y cuánta algazara! Los aguadores con sus cántaros á la espalda gritan por un lado, los vendedores de diferentes cosas gritan por el otro; los bazares están llenos de gente que habla toda á un tiempo con excitación; los coches, los burros y los camellos se atropellan y se enredan en confusión. No sé como pasó que en la marcha precipitada á través de ese tumulto nos encontramos la Sra. de Yrarrázaval, la joven inglesa y yò, algo separadas de los compañeros y no sé qué era lo que había en nosotras para llamar de tal

manera la atención de los árabes; lo cierto es que nos hicieron pasar un mal rato y un gran susto. Unos nos miraban con malos ojos, otros se reían á carcajadas de nosotras y algunos hasta nos dieron agarrones queriéndonos sujetar de un brazo ó quitarnos las naranjas que llevábamos en las manos. Caminábamos ligero para desprendernos cuanto antes de esa gente mal intencionada evidentemente y poco acostumbrada á ver mujeres con cara destapada fuera de sus casas, cuando un tumulto mayor y unos gritos mas fuertes atrajeron nuestra atención. La escena que se presentaba era terrible y nada á propósito para tranquilizarnos; parece que un árabe, en un arrebató de furia, echaba al suelo en medio de la calle á una mujer y la golpeaba con pies y manos hasta dejarla casi muerta; uno de los de nuestra caravana que quiso intervenir en favor de la infeliz, fué impedido por la demás gente que le decía: hay que dejarlo, es su mujer. Esto demuestra bastante lo que es ese pobre pueblo regido por el Korán; el tiempo y las facilidades para civilizarse le hán sobrado, pero le há faltado la religion de Cristo, la única que há suavizado los

instintos del hombre, que ha protegido al débil, dado á la mujer el lugar que le corresponde, y hecho progresar al mundo en todo lo que es útil, bueno y agradable. Estas reflexiones se presentan á cada ocasión ante el que recorre los países subyugados al régimen y á las prescripciones de Mahoma. Cuanto atraso y abyección!

Por ambos lados de la calle angosta y bulliciosa, se levantan á cada paso las mezquitas con sus minaretes lanzándose hácia el cielo; algunos son de una arquitectura elegantísima é imprevista, llena de toda la fantasía de la imaginación. Tuvimos la curiosidad de penetrar en una de ellas, y divisamos en el fondo y en un rincón, unos diez ó doce hombres en fila, que, con el rostro vuelto hácia la dirección de la Meca, hacían grandes movimientos acompasados; se hincaban, se postraban hasta el suelo y despues se levantaban, repitiendo sin cesar esta dura gimnástica. Entre estos piadosos mahometanos se reconocía el *ulama*, ó sacerdote, por su turbante ancho y de color claro. El verdadero creyente debe llevar un turbante que dé siete vueltas al rededor de la cabeza y que sea bastante

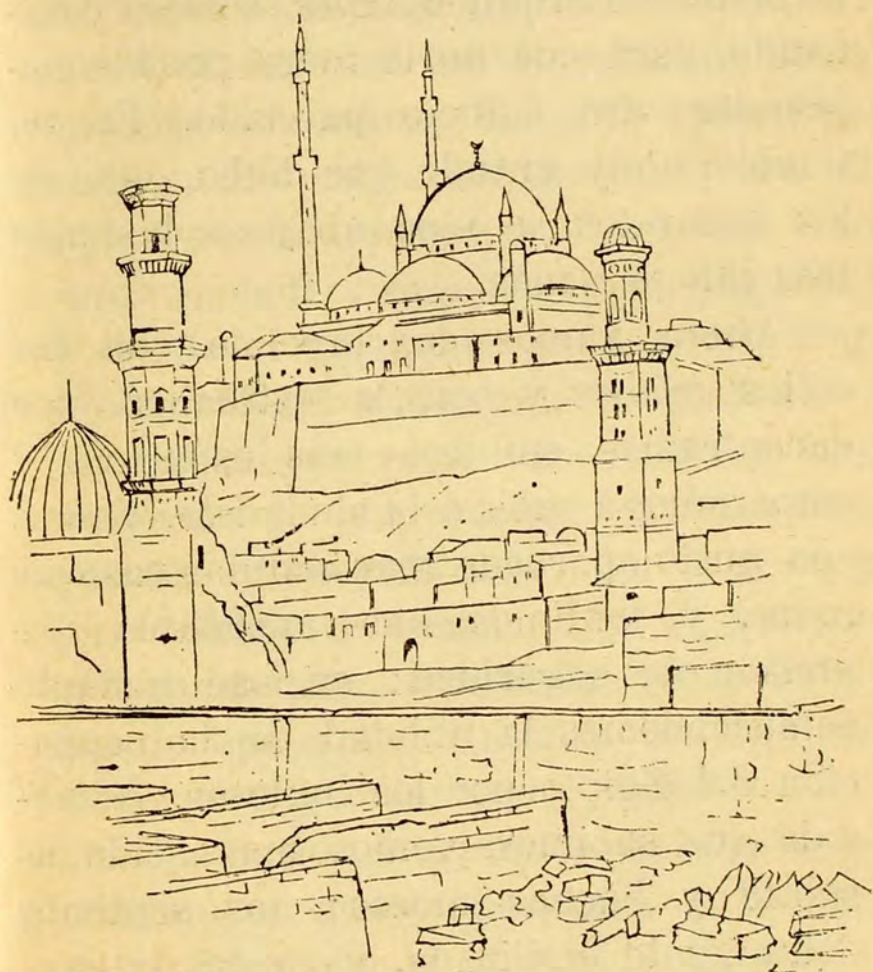
grande para que le sirva de mortaja después de sus días; esto le debe servir también para tener siempre presente el pensamiento de la muerte, idea muy filosófica si se quiere; pero que no sé si les hace vivir mejor á los árabes.

Seguimos adelante y encontramos esta vez un cortejo de boda; los coches iban uno trás otro y el de la novia estaba todo cubierto de tapices y cerrado misteriosamente; á su alrededor, hombres y muchachos, medio desnudos, saltaban en danzas salvajes al son de músicas discordantes. Las damas acompañantes, que ocupaban los otros coches, estaban vestidas de largas capar de seda de color claro; un velo de muselina les cubría la parte inferior de la cara, no dejando ver más que un par de ojos muy negros con un par de cejas más negras todavía y teñidas sobre la frente; un manto negro de seda sobre la cabeza completaba ese aderezo lujoso pero poco sentador.

Pasó la boda, dejamos atrás la escena de alegría, como habíamos dejado la de plegaria de los derviches y la de barbarie del árabe; así, en la vida se ván desenvolviendo delante de nuestra vista las escenas mas diversas, cosas tristes

y cosa alegres; y todo pasa, todo se deja atrás. Esperemos que la nueva esposa que en tanta pompa comenzaba su vida matrimonial, tenga mejor suerte que su compatriota maltratada.

A Dio gracias, el paseo tormentoso está por concluir; nos hallamos rendidas de cansancio y sofocadas por el calor;



apenas nos quedan fuerzas para admirar la Gami Sultan Hassan, llamada con ra-

zón la « Mezquita soberbia ». Es realmente una maravilla; se la considera con razón como el más lindo de los monumentos de arquitectura árabe, y se dice que fué edificada en solo tres años, á mediados del siglo IV. Según cuenta la leyenda, en cuanto estuvo concluida la mezquita, el sultan Hassán hizo cortar la mano del arquitecto que la habia construido, para que no le fuera posible emprender otro edificio parecido. En un temblor muy grande que hubo, uno de los minaretes se vino abajo aplastando tres mil personas.

Ahora vamos concluyendo con las calles árabes y con la estrechez, nos encontramos en algo mas espacioso y empezamos á subir á lá ciudadela. Vemos con gusto aparecer unas cuantas casacas rojas, y sentimos una agradable impresión de seguridad; en ese instante comprendemos la utilidad de la ocupación del Egipto por los ingleses. A medida que subimos, vemos mas soldados rubios y buenos mozos; nos sentimos entre gente civilizada, y ya era tiempo.

De la ciudadela, admirablemente colocada, los ingleses, que saben elegir bién sus puntos de residencia, han hecho un

magnífico cuartel. Desde la altura pueden ellos gozar de una de las vistas mas grandiosas del mundo. El extenso terrado, fuertemente almenado, domina una gran parte del Delta, por entre las verdes praderas serpentea el río majestuoso, y las pirámides se levantan como cerros y se destacan, aisladamente ó por grupos, en la llanura limitada por los montes de la Libia. A los piés de la ciudadela y á su rededor se extiende la grán ciudad con toda su fantástica arquitectura, sus cúpulas, sus minaretes, sus palacios y sus jardines polvorosos. En la misma altura y frente al cuartel se encuentra la Gami Mohamed Ali, « Mezquita de alabastro », así llamada porque sus murallas están cubiertas de ese precioso mármol transparente y de finísimos colores. Este lujoso edificio de construcción moderna es, sin embargo, muy inferior como arte á los de época mas antigua, allí se puede notar el decaimiento del árabe.

Una bajada de grandes escalinatas nos condujo en pocos momentos á la plaza del centro de la ciudad; tomamos el tranvia que nos llevó al barrio europeo de Ysmailiya donde están los grandes hoteles.

Concluimos ese día tan agitado con una visita á la pequeña iglesia de los padres franciscanos. Qué pobrecita es! San Francisco no se habría podido quejar, porque allí, la Dama de sus pensamientos, su *Pobreza* querida, reina por completo, y en esos humildes religiosos el Pobre de Asís habría luego reconocido á sus hijos fieles y observantes.

Era el 6 de Enero, fiesta de la Epifanía; en aquel día el pesebre de Belén recibía á los magos venidos del Oriente y en igual día la pobre iglesita del Cairo, nuevo pesebre, nos recibía á nosotros viajeros del Occidente; al mismo Dios adorabámos y el mismo Jesús nos bendecía, nó esta vez desde los brazos de María sino que en manos de su sacerdote que alzaba la custodia.

7 de Enero.

El segundo día del Cairo debía empezar con la visita á las pirámides y era útil, antes de emprender la excursión, instruirse algo sobre la historia y la construcción de estos monumentos tan nombrados. Quién no ha visto en pintura ó en fotografía las pirámides de Egipto? Desde chicos las conocíamos de esa manera, su figura nos era familiar; pero su historia y el objeto con que fueron hechas, eso no lo teníamos tan presente como su forma exterior.

Las tres pirámides principales se encuentran colocadas á poca distancia una de la otra, donde empieza el desierto de la Libia y donde estaba la necrópolis de los antiguos egipcios. La mayor es la de Cheops, la segunda es de Chefren, y la tercera de Micerinus, tres reyes per-

tenecientes á la cuarta dinastía del primer imperio, que vivieron unos tres mil años antes de la era cristiana.

La pirámide de Cheops tiene 137 metros de alto, y cada uno de sus cuatro costados mide 230 metros en su base; la piedra tenía un revestimiento de mármol liso que ya no existe; ahora queda su superficie en forma de gradas enormes por las cuales se puede subir hasta la cima.

Los griegos visitaban con gran curiosidad estos monumentos que consideraban como una de las primeras maravillas del mundo; varios de sus grandes escritores nos han dejado de ellos interesantes y detalladas descripciones. Heródoto, tan prolijo en todo lo que vé y oye en los países que visita, nos dá los datos siguientes que, en cuanto á medidas, han resultado inexactos. « Cheops era un rey malvado y lleno de vicios, que cerró los templos, prohibió los sacrificios y oprimió á su pueblo exigiéndole un trabajo extenuador; algunos de sus súbditos eran obligados por él á extraer trozos de piedra de las montañas Árabicas y llevarlas hasta la orilla del Nilo; otros tenían que atravesar el río con esa

carga que era después transportada por nuevos brazos hasta los piés de la montaña de la Libia. Habian cien mil hombres ocupados durante tres meses del año en cada una de estas distintas tareas ».

« Diez años se emplearon en hacer el camino para el transporte de las piedras, lo que me parece debe haber sido una tarea casi tan laboriosa como la de edificar la pirámide misma. Diez años fueron pues enterados en hacer este camino y la cámara subterránea en la colina acupada por la pirámide, la cual hizo el rey escavar para que le sirviera de sepultura. La construcción de la pirámide ocupó veinte años. Cada uno de sus lados, que mirá á un punto diferente del compás, mide ocho *plethras* (820 pies) y el alto es el mismo. Está cubierta de piedras pulidas que juntan bién, ninguna de ellas es de menos de 30 pies de largo ».

Muchos años mas tarde, cuando los viajeros cristianos iban á Palestina, no dejaban de pasar á visitar la grán curiosidad de Egipto; unos de ellos, Antonio de Piacenza, peregrino del siglo sexto, refiere que ha visitado los graneros de

José; hasta el siglo XVI se tuvo la idea de que las pirámides habían tenido el objeto de conservar el trigo.

El sabio alemán Lepsius nos dice en sus *Cartas de Egipto* algo sobre la manera como se hacían estas construcciones. Cada rey empezaba á edificar su pirámide en cuanto subía al trono. La empezaba en pequeña escala, de suerte que si se le esperaba un reinado corto, su tumba quedara completa. A medida que los años iban pasando, continuaba, sin embargo, agrandándola, añadiéndole capas de piedra á su rededor, hasta que sentía que su carrera estaba por concluir. Si se moría antes que el trabajo estuviera completo, su sucesor terminaba entonces la última capa, y así el tamaño del monumento quedaba en proporción correspondiente á la duración del reinado del que lo había edificado.

Los turcos intentaron más de una vez destruir una de las pirámides; en una ocasión, el sucesor de Saladino organizó una gran partida de trabajadores que, acampados al pié de la mole indestructible, trataron durante ocho meses, usando de todos los medios posibles en aquella época, de echarla abajo. Cansados al fin

de ver el poco resultado de un trabajo tan penoso y de un gasto tan enorme de dinero, los destructores se retiraron sin haber podido hacer otra cosa que estropear brutalmente la parte exterior de la pirámide.

Ya creo que estamos bastante instruidos sobre el asunto y que podemos emprender la excursión. A eso de las ocho de la mañana, salió del hotel un grán coche abierto con nuestro grupo de familia y la simpática amiga Sra. de Yrarrázaval; después de atravesar una parte de la ciudad y de pasar delante de los jardines que rodean uno de los palacios del Kedive, nos encontramos frente al Nilo. El río estaba admirable, la bruma de la mañana aumentaba sus proporciones y daba una altura fantástica á las palmeras que adornan sus riveras; pequeñas embarcaciones con altos palos y velas amarillas, las mismas que se vén en los dibujos primitivos, vogaban lentamente sobre sus aguas, con un aire de tanta quiedad y melancolia que parecían estar en viaje desde el tiempo de alguna antigua dinastía.

Atravesamos el río sobre un puente bien construido, y al otro lado nos en-

contramos con una hermosa avenida de acacias que dan una sombra deliciosa. Este magnífico camino, tan distinto de los que generalmente se ven en estos países, fué hecho expresamente para que la emperatriz Eugenia pudiera hacer sin dificultad su visita á las pirámides. Los terrenos de cultivo concluyen á cierta distancia, y empieza al mismo tiempo la arena del desierto; el camino, sin embargo, continúa por una calzada y llega hasta el pié de la colina. El coche no puede avanzar mas allá, hay que bajarse y andar penosamente, hundiéndose á cada paso en la arena, hasta llegar á la misma pirámide. Aquí hay muchachos que ofrecen camellos; el animal se echa al suelo doblando sus cuatro patas para que la persona suba con facilidad sobre su encumbrado lomo y, á una señal del conductor, se levanta lentamente y, con el mayor tino, se pone en pié sin sacudir demasiado al que lo monta.

Mas yá nos encontramos delante del monumento gigantesco de la tumba de Cheops. La impresión que nos hace es la de algo de muy, muy grande y de muy viejo, de una aglomeración de moles de piedras colocadas con simetría, para

lo que se ha necesitado mucha ciencia, mucha habilidad y mucha fuerza. No veo ni sentimiento artístico ni belleza en esa contrucción ideada por la vanidad de un rey tirano y ejecutada á duras penas por sus infelices subditos. Lo único que impresiona es la gran masa de la construcción.

Otra cosa me pasó con la Esfinge, ese monstruo con cabeza de mujer que, echado sobre la arena como para hacer la guardia de la eterna necrópolis, causa una profunda emoción. Nada la ha movido; los siglos han pasado sobre ella; los reinados, los imperios y aún las razas se han sucedido; ella queda siempre con su cabeza erguida, desafiando al tiempo y á la barbarie, que no han conseguido mas que mutilarla estúpidamente. La arena soplada por el viento del desierto ha ido levantándose á su rededor y cubriendo toda su base. El conjunto de todos estos monumentos es grandioso, imponente; pero triste y abrumador.

Los peregrinos fueron llegando poco á poco, y cuando todos estuvieron reunidos, se celebró la misa al pié de la gran pirámide. Fué un momento solemnisimo aquel en que el acto mas santo

de nuestra religión era celebrado sobre un altar apoyado al monumento mas antiguo que existe.

Jesús en su niñez debe de haber pasado más de una vez por entre esos sepulcros, yá envejecidos entonces, acompañado de María y de José. ¿Quién no conoce el célebre cuadro de Luc Olivier Merson inspirado en estos mismos sitios? En medio del desierto que se pierde en el espacio, la Esfinge abriga entre sus brazos monstruosos á la Virgen y al niño que duermen tranquilamente. La mirada impenetrable del coloso de piedra parece revelar la muda expresión de una edad treinta veces secular, casi eterna. Tranquila é impasible al contacto de su propio Dios y Creador, la Esfinge comprende quizá lo que los hombres no quieren comprender aún cuando lo ven. El mundo hace su gran evolución; la humanidad cambia de rumbo gracias á la redención. El alma de los hombres que no siente emoción alguna ante el mas consolador de los misterios es mas dura que el mismo granito de Egipto....

Muchos de los compañeros hicieron la ascención de la pirámide, cosa difícil y peligrosa y por cierto poco tentadora;

se veía desde abajo la manera dura como los viajeros eran llevados de los brazos por dos árabes que, á tirones, los hacían trepar de piedra en piedra hasta llegar sin aliento y casi despedazados á la cumbre de la áspera montaña.

Nosotros no nos expusimos á la tremenda gimnástica, ni quisimos tampoco bajar á los subterráneos que nos dicen no tienen nada de bién curioso que ver desde que sacaron todo lo que encerraban.

El calor empezaba á hacerse sentir, el sol brillaba y ardía sobre la arena con un vivo reflejo, insoportable para los ojos delicados de la gente de países templados. Antes de retirarnos tuvimos que aceptar la insistente oferta de un fotógrafo local que á toda costa quería sacar un grupo pintoresco de la familia, á pié y á lomo de camello, con fondo de pirámides. Dejamos á los peregrinos, que debían almorzar á la sombra de los restos de un templo sepulcral, y nos fuimos prácticamente á buscar el fresco y la buena comida á un restaurant de la ciudad, europeo y moderno, que se encuentra en medio del bonito parque de Esbekiyen.

Pasada la mañana en visitar los sepulcros vacíos de los faraones, seguimos por la tarde con las tumbas de los kalifas y de los Mamelucos. Estos soberanos no quisieron ser menos, después de muertos, que sus antecesores; tuvieron, pues, sus grandiosos mausoleos que si bien inferiores en tamaño y solidez á las pirámides, las aventajan siempre en belleza y elegancia. En esas construcciones, todas en forma de mezquitas, se puede estudiar á fondo el primor y la riqueza de la arquitectura árabe; por desgracia esa serie de preciosos templos, coronados de graciosas cúpulas y de esbeltos y finos minaretes, se encuentra en un estado de completo abandono y descalabro. Los únicos cuidadores de tan lindos edificios son algunos cuantos pordioseros harapientos que persiguen y molestan al viajero hasta llegar á hacerse, á veces, temibles.

8 de Enero.

Era nuestro último día del Cairo, y todavía quedaban muchas cosas notables que visitar. Como era imposible alcanzar á verlo todo, la peregrinación se dividió en dos partes: los unos se fueron por el Nilo hasta Menfis y Sahkara, los otros prefirieron visitar el museo de Giseh. Yo opté por lo segundo, de lo que no tuve que arrepentirme porque la excursión por el Nilo no fué agradable; el vaporcito iba demasiado cargado de gente y se vió á punto de volcarse lastimosamente. Nos contaron los de la partida que en seguida habían tenido que montar en burro y trotar en medio de una inmensa polvareda que los envolvía por completo y les quitaba la vista de todo lo que los rodeaba, llegaron al Cairo por la noche cansados, fastidiados y blancos

de polvo; lo que habían visto no parecía compensarles las pesadas aventuras que habían sufrido. Menfis era la capital del antiguo Egipto y Sahkara era su necrópolis; allí se pueden ver todavía las tumbas de los reyes de la primera dinastía y, á poca distancia, el Serapeum, cementerio del Buey Apis, descubierto hace poco por Mariette, el notable egiptólogo frances. Bajo bóvedas subterráneas y galerías talladas en la roca se alinean enormes sarcófagos que contienen los restos de los animales sagrados. El Buey Apis tenía su templo en la ciudad, donde era adorado como el mas grande de los dioses; cuando moría, lo llevaban en procesión fúnebre hasta Sahkara, á corta distancia, donde era enterrado con gran pompa. Luego después tenía lugar la fiesta religiosa y popular para celebrar al sucesor que, cubierto de galas, subía majestuosamente al templo. Todavía queda mucho que descubrir entre esa arena aglomerada durante tantos siglos; los sabios y los arqueólogos tienen allí un vasto campo de estudio y de nuevas cosas que encontrar.

Los que fuimos de la partida del museo de Giseh quedamos mas contentos

de la visita, y nos desocupamos de ella mucho mas temprano. No puedo decir, sin embargo, que nuestro paseo fuera ameno ni agradable en esas poco variadas galerías. Recorrer salas y mas salas, grandes y chicas, corredores y pasadizos todos con una fila de momias á ambos lados, momias de pié, momias tendidas, momias por todas partes: esa es la impresión que deja la visita al museo de Giseh. Pero entre las innumerables momias hay algunas que por su hechura y conservación son, por cierto; dignas del mayor interés; las hay cubiertas todavía por su doble cajón de madera incorruptible, con la forma del cuerpo que contienen y con el retrato del difunto en la parte correspondiente á la cara; otras, abiertas yá, muestran el cádaver, envuelto en vendajes, de rostro seco, de miles de años, negro y horrible en medio de collares y otras alhajas. Aquí están Sesostris, conocido como Ramses II en la cronología egipcia, el gran opresor de los israelitas; á su lado, y en una caja igualmente rica está acostada la reina su esposa, que después de tantos siglos sigue acompañándolo. En la sala de las momias reales están muchos de los

grandes faraones, las reinas famosas por su hermosura, los orgullosos sacerdotes de Amón y las sabias sacerdotisas, todos ellos mostrando la nada de las grandezas humanas y la destrucción del cuerpo por la muerte, destrucción que el arte prodigioso de los embalsamadores egipcios supo demorar, pero nó impedir.

De esas cajas mortuorias sale un olor extraño ; los perfumes especiales que usaban los artífices han perdido con el tiempo su virtud y han dejado ese dejo fuerte y desagradable que se desprende de todo lo viejo y encerrado.

Las inscripciones pintadas sobre las cajas hán dado á conocer perfectamente los nombres y atribuciones de cada uno de los personajes que encierran. A veces, junto á la momia se han encontrado alhajas de gran valor ; la mas notable es una colección de la reina Aah-hotep, madre de Aahmes, que reinó cerca de dos mil años antes de Jesucristo. Esas joyas están delicadamente trabajadas en oro y con incrustaciones de perlas, turquesas y otras piedras preciosas ; entre ellas hay pájaros, serpientes, lagartos y cucarachas, hechos todos con primor. La cucaracha parece que era el amuleto

preferido de esa gente, se la atribuía grandes virtudes y se la apreciaba sobremanera, y aún hoy no faltan personas que ponen fé en esos pequeños objetos. Conozco á una señora que lleva siempre como talismán una pequeña cucaracha de lapizlázuli que un amigo le llevó de Egipto.

Todos los objetos de arte, estatuas, pinturas ó simples dibujos decorativos, tienen algún significado religioso ó funerario. La figura y el paisaje son siempre simbólicos y convencionales, se vén siempre las mismas posturas, los mismos trajes y las mismas cosas, hechas siempre de la misma manera. Esta repetición dá mucha monotonía al museo de Giseh.

Hay, sin embargo, algunas cosas de las mas antiguas, que demuestran que los egipcios, antes de someterse á las formas rígidas inspiradas por su religión podían hacer obras de arte de una gran realidad y perfección.

Son muchos los pedazos de género, de toda calidad y dimensión, que se vén admirablemente conservados en el museo; y también son innumerables los papiros cubiertos de jeroglíficos y de dibujos extraños. Todo está mas ó menos rela-

cionado con la muerte; y se comprende, porque sólo los sepulcros tan herméticamente cerrados han podido defender de la destrucción esas reliquias que hacen las delicias de los sabios. Las inscripciones los guían, indicándoles nuevos sitios de estudio y exploración.

Y cómo se ha llegado á conocer la escritura de un jeroglífico, sinónimo de indescifrable? Este ha sido uno de los descubrimientos mas curiosos de esta epoca, debido en grán parte á la casualidad.

Hasta fines del siglo XVII se tenía perdida la esperanza de dar con la clave de los caracteres geroglíficos; considerados como trazados simbólicos y de significación especial cada uno. Por fin, en 1799 Mr. Boussard, un oficial francés de artillería, descubrió en Roseta una inscripción en tres lenguas, jeroglífica, demótica ó popular, y griega. Ese célebre hallazgo dió tema para que varios sabios de diferentes naciones comenzaran á vislumbrar alguna comprensión de esa escritura que, durante mas de 14 siglos, fué para todos un misterio impenetrable. Pero tocó á Mr. Champollion la gloria de completar el descubrimiento; entre los años 1821 y 1822, y después de pe-

nosísimos estudios, reconstruyó el alfabeto jeroglífico, y quedó así dueño de la clave para leer toda la historia y literatura de los egipcios.

Después de Champollion, Lepsius, muerto en 1881, há fundado un nuevo método crítico y filológico que permite yá penetrar corrientemente por todos los terrenos de la egiptología.

9 de Enero.

Antes de partir quisimos visitar la hermosa iglesia de los jesuitas, la mejor del Cairo. Después fuimos al establecimiento de los Padres Blancos, que tienen un seminario con muchos alumnos. Eran las últimas horas que nos quedaban del Cairo, y no lo sentía; había algo en esa atmósfera terrosa y pesada, y en esa vida mitad europea y mitad árabe, que me desagradaba; estaba contenta de salir.

Había admirado los monumentos; pero no me habían causado ni placer ni emoción; en ellos no encontraba hermosura ni tampoco nada que hablara al alma; del pasado no veía mas que tumbas inmensas representando el trabajo brutal de millones de hombres, víctimas del orgullo de uno solo; y del presente veía

un pueblo casi en estado de barbarie y dominado aún por despótico poder y fanatismo.

No todos piensan como yó, debo confesarlo; el Cairo es una ciudad de moda; los hoteles están llenos de gente que vá á pasar por gusto todo el invierno, á gozarse en el aire caliente y muelle que respira dejando correr las horas sentada comodamente en el terrado frente á la calle, mirando, conversando ó leyendo.

Algunos de los nuestros se despidieron de los compañeros; se quedaron en el Cairo para hacer ellos solos, y por su cuenta, la gran excursión al interior del país, navegando muchos días por el Nilo.

La peregrinación sigue su curso, tomando á la una del día el tren especial que la lleva á Alejandría.

En Tanta tenemos nueva demostración amistosa con música y refrescos de los Padres Blancos; poco después entramos al Delta y atravesamos el gran brazo del Nilo; en seguida costeamos el lago Mareotis y por fin llegamos hasta el mismo muelle al lado de *Notre Dame de Salut*. Comimos á bordo, y después bajamos á tierra para asistir á la representación que nos tenían preparada

los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Fué una función de teatro en regla, con dos piezas dramáticas, cantos y recitaciones, todo en francés y muy bien aprendido; es notable la facilidad con que los niños orientales adquieren los idiomas europeos, la casa de los Hermanos en Jerusalén nos lo había hecho observar y la de Alejandría nos lo confirmaba.

La fiesta fué larga; eran yá las doce de la noche cuando volvimos á nuestra habitación flotante que nos esperaba para ponerse en marcha.

10 de Enero.

Mientras dormíamos la nave nos alejaba suavemente de Alejandria; por la mañana yá navegábamos lejos de las tierras bajas del Delta.

Me quedaba interesando el Egipto más por los hechos de su historia que por sus llanos y rios, sus ciudades y monumentos que acababa de recorrer. Los egipcios tuvieron ligada, en muchos pasajes, su vida á la del pueblo de Dios; figuran en la Biblia desde el tiempo de José vendido por sus hermanos. Moisés nació en Egipto, fué salvado de las aguas del Nilo por la propia hija del Faraón, y después presidió al éxodo y condujo á los israelitas al pié del Sinai donde recibió las tablas de la ley que rige á los fieles. En Egipto se refugió el niño Jesús perseguido por Herodes, huyendo

las matanzas bárbaras que le amenazaban.

Se volvió á bordo á los ejercicios de devoción; y yá era tiempo, porque la vida en el Cairo, desbandados todos en hoteles y sin tiempo más que para las excursiones de curiosidad, había disipado algo el espíritu religioso de la peregrinación. Corría como un aire evaporado poco en armonía con el objeto primitivo de nuestro viaje y se hacían sentir síntomas de discordia y de insubordinación. Era, pues, tiempo de volver á recogerse un poco, y de empezar de nuevo los rezos en común, los cánticos y demás distribuciones que unían á los peregrinos y les daban vida apacible y fraternal.

La lectura de los diarios europeos entregados la noche antes en Alejandria, ocupó una gran parte de ese día. ¡ Con qué avidez se devoraban las noticias de la patria y cómo se despertaban con esa lectura los deseos de volver á encontrarse entre los suyos! El diario que más se veía circular era « La Croix » la pequeña hoja franca y valiente que introduce en los hogares de la Francia entera la verdad del Evangelio y la propaganda de su doctrina.

11 de Enero.

El tiempo no nos deja continuar con los buenos principios de vida ordenada; el movimiento del buque se hace sentir demasiado para que las personas delicadas puedan asistir á la capilla. Yó misma tuve que retirarme y volver á mi posición estratégica contra el mareo, al lado de la máquina, en la parte central del vapor. Sin alejarme de ese sitio favorable, pude oír una interesante conferencia sobre los usos y costumbres de los países de Oriente y sobre la analogía en que se encuentran todavía con muchos de los detalles que refiere el Evangelio.

Estábamos á la altura de Creta; en esos parajes de mar siempre agitado que ahora nos estaban incomodando, recordábamos el viaje de San Pablo, cuando fué mandado prisionero á Creta. Una

terrible tempestad impidió el acceso de la isla á la débil embarcación, y la tuvo durante quince días á punto de ser despedazada por las olas. El intrépido apóstol, sobreponiéndose á sus guardias y á la tripulación, más muerta que viva, tomó el mando del buque y lo hizo llegar por fin á Malta.

Nosotros no corriamos tantos peligros ni sufríamos tantas angustias; pero nos fastidiábamos del día obscuro y lluvioso y nos impacientábamos por llegar á Malta. En esos momentos pasó por la cubierta el comandante; todos los ojos se volvieron á él como implorando algún augurio de mejor tiempo y de pronta llegada; mas nada bueno tenía que decirnos; el barómetro, muy bajo, amenazaba tempestad; la distancia que nos separaba de Malta no la podríamos trascurrir en menos de venticuatro horas. No había más que armarse de paciencia y ponerse bajo la protección de San Pablo que había podido dominar tan bien ese mismo mar.

12 de Enero.

El tiempo, la obscuridad, el aburrimiento, todo sigue lo mismo. Pasamos las horas en la misma colocación del día anterior, en el rincón resguardado, tratando de distraernos con alguna labor ó tejido que ocupe sin cansar. Por la tarde tuvimos la conferencia sobre los caballeros de Malta cuyos recuerdos íbamos pronto á ver en la isla que les dió su nombre. Después, un incidente vino á dar alguna animación á los viajeros; una discusión que se suscitó entre ellos los sacó del letargo del mareo. Se trataba de decidir entre dos proyectos de itinerario que el director dejaba á la elección de los peregrinos. Las opiniones eran diversas y ambos proyectos eran defendidos con calor, casi con excitación. Triunfó el nuestro felizmente y quedamos con una deliciosa

espectativa: después de Malta, acercarnos á las costas de Sicilia, verlas de cerca hasta el estrecho de Mesina; al día siguiente entrar á la bahía de Nápoles y, por fin, siguiendo á poca distancia de la tierra, protegidos del viento y de las grandes olas, llegar hasta el término del viaje. Yá quedaba pues muy poco que sufrir, podíamos reconfortarnos con la perspectiva de los agradables tres últimos días que se nos esperaban.

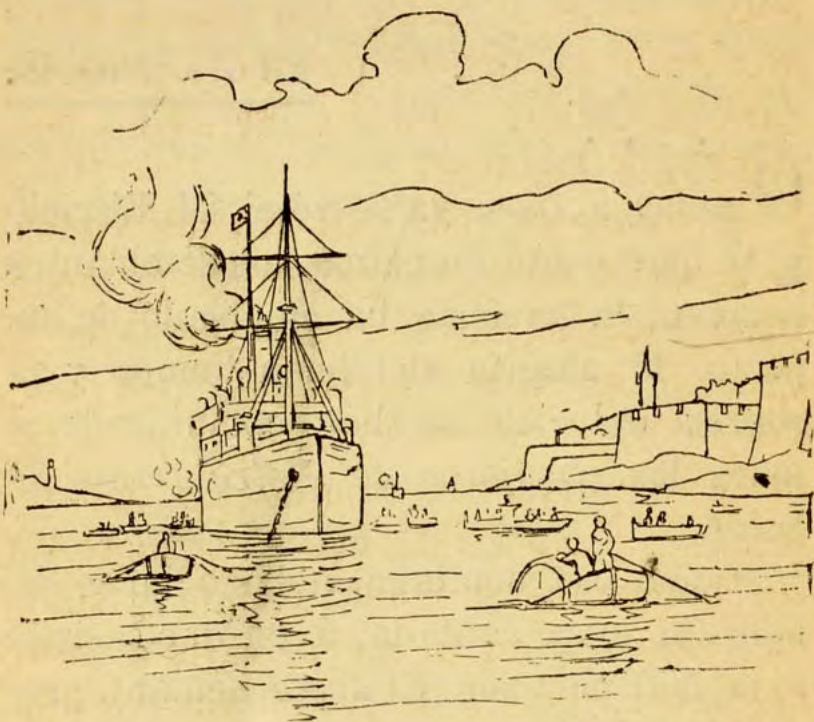
13 de Enero.

Gracias á Dios, ya se vé el sol. El cielo y el mar están en calma, los semblantes reviven, la cubierta ha cambiado de aspecto, la alegría del buen tiempo y la sonrisa del cielo se hán comunicado á todos los pasajeros de *Notre Dame de Salut*.

Como era domingo, á las ocho se celebró la misa cantada, á la que asistió toda la tripulación. El abate Lenfant, predicador de fama en Paris, habló con fuego y elocuencia; los marinos lo escuchaban con satisfacción visible.

Poco después del almuerzo apareció á lo lejos la ista de Malta y, como á la una, entrábamos en el puerto de la Valetta. Antes de llegar al lugar del desembarque se pasaba por entre una serie de fuertes y de cuarteles llenos de sol-

dados ingleses de trajes vistosos y diversos. A más de los que ya habíamos visto en el Cairo, divisábamos aquí á los *Highlanders* con su vestido escocés de falda corta plegada, y sus piernas desnudas.



La ciudad se encuentra en una altura, se puede subir en carruaje, y también á pié por unas largas escaleras que la comunican con el puerto; su aspecto es alegre y pintoresco, las casas, blanqueadas de claro á la italiana, tienen grandes balcones llenos de plantas y de flores. Hay muchas tiendas y su surtido es va-

riado con mercadería oriental, italiana é inglesa; y así tan variadas son las lenguas que se oyen en esa isla de habitantes mezclados. La gente que se vé por la calle anda limpia y bien vestida; las mujeres llevan un pequeño manto negro de seda, puesto con gracia sobre la cabeza, su tipo es moreno sin ser de carácter africano, y sus maneras son despejadas y gentiles.

En general, por todo lo que vimos, la posesión de los ingleses en el Mediterráneo nos pareció muy hermosa y llena de agrados. La isla tiene dos puertos de fácil acceso y muy bien protegidos; su situación, considerada militarmente, es importantísima. El número de sus habitantes es ciento treinta y cinco mil, católicos en su mayor parte á pesar de la propaganda de los misioneros protestantes. Parece que estos buenos pastores consiguen poco con su trabajo y que en cambio se vé á menudo á algunos soldados ingleses pasándose al catolicismo.

Después de un vistazo por las calles animadas de la ciudad, nos fuimos á la catedral, la iglesia edificada por los caballeros de San Juan y dedicada á su

santo patrón. Nunca hubiera creído hablar allí tanta riqueza de arquitectura y de ornamentación; los nobles caballeros han dejado un recuerdo digno de ellos y cada una de sus tumbas es un monumento que podría figurar en las mejores iglesias de Italia. El piso está cubierto de lápidas mortuorias y, en los costados, las capillas, adornadas de mármoles y estatuas, contienen los sepulcros de los comendadores de la orden.

En la cripta hay también tumbas; en ellas se encuentran los restos de algunos de los mas famosos entre los caballeros, como Villiers de l'Île d'Adam, de la Valetta, de los Vignacourt y otros muchos.

Cerca de la catedral está la casa del gobernador, grande y hermoso edificio que contiene, á más del palacio, un museo de armas antiguas; todas ellas recordaban á los valientes guerreros cuyas tumbas acabábamos de visitar.

Habiendo visto hace un año en Rodas, los vestigios de los caballeros hospitalarios de San Juan, fué interesante el poder seguir sus trazas en Malta, donde quedaron hasta una época muy posterior y donde sus recuerdos son tanto mas

recientes y mejor conservados bajo la custodia inglesa.

No teniendo más que ver, recorrimos las calles en busca del telégrafo y las tiendas en busca de comestibles; ambas cosas encontramos con facilidad y á corta distancia; yá no tuvimos más que hacer que ponernos á mirar la gente endomingada paseándose por la plaza.

Los demás peregrinos se habían ido desde temprano á Città Vecchia, la antigua capital de la isla, donde se venera la gruta que sirvió de refugio á San Pablo cuando fué arrojado á esa costa en compañía de San Lucas. Hay en la gruta una estatua del grán apóstol, que se venera desde la antigüedad; en la catedral de Città Vecchia el cuadro del altar mayor representa la escena de cuando el santo toma la vibora que había saltado sobre su mano y la echa al fuego. Dicen que desde ese día las víboras en Malta dejaron de ser venenosas. Fué lástima que no alcanzáramos á conocer esa parte de la isla; las curiosidades de la catedral y del museo nos habían tomado todo el tiempo, y yá no nos quedaba más que bajar al puerto y embarcarnos. Estaba casi obscuro cuando el bote nos llevó á

nuestro vapor; la bahía empezaba á alumbrarse con las luces de la ciudad y las de los buques de guerra, y encima asomaban, mil veces más numerosas, las luces del cielo dirigiendo su tranquilo resplandor hácia la transparencia profunda del mar.

La comida fué alegre; el vapor, fondeado aún, no se movía, y todos los viajeros podían sin peligro asistir á la mesa y comunicar sus impresiones sobre la isla de Malta. Poco a poco, casi sin que nos apercibiéramos, la máquina se ponía en movimiento; el buque salía del puerto y, dejando atrás fortalezas y cuarteles, tomaba el rumbo de la Sicilia.

14 de Enero.

De una manera inesperada, otro de mis antiguos deseos se iba á realizar; iba á conocer algo de la Sicilia, la isla tan ponderada por su hermosura y tan clásica por sus recuerdos. La excursión no estaba en el itinerario del viaje; el comandante, de acuerdo con el director, hacía sólo por dar gusto á los peregrinos esta vuelta que lo alejaba del camino recto y lo retardaba de algunos horas. A las siete de la mañana estábamos frente á Siracusa; muy decaída está por cierto del esplendor de otros tiempos, pero siempre bella, aparece en medio de plantaciones de olivos, naranjos y limones. A la vez que admirábamos el aspecto que la ciudad presenta desde el mar, nos acordábamos de lo que la historia nos cuenta sobre ella. De estas aguas salió

la gran flota ateniense que fué luego después vencida por los espartanos, y en estas regiones fué donde los tiranos, como llamaban entonces á los reyes, se hicieron tristemente famosos. Dionisio, el mas conocido entre ellos por sus crueldades, se apoderó de Siracusa en el año 405 antes de Jesucristo. Su nombre há quedado para la posteridad como el tipo del tirano feroz y sanguinario. Se cuenta que á mas de sus maldades tenía el débil de creerse gran escritor y de exigir que los otros lo creyesen. Un día hizo leer una de sus composiciones literarias al poeta Filoxena, el cual, encontrándola detestable, no tuvo miramiento en decírselo con franqueza. El tirano furioso, lo mandó en el acto á las canteras, lugar que servía de prisión á sus innumerables victimas, y allí lo tuvo hasta que por empeño de los cortesanos lo hizo traer á su presencia y oír de nuevo una de sus mejores poesías. Concluida la lectura, el poeta se vuelve hácia el jefe de la guardia y le dice: que me lleven otra vez á las canteras.

Dejando los recuerdos de la antigüedad, encontramos después, en la era cristiana, á Lucía, una de las mas ilustres

virgenes de la época de las persecuciones; fué martirizada en Siracusa, y há sido después la santa más popular en el sur de Italia.

Siracusa pasa de delante nuestra vista y aparece Porto Piccolo, con algunos buques en su bahía; luego después vemos la pequeña península de Magnesi, que se comunica con la isla por un istmo angosto.

Poco mas allá está Agosta, sobre una roca al extremo de un golfo; aquí fué donde Duquesne, el almirante de Luis XIV, venció al holandés Ruyter que murió en la batalla y fué enterrado en Siracusa.

Entramos ahora en el golfo de Catania; el mar se vé amarillo, es á causa de la desembocadura del Giaretta, en cuyas riveras se cría el ámbar.

Las pequeñas poblaciones se suceden unas á otras; se vén iglesias á cada paso, y casas de campo rodeadas de jardines. Las quebradas están cubiertas de vegetación que baja hasta la orilla misma del mar; todo es risueño y agradable, la naturaleza parece recrearse en este país de eterna primavera.

Allá á lo lejos, una altísima montaña se eleva sobre la cadena de pequeños

cerros que le sirven de base; su cumbre, blanca de nieve, se pierde en una nube de humo tan inmóvil como el mismo monte. Es el Etna, el enorme volcán que domina todas aquellas comarcas; tiene 3,300 metros de altura y la circunferencia al rededor de su base es de 180 kilómetros. Lo veíamos imponente, tranquilo y como queriendo llegar hasta el cielo. Poco á poco, á medida que nos vamos acercando, la montaña se nos muestra mas claramente con su cumbre rosada por los reflejos del sol sobre la nieve; á sus pies se apoya la ciudad de Catania, tranquila y confiada en el sueño aparente del gigante. ¿Cómo puede tanta gente habitar debajo de la hoguera colossal? ¿Cómo no temen ese fuego siempre amenazador y que, á veces, cuando menos se piensa, hace sus violentas salidas y cayendo en torrentes abrasadores, arrastra con todo lo que encuentra á su paso? Parece que, al contrario, las vecindades de los volcanes convidaran á los hombres, pues las vemos generalmente llenas de habitantes; es de suponer que las faldas que ocultan el fuego son siempre ricas y fértiles, y que la abundancia y facilidad con que producen

compensen en algo las constantes inquietudes que se sufren.

Catania parece una ciudad importante; distinguíamos perfectamente su catedral, sus altos edificios y las chimeneas de sus fábricas. Así como Siracusa venera á Santa Lucia, así Catanea tiene un culto especial por Santa Agueda, otra virgen y mártir no menos notable por su nacimiento y por sus virtudes. Ambas eran contemporáneas y amigas; Agueda recibió primero la palma del martirio y Lucia iba con frecuencia á rezar sobre su sepulcro y á tomar fuerzas para poder ella también sostener el glorioso combate de la fé.

Catania va desapareciendo; ahora vemos unas grandes rocas negras de formas fantásticas que asoman del mar. Nos encontramos en el dominio de los Cíclopes, hijos del Cielo y de la Tierra; aquí estaba la fragua de Vulcano, proveedor de los rayos empleados por Júpiter. Aquí Polifemo, el más conocido de los gigantes, perseguía con sus celos á la hermosa Galatea; en un momento de furia lanza una roca que aplasta á Acis, el amado de la ninfa; la infeliz desesperada se arroja al mar donde se

reune á sus hermanas, las Nereidas. Los frescos de Rafael en la Farnesina de Roma han sido inspirados en esta fábula, y es probable que la ficción habría pasado á mayor olvido sin el grán artista que la immortalizara con su pintura.

Ulises, el héroe de Homero cayó también en manos de Polifemo; su astucia ingeniosa lo salvó del monstruo de un ojo, y de las escarpadas rocas que allí vemos.

El Etna queda atrás; la costa sigue con sus altos y bajos, con sus aldeas y campanarios; todo aquello se vá desarrollando lentamente delante de nosotros como si nos mostraran un panorama artificial; la marcha suave del vapor nos deja todo el tiempo necesario para contemplarlo. Las horas se ván pasando sin sentir; vogamos dulcemente sobre el mar tranquilo, con una temperatura deliciosa y ante un espectáculo siempre nuevo y siempre hermoso. El sol, que habíamos visto alumbrar con sus primeros rayos las casas de Siracusa, bajaba ahora hácia el poniente é inundaba con sus postreros resplendores el estrecho de Mesina que empezábamos á atravesar. A poca distancia de la entrada, nos llama la

atención un vasto edificio de aspecto antiguo: es el convento fundado por San Plácido, hijo de un noble patricio, y discípulo de San Benito; un pirata africano asaltó el monasterio y dió muerte al santo.

Ya tenemos por delante, otra vez, á Mesina; su faro parece avanzar hácia nosotros y sus construcciones parecen salir del mar; hay muchos buques anclados en la bahía; los saludamos á la pasada y seguimos la marcha. A la derecha se diseña el Aspromonte, se vén las costas áridas de la Italia meridional y la ciudad de Reggio, triste y desnuda, haciendo contraste con la brillante y sonriente tierra de Sicilia.

Salimos del estrecho y pasamos por el temido paraje de los tiempos fabulosos; ni el remolino de Caribdis ni la roca Scilla nos dañan en lo menor; no nos apercibimos de estos peligros y no comprendemos porqué los antiguos hacían tanta mención de ellos.

El día maravilloso había concluido; junto con el sol que se ocultaba en el ocaso, el buque se lanzaba en alta mar y, pensando nosotros que no había más que ver, bajamos á la comida. Una hora

después, cuando volvimos á la cubierta, fuimos sorprendidos con un nuevo espectáculo. Casi encima de nosotros, en medio del agua y entre las sombras de la noche, se alzaba el Estrómboli; su cráter apagado no daba señales de vida. Del vapor empezaron entonces á partir voladores y fuegos artificiales como para provocar al dormido volcán; la sirena de la máquina hacía resonar sus silbidos angustiados; los pasajeros cantaban los cánticos de la noche, el Magnificat, el De Profundis. Estos ruidos y estas señas pusieron alarma entre los pacíficos habitantes de la montaña, que fueron saliendo poco á poco, de sus casas, yá obscuras, y bajando con antorchas encendidas en las manos á ver que significaba aquel alboroto. Nosotros no veíamos más que las luces que se movían solas de una manera fantástica.

Mientras tanto, la cumbre del monte empezaba á aclararse con un reflejo rojizo que fué aumentando sensiblemente hasta que, de repente y como explosión, salió con estruendo una gran llamarada que en seguida se repartió en torrentes de fuego lanzados hasta el mar. El entusiasmo en el vapor fué estrepitoso; los

peregrinos prorrumpieron en gritos de admiración, seguidos de bulliciosos aplausos y de vivas al complaciente volcán que nos dejaba ver una vez más una de sus erupciones.

15 de Enero.

La noche fué buena; pudimos soñar suavemente con las riberas encantadoras de Sicilia. En la mañana el tiempo cambió bruscamente; empezó á correr un viento helado y el cielo á cargarse de negros nubarrones. Felizmente estábamos cerca de tierra y á la entrada del golfo de Nápoles. Veíamos ya á Capri, la isla de la gruta azul tán visitada por los viajeros y tán llena de recuerdos de la historia romana. El emperador Tiberio, cansado de gobernar el mundo, se retiró á Capri, hizo construir en la isla doce templos dedicados á los doce principales dioses del Olimpo, y se ocupó en tributarles los cultos mas infames. Augusto y otros de los emperadores tenían allí sus palacios y se gozaban con el clima delicioso y la fertilidad de la isla.

En pocos minutos pasamos de la isla de Capri á la punta de Sorrento; entrábamos en el t  n renombrado golfo de Nápoles. La pequeña ciudad de Sorrento se levanta sobre una roca cortada    pico sobre el mar y se v   como sobre un nido de exuberante vegetación. En las murallas de algunos de los edificios que desde la altura miran al mar hay letreros que se pueden leer fácilmente: Albergo Victoria, dice uno; ese debe de ser el hotel preferido de los ingleses, t  n numerosos en estos lugares; otro es Albergo del Tasso, un recuerdo del poeta. Esta es la patria del autor de la Jerusalén Libertada; aquí tenía su casa que fué arrastrada por el mar junto con la roca que la sostenía; la de su hermana Cornelia subsiste todavía; en ella fué recibido el Tasso cuando llegó disfrazado de pastor para escapar    la persecución que se le hacía.

Con qué gusto vuelvo á ver    Sorrento! Este lugar había dejado un recuerdo especial en mi memoria desde un viaje hecho, hace años, en compa  a de mi esposo. Salimos aquella vez por la mañana en un vaporcito de los que hacen diariamente la travesía de Nápoles   

Capri. Era día de fiesta, y la plaza de Sorrento estaba llena de gente que se retiraba de la iglesia; los trajes eran pintorescos y todo respiraba alegría en medio de un aire luminoso y una atmósfera impregnada del aroma de los azahares. Entramos en un hotel de aspecto agradable y cómodo; creo que era el *Albergo Victoria*; en el patio habían naranjos y laureles, estatuas de mármol y jarrones clásicos; las piezas tenían el *comfort* inglés, raro en un hotel de Italia. Después del almuerzo salimos á un balcón y contemplamos largo rato la vista de la bahía. El mar estaba teñido de azul intenso, de ese color que sólo allí se vé; pequeñas barcas con velas muy blancas lo cruzaban á lo lejos; la costa se extendía en frente y el Vesuvio sobresalía dejándose ver en toda su línea desde la base hasta el penacho de humo que lo corona. Era un cuadro del mas brillante colorido que mi compañero supo en poco tiempo reproducir fielmente á la acuarela.

Hicimos en coche la vuelta á Castellamare; el camino serpentea suspendido por entre plantaciones de olivos y naranjos. La cuesta, toda cubierta de habita-

ciones blancas, unas lujosas y de elegante arquitectura, otras mas sencillas y pobres, nos reservaba á cada vuelta sorpresas de vista encantadora. A veces, mirando de alto abajo y sobre el fondo del mar azul, el ramaje ténue y gris de los olivos se diseñaba como un encaje interpuesto; otras veces, al mirar hácia arriba, las frondosas y obscuras copas de los naranjos nos entre cortaban la diáfana y vibrante esfera del cielo de aquel día. La luz nos envolvía por todos lados; el orizonte, cuando aparecía, era una gaza de colores claros suavísimos. El aire estaba embalsamado, los prados libres de plantaciones estaban verdes como una esmeralda; las casitas, rodeadas algunas de almendros en flor, se destacaban alegremente por diferentes direcciones; todo, en fin, era como para hacer creer que atravesábamos por parajes ideales.

Las bellezas de ese camino son muy ponderadas por los artistas y viajeros; pero creo que nunca lo serán bastante; su recuerdo me vive indeleble después de muchos años.

Mientras me complacía en recorrer con la memoria esas cosas de otro tiempo,

Notre Dame de Salut había avanzado, y dejando atrás á Sorrento y á Castellamare se encontraba yá delante del pueblo de Pompeya donde está el venerando santuario de Nuestra Señora del Rosario. Su imagen es la más reproducida y la más popular que se conoce: la Virgen con el niño en los brazos, Santo Domingo y Santa Catalina de Sena á sus piés. Creo que es éste uno de los lugares de mas veneración al Santo Rosario de la devoción de los humildes, de los ignorantes y de los pequeños. La oración del rosario, sin embargo, es la preferida de Leon XIII, el grande y sabio pontífice, que no se cansa de recomendarla en sus encíclicas y de enriquecerla con las mas abundantes indulgencias.

Detrás del pueblo moderno de Pompeya y retirada del mar, se halla la ciudad desenterrada después de veinte siglos de sepultura. Nosotros nos encontramos en el punto preciso desde donde observaba la erupción del Vesuvio Plinio, jefe entonces de la flota romana.

Siguiendo adelante, vemos á Torre Annunziata; la iglesia grande que se divisa, nos dicen es dedicada á Nuestra Señora de Lourdes y construida toda con

piedras y mármoles de los Pirineos. La población siguiente es Torre del Greco, y muy pronto viene Portici con su palacio real, cuyos jardines llegan hasta el mar. Pero ya estamos frente á la grán ciudad, la más animada, la más bulliciosa del mundo. Allí tenemos la Chiaya y el paseo de Santa Lucía, donde el pueblo de Nápoles se complace en el *dolce far niente*, y donde se pasan al aire libre las escenas mas familiares de la vida doméstica.

Vemos la altura de Capodimonte, el palacio real y el convento de San Martino, desde donde se goza del mas espléndido panorama. En el centro de la ciudad se encuentra la catedral, la antigua iglesia de San Januario obispo y mártir, el patrón querido de los entusiastas napolitanos. En una lujosísima capilla se conservan las dos ánforas que contienen la sangre del santo que, como es sabido, se liquida regularmente dos veces al año.

Nuestro buque llama la atención de los guardianes del puerto. ¿Qué significa ese vapor que no lleva insignias de ninguna compañía y que, costearo lenta-mente, no se detiene en ninguna parte?

Una torpedera se adelanta y viene á examinarlo de cerca ; convenciéndose luego de que no es mas que un barco inofensivo se vuelve tranquila á su puesto.

Concluye la ciudad y empieza el suburbio de Posílipo, todo de villas y de jardines. Al lado de un camino y á la sombra de un laurel, se levanta un pequeño monumento con inscripción latina, que se dice es la tumba de Virgilio; los admiradores de las Eglogas y de los Idilios toman una hoja de la planta que crece sobre los restos del gran poeta y la guardan como reliquia.

Las colinas de Posílipo estaban en la antigüedad cubiertas de magníficas casas y de hermosísimos jardines; los romanos venian á veranear á estas costas tán lindas y templadas.

Se dobla una punta saliente de tierra, y se entra en el golfo de Pozzuoli, donde está el pueblo del mismo nombre; poco mas allá, en el fondo de la curva, está Baia. Estas tierras volcánicas han sufrido extraños cataclismos; á veces el mar há penetrado hasta el centro de las ciudades dejando sumerjidos sus edificios; después se ha vuelto á retirar devol-

viendo en ruinas los monumentos que había destruido. Las señales que quedan de estos fenómenos me habian impresionado fuertemente en mi niñez, como también la gruta del perro, donde el gás carbónico asfixia al pobre animal que introducen, y apaga las luces que se ponen á su altura.

A poca distancia de Pozzuoli se hallaba la colonia griega de Cúmas, célebre por su Sibila, la mas inspirada de las profetizas que tuvo Apolo. Virgilio la hace figurar en la Eneida, y la supone su conductora en el reino de las sombras. Tito Livio cuenta de ella la siguiente aventura: presentóse al rey Tarquino ofreciéndole en venta nueve libros; el precio pareció excesivo al rey que no quiso comprarlos; se fué, destruyó tres y volvió á presentarse; el precio no habia bajado, el rey rechazó de nuevo la oferta; se fué de nuevo y destruyó otros tres, trayendo los restantes, pero siempre al mismo precio. Al ver la insistencia de la extraña mujer, compró el rey los libros y, encontrando en ellos importantes consejos para la religión y la política de los romanos, los hizo guardar preciosamente en el Templo de

Júpiter Capitolino. Pero tanto la mujer como sus libros sibilinos habrían quedado para nosotros sin tanto interés si no fuera que, en medio de sus falsos y endemoniados oráculos, una inspiración divina pareciera haberla poseído cuando anunció á la par con los profetas de la Biblia, la venida del Mesías redentor.

Una misteriosa impresión se ha hecho sentir á traves de las edades, entre los poetas y artistas que han querido profundizar el pensamiento de la Sibila. Tomás de Celano, en la terrible Sequencia que todos conocemos y que un día há de sonar cerca de nuestros oídos ya inertes, exclama: *Dies iræ dies illa Solvet sæclum in favilla, Teste David cum Sibylla*. Miguel Angel y Rafael, con su intuición de genios, no vacilaron en pintar á las sibilas alternando tambien con los profetas y penetrados, como ellos, por la adivinación de las cosas sobrenaturales.

En una bahía muy pequeñita se encuentra el puerto de Misena, que fué puerto militar de los romanos; luego después el cabo del mismo nombre cierra el golfo de Nápoles por el Norte como el de Sorrento lo cierra por el Sur. Pa-

samos entre la punta saliente de Misena y las islas de Ischia y de Casamicciola, que terminan admirablemente el espectáculo de la gran bahía. Tenemos presente el reciente cataclismo que desoló á Ischia y Casamicciola causando innumerables muertes y destruyendo los bonitos edificios que las poblaban.

Ya estamos fuera del golfo; con la proa hácia el norte seguimos nuestro camino sin alejarnos de la costa; pronto estábamos en frente de Terrecina y poco después de Porto d'Anzio.

El tiempo continua malo; el mar, tranquilo mientras estábamos en la bahía, empieza á incomodarnos una vez fuera de ella.

A las nueve de la noche llegábamos á la desembocadura del Tiber; nuestro pensamiento se fué derecho á Roma que tan cerca estaba, y de todo corazón mandamos un saludo al Santo Padre, cantando todos sobre cubierta el *Oremus pro Pontifice nostro Leone*.

Alcanzábamos á ver las luces del antiguo puerto de Ostia; qué recuerdo nos trae este nombre! Vemos al momento con la imaginación el cuadro idealista de Ary Shefer y nos representamos la

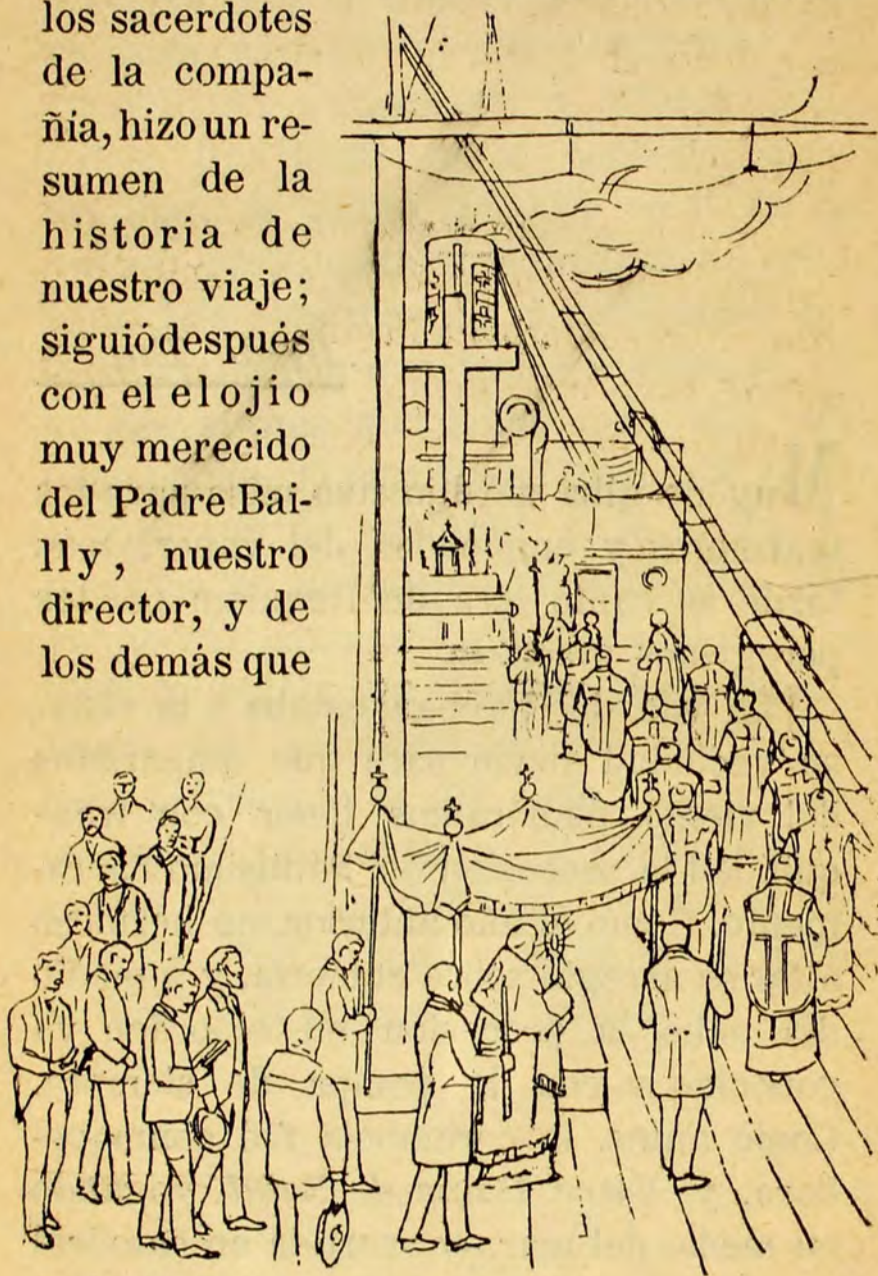
escena tan hermosa que lo ha inspirado. Aquí en Ostia se encontraban Mónica con su hijo Agustín recién convertido, y pronto para embarcarse y volverse á su patria. Una tarde, ambos sentados cerca del mar, la mano del hijo en la de la madre, contemplaban la belleza del cielo azul. Los ojos fijos en la inmensidad del espacio, parece que toda su alma se vá en esa mirada que llega mas allá del firmamento. Su espíritu se trasporta, poco á poco, de lo material á lo divino y, poseidos de un mismo pensamiento, son arrebatado simultáneamente en un éxtasis que les revela las delicias del paraíso. Desde ese momento, Mónica no deseó más patria que la del cielo; pocos días después cayó enferma y expiró dulcemente en brazos del hijo de quien había sido dos veces madre, dándole la vida natural y la vida de la gracia.

16 de Enero.

Muy de alba se dijo una misa para los marineros y empleados del vapor, más tarde se cantó otra de Requiem por los peregrinos muertos.

La isla de Córcega estaba á la vista; su vecindad sirvió para que, amparados del viento, pudiéramos tener con tranquilidad la procesión del Santísimo Sacramento. Como el año anterior, un hermoso altar se arregló sobre cubierta, y á medio día salió la procesión en el orden ya conocido y con la pompa de siempre. Como antes, la ceremonia fué conmovedora, y *Notre Dame de Salut*, vogando en medio del mar, convertida en catedral y recorrida de popa á proa por Jesús Sacramentado, debía de ser un espectáculo digno los ángeles.

En la reunión de la noche el abate Sagary, uno de los mas respectables entre los sacerdotes de la compañía, hizo un resumen de la historia de nuestro viaje; siguió después con el elogio muy merecido del Padre Bailly, nuestro director, y de los demás que



lo habían ayudado en su tarea, y les dió las gracias por su inteligente y bondadosa conducción. Concluyó aconsejándo-

nos que guardáramos siempre la pequeña cruz roja que, durante cuarenta días, habíamos llevado sobre el pecho y que, por todo el resto de nuestra vida, nos recordaría los días benditos de la peregrinación.

Se dijo el salmo *Super flumina Babylonis*, repitiendo como de costumbre, con el brazo derecho levantado, *Si oblitus fuero tui Jerusalem, oblivioni detur dextera mea*; y se concluyó con el cántico tierno y expresivo de los adioses á Jerusalén.

17 de Enero.

Un temporal horrible había desolado las costas vecinas de Marsella durante varios días; un buque había naufragado en la misma entrada del puerto: esas fueron las noticias que trajo el piloto que venía á ayudar nuestra llegada. La providencia nos protegía hasta el fin pues yá el mar se había calmado y, sin mayores molestias entrábamos sanos y salvos á Marsella. El desembarque fué precipitado; apenas tuvimos tiempo de despedirnos de los directores y demás compañeros. El Padre Bailly se desapareció el primero; concluía un trabajo para empezar otro sin pérdida de tiempo. La *Bonne Presse* o esperaba con sus numerosas publicaciones; se iba á seguir la obra de celo que lo ocupa noche y día.

La aduana nos incomodó haciéndonos esperar varias horas la llegada de los empleados. Una buena palabra al jefe de

los aduaneros nos libró de tener que abrir nuestro equipaje: no fué así con la generalidad de los peregrinos. Al rededor de la sala de aduana, los recién llegados tenían que abrir sus viejos sacos que yá se rompían con el exceso del contenido y desparramaban sobre el mostrador, junto con las ropas y objetos usuales, las cosas de piedad compradas durante el viaje. Los inflexibles empleados cargaban las balanzas con las gruesas de rosarios que los curas de campo y las buenas mujeres llevaban para repartir á los feligreses y amigos en recuerdo de la Tierra Santa. Las cuentas de ámbar, de olivas y de semillas de distintos colores, como abundantes frutos de piedad, llenan y rebalsan de los aparatos donde son pesados. Los aduaneros hacen la operación, apuntan el resultado, y cobran sin compasión á los peregrinos consternados.

Esta demora nos impidió tomar el tren de la mañana y nos obligó á esperar el día entero en Marsella, hasta que llegara la hora del expreso de la noche. Nuestra impaciencia por estar en Paris era grande y se comprende; la ausencia había sido prolongada, y un día más de

separación de los seres queridos nos parecía insoportable.

Por fin llegó el momento de la partida ; después de una noche entera en tren nos hallamos en la estación de París y una hora mas tarde estábamos en casa rodeados de toda la ternura, la alegría y la felicidad del hogar.....

Muy grata me ha sido la tarea de compaginar los recuerdos de mis dos viajes á Oriente; hé podido recorrer uno á uno los días buenos y felices de la peregrinación haciéndolos revivir por decirlo así, gozándome de nuevo, de una manera íntima y tranquila, en todo lo que sentí. Sí; con el espíritu he vuelto á visitar los santuarios de Jerusalén; me hé postrado muchas veces en el Calvario, he besado la loza del sepulcro y he sentido venir, de nuevo, las lágrimas á mis ojos, ante la imagen de la Virgen de los Dolores.

El Huerto de los Olivos, la Gruta de Getsemaní y la montaña de la Ascención hán estado tñn presentes á mi imaginación como si los estuviera viendo realmente. El alegre y suave misterio de Belén me há enternecido y llenado otra vez de devoción al recordar la pe-

queña gruta donde pasé momentos de tantas delicias espirituales.

He vuelto á contemplar á Nazaret y al Monte Carmelo, los santuarios de María; hé seguido sus pasos en su vida sencilla de la Galilea y la hé admirado y exaltado en la altura desde donde el Profeta la anunció como nube de beneficios.

Y, pasando de la tierra que habla al alma á la otra que encanta los sentidos y la inteligencia, se me há vuelto á presentar la Grecia, con todas sus bellezas y clásicas armonías: el Partenón, imponente á la luz del día, ideal y romántico bajo la claridad de la luna y siempre dictando la norma de las proporciones perfectas; las viejas columnas de Corinto donde se apoyaba el altar de la misa campestre en aquella mañana húmeda de rocío; el golfo de Lepanto y Patras, donde celebramos la procesión seguida por los emigrados italianos.

Haciendo contraste con las iluminadas colinas de la Grecia y con sus monumentos inspirados para el goce artístico, hé visto la llanura monótona del Egipto. la poesía triste de su majestuoso Nilo, sus sepulcros colosales y sus fúnebres antigüedades.

Por fin, hé hecho revivir en mi imaginación los días del Mediterraneo con todas sus intermitencias; días serenos de buen tiempo, de distribuciones religiosas en nuestra capilla errante y de reuniones joviales en torno de las mesas del comedor; días de viento, de tempestad, sacudimiento y angustia; días de alta mar, no viéndose mas que el cielo y el agua, y días de espectáculos hermosísimos de islas históricas, de costas risueñas y pintorescas, de volcanes humeantes ó en erupción.

Qué no hay en ese Mediterraneo, cuna de toda la antigua civilización, y emporio de innumerables bellezas naturales? Sus aguas, como las tierras que baña, han sido á cada paso teatro de acontecimientos notables. Ellas han llevado á los hombres desde que supieron navegar, y desde los tiempos del pequeño barco primitivo empujado penosamente á remos, hasta el grande y veloz buque á vapor inventado en nuestro siglo de progreso. Ellas recibieron á los fundadores del cristianismo, cuando, perseguidos en su propio país, se iban en frágiles embarcaciones á conquistar el mundo á la religión de Cristo. Así fueron los apóstoles

Pedro y Pablo á tomar posesión con su martirio de la capital del mundo pagano y á convertirla en Roma Santa, la Roma eterna, en el asiento siempre permanente de la Iglesia y del Pontífice. Así salieron también los demás apóstoles, discípulos y amigos de Jesús á evangelizar á todas las naciones; Lázaro con María y Marta sus hermanas, haciendo el mismo transcurso que nosotros, hubieron de llegar hasta Marsella.

Y no sólo á los héroes vivos ha llevado ese mar; sus ondas transparentes se han visto muchas veces manchadas por la sangre de los combatientes y su fondo se ha convertido en cementerio; las batallas navales y los naufragios han cubierto de restos humanos las arenas que producen el nácar y el coral.

Esto y mucho más se ha ido fielmente sucediendo en mi memoria y grabándose en ella de una manera indeleble, á medida que escribía. Junto al agradable y vivo recuerdo del pasado, me incitaba la esperanza ó mas bien la ilusión de que mi pequeño trabajo pudiera ser leído por personas piadosas que encontrarían en él un eco á sus propios sentimientos y algunas noticias intere-

santes sobre los Santos Lugares de que han oído hablar desde la infancia.

Ojalá que estas páginas, escritas sencillamente, sin mas pretención ni más mérito que el de la sinceridad, sirvan para impulsar á los viajeros del viejo y del nuevo mundo, y en especial á mis compatriotas, á dejar una temporada, libre en sus proyectos, para la peregrinación á Tierra Santa. No se arrepentirían de emprenderla; es el mas agradable, instructivo y consolador de todos los viajes.

Podría ir confiado el nuevo peregrino en que encontraría mucho más de lo que aquí ha leído y en que no sufrirá una decepción. En Jerusalén vería que mis descripciones son nada al lado de la realidad.

Porque las cosas que en su significado sobrepasan lo material y lo humano y que nos llevan la vista del alma á lo sobrenatural y eterno, no dejan nunca decepción, sinó que, por el contrario dejan un lleno incomparable y una satisfacción que dura para toda la vida.
